LAVA

Elaine Vilar Madruga

El cielo de la selva

Elaine Vilar Madruga (La Habana, 1989) es ya una de las últimas y más poderosas voces a tener en cuenta en el nuevo boom de la literatura latinoamericana. A lo largo de más de treinta obras, esta prolífica autora ha desarrollado su muy particular universo como novelista, poeta y dramaturga en libros publicados en Cuba, Estados Unidos, Canadá, España, Chile, Francia, República Dominicana, Italia y México.

Profesora de escritura creativa y periodista, sus libros han sido galardonados con numerosos reconocimientos internacionales por su personal cruce entre lo realista y lo fantástico, ahondando en los límites de los géneros para traspasarlos y encontrar de forma febril los puntos de unión entre el terror y la lírica en una reflexión constante sobre los sistemas de poder, los límites del cuerpo y la sexualidad o las nuevas formas de entender y defender el feminismo.

UNA LENGUA DE VAPOR LAMIÓ MIS CABELLOS. SUPE DE INMEDIATO QUE NO IBA A MORIR EN EL PARTO. QUE DIOS, EN LA SELVA O EN EL CIELO, EL DIOS QUE VIVÍA EN EL COÑO DE LAS MUJERES QUE VAN A PARIR, NO ME IBA A TRAICIONAR.

Elaine Vilar Madruga

El cielo de la selva

LAVA

Primera edición: febrero 2023

© Elaine Vilar Madruga, 2022

© LAVA, 2023

Adrià Rosell

dirección editorial & edición

THIS is UMAMI

diseño de la colección

Maider Mendaza & Marina Muñoz

diseño editorial

Maider Mendaza

ilustración de la cubierta

Maider Mendaza

ilustración de la autora

Marina Muñoz

ilustración pictogramas

Impreso en Agpograf

Papel certificado por Forest Stewardship Council®

eISBN:

978-84-125820-4-8

Depósito Legal:

B 4057-2023

Este es un libro sobre maternidades. En plural. Como todas y cada una de las distintas madres que hay, ha habido y habrá en el mundo. Todas unidas y, al mismo tiempo, separadas por el acontecimiento fundamental de la vida, uno que solo puede ocurrir en su cuerpo. Y es que también es un libro de cuerpos, de miedos y de hambre.

Para mis bisabuelas, que parieron demasiado.

Y para mis tías, que decidieron no parir.

… más quisiera yo embrazar tres veces el escudo que parir una sola.

Medea, Eurípides.

Contenido

Los niños

Santa

La perra

Ifigenia

La vieja

Santa

Romina

Los niños

Lázaro

La perra

La vieja

Ifigenia

Romina

Lázaro

La vieja

Santa

La perra

Ifigenia

Los niños

Romina

Santa

Los niños

Vendrá la noche y junto a ella el latido de los grillos. La hacienda se convertirá en un montoncito de nada que la oscuridad se tragará con su boca de monstruo.

La abuela es la única que se atreve a caminar por los pasillos cuando el sol se ha escondido. No tiene miedo. Vendrá pronto en busca de los grillos porque los odia, odia ese cricricri que parece el llanto de un niño enfermo. Pero en esta hacienda no hay niños enfermos. En esta hacienda nos ocupamos de ser fieles y dormir temprano con un padrenuestro, no más cae la tarde dormimos, igual a las gallinas tristes de los corrales que viven cacareando al sol, que sin el sol no son gallinas sino carne muerta con plumas.

Hacen bien los grillos en huir cuando sienten los pasos de la abuela, que es rápida aunque le duelan los huesos. El dolor se le ha incrustado en su mano izquierda, la mano del corazón. Son los huesos los traidores de la edad, carajo, dice siempre. El año pasado, en estas mismas fechas, soñó una noche que la selva había vuelto a ser roja. Despertó angustiada en la soledad de los pasillos de la hacienda, asqueada del mundo que había sido, asqueada de sus recuerdos y de sí misma, y por un momento tuvo ganas de que le fallara la mente o el corazón, que le doliera el pecho y le crujiera hasta que el esternón se le rajara. Se levantó de la cama dando voces. Llamó a Santa y a Lázaro, y desorientada caminó por la oscuridad sin ropa.

Esa noche escuchamos sus pasos por los corredores, de vuelta al

cuarto, algo más consciente ya de que había soñado con la selva hambrienta y de que su miedo no era solo pesadilla. Cabrona selva, puto mundo, me cago en todo, carajo, maldijo la abuela. Luego regresó al corredor y más tarde a los pasillos exteriores de la hacienda. Ifigenia trepó hasta la ventana y dijo que la había visto en pelotas. La abuela está encuera, susurró Ifigenia que a pesar de su ojo bizco tenía una predisposición natural de fiera para mirar dentro de las tinieblas, la abuela tiene la chocha pelona. Nos reímos bajito, masticando almohadas para que la risa no saliera por la puerta o se la encontrara Santa regada por los pasillos, que bien capaz era de eso y de más, de entrar al cuarto de repente y sorprendernos a cintazos, a cuerazos, a nalgadas hasta que escupiéramos la risa y la maldad a puro golpe. Tiene la chocha pelona y no para de mirar la selva, dijo Ifigenia en un temblor.

Ahí se nos acabó la risa. Ya no había motivo. Sobre su cama, Juanquito se puso pálido y empezó a sudar porque a lo mejor le había llegado la hora. Ifigenia se asomó por un resquicio de la ventana y todos preguntamos por el verdadero color de la selva. Es roja, es roja, es roja, queríamos saber, pero Ifigenia se encogió de hombros como si eso no le importara. No se ve nada raro, dijo al rato. Cómo no te diste cuenta antes, le peleamos, cómo que el rojo no se ve en la oscuridad, si vas a ser chismosa no puedes ser ciega. Ifigenia se encogió de hombros otra vez, resignada a que le escupiéramos su error. Volvimos a escuchar los pasos que se aproximaban al cuarto y retornamos a las camas, nos cubrimos las bocas: en la noche latía el corazón de todos a la vez, el de Juanquito más rápido que el de ninguno, el de Juanquito podía incluso escucharse en el silencio.

Ifigenia volvió a asomarse en la ventana.

Bájate de ahí, le gritamos, la abuela te va a ver. Obedeció casi enseguida. Saltó sobre el colchón lleno de chinches y anunció: no hay rojo en la selva, la abuela está más loca que nunca. En la hacienda nunca decimos la palabra loca. Es una mala palabra. De esas que no deberían existir. Da mala suerte. Y esa vez no fue la excepción porque en el mismo instante en que Ifigenia dijo loca, la abuela dio un grito y cayó al piso: se estrelló contra la madera y se escuchó un crepitar que daba miedo. Aun así, nadie se levantó de la cama, era mejor que la abuela se las arreglara sola antes de que supiera que habíamos estado espiándola y que Ifigenia incluso la había visto encuera, con la chocha pelona en el aire frío de la noche. Eso sí, rezamos por ella. Un padrenuestro. O dos. O tres. Nadie fue a ayudarla excepto Santa, que nunca duerme y que con excepción de la abuela es la única que soporta caminar por la oscuridad. Al abrirse, la puerta de su cuarto

rechinó óxido. Un poco después la escuchamos hablar en susurros.

Santa, no hay una sola luz en esta hacienda de mierda, mija, le dijo la abuela, una luego se cae y se rompe la crisma así como si nada. Usted prohibió la luz, mamá, recuerde, fue la respuesta. Antes de contestar, la abuela suspiró. Carajo, Santa, ni que yo fuera una vieja loca.

De nuevo la palabra maldita. Vaya con la abuela que se le ocurrió escupirla como si fuera un grillo. Nos persignamos en la cama. Incluso Ifigenia se persignó del susto: ella, que nunca dice un padrenuestro porque se aburre, se hizo la señal de la cruz en la cabeza y luego se tapó el ojo malo para no ver el horror del mundo a través de él.

Allá afuera continuaban las voces.

Bueno, mamá, no hay velas, qué se va a hacer ahora. Levantarme, mija, eso se va a hacer. Entre quejidos, Santa la ayudó a ponerse en pie aunque la carne de la abuela era resbaladiza en sudor y grasa. Mamá, usted está gorda, está pesada. La abuela se masticó la boca antes de responder. Estoy vieja. Gorda no, pero vieja sí. Los huesos mientras más viejos, más duros se hacen y eso es lo que pesa.

Luego volvió a quejarse del dolor en la mano izquierda. Un dolor crujiente que se le colaba por la espalda y el pecho, y que incluso le llegaba al coño y se lo atravesaba en dos. Era más difícil alzarla estando así, desnuda, sin nada de ropa que agarrar, pero Santa era fuerte. Logró que la abuela volviera a estar de pie y no se escurriera de nuevo al piso.

Un día se me va a reventar el corazón, ya verás, a golpe de pesadillas se me va a reventar. Santa no le preguntó a la abuela de qué pesadillas hablaba. Ya, mamá, no le dé más vueltas al tema y ahora regrese a la cama que se le hace de día aquí.

La abuela le lanzó un escupitajo a la oscuridad.

Sueños de mierda, dijo.

Mamá, no se ponga belicosa, que se van a despertar las crías, protestó Santa.

Seguro están despiertos todos, mija, esos chamacos son muy cabrones.

Desde las camas intentamos contener la respiración para que la

abuela no fuera capaz de notar que tenía razón, que los cabrones estábamos despiertos y escuchando, que incluso Ifigenia había mirado por la ventana y la había visto desnuda, que habíamos reído porque la abuela no tenía pelos allá abajo.

Contemplamos a Ifigenia al unísono y ella escondió el ojo malo detrás de las sábanas y no dijo nada más. Se quedó espiándonos con el otro, tan oscuro como era. Le sonrió a Juanquito, que aún temblaba.

Ifigenia no era como nosotros, aunque durmiéramos en la misma cama a veces y aunque le dijera también abuela a nuestra abuela. Y eso lo sabíamos desde siempre.

A dormir, gallinas, a dormir se ha dicho, carajo, fue el grito que se escuchó desde el pasillo.

En vez de obedecer, Juanquito se paró sobre el colchón lleno de chinches y se asomó a la hendija de la ventana. Tenía que estar seguro, por sus propios ojos, de que la selva permanecía tranquila.

En el fondo entendíamos a Juanquito. Su miedo era de alguna manera el que nos tocaría experimentar también en algún momento. Afuera, la abuela volvió a

quejarse de dolor en la mano izquierda.

Un infarto, preguntó Santa.

Un infarto será cuando yo diga, fue la respuesta.

Un grillo se atrevió a cantar en ese instante y la abuela lo aplastó sin misericordia.

Juanquito volvió a la cama. De momento, estaba a salvo. De momento, no iban a comérselo.

Santa

De momento, no iban a comérselo. No a Lázaro. Santa apartó el sueño y se revolvió en la cama. Aún no estaba despierta del todo, pero ya el sudor se le había colado dentro de la ropa. La cama era un sudario de calores. A veces tenía pesadillas así. Pesadillas donde su Lázaro no era nada más que un trozo de carne con nombre al que de seguro llevarían a la selva. Cómo luciría la mandíbula de la selva al masticar a alguien. En las pesadillas de Santa, las mandíbulas eran siempre cavidades con peste a vejez y hambre, un olor a boca en

espera, un olor a boca en pausa. Aquellos sueños olían, precisamente, a boca en pausa.

Se sacudió la pesadilla del cuerpo y se sentó en el borde de la cama.

El amanecer era caluroso. Una niebla de espuma y sudor se coló dentro de los ojos de Santa. Muy temprano aún para alimentar a las crías, pero la migraña no esperaba. El dolor le taladraba un hemisferio del cráneo y el borde del ojo, pico y pala en el borde del ojo, pico y pala en el hemisferio derecho. El dolor de siempre que estaba con ella desde que dejó de sangrar, desde que ya no paría, desde que Lázaro decidió quedarse en la terraza y no en la cama a su lado, quizás porque ya no era joven y no sangraba, quizás porque la ausencia de sangre desenmascaraba un olor a vieja que Santa no podía identificar, pero Lázaro sí.

El olor a vieja lo conoce desde hace mucho. Es el olor de la madre y de la casa, el olor de la selva. Casi veinte años trayendo crías al mundo era un tiempo demasiado largo, para Santa o para cualquiera. Por eso en la hacienda se envejecía más pronto.

Eran tan chulas las crías que Santa se las hubiera comido allí mismo.

Mejor no pensar en nada más. Se lavó la cara solo con agua y caminó hasta la letrina. Su cabeza latía, pico y pala, como si los ovarios ancianos se hubieran mudado para su cráneo. Mejor sería que una bandada de mosquitos la cubriera de pies a cabeza y le chupara todo: la sangre y el sueño, el cansancio y las ansias de comerse a las crías.

Santa reconoce la pestilencia de la vejez prematura. Está en su piel, es el sudor que se queda posado sobre las sábanas cuando se levanta en la madrugada y camina por la oscuridad de los pasillos, sin saber dónde coloca un pie y dónde el otro, guiada solo por el instinto y la memoria que tiene de cada tabla de la casa.

Tal vez la hacienda es como ella, no lo suficientemente joven pero no tan decrépita como para ser inhabilitada.

Ahora ya a nadie le preocupa que camine a solas por la oscuridad de los pasillos.

Antes sí. Antes era peligroso que una mujer preñada saliera al encuentro de los primeros árboles de la selva, en busca de alivio a ese

calor que cocina a las primerizas por dentro, sobre todo en los últimos meses de la espera. A nadie le preocupa ya. Si Santa tropieza con los tablones salidos en el piso de la terraza, esos que se han arreglado mil veces pero que siempre vuelven a levantarse como dientes careados no más llega un poco de humedad, si tropieza y cae nada importa porque el golpe solo será vacío: en la barriga de Santa no mora ni peligro ni existencia.

El olor a vieja prematura es también el olor de la libertad.

Hace más de dos años que no ha quedado preñada. Tres años antes, Santa comenzó a notar que casi no menstruaba. En los conteos periódicos, la madre se sentaba en el piso de la letrina frente a ella y anotaba fechas en sus tablones, las fechas que anunciaban el mejor momento del mes para dejarse preñar. Le pesaba las tetas en las manos como si fueran ubres para ver si los pezones estaban tersos o adoloridos, para ver si se le habían hinchado las manos, para notar si tenía granos en el contorno de la barbilla. Con regularidad milimétrica, la madre lo anotaba todo y Santa contestaba cada una de sus preguntas, incluso cuando la madre empezó a enojarse con ella porque la sangre ya no acudía regularmente a los treinta y un días del ciclo. Que sepas que me voy a dar cuenta si te tomas una yerba mala de esas que paran el útero, le amenazó la madre, no nos hagas eso, mija, sabes cuán importante eres para esta hacienda, el buen trabajo que has hecho todo este tiempo. Santa no supo qué decirle. De qué yerba mala hablaba.

De qué útero en pausa si el suyo nunca se detenía.

La madre la siguió observando. Santa veía sus ojos dondequiera. Como si los ojos de la madre se hubieran sembrado a su paso, no fuera que Santa acelerara en secreto la llegada de la vejez con trucos de yerbas. Incluso Lázaro la velaba mientras le hacía el amor con ojos de perrito jardinero y olor a humo en la garganta, incluso su mirada le reclamaba algo, pero qué. Santa abrió más las piernas y se montó sobre Lázaro, e imaginó la danza de los óvulos bañados en sudor. Por un segundo fue en contra de sí misma y se quiso preñada de nuevo, se quiso gorda, se quiso hinchada, todo con tal de que Lázaro dejara de mirarla con aquellas preguntas que ella no podía entender. Por qué envejecen las mujeres.

Por qué se muere la juventud así de repente, sin avisar y sin dar gritos. Por qué las mujeres deciden de repente tener migraña y ya no hijos.

Aquel mes, pico y pala, sangró dos veces. Tal vez era un aborto. Tal vez, pico y pala, las crías no se habían implantado lo suficientemente adentro como para continuar creciendo. Había sucedido antes, pero nunca a ella, sino a otras de las mujeres que había conocido a lo largo de todos aquellos años, a aquellas que abortaban hijos por accidente como si la sangre fuera un bien prescindible.

Luego de aquel suceso estuvo cuatro meses sin menstruar. En los tablones de notas de la madre, las fechas hasta entonces puntuales de Santa se convirtieron en una maraña que ya no permitía reconocer cuál era el momento preciso para la monta. En realidad, se hacía casi imposible saber nada de ella, porque un día se levantaba con calores y sudores, y al otro día con náuseas, luego con migrañas y un genio de diabla, con el corazón desbocado y sin conteo, y a veces lloraba en la noche oscura de la selva, y después quería acostarse sobre Lázaro y romperle las entrañas a golpe de pico y pala.

Lázaro dejó de dormir con ella porque Santa sudaba mucho en las noches, y era el sudor denso de los ancianos con miedo de la vida, el sudor denso de las yeguas luego del parto, el sudor de la fiebre amarilla y el de los envenenamientos de la sangre.

Enferma, pico y palo, de vejez prematura.

Los ojos de la madre se tragaron su enojo ante el paso de la naturaleza y el tiempo por el cuerpo de la hija. Fingía mal, porque su rabia estaba ahí, escondida como los perros jíbaros de la selva, sin decir nada para que Santa no estallase. La naturaleza era también jíbara y solo creía en su propio paso y en sus leyes, con ella no se podía negociar, a ella no le importaba que el mejor vientre de la hacienda hubiera dicho basta.

El precio de la libertad hacía que una mujer sin sangre entre las piernas tuviera que levantarse entre los primeros mosquitos del amanecer y echarse agua en el rostro.

Como si el agua cambiara las cosas.

Como si el agua refrescara las ausencias.

Como si el agua pudiera apaciguar aquella migraña que se extendía, pico y pala, sobre su ojo izquierdo, su frente y ahora también sobre su mandíbula.

El precio de su libertad tenía la forma de la ausencia de Lázaro.

Santa se había dado cuenta de que la miraba como si no tuviera ojos, como si Santa fuera un vacío hambriento de vacíos, como si por primera vez se diera cuenta de que en su pelo había canas y también en los vellos de su coño, como si le viera por primera vez las arrugas en la comisura de la boca y aquellas patas de gallina en el borde de los párpados.

A pesar de todo, Lázaro era un buen compañero. Jugaba con las crías. Incluso ayudaba a alimentarlas. Así las mantenía ágiles y sanas, casi felices, hasta que llegaba su hora de expiración. Para Lázaro y para la madre de Santa, que las crías vivieran felices significaba no solo que la carne iba a satisfacer por completo a la selva, sino también que en la hacienda aún se vivía bajo un molde parecido a la huella de la civilización.

Aquí no somos carniceros sino sobrevivientes, rezamos padrenuestros, aunque el resultado sea la misma mierda pa' todos, pensaba Santa con ironía. En ocasiones, Lázaro aún tenía tiempo para ella, le colaba una tizana de yerbas amargas y la contemplaba mientras fumaba con los brazos acodados sobre la mesa. Hasta la tizana tenía esa peste terrible de la vejez.

Santa aún está en la letrina. Observa su ropa interior como hace cada mañana. Es mejor comprobar que no ha vuelto la sangre, porque cosas así podrían sucederle en los primeros años. Bien que recordaba ella cuando su madre dejó de sangrar.

Bien que recordaba los ojos de la madre que la miraban como si en Santa estuviera todo el amor y la belleza. Ya no sangro nada, mija, ahora les va a tocar a ustedes dos, le había dicho un día, porque ya estoy vieja y no soy útil. A Santa aquello le había parecido atroz. Vieja la madre, se preguntaba, cómo que vieja, si tiene los ojos jóvenes, si está fuerte como la misma selva.

Pero en la hacienda la juventud se medía por la capacidad de traer crías al mundo.

Ahora también Santa, igual que la madre en su momento, se había convertido de un instante a otro en una anciana. Ya se sentía anciana. Ya miraba con ojos de vieja y tenía un hambre antiquísima. Se limpió el sudor de la frente y volvió a ponerse la ropa interior sin manchas.

Un día más en la cuenta de los días.

En la terraza, Lázaro todavía estaba dormido sobre una hamaca. La selva, inundada por la niebla, lucía en calma. Los amaneceres eran

precisamente eso, una mezcla de niebla y de vapor. Un mosquito trasnochado bebía la sangre de Lázaro, posado sobre su frente se alimentaba, engordaba por segundos, parásito feliz que engullía el cáliz de la vida y de la juventud, porque los hombres envejecen más lento que las mujeres, porque los hombres no menstrúan, no paren ni crían, sino que la naturaleza es bondadosa con ellos. Santa no espantó al insecto. Le pareció que el mosquito se vengaba en su nombre, que aquella sangre que bebía era precisamente la sangre que Santa quería llevarse a la boca o tener entre las piernas. Recordó de momento que lo único que le gustaba de estar preñada era el hecho de que Lázaro nunca se marchaba de su lado. Nada más le apetecía de toda aquella circunstancia: ni que le pesaran los pies y el cuerpo todo el tiempo, ni aguantar el dolor de los pujos, ni que al final las mandíbulas de la selva se llevaran lo que por derecho era suyo, sangre de su sangre, carne de su carne, olor de su olor.

Comer la carne de las crías no le estaba permitido.

A nadie. Ni siquiera a Santa, que tantas crías había traído al mundo.

Aquella era la primera regla de la hacienda.

La regla que sembraba las fronteras entre civilización y voracidad, entre civilización y la locura del caos.

La regla que, como un padrenuestro, la madre imponía sobre todos.

Pico y pala en la frente. Pico y pala en la mandíbula de Santa. El dolor de la migraña se extendió hasta el cielo de la boca. No podía observar la luz ingente del sol en su tapiz sobre la niebla. Entrecerró los ojos. Lázaro abrió los suyos:

—Qué mala cara —dijo.

Santa iba a afirmar con un gesto de la cabeza, pero se contuvo en el último minuto, no fuera que la migraña aún se hiciera peor:

—Cara ‘e mierda.

Lázaro aplastó al mosquito sobre su frente.

—A esta hora es que los putos bichos se alimentan, vete a dormir pa’l cuarto —

Santa se viró de espaldas para no fijar los ojos en un punto preciso del cuerpo del hombre—. La cama está sudada, pero al menos no te van a estar picando.

—Todavía es temprano para andar por ahí toda peleona —bostezó él.

Las viejas no duermen, pensó Santa y estuvo a punto de reírse en la cara de Lázaro, porque reír era todo lo que le iba quedando ahora que estaba, pico y pala, desnuda en la selva de la migraña. Al final, decidió quedarse callada. Los hombres no entendían las palabras. Estaban más allá de las palabras de una mujer.

Estaban más allá de las palabras de una vieja.

Santa sintió hambre igual que cada mañana. Pensó en la carne de las crías.

El sol comenzaba a nacer como una migraña ardiente.

La perra

El sol comenzaba a nacer como una migraña ardiente.

Los mosquitos se recogen hacia la selva. Lo más insistentes no se van. Se quedan aquí a picarte, a consolarte, a cantar sus canciones de mosquitos, a tocar la flauta dulce del olvido en tu oreja. Hay mosquitos casi tan fieles como los perros. O quizás no tan fieles porque los perros te marcan la vida, te muerden el corazón, te hacen madre, y si matan al perro no se acaba la rabia, sino que se siembra en lo más profundo de las tripas. En esas tripas latirá de noche y día. En esas tripas ladrará hasta que te toque el turno de morir o de tirar de una vez para la selva.

Hay perras locas. Como tú.

O no tan locas como tú, tal vez solo desesperadas, abrazadas al recuerdo que los mosquitos no se llevan de la sangre por más que te vacíen cada noche.

Una perra puede ser la madre de una desgracia.

Te suenan los huesos como suena el ánfora donde están los restos de Choclo. Un día abriste el ánfora para saber si a los huesos les había crecido carne y pelos, porque eso es lo que los huesos deberían hacer después de un tiempo de reposo.

Si no para qué sirven. Como perra desesperada husmeaste el ánfora para ver si habían cumplido con su cometido, porque todos saben que el dios de los perros es misericordioso y que si existe un cielo para los hombres debería existir uno también para los jibaritos buenos: los hombres matan hombres pero los perros no matan perros y eso los hace mejores como especie, más dignos de un paraíso. En el ánfora, los huesos descansaban desnudos, iguales que siempre, pelados y astillados, redondos y angulosos. Fue una desilusión verlos así. Batiste la urna entre las manos y el sonido de unos contra otros parecían cascabeles. O ladridos, mejor ladridos, ladridos de huesos.

Ver lo que alguna vez fue Choclo no te da calma, aunque sí algo de seguridad porque es mejor saberlos dentro de la urna, a resguardo de todos los cabrones de la hacienda, que imaginarlos tirados entre los árboles, sin un sepulcro santo. Te levantas todos los días y, mientras las nubes de mosquitos se sientan sobre tus brazos, coges el ánfora y los observas, sacas alguno, un pedazo de Choclo, y besas ese pedazo que podría ser hueso del cráneo o de las patas, segura de que todo estará bien mientras lo muerto permanezca contigo.

La vieja intentó hacerlo una vez, lo intentó la muy penca, acojonada por las mordidas que lanzabas al aire. Se acercó con cariñitos, te decía mija, amor de mi vida, nubecita, loca te me has vuelto, y te llamaba por un nombre que ya no usarías nunca más. Trataba de que ese nombre te invocara algo, una proporción de deseo o el miedo a esta condición en la que ladras y muerdes. Quiso quedarse con Choclo, con la urna, llamó a los cabrones para que la ayudaran y ellos vinieron todos, vinieron porque les gusta el espectáculo de la desgracia, el chillido de la perra a la que le iban a quitar lo único que le quedaba del cachorro.

Los cabrones eran duros y por dura que fueras ellos podían más. La vieja salió con el ánfora del cuarto, convencida de que ya no serías madre de perro difunto, sino la de antes, su hija, con nombre.

Ladrando la furia y la rabia del despojo, saltaste sobre el colchón meado y cagado hasta el asco, y te asomaste a la ventana acordonada por hierros que precisamente estaban allí para evitar que escaparas. Si querían perra mansa, no la iban a tener. Gritaste, escupiste y pujaste el horror del miedo cuando la vieja se fue al borde de la selva y abrió la urna.

Lo que la vieja no sabía ni tampoco sabían los cabrones es que eras una perra horrible de corazón prieto. Que aun desde el encierro podías ver los huesitos de Choclo abandonados en la selva. Que aun desde el

encierro ladrabas el espanto de saber que algo de Choclo podía perderse para siempre y que aquella sí iba a ser una desgracia, una desgracia tan grande como la de su asesinato porque si acaso existía el paraíso de los perros, entonces segurito que el dios de los jíbaros buenos iba a necesitar de aquellos despojos para traer de vuelta a Choclo.

Durante siete días contemplaste los huesos mientras te cagabas sobre la cama. La mierda sobre la mierda entre tus piernas, el orine sobre el orine, los pelos estropajosos envueltos en olor a muerte. Negada a comer, negada a beber, había que golpearte duro a veces, torturar tus patas para apartarte de la ventana y de los ladridos, y obligarte luego a tomar algo de agua que escupías enseguida y papilla de humano que también escupías porque todo tenía el sabor a Choclo desde que los cabrones te lo habían dado a comer.

Hijita de mi corazón, que te me vas a morir de hambre, mija, decía la vieja y quería acariciarte los pelos llenos de mierda y el corazón emplastado en orine.

Le lanzaste un mordisco tan grande que le habrías arrancado una mano si ella no la hubiera retirado a tiempo.

No se puede subestimar la resistencia de una jíbara huérfana de hijos.

Fue la vieja quien dio la orden de que te dejaran tranquila. Esa tarde se te permitió salir a la selva mientras los niños gritaban, una perra, una perra, una perra, al verte.

Recogiste los huesos de Choclo entre los árboles. Uno a uno. Los huesos iban pegados a ti como si estuvieran vivos, hasta que la vieja te dio un ánfora nueva, o tal vez la misma de siempre, solo que limpia, y dejó que los guardaras uno a uno, y que contaras tres veces por si acaso faltaba algún huesito pequeño.

Incluso te acarició la cabeza llena de mierda y de pelos enredados y no le lanzaste mordisco, no le arrancaste la yugular, porque a diferencia del resto de los habitantes de la hacienda, no estás loca ni eres una hija de puta como ellos.

Quizás la vieja te vio en los ojos el ansia de selva. En su mirada se incrustó un lamento de miedo. Las jíbaras son así, imprevisibles, y un momento se dejan acariciar y al siguiente escapan selva adentro. De inmediato te ordenó volver a la hacienda ahora que ya tenías los huesos. Prometió que serían tuyos para siempre.

De nadie más que tuyos, Ananda, pero vuelve tranquila al cuarto, mijita, y rompió a llorar a los pies de la selva, de ese dios que se alimenta de las lágrimas del mundo. Rota en sollozos estaba porque en ese momento vio que en tus ojos ya no quedaba ni rastro de Ananda, como tampoco había carne sobre los huesos de Choclo. Su única esperanza era amaestrar a la jíbara, lograr que aquella perra olvidara el miedo, tenerla limpia, tratarla como animal de su casa, pero ya no como una hija, porque la hija estaba muerta.

Algo latió dentro de ti cuando la vieja empezó a escupir a los cabrones que contemplaban el espectáculo. A todos les escupió la culpa y el asco, y les recordó quién mandaba allí, y que las cosas se hacían a su manera o no se hacían. Carajo, a mi manera o a ninguna, dijo, miren lo que le han hecho a Ananda, y quien tenga los ovarios de decirme que fue sin querer, le voy a rajar la boca a cintazos.

La amenaza surtió efecto porque todos guardaron silencio y por primera vez te miraron como si fueras un animal peligroso. La perra favorita de la vieja. Lo mismo que un día fuiste cuando eras humana: su hija favorita.

Aquel hubiera sido un buen momento para huir a esa selva que era un mundo más allá del mundo, y a la cual pertenecían todas las perras. No lo hiciste porque temías perder los huesos de Choclo, perder lo que quedaba de él en el camino, porque eras jíbara, pero en el fondo del corazón aquella selva daba escalofríos.

Junto a la vieja te quedaste, más amaestrada de lo que te gustaría admitir, y cuando todos los cabrones bajaron la cabeza y la anciana se cansó de gritar su furia, esa furia sin remedio porque ya nada se podía hacer con ella salvo sacársela de adentro, empezaste a ladrar.

Y desde entonces lo haces todos los días, por ti y por Choclo, cuando te pican las garrapatas de la memoria y sientes incluso que, si quisieras, podrías tocar con un dedo aquello que Ananda fue una vez. No hace falta la memoria. Para qué necesita una perra tenerla salvo para recordar que se mea en un rincón y que se come con las patas delanteras. Para qué se necesita sino para saber lo que te hicieron.

Para saber y no olvidar.

Ellos se llevaron a Choclo.

Ellos se llevaron a Ananda.

Y te dejaron a ti, jibarita y ladradora, que esperas la llegada del

amanecer porque la vieja viene y, si está de buen humor, alguna que otra vez te saca amarrada a respirar el aire libre. Bípeda o cuadrúpeda serás siempre para ella la hijita loca, la hijita rota y perdida.

Desde las rejas en tu ventana ladras a la selva, al perro enorme que hace mucho asoma el hocico entre los árboles para husmearte y a la niña que salta en el patio y que huele a muerte.

Ifigenia

Huele a muerte. Quizás el hedor provenga de la selva, donde se pudren cosas que nadie ha visto a la luz del sol. A lo mejor se trata de Santa, que corta cabezas de gallina con una pericia de matarife a sueldo. Ifigenia no le dice mamá. No le dice madre. Ya es demasiado tarde para llamar así a una mujer que sabe decapitar de ese modo y que se ha pasado toda su existencia esquivando su mirada.

Una cría sabe bien cuál es su lugar. Siempre.

Para Ifigenia todos los días son prestados desde hace mucho tiempo. Odia a los habitantes de la casa. A Lázaro cuando regresa de la selva con ojos asustados y se sienta a tirar humo por la boca. Odia a la perra con mirada de mujer que le ladra, desde el umbral de su locura, cada vez que Ifigenia sale a coger el sol.

Odia a Santa y también a las crías que son como ella: seres atrapados en el umbral de la vida y de la muerte mientras rezan padrenuestros y esperan despierte el hambre de la selva.

Es hipocresía incluso que le hayan puesto un nombre. Diga lo que diga la abuela, haberla nombrado fue un acto de crueldad. Cuando nombras a una criatura, sea humana o gallina, puerca o yegua, le confieres una identidad, una dignidad, un espacio en el mundo: junto al nombre se regala un tiempo y un derecho a elegir sobre el propio cuerpo. Nadie mataría a una yegua llamada Ifigenia. Al menos no en esta hacienda. Pero sí matarían a una niña llamada así.

A ojos de los adultos, Ifigenia es menos que una yegua con nombre.

Ella lo sabe, y saber algo es liberador, dice la abuela, es mejor saber que desconocer, aunque en el fondo duela igual.

Con la abuela es distinto. A ella no la odia tanto. Ifigenia se ha preguntado por qué no lo hace, si es quien rige este lugar, si constantemente la vigila como la carnicera que es. Debería. Debería

odiarla. Pero no puede. Quizás porque recuerda demasiado bien cómo la abuela la acunaba entre los brazos cuando era chica y le daba sillón en las noches, y cuando los mosquitos eran más salvajes se la llevaba entre los brazos con un gesto que nunca había sabido diferenciar si era crueldad o ternura, o ambas cosas a la vez.

En los ojos de la abuela, Ifigenia casi podía sentirse amada en ocasiones. Cada vez que intenta odiarla, los recuerdos la llevan precisamente a ese espacio de su memoria, cuando era chica y cabía entre los brazos de la anciana, y el sillón se movía hacia adelante y hacia atrás como el vaivén de las hojas más altas en la selva. Entonces la abuela le cantaba canciones en las orejas, bien suave para no espantar el sueño.

No ha aprendido a odiarla. No puede. Pero sabe, y saber es liberador, saber es la llave que abre todas las puertas del mundo, incluso aquellas que Ifigenia nunca podrá cruzar porque su tiempo se agota. Dentro de poco, Ifigenia no será Ifigenia, sino un trozo de carne que servirá como tributo allá en la garganta más profunda de la selva, adonde nadie va, salvo la abuela, en contadas ocasiones.

Aún no es la hora del desayuno. La niña prefiere caminar en estos instantes en que todavía no hay nadie despierto. O casi nadie. Santa está allá atrás, en el jardín, con sus gallinas, devolviendo la furia que se la come por dentro mientras machaca huesos y pescuezos, y llama a las gallinas infelices, tititi, con ojos de madre. Las gallinas tan estúpidas le creen y se acercan, se entregan, y ella hace entonces su trabajo. A veces Santa les pica las cabezas y las deja sufriendo, en una danza ciega donde las decapitadas caminan y corren aún varios pasos mientras sueltan por una hendidura negra un río de sangre que parece infinito. La niña observa entonces el rostro de Santa que ríe, porque el dolor de los otros amansa el suyo. Nadie se da cuenta de que tras esa risa hay una locura más honda y secreta que la de la perra.

¿Por qué las gallinas no huyen? ¿Por qué no tiran para la selva en vez de entregarse?

En la hacienda se escuchan las primeras voces. Ifigenia no les presta atención.

Teme la idea de la muerte, pero la busca. Por eso camina todos los días hacia el patio trasero y se oculta a medias tras unas tablas picadas. Allí permanece muy quieta y observa a Santa, rabiosa, casi una anciana ya, que les hace a las gallinas lo que en realidad desearía hacerle a Lázaro.

Todos en la hacienda lo saben: Santa ya no pone huevos. El tiempo la ha desahuciado. Ifigenia se ríe porque la risa es parte de su venganza y está en todo el derecho de burlarse de los dolores ajenos, ella que es un dolor con forma de niña.

Un día le preguntó a Santa si Lázaro era su padre, si de Lázaro había partido el grano de maíz que armó su cuerpo, su boca, su ojo sano, su ojo bizco, ese que no la ayudaba a enfocar bien los paisajes y que Ifigenia prefería tapar a veces con una mano, y otras dejarlo libre y salvaje. Quería saber porque todos en la hacienda decían que sí, que Lázaro era su hacedor, que la combinación de Lázaro y Santa era muy efectiva, daba siempre crías sanas. Pero Santa también había quedado preñada de algunos extranjeros que habían llegado de la selva, ya que la abuela insistía en que no era prudente aquella repetición de enlaces genéticos siempre iguales. Por buena que fuera la mezcla, lo reiterado conducía siempre a la podredumbre.

Ifigenia quería conocer la verdad. Hija de Lázaro o hija de alguno de los forasteros que ya nadie recordaba. Hija de nadie, hija del aire o de la selva.

—¿Y cómo quieres que me acuerde, niña? —fue la respuesta de Santa—. De esas cosas tu abuela sabe más que yo.

Ifigenia la miró con roña, fijó su mirada negra en la mirada también negra de Santa, como si las dos oscuridades fueran a engullirse de un momento a otro.

Santa se la sostuvo. A ella sí que no le importaba que aquella niña condenada a muerte tuviera necesidad de saber o guardara tanto odio adentro. El miedo era una palabra grande y sagrada para alguien que, como Ifigenia, vivía siempre en ese estado sostenido, en un terror que comenzaba a difuminarse en cierta forma de normalidad. Aquella fue una de las pocas ocasiones en que Ifigenia sintió verdadero pánico.

Pánico ante aquellos ojos y a la selva escondida en los ojos de la mujer.

Durante el tiempo que le aguantó la mirada, Ifigenia vio que la oscuridad no era más que el reflejo del fango aposentado dentro una mente. Se sobrecogió porque supo que, para Santa, ella no era más que una gallina que hablaba, una gallina inoportuna con la que algún día podría hacerse un buen caldo y una pechuga jugosa.

La palabra jugosa la estremeció de los pies a la cabeza.

Era la primera vez en su vida que se había sentido comida.

Nunca antes se había dado cuenta de que el hambre de la selva era una amenaza constante, sí, pero aún alejada en el tiempo, separada quizás por meses o años.

Aquellos meses o años eran, pese a todo, una promesa de tiempo regalado. Pero allí, frente a Santa, no había tiempo y la inmediatez era terrible.

La inmediatez de su hambre, de su ansia de carne humana, era terrible.

Ifigenia retrocedió y casi abrió la boca para gritar en busca de ayuda.

Fue entonces que Santa abandonó aquella sonrisa y habló nuevamente:

—Alégrate de morirte joven y apetitosa, niña. Alégrate de que te vayan a comer por ahí. No es un destino tan malo.

Ifigenia dio otro paso atrás.

—No tengas pena de ti misma. La pena hace que la carne sea menos rica.

Pregúntale a tu abuela. Tienes que morirte feliz, de otra manera tu carne va a saber a moho.

Hubiera querido correr, pero sentía las dos piernas demasiado pesadas.

—Alégrate. Yo me hubiera querido morir joven, pa' que sepas. Es bonito morirse joven. Pero a mí no me marcaron y a ti sí, la vida es una mierda, Ifigenia. Así que te acostumbras o tiras pa' la selva a ver qué hay allá adentro.

Hubiera querido correr.

—Las viejas no podemos escoger. ¿Escoger qué y pa' qué? Cuando no era vieja me tendía en la cama y esperaba que fuera Lázaro el que viniera. Que cuando abriera los ojos, Lázaro estuviera allí, adentro mío. Pero no siempre era él. Y

cuando era otro, dolía bastante. ¿A ti te duele la chocha, Ifigenia? A ti nunca te va a doler y eso es bueno, porque el dolor de la chocha

es el dolor de una hembra que se rompe. A ti no te van a romper, alégrate. ¿Pa' qué quieres saber quién es tu padre?

Dijo padre como quien hubiera podido decir mierda.

Ifigenia no contestó, pero dejó de retroceder y se quedó quieta.

—¿Por capricho quieres saber? Pues ya está —Santa chasqueó la lengua e Ifigenia se dio cuenta de que tenía los dientes sucios—. Tu padre fue la selva.

Vino por la noche y me abrió las patas. Estaba frío y lleno de mosquitos. Yo no quería abrir los ojos, Ifigenia, pa' no verle la boca. Sabía que la selva tenía boca.

Le olí el aliento, eso sí: peste a yerba y a gente muerta. Y no debí abrir los ojos nunca, niña, no debí pero lo hice, porque la curiosidad mata y la curiosidad tira pa' la selva. Tenía un ojo igual que tú. Eso lo heredaste de tu padre —se rio, un cacareo, y luego dijo—: Me contó que te iba a cobrar cuando tuvieras once, Ifigenia. ¿Qué edad tienes ahora, eh?

—Once —balbuceó la niña.

—Entonces te va a cobrar en cualquier momento, pa' que sepas. Te va a cobrar y te va a masticar allá adentro, entre los bejucos y las flores. Te va a masticar hasta que seas trocitos de Ifigenia. Y cuando solo seas hueso y carne viva, cuando se te vean las entrañas, solo entonces es que la selva va a parar. Entonces podrás volver a casa. Podrás volver a la hacienda. Aquí te vamos a esperar con las bocas abiertas —su voz se hizo ronca de un momento a otro—: Si tu carne tiene buen sabor pa' la selva, pa' mí también seguro.

Ifigenia se obligó a liberar sus pies de las raíces que la mantenían sometida. El primer paso fue el más difícil. Pensó que no podría moverse, pero luego de levantar el pie fue capaz de correr, cada vez más ligera, mientras la sonrisa de Santa se quedaba atrás, junto a las gallinas.

Desde aquel encuentro con Santa, Ifigenia se mantiene a una distancia prudente de ella. Pero esa distancia no es, en el fondo, tan extraña ni tan exacta, porque en la niña moran unas ansias monstruosas de saber de las oscuridades, las locuras y los secretos ajenos, de todo ese dolor de los otros que es más fácil de contemplar que el propio. El dolor ajeno es su verdadero padre, el que de verdad puede un día cobrarla. Ifigenia lo rastrea. Por eso anda hasta la

ventana que separa el mundo delirante de la perra del mundo delirante de la casa, va y se asoma, contempla a la perra revolcada en su sudor y sus recuerdos, con la urna del perrito muerto contra el pecho.

Verla así hace que Ifigenia tenga deseos de reír y de correr, incluso de vivir, qué linda es la vida cuando los otros sufren. Al rato se da cuenta de que el dolor perenne que siente en el bajo vientre comienza a difuminarse y que es sustituido por un humedal, un rocío entre las piernas que le da cosquillas y ganas de rascarse la ropa interior con un dedo.

Si uno de los niños llora porque le obligan a comer quiera o no quiera, Ifigenia lo observa desde lejos, pero siempre lo suficientemente cerca como para poder atrapar algo de aquel desconsuelo tan negro que se traduce en humedad. Ifigenia se bebería las lágrimas de todos, las de los nenes que sollozan cuando las chinches les pican, la rabia de Santa que mata gallinas para ralentizar un poco aquella furia que la roe por dentro, incluso la tristeza de la abuela, que es una selva de tristeza. Ifigenia pondría la boca debajo de todas aquellas lágrimas y las recogería con la lengua, y se quedaría allí para siempre, bebiendo agua de la fuente sagrada del dolor ajeno, la fuente de toda buenaventura, la fuente del placer.

Por eso, aunque le teme, no puede alejarse por demasiado tiempo de Santa. Estar junto a su furia la alimenta. Escondida detrás de las tablas, Ifigenia ve cómo Santa les da golpes a las gallinas, las llama y las patea, tititi, y las muy estúpidas se alejan, pero regresan de inmediato. Capaz que las gallinas se parezcan a Ifigenia, capaz que sean igual de estúpidas. Santa corre detrás de los cloqueos y agarra a una gallina gorda, buena para el caldo, la noquea de inmediato con un golpe de las manos. Qué débiles son los cuellos de las gallinas estúpidas, qué fácil se rompen. Ifigenia siente una punzada de desilusión porque esperaba que Santa disfrutara más la faena de torturar a la gallina de turno, pero parece que hoy no tiene tiempo porque solo le estira el cuello, duro se lo estira, hasta que el cuello de goma y plumas se parte.

Brota la sangre y la entrepierna de Ifigenia se vuelve jugosa.

En la distancia, las manos de Santa parecen cansadas. Se rasca la cabeza y la mandíbula con sus dedos ensangrentados, y deja caer la barbilla sobre el pecho por un segundo. Le ha quedado un bonito dibujo sobre el rostro. Parecen lágrimas. Aunque Santa no llora, su cuerpo sí, y a Ifigenia eso le basta. Se va dando salticos. Es bueno

saltar, mientras más alto mejor, porque en cada salto puede comprobar que el corazón es una burbuja que se eleva. A lo mejor la felicidad es eso, una burbuja que se eleva y un corazón que no se siente preso.

No lo sabe, pero la felicidad es, sin duda, algo más: una entrepierna húmeda, que con cada salto se roza. Ifigenia brinca y pega las piernas hasta reventarse, hasta oprimir los muslos y sentirlos salados. No para, brinca y brinca, de cara a la selva y su belleza, hasta estallar.

La vieja

De cara a la selva y su belleza, hasta estallar, luego de la mala noche. Este es mi sitio. Carajo, recuerdo bien aquel año en que comimos grillos y matamos ratas.

Estábamos acabadas de llegar. Acabaditas de llegar. Santa preguntaba si las ratas eran gaticos. Tienen bigotes, miaumiau, decía y les cantaba, un bigote, tres bigotes, cinco bigotes, miaumiau. La puse encima de la mesa para no gritar de espanto y asco, porque en la oscuridad de la selva no valían las canciones de las chamacas ni los miedos de una madre. Aquí vencía la ley de las ratas, aquí el reino era de ellas, y nosotras las intrusas.

Nunca había matado un animal tan grande.

Carajo, la sangre de una rata enorme es capaz de saltar y esparcirse por todos lados. La vida es un asco, que me diga si no el que aún tenga ojos y no quiera ver. Un bigote, tres bigotes, cinco bigotes, miaumiau. En un rincón vi la sombra de aquel bicho. Se intentaba arrimar a la mesa. Pensé que iba a saltar sobre ella de un momento a otro. Que aquella cosa bigotuda había olido a Santica y que le iba para arriba, carajo, a mi hija no, a mi hija no, carajo, la furia de las hembras es negra e infinita, así que cogí una tabla, podía ser una herramienta perfecta para matar. Mientras Santa cantaba sobre los bigotes de aquello que imaginaba gato, golpeé y golpeé la cabeza, el cuerpo, las cuatro patas, miaumiau, del monstruo oscuro.

La sangre salpicó el vestidito de encaje de Santa. El único que habíamos podido traer de nuestra antigua casa, una de las pocas cosas que recordé ponerle arriba cuando escapamos. Santa vio la rata aplastada y la mancha de sangre en el borde del vestidito y se puso a llorar de inmediato, pero no por la sangre ni por la tela jodida, sino por la rata transmutada en gatito pequeño en sus ojos de chamaca.

Miaumiau, mamá mató al chato, decía, el chato se murrió.

La cargué en los brazos, carajo, y me puse a cantarle en la noche sombría, a ver si los berridos no nos desgraciaban a ambas, a ver si los berridos no atraían de la selva a la madre rata que seguro buscaba a su cría, a esa cría que yo había matado. Bajo las sombras de la noche, la imaginación de una madre puede dispararse. El llanto de Santa era tan sobrecogedor como el silencio de la selva.

El llanto de Santa era mi responsabilidad.

Recuerdo que entonces todavía me importaba ver llorar a un niño.

El chato, el chato. A lo mejor recordaba que en la otra casa habíamos tenido dos gaticos, uno amarillo y blanco, de ojos azules que eran toda la tristeza del mundo. Carajo, qué gato con ojos tan tristes. El otro bicho era negro, no tenía nada especial excepto su disposición a perseguir a Santa, a dormir con ella en la cuna si yo no me daba cuenta y lo sacaba. Abrazados los vi a veces, a la chamaca y al gato, como dos hermanos.

Me puse dura porque el miedo hace eso, o te acojona y te deja vacía, temblando en los rincones de una casa que pese a estar llena de ratas te parece un milagro, o te hace crecer los ovarios. Te los hace crecer hasta que son más grandes que la casa, más grandes que las ratas, carajo, más grandes que la mancha de sangre en el vestido de encaje de mi chamaca. Casi tan grandes como la selva, pero siempre más pequeños que las lágrimas de una hija. Aguanté a Santa por los hombros para que también ella se pusiera dura, para que dejara de pensar en los gaticos, para que olvidara de una vez por todas lo que fue antes en aquella otra vida que apenas alcanzó a conocer.

Me miró.

El miedo de los niños te acojona o te deja vacía.

El gato se murió y la rata también, carajo, le dije y le enseñé el borde del vestido manchado de sangre, se murieron y bien muertos que están, ahora te callas o te callas, si no quieres cuero.

Una chamaca tan pequeña no podía entender seguro ni la mitad de las cosas que le dije, esas cosas que me pesaban en la boca, que me agriaban la lengua, pero sí comprendía demasiado bien cuánto pesaba el miedo y lo que significaban los gritos que mi boca se aguantaba. Tan chiquita Santa, con aquel encaje manchado en sangre, con sus pocos dientes, se tragó el llanto y me miró.

Desde entonces lleva toda una vida mirándome con odio.

Ambas llevamos toda una vida mirándome así.

Aquella fue la noche más negra de todas. La única claridad venía de los cocuyos y de las luces raras que brillaban en la selva. Los fuegos fatuos de los muertitos niños, pensé, o tal vez los ángeles de las ratas subidas al cielo. Padre nuestro, el rezo me salió de la boca, protégenos de toda la oscuridad como las madres protegemos a nuestras chamacas.

Todavía cantaban los grillos cuando Santa se durmió sobre la mesa, cansada de todo, del miedo y del hambre. De momento, la mesa era el lugar más seguro que había encontrado para mi chamaca. Ella no quiso que le pusiera una mano por arriba, ya se estaba destetando de mi amor, ya se estaba liberando de mí. En sueños abrazó el vacío y me pregunté a quién o a qué abrazaría, hasta que me di cuenta, carajo, hasta que recordé al gato negro de nuestra otra casa, su hermano de sueños, al que abrazaba así para dormirse.

Velé a la chamaca y a tientas intenté organizar un poco aquel mundo de trastos y de polvo al que habíamos llegado. Siempre con el padrenuestro en la boca, por si nos atrapaban los milicos, al menos morirme confesada. Las ratas se escurrían entre mis piernas y yo las pateaba. Las pateaba y me chillaban, y yo les chillaba de vuelta, carajo, aquellas ratas de mierda estaban en todas partes, en el cielo y en la tierra, en la selva y los recuerdos, ratas como dioses y dios convertido en rata. Quería que cuando Santa abriera los ojos no viera tanta desolación. Que algo, en aquel nuevo destino, le pareciera casi normal. O no tanto una pesadilla.

Un par de horas después estaba agotada de tanto hurgar en el desastre. Con la vista rota de mirar hacia lo oscuro. Aullaban los jíbaros en la selva. Quise olvidarlo todo y cerrar los ojos, pero cuando el miedo hace que te crezcan los ovarios y se te vuelven tan grandes que en vez de ojos tienes óvulos en la cara, dormir es una tarea imposible. Creo que desde entonces no he dormido, sino que me he pasado noche tras noche, carajo, noche tras noche matando ratas imaginarias, a la espera de que regrese el sol, a la espera de que las luces de la selva no sean muertos, a la espera de que los sonidos de la noche no sean las mandíbulas, a la espera de que haya sido un mal sueño todo, desde el comienzo hasta el fin, a la espera de que algún día me despierte joven y recién parida, y descubra que mi chamaca todavía es pequeña y dice chato y miaumiau.

Carajo, la vida se va tan pronto.

Pero la vida también te acostumbra, eso hay que reconocerlo, a tener el estómago fuerte. Te da pellejo duro después de los palos. Se te pone la carne llena de púas. En aquel tiempo, ver cadáveres aún me daba una sensación de calofrío, de buche amargo, yo no sé qué me daba cuando veía cuerpos por ahí, pero eso se ha ido, todo eso se ha ido, como se fueron también los ojos de chamaca de Santa, porque nos hemos puesto duras y nos hemos hecho viejas aquí, a los pies de la selva.

Recuerdo…

Recuerdo que, al otro día, cuando mi chamaca abrió los ojos, tenía el cuerpecito duro y frío, y la mirada le había cambiado. Carajo, cómo me dolió eso entonces.

Ahora ya no, porque no me acuerdo muy bien de cómo eran esos ojos antes. La vida te acostumbra a olvidar. Santa tenía sus ojos nuevos para descubrir aquella nueva vida, y yo había amontonado varios cuerpos de ratas debajo de la mesa.

Un bigote, tres bigotes, cinco bigotes, miaumiau. Santa me miró e hizo un puchero, la boca recogida, el grito adentro para llamar a mamá, y de repente tuve muchas ganas de que me llorara así, de que se rompiera mi hija, a ver si debajo de esa niña hecha en molde, carajo, estaba aún Santica. Pero no. Ella recordaba bien que el chato negro estaba muerto. Que mamá había asesinado a otros chatos. Se tragó hasta la última lagrimita y no dijo nada. A quién iba a llamar, si la madre frente a ella no era la madre de antes. Si Santa misma ya no era la chamaca de antes. Si en la soledad no había nadie más que la ayudara.

Solo yo. Y yo no era buena.

Esa tarde comimos grillos. Mejor que la carne de rata, pensé. Santa se los tragó sin preguntas y dijo que estaban ricos y salados, aunque en realidad eran caparazones duros y nada más, con algo de pulpa amarga por dentro. Carajo, la hacienda estaba llena de grillos y de bichos, y de una esperanza de vida que me dio calofrío. Parecía que la hacienda entera fuera una boca que nos iba dando su comida, sus despojitos ya masticados, para que las intrusas no se murieran de hambre.

Y no, no nos morimos.

Incluso después, cuando ya teníamos las primeras gallinas que ponían huevos manchados de mierda, Santa prefería comer grillos. Se iba para los rincones oscuros a cazarlos, y la hacienda como una abuela complacida se los entregaba a veces, le enseñaba dónde podía encontrar el filón de su deseo, cómo identificar el canto de los grillos más gordos y arrancarlos de los lugares húmedos. Carajo, y mientras yo con mis huevos, mientras yo que solo pensaba en limpiar la mierda de los huevos, de apartar de ellos todo rastro del culo de las gallinas, y Santa en su caza de grillos, indiferente a todo, con sus ojos que daban calofrío aunque todavía dijera mamá.

Lo recuerdo.

Recuerdo mejor que todo en mi vida aquellos primeros meses en que solo éramos ella y yo en la hacienda. Ella, la selva y yo. Solas las tres. Ella, la selva, la hacienda y yo. Solo nosotras cuatro. No parecía la felicidad, pero al menos era una pausa, carajo.

Lo cierto es que el tiempo vale menos que las cagadas de las gallinas. Se va rápido y no regresa.

Luego de la pausa llegaron los otros. Los extranjeros. Y así acabó la paz y empezó el tiempo de saber, carajo. Las sombras venían y se iban. Las parturientas y los chamacos solitarios. Luego, los hombres que la selva traía para aparearme, para sacarme crías de la panza, para cobrarme en carne el derecho a vivir. Algunos estaban perdidos, ni siquiera sabían cuánto tiempo llevaban en la selva y hablaban como locos sobre los horrores que habían visto allá adentro. A esos me los llevaba rápido hacia el cuarto, para montarlos enseguida, para que mi coño caliente les hiciera olvidar. Otros eran más cuerdos. Cuando aparecían en las lindes de la selva ya venían con hambre de hogar y de familia, con hambre de quedarse un rato luego de una marcha demasiado larga, y se aposentaban en la hacienda como si fuera suya. Uno de ellos se quedó durante tanto tiempo que incluso hoy me acuerdo de cómo se afeitaba la barba con el cuchillo y de sus manías al cocer yerbajos en la mañana para hacer gárgaras.

La vida en la hacienda se ha parecido un poco a la vida como hubiera sido en cualquier otro sitio: hombres que vienen y se van, mujeres perdidas, niños que criar como si fueran propios.

Lo jodido era usar los cuchillos. Lo jodido era sentir aquel calofrío en la garganta cuando un chamaco nacía y la selva venía a reclamarlo. Al principio no daba tiempo ni de encariñarse porque los chamacos eran pocos y la selva se los llevaba pronto, a los tres, a los cuatro

años, a uno se lo llevó con apenas unos días de nacido. Era más fácil en esos tiempos. Más fácil para mí. Estaba joven y no me aferraba demasiado. Había que cumplir la tarea: se iba a la selva, se usaba el cuchillo, intentaba no ser cruel. Pero la selva ha aprendido tanto como yo en este tiempo. Carajo, aprendió que esperar era bueno, que hay más carne si se deja que los chamacos florezcan un poco.

Algunos han llegado a tener catorce años en el momento de su sacrificio.

La propia Ifigenia, carajo, ya tiene once.

Los ha ido añejando, la muy cabrona.

No quiero acordarme de Juanquito.

Santa me dice que es mejor no recordar, que para qué me pongo a recordar tanto, que para qué le pregunto de cuánto se acuerda ella. Va y tiene razón. Bastante vieja está para que le dé un sopapo y le diga que se hace lo que me sale de adentro. Ya es demasiado tarde. Floja me he vuelto. Miedosa. Una chamaca con piel de anciana, porque al final, carajo, la vida es un asco, y en hija de mi hija me convertiré en cualquier momento, si es que no lo soy ya. Todo lo dura que fui con ella, todos esos ojitos lindos que maté, todas esas lagrimitas suyas que le rompí a lo largo de tantos años, a esas ratas que masacré a tablazos mientras Santica pensaba eran gatos, y al gatico amarillo y blanco que tiré por la ventana de nuestra casa en la ciudad con tal de no comérmelo, y al otro que retuve con nosotras, el gato negro de Santa que no nos mató el hambre pero que al menos sí que nos salvó de morirnos de hambre, todo eso que hice entonces y después, mi hija me lo hará pagar.

Porque la vejez es el tiempo en el que nos cobran las deudas.

Y sin deudas me voy a ir de esta vida, carajo.

Sin deudas y sin hijas.

Por las mañanas, Santa viene a ayudarme. Desde aquella caída de mierda, carajo, me duelen los huesos del pecho. Tanta vida antes y una se viene a rajar el día en que ya no puede permitirse una flojera. Seguro me partí una costilla, qué sé yo, o el corazón que se me ha hecho una cagada de gallina. Tan chunga no estoy aún, me digo a veces. Dejo que Santa me tire una mano, que me ayude a salir de la cama sudada, que me ayude con el brazo malo.

Aprovecho esos minutos para mirarla. Los aprovecho para sentirme cerca de ella, para beber el calorcito de la piel de Santa, que me recuerda su olor de niña, aquellos tiempos que ella misma me dice no recuerda. Pongo la cara dura de todos los días para que no vea que estoy blanda. Ganas tiene. Ganas de darse cuenta y de mandar ella. Se piensa que ando chunga o que solo tengo ojos para la selva, pero se equivoca, una siempre sabe, una madre siempre sabe, y yo sé que hace mucho no soporta que le den órdenes. No soporta mis órdenes, carajo.

—¿Te acuerdas, Santa, ¿mija…? —le pregunto en voz baja y no me deja continuar.

—Ay, no, mamá. Por favor, otra vez eso no. ¿Usted no se cansa?

No soporta tampoco que yo tenga buena memoria.

Le pego los ojos en la frente. Los ojos duros que hacen que baje la mirada y que se acuerde de esa otra imagen mía, la antigua, la de la mujer que mató ratas a tablazos.

—¿Usted no se cansa? —repite más bajo.

No me canso.

—¿Te acuerdas de cuando vinimos a la hacienda? —insisto.

—No, mamá, de na'.

—Carajo, pero sí te acuerdas de comer grillos. De eso sí. Empachos de grillos que tenías.

—Mamá, me parece, pero no sé. Hace mucho de todo eso.

—Yo te quería dar huevos porque había encontrado las primeras gallinas. Pero qué va. Ni manera de que Santa quisiera huevos. A veces tenía ganas de matarte.

Eso de comer tanto grillo no era saludable. Pero ya ves —le amaso un hombro—, buena saliste. Fuerte.

—Ya me ha contado lo mismito en otras ocasiones. ¿Se acuerda usted?

—Me acuerdo. De todo. Lo bueno sería no acordarme de todo, carajo. Pero los viejos si no están chungos son como los elefantes, lentos y pacientes.

Masticamos los recuerdos y así nos mantenemos vivos.

Me acuerdo. De todo. Incluso de esa vez que se perdió en la selva.

De cómo se perdió en esa selva que antes me había regalado gallinas, en un intento de cambiarme las gallinas por mi hija.

Carajo: gallinas por hijas, carne por carne.

Me acuerdo de cómo la selva me la sacó cuando huíamos, de cómo se llevó a Santica hacia sus entrañas. Ojalá no tuviera memoria.

—Me acuerdo de la selva y de ese día. Me acuerdo de mis gritos, de cómo sonaban los gritos. Tú nunca has gritado así por ninguno de tus hijos. ¿Por qué no?

Santa está de rodillas, intenta ayudarme con los zapatos, pero detiene el gesto un segundo:

—Ya está, usted quiere desgraciar el día que no más empieza con esas historias de hace años. ¿Pa' qué le sirve a usted tanto pensar en lo mismo?

—Carajo, te tienes que acordar, Santa.

La vida es un asco, pero todas las mañanas sale el sol. Sale aunque yo no quiera.

Sale porque el sol no se manda, coño, porque la vida es un asco y hay que aguantarla. Después de esta vida no se sabe qué habrá, si mandíbulas, si vacío, si más asco, si más grillos, si insomnio y pesadillas, si más y más selva, si dios a las puertas del padrenuestro en mi boca. A lo mejor eso es todo, a lo mejor la muerte es todo este asco unido en un mismo montoncito. A lo mejor recordar es también todo este asco unido. Santa me mira con su cara endurecida, con esas ojeras que quieren silenciarme y que tanto se parecen a las de mi rostro. Se parecen tanto que me pregunto si detrás de esa cara no estaré yo, si no seremos la misma mujer en dos cuerpos y dos tiempos diferentes, si detrás de esas patas de gallina en sus arrugas de verdad no recuerda o no quiere recordar.

O si me miente.

Ahora, después de vieja, me interesa saber cuánto pesa la mentira.

—Pero te acuerdas de los gatos. Al menos de los gatos sí te

acuerdas.

Santa pone cara de fastidio. Creo que es una mueca de fastidio, carajo, porque eso es lo que hacemos los viejos, joder con preguntas, insistir hasta que nos dan lo que queremos.

—Cuando llegamos aquí todo esto andaba lleno de ratas, Santa. Yo las mataba y tú te ponías a llorar porque pensabas que las ratas eran gaticos.

No dice nada, pero se apresura en ponerme los zapatos. A ver si así termina pronto, si se le acaba el suplicio de permanecer al lado mío.

—Antes teníamos uno… No, mentira, teníamos dos gatos.

—¿Antes de qué? —por primera vez Santa hace una mueca de curiosidad, muy a su pesar, porque no quisiera sentir nada de deseo por saber de qué hablo.

—Antes de la hacienda. Antes de que naciera Ananda. Cuando éramos solo tú y yo.

Santa, la selva y yo. La selva que la acunaba como si fuera una abuela. Una abuela mandíbula.

—Teníamos un gato negro que era tu mejor amigo, mija. No me acuerdo ya de su nombre.

Santa tampoco se acuerda. Se lo leo en los ojos. Pero hay algo allá adentro, algo enmarañado como raíz.

—El gato que nos comimos, el que usted mató. ¿Ese…? —me hace la pregunta con algo de duda, una duda que parece genuina, carajo, que casi me conmueve porque debajo de ella está Santica, mi chamaca con su trajecito de encaje y tanto miedo.

—Teníamos hambre. ¿Qué iba a hacer? Era un gato o tu vida, carajo. En la ciudad había tanta hambre en esos tiempos que se comía cualquier cosa. Un gato, un perro, un pedazo de cuero.

Santa se encoge de hombros y la duda desaparece tan rápido que apenas percibo su brillo:

—No se arruine el día usted, mamá, pensando en boberías. A ver qué nos resuelve eso ahora. ¿Pa’ qué sirve recordar? Namás para revolverse las tripas.

Lo dice así, como si no supiera que a los viejos solo nos queda pensar en lo que ya fue, que no hay más nada para nosotros, como si no supiera, carajo, que los viejos estamos siempre quietos en el rincón del pasado que a dientes hemos logrado abrir. Me ayuda a ponerme de pie. El momento más duro del día es lograr que las rodillas se extiendan. Luego todo es más fácil. Incluso existir y caminar es más fácil. Pero ese primer empujón de la mañana duele. La agarro por los hombros y aprieto. Santa se queja, pero no dice nada. Tiene mucho cuidado con las palabras esta chamaca mía.

Lo ha aprendido de mí, que también sé cuidar las palabras y usarlas cuando toca.

—En la selva, ese día, pasaron cosas que no se me borran de la cabeza, carajo —le digo—. Te vi y me acuerdo como si fuera hoy.

Ella sonríe condescendiente. Le rompería la boca si no necesitara que me ayudara a levantarme. Se la rompería a tablazos, como si la boca fuera una rata.

—Usted no se acuerda de na', mamá, por favor. Usted no quiere acordarse de na' —es su respuesta, no le tiembla un músculo de la cara, no le tiembla la mentira.

Solo tiemblo yo entre sus brazos y parezco de repente tan pequeña que, si mi chamaca quisiera, me podría estrujar hasta romperme el último hueso—. Usted se ha pasado todo este tiempo preguntando la misma cosa una y otra vez. Ya le dije que no, que no sé, que no me importa y que no me acuerdo. ¿Tan difícil es que entienda?

Tan difícil es.

Le aprieto el hombro con saña.

Afuera, en la soledad de la selva, está el silencio.

Sé lo que significa el silencio en una selva que está llena de grillos. Sé que la selva nos observa y escucha, porque a ella no le gustan los juegos de la memoria.

El silencio da calofrío.

El silencio de la selva me obliga también al silencio.

Me sostengo con la mano puesta sobre el hombro de Santa. Su brazo me rodea la cintura.

—Ya suéltame, carajo —casi le chillo en el oído y ella obedece de inmediato, como si mi piel ardiera, como si mi piel fuera una lumbre vieja, o el vapor que sale de los árboles en las mañanas.

Rengueo. Los huesos suenan con cada paso. Santa no me sigue pero me mira con esa cara suya sin expresiones, con esa cara de muerta en vida. Luego me da la espalda. Vuelve a su mundo.

Se va a pensar en la abuela selva y en sus mandíbulas que tan bien recordamos ella y yo, como bien recordamos esos dientecitos suyos, los dientes de mi chamaca Santa, enchumbados de sangre aquel día. Enchumbados en el gusto de probar la sangre por primera vez, esos dientes que me sonrieron desde la claridad de la selva, en su secreta oscuridad.

Santa

Secreta oscuridad es la unión de la noche y la selva. Para mirarla sin espanto hay que tener los ojos demasiado grandes, como los de Santa, que no es una mujer, sino un par de ojos pegados a las cuencas de un rostro. Camina por los pasillos a ciegas, sin nada que arroje una luz ínfima, y contempla la belleza que existe cuando la luna parece vomitada por la boca de los árboles y asciende luego, gorda y llena, luna preñada, hasta llegar al borde del mundo. A estas horas todos andan recogidos como las gallinas. Si algo se escucha es el llanto o el aullido de la perra, que no duerme bien, que siempre tiene pesadillas o permanece alerta ante los sonidos de la noche.

Desde la selva se escuchan los gemidos de los jíbaros y la perra responde lastimera.

Sus aullidos nunca significan nada bueno.

Es como si Ananda hubiera ganado la capacidad de anunciar la desgracia en el mismo instante en que perdió la capacidad de ser humana.

La última vez que se le escuchó aullar de esa forma murieron varias gallinas en la misma noche. Amanecieron bocarriba, con las patas tiesas, ya apestosas de muerte. A la mañana siguiente, los niños las encontraron y jugaron con ellas, movían sus cadáveres rígidos con un palito. Ifigenia fue y arrancó las plumas de una y se las puso detrás de la oreja y comenzó a gritar soy mamá gallina, clocló, mamá gallina muerta. Al principio incluso parecía gracioso verla cacarear, los niños le corearon la risa. Pero lo que no sabían era que la risa alimentaba la oscuridad de Ifigenia y que mientras más reían, más fuerte se hacía

aquella niña, más se hinchaba con su cloclocló, soy mamá gallina, mamá gallina muerta. El cacareo se convirtió en persecución. Empezó a caerles detrás a los otros niños mientras gritaba al que toque se muere, al que toque se convierte en gallina y se muere mañana en la mañana.

Los niños huyeron espantados por el peso de las palabras de Ifigenia.

Hubo que pararla y darle duro en la boca para que se detuviera la muy hija de puta. Y se detuvo riendo, con los ojos bañados de lágrimas de odio y de placer.

Santa la abofeteó duro. Bien que conocía a Ifigenia porque la había parido. Más que parirla, la había cagado. Eso es lo que hace una madre cuando le nace una hija de mierda: cagar entre dolores.

Ifigenia todavía era pequeña, así que Santa se la llevó a rastras mientras la niña reía, ahogada en sus hipidos y cacareos simulados. Cállate ya o te reviento la boca, dijo Santa, y la amenaza surtió algún efecto porque si bien la risa no desapareció, al menos se hizo más leve, más soportable para todos.

Santa la puso en la esquina del castigo, de espaldas a la casa, a ver si al menos se cruzaba de brazos, si hacía algo humano, si esa expresión de selva viva se le iba de los ojos. Así, contra la pared, con las manos en la cintura, sin moverse ni un centímetro de su lugar, pero estremecida por las carcajadas, estuvo Ifigenia dos horas. La abuela pasó cerca de ella y se santiguó. Como si santiguarse sirviera de algo. Como si cruzar las manos sobre el rostro sirviera de algo. Como si la única religión que existiera en este mundo no fuera la de la sangre que la selva pide y la de la carne que la selva engulle.

Santa escuchó la risa con paciencia y aguantó, aguardó, hasta que Ifigenia comenzó a atorarse y la tos se hizo constante. A sed la iba a matar si era necesario con tal de que aprendiera a callarse. Pero Ifigenia, que por aquel entonces no tendría aún siete años, continuó con aquella alternancia de hipidos, toses, risas, hipidos, toses, risas, toses, toses, hasta que alzó su mejor voz de pajarito enfermo para pedir:

—Santa, quiero agua.

Nunca le decía mamá ni madre. Ni siquiera de muy chica lo había intentado.

—Quiero agua, ahora.

Santa se acercó a la niña.

—Deja de reír y ya no te vas a atorar más —le dijo.

—No quiero. Lo que quiero es agua —y remarcó cada palabra con los ojos fruncidos y la boca en pompa—. Y quiero irme a jugar al jardín también.

No había abandonado la esquina del castigo, pero se había dado la vuelta.

—Bueno, al menos ya no te estás riendo, pa' que sepas —Santa se aferró a la lógica y sonrió. No era una sonrisa hermosa, sino la de un aura que deseaba morder carne.

La lógica era aplastante e Ifigenia hizo una expresión de rabia infantil tan genuina que Santa por primera vez se preguntó si debajo de aquella carcasa de niña no existiría también un corazón de niña. La duda desapareció de inmediato, cuando Ifigenia se aclaró la garganta con el poco de saliva caliente que le quedaba en la boca y empezó de nuevo con su cloclocló del infierno, con su carcajada y su hipido.

—Santa es una gallina muerta, Santa es una gallina muerta, Santa es una gallina…

No pensó. Le dio tan duro en la cara que la cabeza de Ifigenia golpeó la pared con un sonido hueco, como de fruta que cae del árbol con las entrañas podridas.

Santa estuvo a punto de gritar de miedo porque la niña se tambaleó, dio un par de pasos hacia adelante, igual que las gallinas que la propia Santa degollaba.

Cayó al suelo. Dejó caer la cabeza sobre el pecho y se babeó.

Santa se apartó de ella con algo semejante al miedo.

No era el miedo a la muerte. Quien vive en la selva no teme a la muerte ni a su rastro, porque la selva es todo eso y más. Santa, como todos los adultos de la hacienda, todos menos la perra, tenía las manos cubiertas del recuerdo de esa sangre. Tampoco era un recuerdo que la persiguiese, ni siquiera la acompañaba a diario. No le quitaba el sueño, no más que las imágenes sucesivas de las gallinas que mataba casi a diario para hacer sopa. En vez de los cuellos de las gallinas, lo

que cortaba frente a la selva eran los cuellitos, tan pequeños y blandos y blancos, de las crías.

No era demasiada la diferencia.

Una gallina sangraba rojo. Las crías también.

Era solo una acción repetida lo suficientemente a menudo como para que el gesto de degollar fuera demasiado sencillo.

Pero una cosa era degollar entre los árboles, al amparo de la voluntad de la selva, y otra cosa distinta matar de un golpe a una cría.

Santa conocía más que bien que con la selva no se podía jugar, que con la comida de la selva no se podía jugar, que esa comida era sagrada, tanto la carne como la sangre.

Reaccionó de inmediato. No se quedó quieta sino que se lanzó sobre el cuerpo de Ifigenia, que estaba frío y transpirado. Abrazó a la niña como nunca lo había hecho, ni siquiera en el instante en que había nacido. Le sopló aire caliente sobre la herida en la cabeza, una herida que era un moretón palpable, una protuberancia que comenzaba a crecer como signo de la culpa de Santa, la impaciente, la que le había quitado alimento a la selva. Con un dedo tembloroso le tocó a la niña los labios y se dio cuenta de que salía aire a través de ellos. Dio gracias, dio gracias en silencio y casi se persignó. Casi, pero no, porque de inmediato se dio cuenta de que en la selva no existía otro dios que no fuera la selva misma. Para qué persignarse entonces. Para qué rezar aquel padrenuestro antiguo que la madre le había enseñado de niña como una protección ante la oscuridad del mundo. Padre nuestro que estás en la selva, danos hoy nuestro pan de cada día, la carne y la sangre para a comer y beber a tus pies. Esa era toda la oración que Santa necesitaba.

Ifigenia se revolvió incómoda entre los brazos de Santa. No estaba acostumbrada a que alguien la tocara así. Solo la abuela podía hacerlo. Sin abrir siquiera los ojos, se sacudió.

—Quédate quieta. ¿Pa’ qué te mueves? —dijo Santa en voz baja. Vio detrás de las orejas de la niña aquellas plumas de las gallinas muertas. Se las quitó con cuidado, porque las plumas estaban muy cerca del golpe que se iba poniendo rojo. Ifigenia se revolvió, como si se diera cuenta de que la contemplaban de una manera nueva, completamente diferente a la forma en que hasta ese día lo habían hecho.

No era amor. Santa conocía demasiado bien lo que era el amor. El dolor de amar a alguien, como ella amaba a Lázaro, eso nunca lo había sentido por ninguna de las crías. Tampoco por Ifigenia en aquel momento. No era el dolor del cuerpo que parecía abrirse sobre su propia cáscara para dar paso a la vida. Era solo vacío.

—Suéltame y no me toques —la voz de la niña era cavernosa.

Santa se estremeció. Hubiera deseado soltarla de inmediato y que aquella cabeza, el habitáculo de esa voz y esos ojos, golpeara de nuevo el suelo. Pero una acción así no era prudente. Se movió con lentitud. Recostó a Ifigenia contra la pared y allí la dejó.

—Ya está —dijo.

—Suéltame.

No había nada que soltar. Santa alzó las dos manos. En una, todavía aguantaba las plumas de la gallina muerta.

Todo había comenzado aquel día con el anuncio de la desgracia, la desgracia en forma de aullidos que la perra soltaba a la noche como si fueran buches ácidos, buches que no pudiera contener en la garganta. La perra había nacido de la tragedia y sabía husmearla, sabía cuándo la tragedia se acercaba a la hacienda, cuándo la tragedia llegaba desde la selva junto al aullido de los jíbaros.

Aulló también la noche en que una de las crías se fugó de la selva adonde había sido llevada para el sacrificio. La perra no era aún totalmente jíbara, pero tampoco humana. Se le notaba por aquí y por allá el olor, los pelos duros, el hocico, como si del esqueleto de su cuerpo bípedo brotara otro cuerpo, uno todavía no visible del todo. Aquella noche de la huida, a la perra llamada Ananda se le escuchó llorar y lamentarse, hablar con nadie o con la selva que nunca respondía con palabras.

Nadie sabía por qué aullaba la loca y Santa, dormida junto a Lázaro, lo escuchó protestar:

—O la callan, o me levanto y la amordazo. En esta hacienda no se puede tener un rato de paz, mierda. Luego quieren que uno sea bueno con el cuchillo y que la cría no llore ni sufra. Sin dormir no se puede, ¡no se puede, coño!

Lo dijo entre labios, envuelto en la rutina del sueño, envuelto en la rutina asquerosa de despertar entre mosquitos y sudor, con una loca

aullante afuera.

Santa se levantó de la cama y vio cómo la madre, vieja pero más rápida que nadie, o tal vez más insomne que nadie, o más vigilante de la hija desquiciada que nadie, entraba al cuarto enrejado de Ananda para intentar acallarla.

Santa no volvió a dormir porque sabía que la noche era corta y que el sueño era solo un simulacro. De vez en cuando, se escuchaba un gemido alto que tal vez fuera un grito de Ananda, y Santa entonces notaba cómo la selva se ponía tensa, cómo los grillos dejaban de chirriar y las hojas de moverse. En algún momento escuchó que la madre tocaba con los nudillos a la puerta del cuarto que su hija mayor compartía con Lázaro. En voz muy baja les dijo, afuera, mijos, vamos ya.

Santa se puso de pie de inmediato y avisó al hombre aún dormido, nos vamos, despiértate. Lo sacudió, él abrió los ojos, pegados en sudor y sueño, y los volvió a cerrar de inmediato. Nunca hacía falta despertarlo dos veces. Nunca había que sacudirle dos veces porque Lázaro conocía mejor que nadie los tiempos del sacrificio. Pero aquella noche ya estaba desgraciada por los gritos de la perra, de Ananda aún no perra a cuerpo completo, pero sí de alma y aullidos, y Lázaro gruñó una palabra y roncó nuevamente.

Solo a la cuarta vez, cuando Santa le palmeó la espalda con un manotazo, fue que Lázaro abrió los ojos. Bostezó, se limpió las legañas con saliva y se vistió. A Santa todo le parecía que lo hacía demasiado lento: vestirse, abotonarse la camisa, coger el cuchillo, limpiarlo en el borde del pantalón. A ver por qué limpiaba el cuchillo si de todas maneras la cría se iba a morir y no hacía falta pensar en esas cuestiones: sangre es sangre para la selva, carne es carne. Pero Lázaro era un hombre de rituales, un hombre de hábitos, y cuando Santa le recriminó, él la miró con rabia y aburrido, no me apuro nada, las cosas se hacen bien o no se hacen, no me pongas nervioso.

Todo fue de mal en peor. El cuchillo se cayó al piso. Lázaro lo levantó y volvió a limpiarlo con el borde del pantalón. Tenía las manos húmedas, él que nunca temblaba. Húmedas no, empapadas en sudor y augurios, y por un segundo miró a los ojos de Santa como pidiendo ayuda. Vamos ya, no limpies nada de nuevo, dijo ella y el cuchillo se cayó al piso por segunda vez. Su eco resonó por toda la hacienda, resonó más que nunca, como si fuera un cacerolazo que llamara a la guerra.

Santa agudizó los oídos. Todas las crías estaban despiertas. Contenían la respiración al unísono, con la esperanza de que los adultos no escucharan, de que no supieran que también estaban insomnes y que sabían lo que iba a suceder porque lo habían vivido antes. Sabían que la selva comía de noche, y que en silencio la selva les hablaba a los que iban a ser sacrificados. Santa caminó por el pasillo central de la casa y escuchó las respiraciones agitadas, los suspiros de miedo, y escuchó también cómo su madre entraba al cuarto de las crías y acariciaba una frente sudada y con olor a muerte. Nos vamos, Juanquito, de pie, rece un padrenuestro que se va ya al cielo de la selva. Santa asomó un ojo terrible por la hendija de la puerta y vio a Juanquito. Tendría unos doce, tal vez unos catorce años, pero era más alto que Santa y mucho más que la vieja. Estaba duro. Pura carne y fibra, con los ojos desaforados por el espanto. Tenía mal olor en las axilas, una pestilencia atroz de muchacho joven que manchaba los tejidos de la noche y que se hacía más penetrante en la misma medida en que la vieja insistía. Juanquito, ande, mijo, no ponga peros, vamos ya, mi niño bueno, haga lo que su abuelita le pide y le suplica, vamos ya, amorcito mío, no sea feroz, carajo.

Y no fue feroz de momento porque la voz de la vieja era dulce, tan dulce como la trampa de la selva. Juanquito se levantó y no se puso zapatos. La vieja ni se dio cuenta y Santa pensó que el chico se iba a destrozar los pies caminando entre las ramas y los bejucos, pero qué más daba, ni que eso importara ahora, para qué quería pies si no iba a tener garganta en pocos minutos. Juanquito era enorme y tenía ojos de pollo amaestrado. La vieja lo sostenía por un codo. Ambos se cruzaron con Santa en el umbral de la puerta y ella les cedió el paso.

Venga, mijito, por acá conmigo, todo va a ser rápido como usted ya sabe, la abuela le promete que va a ser así, amorcito mío, venga que rápido empieza y rápido termina, rece a papá dios. La madre de Santa calzaba los pasos del muchacho con aquellas palabras, aunque cada uno se iba haciendo más lento que el anterior. Se me apura, por favor, Juanquito, que ya es hora, que vamos tarde, decía y lo impulsaba con una palmada en el hombro, con un tirón cariñoso, nada demasiado agresivo para la cría, nada que la cría pudiera interpretar como un ataque. Había que tener habilidad para una tarea como esa, no bastaba con ser un carnicero: cualquiera podía manejar un cuchillo y picar un cuello, pero no cualquiera podía convencer a un muchacho duro y fuerte de marchar hacia su muerte sin reservas.

Santa pensó que todo estaría bien. Juntos, en procesión, cruzaron los límites de la casa y tocaron la primera línea de selva, donde los árboles y el mundo entero latían rojos para indicar que era la hora del

sacrificio.

La vieja y Juanquito caminaban delante, un poco más atrás Santa, y al final de toda la comitiva marchaba Lázaro, con el cuchillo escondido entre las ropas, invisible a cualquier ojo que no fuera el suyo. La selva piaba hostil y hambrienta.

Santa pisó las primeras hojas secas y percibió que la selva estaba descontenta, pero por qué, acaso porque se habían demorado unos minutos más en aquel cuarto, o porque a Lázaro se le había caído el cuchillo dos veces, o porque Juanquito caminaba cada vez más lento a pesar de que la abuela continuaba cantándole en el oído sus palabras de amor y su promesa de que no dolería nada, de que la muerte no dolería.

Vas a ser libre, Juanquito, qué bonito va a ser, a usted que le gusta jugar a tirarse la pelota, en la vida luego de esta vida se juega en equipos, hay mucho verde en el terreno y los muchachos corren de un lado a otro con la pelota delante.

Juanquito miró a la abuela con ojos de ternero loco y le dijo no me gusta la pelota desde hace mucho, usted no sabe nada de mí. Santa contempló a Lázaro y levantó un dedo, una ínfima señal de que tuviera el cuchillo a mano si hacía falta. Yo no me quiero morir, abuela, a ver por qué yo, me dice por qué yo y va y le creo, pero no me parece, abuela, no me parece que me vaya a convencer, susurró Juanquito.

Lázaro caminó hacia el frente de la caravana con el cuchillo tenso entre las manos. La vieja lo paró con un movimiento seco del cuello.

Me creas o no, mijo, eso ya no importa. Hoy te vas a morir, Juanquito, carajo. La voz de la vieja era amarga y grave. No me gusta la idea, y a ti menos, pero es lo que toca. Y antes que a ti, les ha tocado a muchos porque no has sido el único, ni eres especial. Acá se viene a morir, a la vida me refiero, y a la selva también.

Eso sí, diferente es morirse tranquilo, de un solo golpe, y no a machetazos. Para la selva es lo mismo, carajo. A la selva incluso le gustaría más que te matara a machetazos, que te hiciéramos tasajo de muchacho aquí mismo. Hoy te vas a morir, mijo, yo te aconsejo que lo hagas en calma y con menos dolor.

El tufo de las axilas de aquel chico era tan penetrante que la selva parecía envuelta en una tela de araña. Santa viró el rostro y Lázaro se pasó el cuchillo de mano.

Luego de unos segundos de silencio, Juanquito alzó los brazos y dijo ya está bien, pero que no me duela, usted lo prometió, que no iba a doler si uno era bueno, siempre lo ha dicho. Moqueó sobre su pecho desnudo de muchachito demasiado joven, moqueó sobre los primeros pelitos de la adolescencia que ya le salían en el mentón y luego se limpió la cara con las dos manos.

Caminaron un poco más. Cuando ya la hacienda no se veía por ningún lado, cuando ya la oscuridad lo había engullido todo excepto aquella claridad roja, como de dientes esplendentes, la vieja se paró y Santa supo que el lugar del sacrificio sería ese, lo suficientemente dentro de la panza de la selva como para que la sangre regara bien aquella hambre antigua.

Póngase de rodillas, mijo, susurró la vieja. De nuevo habían vuelto a ella las palabras dóciles que intentaban amasar los miedos de las crías con la promesa de otro mundo. Sin dolor y rápido va a ser, justo como le prometí. Las rodillas de Juanquito temblaban. Temblaba el muchacho de los pies a cabeza. Tenía los ojos acuosos, ya muertos. La vieja empujó el hombro del chico para que se arrodillara. Santa también se acercó y lo presionó con cuidado, no fuera que la cría se espantara de repente. En la selva, las hojas vibraban, la tierra vibraba, la selva entera era solo una panza que crujía.

Las piernas de Juanquito no se doblaron.

Venga, mijo, venga ya, no lo haga más difícil, no se lo haga más difícil a una vieja con el corazón hecho mierda por la vida.

Quizás la vieja no debió escoger esas palabras. O tal vez no se trataba de las palabras, sino de la rabia que explotó justo en aquel instante en el vientre del chico. Santa lo notó un segundo antes de que el caos empezara y estuvo a punto de gritar, a punto de decirle a Lázaro que hundiera el cuchillo en la carne del muchacho.

No tuvo tiempo. Sintió la patada de Juanquito sobre su pierna y se quebró.

Después fueron los gritos. Los gritos de todos. Santa escuchó a la madre, a Lázaro, los vio correr a ambos entre los bejucos y los árboles, persiguiendo a la cría que escapaba. Sobre todo escuchó a la selva. Al hambre de la selva que sentía que su comida había sido robada. Aquella hambre no entendía, no razonaba, estaba quebrada en dos como Santa de rodillas, con aquel dolor en la pierna luego de la patada de Juanquito. Vio a Lázaro dar tajos con el cuchillo de un lado

a otro mientras maldecía y a la madre que intentaba abrirse paso entre las ramas.

Santa se tumbó un segundo sobre el hambre inmensa de la selva y cerró los ojos.

El dolor en la pierna se hizo incluso más atroz.

Cuando abrió los ojos de nuevo, apenas un par de minutos después, se sentía como un machete humano. Se levantó.

Vamos pa' la casa, le dijo a la madre que daba vueltas en círculos y que, como todas las viejas, solo se ponía las manos en la cabeza y parecía a punto de llorar.

Lo que corre dentro de la selva, la selva lo vomita.

La vieja estuvo a punto de decir que no, que estaba equivocada, que estaba loca, que habían perdido a la cría. Pero por suerte contuvo las palabras y bajó la cabeza. Se dejó conducir hacia la hacienda. Iba persignándose por todo el camino, susurraba aquel inútil padre nuestro que estás en el cielo, santificado sea tu nombre, perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos, mientras la selva resplandecía roja alrededor de ambas.

Santa se preguntó si podrían salir de allí. Si acaso volverían a ver la hacienda. Si la selva las tomaría a ambas como carne en lugar del cuerpo de Juanquito. Si acaso la selva se llevaría a Lázaro, a quien Santa no encontraba por ningún sitio, si se llevaría a Lázaro y a su cuchillo hacia la garganta roja del hambre. Sintió angustia, aquella angustia oscura que vuelve loco a cualquiera y contra la cual no hay otro antídoto que gritar mientras se camina, mientras se corre a través de la maleza rasposa.

La vieja quedó atrás. Santa miró por encima de sus hombros a ver si al menos podía percibir su silueta renqueante, pero lo cierto era que la madre no le importaba demasiado sino llegar a la hacienda tan rápido como fuera posible.

Una vida por otra vida. Una carne por otra carne. La selva da y la selva quita. La selva les permitía vivir dentro de su panza, abría y cerraba los caminos porque era dios, y con dios no se juega, mucho menos con la comida de un dios que ha permanecido a la espera de que sus bestias, los súbditos de su esplendor, vengan a ofrecerle el tributo prometido: la carne, la axila sudorosa a peste joven, a peste de vida, la sangre donde brotan las hormonas en forma de capullos.

El hambre era más antigua que la selva y más sabia incluso. Si la selva es dios, el hambre es su madre. Comerá lo que le pongan en el plato. No importa si esa comida tiene el rostro de Santa o el de una vieja, o si va con su cuchillo a cuestas como Lázaro.

Ya no quedaba tiempo. Santa apresuró el paso. Todo a su alrededor palpitaba rojo: su frente, el sudor, el reflejo de las hojas, la tierra fangosa, el rocío, los insectos con sus bocas abiertas y sus cantos, y los pájaros nocturnos que observaban aquella pesadilla. Se abrió camino a mano limpia entre la maleza. A veces gritaba el nombre de Lázaro, como si llamarlo fuera una manera de ayudarle a permanecer vivo. Padre nuestro que estás en la selva, santificado sea tu nombre, venga nosotros tu reino, no te enojes y dame tiempo pa' encontrar a ese gallito, dame tiempo pa' abrirlo en tajo, pero no te lleves a Lázaro, a él no, a cualquier otro, pero no a él.

Llegó a la hacienda bañada en sudor frío y en presagio. La perra ya no aullaba.

Tampoco hacía falta, porque el mundo era un aullido enorme. Antes de entrar a la hacienda, Santa miró un segundo hacia la profundidad de lo oscuro y sintió cómo los latidos de su corazón se mezclaban con los latidos de los árboles, con el canto de los pájaros nocturnos. Respiró hondo y luego fue al patio. No necesitaba ojos para saber dónde se encontraban los machetes con los que picaba la carne de las gallinas. Necesitaba uno de buen filo.

Tráemelo, le pidió al dios en la selva, tráemelo aquí, pónmelo al alcance del machete, ponme a ese gallito bajo el filo.

A lo lejos, escuchó la voz de la madre llamándola a gritos. Tenía miedo. Estaba casi histérica. Pocas veces la había escuchado así. La hacienda se fue llenando de ruidos. Los ruidos del insomnio y del miedo. Los ruidos de la paranoia. No era bueno que el espanto se cerniera sobre sus estancias. Empeoraba las cosas.

Otros gritos se sumaron. Santa levantó el machete.

Tráeme al gallito y no juegues más con la comida, le pidió a la selva, sácatelo de la garganta y dámelo de una vez, pa' que veas de lo que soy capaz.

Fue entonces que vio a aquella silueta encorvada que salía de entre los árboles con sigilo. No estaba muy lejos. Santa caminó sin apresurarse. El machete le pesaba, pero no lo suficiente como para dejarlo caer. Una vida por otra vida.

Mejor Juanquito que Lázaro. Mejor aquella cría de axila apestosa que el hombre de su vida. La silueta encorvada retrocedió, intentó volver a la selva por el mismo trillo que lo había traído de regreso a la hacienda, pero el camino se había cerrado a sus espaldas.

La selva era una trampa cruel.

Santa lo sabía. Todos lo sabían. Y Juanquito hoy iba a descubrirlo.

Quien es marcado como carne para la selva, termina en su garganta y dentro de su mandíbula.

Santa chifló para llamar la atención de Juanquito. Lo vio tropezar de puro susto.

Estaba como lelo, quizás cansado de bregar entre los árboles, quizás confundido aún: no podía entender cómo había llegado al mismo punto de partida, cómo había regresado al matadero. Santa se acercó a él con el machete por delante.

Nada de esconder el arma para no asustar a la cría. Se habían acabado las consideraciones. Si Juanquito le volvía a lanzar una patada, le picaría la pierna con el machete. Para la selva, carne es igual a carne, da igual si a pedazos o completa.

A lo lejos, pero cada vez más cerca, los gritos de la madre llenaron el aire. Así no, Santa, así no. Qué diablos importaban esos gritos. En realidad, qué significaban. Nada para Santa. Nada para la selva. Tampoco significaban nada para el chico de la axila apestosa ni para el resto de los habitantes de la hacienda que aún estaban recogidos en los cuartos, pero que respiraban su miedo como una gran masa común. Santa estaba tan cerca de Juanquito que sintió cómo la peste a grajo bañaba el aire lentamente. Le lanzó un machetazo.

Juanquito gritó, retrocedió, intentó volver a la selva.

La selva le impidió la entrada.

El chico corrió en círculos buscando una brecha entre la maleza para volver a escapar, para alejarse de aquella mujer con machete. Fue inútil. La selva estaba asqueada de la espera. Desesperado, Juanquito huyó hacia la hacienda. Pisaba las tablas demasiado fuerte, hacía el suficiente ruido como para que Santa pudiera seguirlo aun a ciegas.

Y a ciegas no estaba, porque el mundo se había vuelto una

llamarada rojinegra, un charco de sangre de gallina.

Sintió la mano de la madre sobre su hombro y la escuchó suplicar. Santa, así no, carajo, esta es mi casa y aquí mando yo. Era su casa. Era ella la que mandaba. La madre tenía razón, pero Santa no podía escucharla. No ahora. Al amanecer asumiría su culpa, cuando ya Lázaro estuviera a salvo y el mundo volviera a su color original. Entonces pediría perdón. No ahora. Para la selva todo era carne y sangre, para Santa todo es sangre y carne. Apartó la mano de la madre con toda la gentileza que pudo. Usted quítese que esta bronca no es suya, no se meta, mamá, intentó hablar, pero de la boca solo le salió un chasquido mezclado con baba, un par de sílabas inconexas, una burbuja.

La madre, tan vieja como nunca, la siguió a través de los cuartos, mientras las tablas de la hacienda crujían bajo el peso de ambas.

Santa husmeaba el aire. El olor la llevaría hasta Juanquito. Aquel olor a axila joven. Aquel olor de la vida y el pánico le harían encontrarlo.

Juanquito había vuelto a su habitación, a aquel cuarto de donde lo habían sacado una hora antes, y que durante años fue su jaula, su casa y su refugio. No estaba solo. El resto de los niños que dormían en el mismo espacio lloraban todos revueltos. Santa abrió la puerta de un golpe y la recibió un grito unánime. La peste a grajo de Juanquito se mezclaba con la peste a muerte de las crías: un tufo insoportable. Tanta vida y tanto horror en un espacio tan pequeño, en aquella caja de zapatos con alma de ataúd. Los cuartos de los niños eran ataúdes en pausa.

Así no, Santa, así no, insistía la vieja.

Así iba a ser. La culpa no era suya, sino de Juanquito, el rebelde. Santa lo vio abrazado a una almohada llena de chinches. Estaba cubierto de mocos y de tierra. Se acercó a él con el machete en alto. El chico levantó las manos y las interpuso entre su rostro y el arma, luego murmuró algo, un no sé qué sin forma que Santa apartó de su cabeza. No quedaba tiempo para escuchar súplicas. El tiempo se cuantificaba de otra manera: Lázaro dentro la selva y Juanquito vivo fuera de ella. Lo demás era una dilatación innecesaria.

Así no, Santa, así no, gimió la madre anciana.

Los otros niños chillaron. La peste maldita de la juventud se esparció como una nube.

Santa bajó el machete, lo descargó sobre la pierna de Juanquito. No era una herida demasiado profunda, pero sí lo suficiente como para no dejarle huir de nuevo, si acaso se volvía loco otra vez y pretendía regresar a la selva o dar vueltas y vueltas como una gallina sin cabeza que solo pretende ganar un poco más de tiempo de vida.

Un machetazo por una patada: todo se cobra.

La sangre brotó a chorros de la herida en el muslo de Juanquito. Los niños volvieron a gritar. A pesar del dolor, Juanquito estaba mudo, con una palidez de cadáver, bañado en miedo y en su propia mierda. Santa lo agarró por los cabellos.

Así no, Santa, así no.

Por los cabellos lo arrastró hacia afuera. Juanquito ni siquiera intentaba defenderse. Había ya comenzado a morir. Se dejó conducir manso. Arrastraba la pierna herida y parecía a punto de desmayarse. Seguía balbuciendo palabras que Santa no estaba dispuesta a comprender. Si pedía perdón o clemencia, daba igual, no obtendría ninguna de las dos cosas.

La vieja iba detrás de ambos. En la casa, los gritos de histeria y de horror se mezclaban con la urgencia del llamado de la selva, que ya había olido la sangre de Juanquito y se relamía. Caminaron los pocos pasos que separaban la hacienda de la primera línea donde los árboles respiraban odio y hambre.

Santa vio cómo los bejucos danzaban entre sus piernas. Ni siquiera necesitó entrar demasiado. Un par de pasos, los suficientes como para que el cuerpo de Juanquito estuviera dentro de los yerbajos. No había tiempo para más. No quedaba paciencia. Así no, Santa, así no. Tampoco le quedaban ganas de escuchar a la madre. Lo único que sí importaba era la demanda del dios hambriento y el regreso de Lázaro. Satisfacer a uno y encontrar al otro.

Un sacrificio minúsculo.

La vieja tuvo el buen tino de ponerse de espaldas para no ver el machetazo.

El cuerpo de un muchacho, por joven que sea, no es el cuerpo de un pollo. No muere de un primer tajo, a menos que sea un tajo muy hábil. Como los de Lázaro, que daba un golpe con el cuchillo sobre el pecho y eso era todo. Santa no tuvo tanta suerte. Tres tajazos fueron necesarios antes de que el cuerpo dejara de retorcerse entre gritos. En

el vientre, en la cabeza, en el cuello.

Muy cerca de ella, la vieja vomitó.

Vomitó sobre la selva, asqueada de todo.

Te dije que así no, Santa, te dije que así no.

Santa la miró con pena. Ya era demasiado anciana, demasiado blanda. La observó llorar por un segundo, y luego secarse las lágrimas con el borde del vestido que usaba todos los días, como si supiera de repente que había ido muy lejos, que llorar era un privilegio de los jóvenes y de los fuertes. Que ella, al menos, no podía permitírselo.

Luego, Santa vio a la selva devorar su tributo. La tierra se bañaba con la sangre recién derramada y la bebía sin contemplaciones. Quería más. Estaba aún sedienta. De inmediato llegaron los insectos, las hormigas, los pequeños animales de la noche, los carroñeros menores, a encargarse de los restos del cuerpo. Una nube negra de moscas envolvió el cadáver. Vio cómo la lengua de la selva lamía el olor de la axila hasta difuminarlo. Y cuando viró la espalda, Santa escuchó también el sonido de sus mandíbulas, el sonido de la deglución, que destruía lo que segundos antes había sido vida.

Con la punta de la lengua, Santa se limpió un rastro de la sangre de Juanquito que le había caído sobre el bozo.

Bien que entendía ella el hambre de la selva.

Bien que se hubiera sentado entre las hormigas y los carroñeros a compartir el festín,

A su alrededor, el aire fue despejándose. La oscuridad apacible retornó. Santa y la vieja caminaron de vuelta a la hacienda. El sacrificio había terminado. Aún cubierta en sangre ajena, Santa esperó por Lázaro.

Sabía que la selva no iba a engañarla, que se lo traería de vuelta, que nada malo podía sucederle porque el pacto se había consumado, al menos por ahora. No obstante, cuando al fin lo vio llegar, cansado y sucio, machacado por las picadas de los insectos, no pudo evitar sentarse en el porche, sin fuerzas en las piernas, sin fuerzas en el brazo del machete, sin fuerzas en el corazón.

Al paso de Lázaro, la selva volvió de inmediato a cerrarse.

Pensé que no me dejaría salir, dijo él, tenía los ojos desaforados por el terror de lo oscuro. Pensé que esta vez me tocaba a mí.

Desde entonces, los aullidos de la perra nunca han traído nada bueno. Por eso, Santa se tapa las orejas cada vez que la escucha, como si un gesto así pudiera cambiar en algo las cosas. Es inútil. La perra tiene espíritu de presagio.

Santa prefiere estar toda la noche en vela, dando vueltas por la hacienda, en vez de quedarse en una cama demasiado grande y escuchar los aullidos. Le gusta ver los primeros rayos de sol en la mañana, cuando el vapor de la selva se mezcla con la niebla y los mosquitos, cuando aún no hay nadie despierto y no necesita pensar en lo que fue y lo que ya no será.

Pero esta mañana no está sola.

La selva ha dejado un regalo.

Santa retrocede al ver a aquella muchacha que sale de la maleza.

Es joven, tiene el pelo largo, negro, lleno de ramas. Le faltan dientes en la sonrisa. Si las chinches sonrieran, lo harían como ella. Tan bonitas las chinches.

Tan bonita la muchacha que la selva ha traído de regalo.

Tiene las piernas muy abiertas y la espalda inclinada. Está preñada. Muy preñada. Todo lo preñada que puede estar una mujer.

Santa retrocede de nuevo, aunque dar un paso atrás nunca sirve de nada.

La selva trae lo que quiere. No es la primera vez que han llegado extranjeros a la puerta de la hacienda. Algunos incluso permanecieron en la casa el tiempo suficiente como para que Santa recordara sus nombres.

Extranjeros como Lázaro. Que una vez fue un niño vomitado por los árboles y cuyo nombre, ahora, significa todo para Santa.

Le basta con mirar a la chica preñada un segundo para saber que esa muchacha es la desgracia.

Y que la desgracia la ha traído la selva.

Romina

La desgracia la ha traído la selva, ¿quién no sabe? Cangrejo siempre lo decía.

Cabra bonita tira pa' la selva, cabra cabrona se va a buscar la desgracia a cuatro patas. Luego te amasaba la cara con un sopapo, luego te amasaba toda, como si no fueras muchacha sino pan con levadura que alguien necesitara dar molde. Así te fue dando forma a golpe limpio. Te besaba la desgracia de boca que tenías.

Tan bonita y con dientes tan chulos esa boca. A Cangrejo le daban envidia los dientes de las mujeres porque traían la desgracia. Uno no se fija en las mujeres sin dientes, pero las que los tienen limpios y enteros, afirmaba, con boquitas putas como la tuya, a esas sí dan ganas de morderlas si antes no te desgracian la vida, todas las mujeres son la misma charca e' mierda.

Las bocas de las mujeres eran para Cangrejo tan peligrosas como la selva.

Por envidia a los dientes bonitos que tenías te molió un día a patadas. Y entonces solo reíste porque Cangrejo estaba sudado, gordo, rojo de la rabia, tan feo como un sapo toro. La risa es peligrosa, lo dijo tu madre, que también fue bonita hasta que dejó de serlo porque el marichulo del Pony le golpeó la cabeza contra un muro y se la dejó picuda. ¿Te acuerdas ahora de la cabeza de tu madre y de esa herida en el lado derecho de su cráneo que parecía un lunar de sangre?

A cuchillazos se han entendido las mujeres de tu familia con los hombres. Mira a Cangrejo, que lo mismo te molía a patadas que se aparecía contento porque le había ido bien en la pesquita. Venía a veces con una bolsa o dos de polvo, cristalito para mi niña, decía, y te regalaba el sueño blanco, de tan blanco tan bueno como la ausencia de cualquier mal o alegría. Andabas siempre con la nariz y la garganta rotas del polvo y la pastilla machacada que te esnifabas en los días de la pesca de Cangrejo, sus días de buen humor, del mamita linda, del dame el coñito fresco pescadito, en que ambos se sentaban uno frente al otro a morirse. ¿Qué soñaría el Cangrejo cuando se esnifaba hasta sus propios huevos?

A lo mejor con mujeres sin dientes, con cangrejitos pequeños y una casa sobre una colina de polvo blanco.

¿Y qué soñabas tú?

Con nada.

Solo a veces, con la selva. Con perderte en ella y no volver. En la selva no hay Cangrejos, no hay nada, salvo los misterios que viven en sus entrañas. A veces tenías deseos de irte a vivir allí, de no retornar nunca del viaje, de esnifar más y más del polvo blanco hasta convertirte en un cristalito de Romina, y viajar como muerta a la selva, porque a su panza solo entran los muertos, eso decía tu madre, el que se va no regresa.

Desde el cuartucho que te ha puesto Cangrejo no se ve selva alguna, ni siquiera subiéndote a una silla y empinando los pies para intentar llegar a la ventana. Es como si la selva hubiera sido masticada por las casas. Pero existe, la veas o no.

Detrás de las casitas del norte, puente abajo, dos kilómetros más y ya estás ahí.

Ayer en la noche, bajo la sombra de esos mismos árboles, puñalearon a Copita y nadie vio ni supo nada porque acá matan a las mujeres como si fueran mala yerba. La mala yerba no le importa a nadie y las mujeres tampoco, aunque todo el mundo en voz baja piense que fue Cangrejo quien la mató porque estaba muy jodido de ella: Copita esnifaba más polvo del que su coño producía, y con la pesca y el polvo Cangrejo no juega nunca.

Copita ya no era santa de tu devoción. Había sido tu amiga antes, casi una hermana, cuando Cangrejo se la trajo al pueblo y la puso a vivir contigo. Pero Copita tenía más espuelas que un gallo. Con su cara de mosquita muerta y sus teticas de mosquita muerta te había robado a tres de los mejores clientes, de los que pagaban de verdad e incluso dejaban propina si mamabas bien, sin ser remilgosa. A decir verdad, Copita no era relinda, pero tenía todos sus dientes aún y eso ya era bastante, y además disfrutaba el puterío y las calles, y restregarte en tu misma cara lo bien que marchaba su vida mientras ibas poniéndote gorda de tanta preñez.

En la mañana, escuchaste los gritos que avisaban había aparecido una nueva muerta en las lindes de la selva, y fuiste como todos a husmear para ver si era verdad el chisme, si el cuerpo había aparecido con el cráneo escachado y las piernas abiertas, sin ropa como vino al mundo. Qué inmundicia morirse así, pensaste mientras caminabas entre las casas mal construidas del barrio. A los pies de la selva estaba el cadáver, aunque no se sabía a ciencia cierta si era Copita o no porque no había cara, no había ninguna humanidad para reconocer salvo una papilla de hueso y la mandíbula con sus dientes intactos. Pero todos decían que sí, que era ella, y uno de sus clientes aseguró

que aquel lunar con pelos en el muslo era ciertamente de Copita, y unas viejas chismosas se persignaron de horror ante una información tan delicada. La policía llegó como cuando le dio la gana, siempre demasiado tarde, aunque en un caso como ese daba igual antes o después, temprano que tarde, si no había nada más que hacer salvo recoger el cuerpo y ver si algún ladrón estaba cerca y si se habían llevado del cadáver una pieza de evidencia, dijeron los guardias, como si la evidencia fuera un caminito demasiado largo que había que armar a pedazos.

Te dio pena verla tirada allí, con los pies en el asfalto de la carretera y el resto del cuerpo, lo que quedaba de él, hundido entre la maleza y los árboles de la selva. De inmediato se te acabó el empute con ella, porque bien que te había enseñado tu madre que se odia a los vivos, que se le guarda rencor a los que respiran, pero a los muertitos no. A los muertitos se les reverencia, se les perdona o se les borra. No más. Y si es posible, las tres cosas a la vez. Tristeza te dio que hubieran terminado tan mal ambas, siempre peleando por un cliente o por una rayita de polvo. No era bueno acabar como dos desconocidas, una muerta y otra viva, una del lado de la carretera donde la gente cuchicheaba su morbo, y otra entre los árboles, en el sitio justo donde tiraban a los prescindibles.

En eso se había convertido aquel trozo de la selva tan cercano al barrio: en un depositario de cadáveres. Era rara la semana en que no apareciese un cuerpo en aquel borde de pocos kilómetros que dividía la selva y la carretera. Los narcos y los militares tenían demasiados cuerpos de los cuales deshacerse, y por eso la selva era un ataúd de brazos abiertos.

Miraste el cadáver de Copita y te dieron ganas de llorar frente a los chismosos que venían a ver cuerpos todas las mañanas, para contar luego qué mutilaciones, qué heridas, qué ropa llevaba la muerta. Era el turismo funerario de la región, el turismo que todo el mundo amparaba desde el silencio, porque si en la noche sonaba un fogonazo, la gente se tapaba los oídos y a la mañana siguiente iba a aquella franja de selva a buscar cadáveres. No eran pocos los que juraban haber visto fusilamientos en la zona aunque al salir el sol no apareciera rastro, ni siquiera de sangre, que es el más persistente de todos. Te dieron ganas de llorar por ella cuando notaste que ya le habían llevado los botines nuevos de tacón, esos que se había comprado la semana antes con la calderilla que le dio uno de sus buenos clientes, que fue tuyo antes que de Copita.

Morirse y ni siquiera quedarse con los botines nuevos era un dolor

demasiado grande, y todo porque algún desgraciado había creído que las putas no se merecían ni la decencia de la muerte: había que robarles más, y darles aún más duro, y escatimarles todo hasta el último momento.

El empute más grande de tu vida lo tuviste en aquel momento cuando una de las viejas chismosas se persignó, tan católica ella y tan cloaca por dentro, y luego apuntó a los pies desnudos de Copita y dijo:

—Con los calcañales sucios, ¡ni siquiera se limpió los pies!

Alguien tuvo la piedad de aguantarte porque le ibas a putear la boca a aquella vieja, sin pensar en nada, ni en su edad, ni en que estabas preñada y lenta, ni en desgraciarte la vida frente a la policía que como siempre miraba sin moverse.

Calcañales sucios ni calcañales sucios, vieja maricona. Si tanto le molestaba la suciedad de la muerta, que la vieja se la limpiara con sus lágrimas. Pero no, nadie tenía lágrimas para Copita, así que cuando se te pasó el empute, después de que escupiste maldiciones y salivazos, te sentaste sobre el asfalto caliente hasta que se te quemaron las nalgas, y miraste los talones sucios de quien no fue tu amiga tal vez, pero que era igual que tú, una hermana de la calle.

Nadie que no sea puta puede entender la hermandad de las mujeres que viven del sudor de sus coños y es mejor así. Si existiera un mundo de putas, pues entonces tal vez sería un mejor mundo, y eso a nadie le conviene. Ni a los narcos, ni a los militares, ni a las viejas roñosas que se persignan, ni a los morbosos que se levantan cada mañana a contemplar cadáveres, ni a los policías sin respuestas. A las putas les sobran el corazón, las tetas y el coño, y el valor para vender todo eso al postor más hábil. Tanto les sobra todo que lo van a dar por ahí a quien lo necesite, y no lo hacen en un acto de contrición o de miseria, sino que cobran: democráticamente, a pobres y ricos por igual, porque en este mundo es ley que nada es gratis, y un cuerpo y su ilusión deberían pagarse con la vida. No hay dinero en este mundo que pueda en realidad comprar la ilusión que inspira un cuerpo.

Pensabas todo aquello con la cabeza puesta entre las manos y el culo ardido por el asfalto caliente. Otra vieja, más misericordiosa ella, se acercó a ti y te brindó un poco de agua bomba, tan caliente como el asfalto mismo. Le diste las gracias, más por la acción que por el agua que no se podía apenas tragar, y te enjuagaste el vapor de la cara.

Al cabo de una hora se llevaron el cadáver dentro de una bolsa

negra con huequitos. Una bolsa ya utilizada por demasiados cuerpos, pero qué se podía esperar de un día de mierda como ese, ni zapatos le habían dejado a la Copita, ni zapatos ni dignidad. Una bolsa para cadáveres nueva hubiera sido demasiado pedir. Las putas van a la fosa en harapos. Cuando más, se llevan del mundo su propia belleza.

Sabías perfectamente que nadie iba a investigar aquella muerte. En la misma medida en que a nadie le importaba Copita. Una puta más. Una muerta más. En unos días, tal vez una semana, aparecería otro cadáver allí y los vecinos chismosos correrían calle abajo para verlo y señalar con un dedo hipócrita qué estaba mal en aquel cuerpo: si el churre acumulado, si la cara de viciosa, si las tetas al aire, si un mordisco en la entrepierna, si la nariz herida de tanto esnifar o rota a golpes, si una muerte digna o indigna, si peste.

Aquel trozo de selva, ya sin el cadáver de Copita, parecía inofensivo.

—Esa chica era otra más de Cangrejo —dijo alguien por ahí en voz baja—, ¿o no?

La multitud coreó unánime que sí, que la Copita era de Cangrejo, que era una callejera, que siempre andaba de polvo hasta la coronilla.

Asquerosos todos.

—Seguro que ese la machucó en la selva.

Todas las voces se confundían en tus oídos.

—Reventada, reventadita.

—Los chulos hacen esas cosas cuando se ponen cabrones con las niñas, lo sabe todo el mundo.

La gente siempre hablaba mal de Cangrejo a sus espaldas, pero a nadie se le ocurría hacerlo frente a él: sus pinzas eran peligrosas.

—Y esta otra niña, ¿no es también suya?

Todos los ojos se fijaron en ti, que te ardía el culo quemado y que no dejabas de mirar aquel trozo de selva que había sido el ataúd más digno al que Copita podía aspirar. Probablemente fuera también, en un futuro no tan lejano, tu propio ataúd. No obstante, aunque no te dignaste a responderle a ninguno, sabías que muchos te habían reconocido y que balbuceaban en tu cara que sí, que eras otra de las

niñas de Cangrejo, y que mejor callados todos no fuera que llegara el chisme a alguna oreja rabiosa.

La vieja compasiva de antes volvió a traerte un poco más de agua. Ni las gracias le diste. De un solo chorro, echaste el agua sobre tu cabeza.

—Era mi hermana —fueron tus palabras—. Por eso vine. La Copita era mi hermana.

Era una mentira a medias y una verdad también a medias. La sangre no las unía, pero sí el hecho de ser ambas hijas de la calle y propiedad de Cangrejo. La hermandad de las putas. A lo mejor alguien lo entendía, pero no ibas a explicarlo en voz alta. Hermana estaba bien. Hermana a secas.

Por primera vez en todo aquel tiempo, la gente comenzó a lucir compasiva.

Alguien se quitó la gorra y se la puso en el pecho. Alguien te palmeó la espalda.

Alguien, tal vez la misma vieja roñosa a la que casi le rompes la cara por hablar mal de los calcañales de Copita, rezó en voz rápida y muy baja un padrenuestro.

Hasta las putas se saben el padrenuestro, te había dicho tu madre el día que te lo enseñó. Por suerte lo recordabas así que lo rezaste junto a la vieja a coro.

Alguien te invitó a una sopa caliente. Alguien te puso una mano en la cabeza y dijo que tenías fiebre, pobrecita infeliz. Alguien se dio cuenta finalmente de que estabas preñada, aunque la barriga era tan grande y tan evidente que un ciego la hubiera podido ver a cien metros, y de inmediato alguien más preguntó por el bebé, que si era niña o niño.

No respondiste.

Por lo común, ni siquiera recordabas tu estado. Había pasado y ya. Como a tantas mujeres antes. Seguías trabajando y esnifando polvo. Cangrejo había dicho que el hijo era suyo, aunque no estabas segura, pero quién le discutía a Cangrejo la paternidad si le daba la gana de asumirla. Quién discutía con Cangrejo sobre nada. De repente, cuando aquella persona habló de tu barriga, sentiste el movimiento, una patada o un codazo, un deslizamiento, algo telúrico que movía al

parásito dentro de tu cuerpo. La verdad es que se movía poco aquella cosa en tu barriga, como si no quisiera que te dieras cuenta de que estaba allí, como si no quisiera molestar, como si quisiera que le perdonaras por haberte quitado clientes y darte náuseas mañaneras y moldear tu cuerpo a su imagen y semejanza.

Fue un deslizamiento breve, casi imperceptible, y te pareció ilógico no sentir rabia hacia lo que vivía dentro de ti. Tenías hambre. Y llevabas ya como seis horas sin meterte una raya. La necesidad de esnifar era mucho más urgente que cualquier otra cosa en el mundo.

Una voz te dio el pésame. Era bonito escuchar una frase como esa, tan elaborada, tan falsamente sincera: mi más sentido pésame por la muerte de su hermana. Era bonito escuchar esa mentira. En la multitud, un hombre recordó que unos años atrás había aparecido otro cuerpecito así, a los pies de la selva, con la cabeza hecha papilla. Una de las chicas de Cangrejo, la Galluna, que era muy rubia, de pelo casi blanco. De tan blanco que era la habían reconocido por eso y por nada más.

Los nombres continuaron surgiendo. Nombres de mujeres atados para siempre al de sus sicarios o sus marichulos. La Jota, la Punyuy, Marisela, la Malinche, Jalita, Nica. Una hermandad de putas muertas, más fuerte que la de las vivas.

Asesinadas, masacradas, chapoteadas. Con las narices rotas por tanto polvo. Con los calcañales sucios. Con las bocas llenas de insectos. Esas bocas que habían amado tanto. Esos calcañales, esas narices, esos coños y esas tetas que habían amado tanto y que ya nadie recordaría excepto para hablar de la muerte. Te alejaste de la multitud. No querías escuchar ningún otro nombre, casi parecía que en cualquier momento dirían el tuyo.

Es la selva, afirmaba la gente a tu alrededor, la culpa todita toda es de la selva, que vuelve locos a los hombres de por aquí, porque no tienen esperanza.

—A la selva hay que darle de comer para que se esté tranquila —susurró a lo lejos la vieja que te había ofrecido el agua—. No por gusto vienen a matar en este sitio. La selva come la sangre que le ofrendan.

Y todos dijeron que sí, que la culpa todita toda era del hambre de la selva y no de los hombres como Cangrejo.

La panza empezó a latirte de rabia y, allá adentro, aquella cosa que

formaba parte de tu cuerpo se enfureció. Parte de ti sería, a lo mejor, pero jamás parte de Cangrejo. Hijo suyo no eres, pensabas mientras te escabullías entre la muchedumbre. Subiste las calles con hambre, calor y ganas de esnifar lo blanco.

Tu madre siempre dijo que eras impaciente. Que no tenías material de puta. Que tu corazón iba demasiado rápido por la vida. Que tres eran los únicos tesoros de las putas: la rapidez de las manos y la mente, la ausencia de miedo y la paciencia. A ti te faltaba una de esas cualidades indispensables. Ser puta no es solo mover el culo, Romina, reclamaba siempre tu madre, ser puta es saber esperar y no ser una reventada de la vida, que no se puede aguantar un segundo y que todo lo dice o todo lo hace sin pensar, a ti las palabras no te caben en la boca y el movimiento no se te aguanta en el cuerpo, y así, Romina, así te vas a joder más temprano que tarde.

A ver si tu madre podía responderte por qué habían masacrado a Copita y le habían robado los botines. Con lo que costaban los botines esos. Cuánto polvo hubiera podido tener por ellos, pero Copita no se quiso esnifar el dinero, sino que decidió comprarse zapatos para que al final un cabrón se los quitara de los pies.

Te hubieras sentado en el medio de la calle con las dos piernas abiertas a pujar tu odio, hasta parirlo allí mismo, si no hubiera sido por el sol, siempre despiadado.

La cabeza te ardía. Y te continuó ardiendo cuando llegaste a la casa, con la tarde a medio caminar, en lo más bochornoso del día. Agua. Solo eso necesitabas. Y polvo. Pero no había agua en las tuberías y el polvo no apareció ni siquiera cuando escarbaste en las gavetas que eran de Cangrejo, en busca de alguna bolsita blanca rezagada en un rincón. Solo viste una navaja, algo oxidada, pero con filo.

Cangrejo nunca olvidaba una bolsa. Nunca dejaba atrás algo que significara dinero.

Los dientes te rechinaban. El útero te rechinaba. Y también la panza.

Recordaste que al comienzo de tu embarazo, Copita se había portado mejor que nunca contigo. Aún no te quitaba los clientes y una vez incluso te trajo a casa un dulce y papeles de colores, llenos de fotos de mujeres embarazadas, gordas y felices. El dulce lo comiste enseguida y el papel te pareció bonito. Lo ibas a guardar, pero Copita

dijo que antes lo leyeras, y como ninguna de las dos era rápida con las letras decidieron hacerlo a coro, las cabezas y los ojos juntos, mientras las sílabas saltaban frente a ambas y las palabras se armaban por sonidos. El papel era una putada llena de mierda que seguro había sido escrito por mujeres ricas que les contaban a las mujeres pobres el significado de ser una buena madre y estar embarazada, qué responsabilidades traía una palabra como aquella, cómo por nada del mundo se podía esnifar polvo por el bien de la cosa que crecía panza adentro. Te creíste el cuento ese, le preguntaste a Copita.

Bueno, a lo mejor, confesó ella, y por primera vez la viste roñosa, sacando cálculos frente a tus ojos porque si dejabas de esnifar, ella tal vez iba a tener más polvo del que Cangrejo traía para ambas. De puro disgusto se lo soltaste todo en la cara sin pensar. La primera falta de una puta es no saber aguantarse las palabras. Allá tú, dijo Copita después de escucharte, yo no soy la que va a parir a un monstruo bañado en polvo blanco. Le soltaste un rotundo puta en la cara, y te soltó reputa como respuesta y luego ya no se dijeron nada más porque Cangrejo regresó.

Decidiste no pensar más en ella. Al menos, no de momento. Los dientes te rechinaban. El útero te rechinaba. Y también la panza.

Qué empute. No había nada que vender. No quedaba un solo peso en las gavetas.

La casa era una trampa sin salida.

Hubieras empezado a gritar tu odio si antes no hubiera llegado Cangrejo. Rojo y sudado como siempre. Pasó a tu lado y te miró de los pies a la cabeza.

—¿No tienes algo ahí? —le preguntaste de inmediato.

No quedaba tiempo para remilgos ni vueltas.

—Qué clase ‘e cara tienes, Romina, cara dura, de cabra cabrona. Sin trabajar en nada todo el día y ahora quieres gozar, ¿no? —escupió por respuesta.

Nunca vas a ser una buena puta. Tu madre lo sabía. Una puta no respondería así:

—Bastante me sacaste ya, viejo. Dame algo, anda, que estoy volada hoy.

Por un segundo, Cangrejo dudó si partirte la boca a besos o a trompones. Optó por no hacer ninguna de las dos cosas. No estaba acostumbrado a que le hablaras de esa manera. Se rascó la espalda y hurgó en un bolsillo del jean. Te tiró una bolsita blanca.

—Dale ahí y cállate, bocona.

En silencio desataste el nudo y comenzaste a preparar el polvo. Tres líneas.

Suficientes. La libertad del olvido.

Cangrejo se tiró en el sofá y se pasó una mano por la cabeza.

—Si te pones de buenas hoy, cabrona, te doy un regalo más.

Tu nariz sangró luego de que la tercera línea entrara rasposa. Fue entonces que Cangrejo puso delante de ti aquellos botines. Eran negros y altos, te llegarían quizás a la rodilla. Los cordones relucientes. Casi nuevos. Casi. Los botines de Copita. Ella los había usado muy poco. Una semana a lo mejor. Si le pasabas un paño limpio iban a quedar como acabados de sacar de la caja. Casi lucían caros.

Casi.

Ante tus ojos, los botines parecían insectos de la muerte, extraídos de la selva.

Miraste aterrada a Cangrejo.

—¿Dónde aparecieron? —fue la pregunta.

—¿Y eso a ti qué te importa, Romina?

Copita usaba una talla más pequeña que la tuya. Iban a quedarte apretados. Pero eso no importaba. Eran casi nuevos. Eran casi caros. Ni siquiera te atrevías a tocarlos.

—Se murió con los pies sucios… —fue todo lo que pudiste decir.

Cangrejo alzó una ceja:

—¿Los qué?

—Los pies sucios. Copita… ¿no le viste los pies sucios cuando le quitaste los botines?

Se rió. La risa de Cangrejo era también un insecto oscuro.

—Se murió con los pies así. Una vieja se los vio y todo el mundo se dio cuenta.

—¿Cuenta de qué, coño? —Cangrejo volvió a reírse. Siempre se reía cuando te ponías tan volada, tan blanca, tan llena de polvo.

—¡De que tenía los pies sucios, escucha, carajo! ¡Los… pies… sucios!

No le gustó que gritaras. Se pasó una mano por encima de la frente y luego te saltó encima, apretó tu cuello, apretó y apretó tu cuerpo con su cuerpo, tanto que la barriga empezó a latirte otra vez.

Fue solo un segundo. De inmediato te dejó ir.

—Te salvas porque estás preñada, cabrona.

No dijo nada más, no hacía falta. Se rascó la entrepierna y abrió otro paquete de polvo frente a ti. Y luego te dijo Romina, y Copita, y Galluna, o a lo mejor no dijo nada, a lo mejor solo dijo tu nombre, pero cada vez que te llamaba sentías que no era a ti sino a otra, no a la viva sino a las muertas, a todas aquellas hermanas tuyas a las que Cangrejo les había quitado la dignidad y los botines. Se preparó sus tres líneas y te sonrió con sus dientes feos, como si no hubiera pasado nada, como si Copita solo hubiera sido una pesadilla, como si el cuerpo de Copita en la selva no significara nada para él.

—¿Qué? —preguntó después de un rato de silencio—. ¿La fuiste a ver?

Ni siquiera respondiste. Ni siquiera hizo falta preguntar a qué se refería. Sabías bien que Cangrejo hablaba de la muerta. No la iba a dejar descansar.

—Así terminan todas las putas en este barrio, Romina, mi cabrita cabrona. Tiran para la selva siempre. O las tiran allí. Todas toditas las cabras bonitas. Aprende de lo que viste hoy pa' que no seas la próxima, anda.

Aquella noche se durmió pronto. Ni siquiera quiso que lo besaras. Todavía arrastraba el olor del cuerpo de Copita encima. Ya ni siquiera era el olor, pensaste, sino su recuerdo. Tenía la boca abierta, pero no roncaba. Al menos no roncaba. Qué suerte. Te quedaste un rato sin moverte, solo viéndolo respirar tanto aire que no era suyo. Y luego

comenzaron a picarte las manos.

Las mujeres de tu familia se han entendido toda la vida a cuchillazos con los hombres.

Recordaste aquella navajita que habías visto en la gaveta, abandonada a su destino, a la suerte de encontrarte. Aquel era su propósito. Fuiste en su búsqueda. La navaja parecía demasiado pequeña al lado del cuello de Cangrejo.

Casi inofensiva. Tuviste que cortarte un dedo para darte cuenta de que no lo era.

Qué ganas de reír. Qué mal viaje estabas teniendo. Qué viaje tan hermoso el que te esperaba.

Un viaje a cuchillazos.

Respiraste aire caliente sobre el pelo del hombre dormido a tu lado y después, sin pensarlo mucho, hundiste la navaja en su cuello: tres, cinco, diez veces, ¿cuántas?

Mientras lo hacías, Cangrejo manoteaba como loco. Abrió los ojos, te dio un piñazo sordo en la barriga y te lanzó hacia adelante como si fueras una bolsa preñada de mierda.

Algo tan pequeño como una navaja contra un cuello tan grande. Cinco, diez, ¿cuántas veces?

Cangrejo intentó incorporarse, pero no pudo. En la boca tenía una burbuja de aire y sangre. Pensaste que a lo mejor le saldría una burbuja blanca pero no, estabas equivocada, ya no quedaba polvo dentro de él.

Lo habías vaciado todo.

Cuando se quedó quieto, hurgaste en sus bolsillos y encontraste aquellos tres paquetitos bien anudados. Tomaste los tres. Por un instante, al ver los botines de Copita, tuviste el deseo de llevártelos. Ya muerta no los iba a necesitar. Y sí, en vida a lo mejor no te los hubiera dejado como herencia, pero ahora Copita era verdaderamente tu hermana de sangre, porque habías hecho lo que una mujer hace por otra mujer, lo que una puta hace por otra puta: cobrar las deudas.

No ibas a permanecer ni un segundo más en ese barrio de mierda. Era un barrio de mierda con demasiados Cangrejos. Matar a uno solo

hacía que salieran diez más a la luz, y era común que esos diez quisieran vengar el asesinato del cangrejito muerto, así lo hubieran odiado en vida. Que una puta mate a un cangrejo es un muy mal precedente para el negocio. Los chulos también sabían cobrar sus deudas. No solo las putas tienen códigos. No solo ellas eran hermanas de sangre y de polvo.

De todas formas, nunca te había gustado aquel sitio. Ni la gente. Ni el sudor, ni el calor, ni el asfalto. Lo único que te parecía menos repulsivo de aquel lugar era su cercanía con la selva, con aquel verdor de llaga en el medio del vapor.

Cabra cabrona tira pa' la selva.

Como también las putas.

La panza te volvió a latir. Aquello que estaba allá adentro se acomodó. Y en aquel segundo, sola como estabas, aquel movimiento te pareció una señal de buena suerte.

Era ya de noche cuando saliste a la calle con un vestido de tela muy fina y tres paquetes de polvo como únicas posesiones del mundo. Al final, ni siquiera te llevaste los botines, eran un número más chico que el tuyo y tus pies estaban hinchados y gordos. Además, tenías la esperanza de que en algún momento se los devolvieran a Copita y que al menos la enterraran con los pies cubiertos.

Caminaste hasta aquel exacto punto donde la selva y el asfalto se unían, el exacto punto donde Copita había muerto.

Te sumergiste en la selva sin miedo, con los ojos cerrados.

Cuando los abriste un instante después, ya no quedaba asfalto a tus espaldas y te pareció ver, allá a lo lejos, las siluetas de las putas muertas que conocías y aquellas que no. Copita. La Galluna. La Jota, la Punyuy, Marisela, la Malinche, Jalita, Nica. Estaban manchadas de sangre pegoteada, algunas eran solo mandíbula, puro huesito blanco, pero no sentiste miedo, ni aunque estuvieras pasando un viaje malo, de los peores de tu vida, no sentiste miedo alguno, porque todas las putas son hermanas, estén rotas o enteras, estén muertas o vivas.

Los niños

Estén muertas o vivas, la abuela siempre pega los ojos sobre las preñadas. Son los únicos cuerpos que aún le interesan en el mundo. Igualitico mira a las gallinas cuando van a poner huevos.

—A despertar, pollita —dijo la abuela y le pasó una mano por el pelo a la mujer de la barriga enorme—. Abre los ojos, carajo.

Ella obedeció lentamente y balbuceó algunas palabras que nadie pudo entender, excepto Lázaro, que se había acodado en la baranda del portal de la hacienda y fruncía el entrecejo. Ya había visto a otras muchachas así antes, dijo, en su otra vida. Las recordaba bien. Muchachas marcadas por la muerte blanca de los polvos. La abuela afirmó con la cabeza.

—Caldo de gallina es lo que necesita —ordenó—, bien fuerte.

No entendíamos nada, pero un extranjero que llega a la hacienda siempre despierta a todos antes de tiempo. Quizás por eso salimos a la luz del sol demasiado temprano, con los mosquitos madrugueros aún dando vueltas sobre las cabezas, solo para ver qué de nuevo habría traído la selva. O a quién. Incluso Santa parecía curiosa, y eso que ella y la abuela estaban ocupadas en ayudar a la muchacha gorda. La preñada caminaba lentamente, porque con una panza tan llena no podía hacer mucho por sí sola.

Tenía las rodillas llenas de rasponazos y, cuando abrió la boca para burbujear alguna incoherencia, le vimos los dientes. Feos los dientes. De bruja. Rotos y esquirlados. A nadie le gustaron e Ifigenia, en voz baja, dijo que seguro la selva se los había partido en el camino, que si no recordábamos que la selva hacía esas cosas, matar y sangrar, partir dientes y personas. Pero Ifigenia habla siempre para darnos miedo. Sobre todo en las noches, cuando hay oscuridad y las pesadillas se hacen más verdaderas que bajo la luz del sol. Entonces es que aprovecha para ser más que nunca Ifigenia y hablar de la garganta de la selva.

Cuando la selva se pone roja es que está pidiendo comida, nos recuerda con una sonrisa colmilluda debajo de la penumbra que la protege. No sabemos echarle culpa y nos quedamos callados entre las sábanas y los abrazos, como si así pudiéramos dormir.

No hay que hacerle caso a Ifigenia. No hay que hacerle caso, pero de todas maneras el miedo es más grande que la precaución de no oírla. De noche, entre los grillos, la selva es un manchón oscuro tras la ventana que en cualquier momento puede palpitar. A veces rezamos padrenuestros para no escucharla, como nos enseñó la abuela. Padre nuestro que estás en la selva, calla a Ifigenia y que no hable más.

Tiene razón cuando nos recuerda que la selva hace cosas peores

que partir dientes a los recién llegados. Depende del hambre que tenga, dice Ifigenia, mientras se hurga el churre en las uñas. Salta el churre minúsculo por el aire mientras se ríe y nosotros, para que se calle de una vez, la amenazamos con llamar a la abuela y a Santa, que si la escuchan seguro la van a pelar a nalgadas.

Se encoge de hombros y escupe algún insulto. Igual se van a morir todos, dice, y es casi una profecía que lanza, una profecía de mugre, como si escarbara con su uña sucia dentro de las pesadillas de cada uno para sacarlas a la luz.

En voz baja, una de las más pequeñitas de nuestras hermanas pregunta por qué la panza de la mujer es tan grande, que si ha comido mucho, que si está mala, que si se va a morir. Probablemente haya visto a los gorriones enfermos que, hinchados, se caen a veces de los árboles para no volver a levantar vuelo, esos gorriones que buscan la tierra porque el aire es vida y la tierra lo opuesto.

Como esos gorriones, igual de gorda, está la mujer. Ifigenia no deja que los mayores expliquemos a los más pequeños, nunca nos da tiempo de hablar porque es más rápida y siempre tiene la boca llena de palabras. No está gorda como los gorriones, dice, sino preñada, a las hembras nos preñan para que nuestros hijos alimenten a la selva, ¿no lo sabías?, ¿no te lo habían contado? Y como la chiquita dice que no, Ifigenia sigue hablando y no para. Allá abajo, entre las piernas, tienes un agujerito que se hace enorme cuando viene un hombre a estar contigo.

Ifigenia ha visto a Santa y a Lázaro desnudos en la letrina, siempre los sigue y los observa, por eso sabe demasiado, por eso viene a contarnos y siempre da muchos detalles. Cómo orina un hombre, cómo se sienta, qué hace con las manos y qué crece mientras las manos tocan. Nos tapamos los oídos y decimos lalalalala, no te escucho, Ifigenia, pero ella insiste en hablar, como si se reventara de quedarse con aquellas cosas por dentro.

Un hombre te mete aquello con lo que orina y con un chorro de meado es que deja a las mujeres preñadas, le dice finalmente a nuestra hermana y se ríe tan, pero tan alto, que Santa nos manda a callar con un grito seco.

Todo lo que Ifigenia dice es un asco tras otro. La miramos con ojos rencorosos, que a ella no le importan. Nos alejamos como si estuviera manchada, como si nos fuera a contagiar con su enfermedad de la risa. Aquí no la queremos.

La abuela tiene la cabeza de la mujer preñada sobre su pecho. Lázaro corre hasta donde están la abuela y Santa, y ayuda con el cuerpo pesado de la mujer, que ya no se sostiene.

Se va a morir. Seguro se va a morir.

Acá, en nuestra hacienda, la gente no se muere a menudo. Juanquito hace unos meses. Pero no se murió, se lo llevaron. La selva se lo llevó. Y antes fueron otros. Unos cuantos. Pero no se murieron, ninguno de ellos. Hay una diferencia grande entre morirse y que la selva te reclame. Uno se muere cuando sucede y ya, te entierran lejos de las corrientes de agua, para que el cuerpo no contamine nada. Eso pasó una vez, hace ya tiempo, un niñito flaco que se murió de un día para el otro, sin explicaciones, porque la muerte es así, dice la abuela, que a veces sucede y no da nada cambio, ni siquiera una explicación. Se veló el cuerpo toda la noche y abuela dijo que había un ángel más en el cielo junto a diosito, y todos miramos hacia arriba, pero como era de noche no había cielo sino tinieblas, y al final no entendimos nada, si es que diosito era oscuro o el cielo una garganta de perro jíbaro.

Es muy diferente la muerte si la selva te come. Entonces no queda cuerpo, no queda hueso, no queda rastro. No hay velorio, no hay entierro bonito, que es como una fiesta porque la abuela mata un pato y nos dan mango dos veces, y nos dejan embarrarnos las barbillas con la pulpa sin que ningún adulto diga nada.

Se va a morir. Seguro se va a morir. A lo mejor le hacen incluso un entierro, aunque nadie se atreve a preguntarlo porque al final la mujer es una extraña y porque aún no ha cerrado los ojos para siempre. Está fría. Luce fría. Parpadea, tiene las manos duras porque aprieta un brazo, el de abuela o el de Lázaro, lo aprieta con una fuerza que no es de cadáver y grita.

Puja y grita.

Se ha puesto de rodillas.

—Va a parir, carajo —la abuela incluso parece tranquila, pero en sus ojos hay un fulgor extraño. No le gustan las cosas que trae la selva, ni las cosas ni la gente, de la selva nunca se sabe qué esperar.

Santa no corre. Todo lo hace despacio. No hay que apurarse para parir. Y tampoco gritar, porque los gritos cortan los pujos y hacen que el parto se demore el doble. Va hasta la cocina arrastrando los pies como si fuera ella la preñada, la lenta, la que la selva ha traído. Hay

enojo en Santa. Quién no lo ve. Incluso Ifigenia con su ojo malo se da cuenta y sonríe. Cuando Santa regresa con un par de trapos limpios, la preñada está pálida en los brazos de Lázaro y de la abuela, y se ha sentado con los pies abiertos bajo el sol y las nubes de mosquitos.

Santa la agarra por las rodillas y nadie nos manda a irnos para la mierda con tal de que no veamos nada. Solo la abuela reza un padrenuestro y se persigna mientras la preñada empieza a pujar. Tanto sudor en una mujer y no se muere.

Ifigenia se ha subido encima de la baranda para ver mejor el espectáculo. La recién llegada tiene la boca húmeda. Tiene pujos en la boca. Como Santa, que también los tiene, pero que no son de dolor sino de roña.

Al cabo de un rato se ve, entre las piernas de la forastera, una cabeza con pelo.

Silenciosos, aplaudimos porque es igual que cuando las gallinas ponen huevos o las puercas paren, no hay diferencia salvo el balbuceo de la muchacha que dice algo, por primera vez algo que se entiende, dame una raya ahí que ya no aguanto más, dame una raya ahí, y llora porque aquella cabeza de pelo negro que asoma es muy grande y lastima.

La abuela no responde. Tampoco Lázaro. Y mucho menos Santa.

Aquí se pare en silencio.

La mujer no lo sabe, pero en el último minuto, antes de lanzar al hijo a la vida, se tensa y se calla, se traga las palabras, los reclamos y los gritos, y se concentra en el último pujo, el pujo en que se rompen las palabras.

En la selva cantan las cotorras y zumban las colonias de insectos.

El niño que nace no llora.

La abuela lo nalguea fuerte para que reaccione. Está azulito y pequeño, parece bañado en polvo blanco, de tan sucio que viene. La recién parida abre mucho los ojos y extiende los brazos, pero no para que le den al hijo sino para pedir de nuevo una raya ahí que ya no puedo más, y cuando ve al niño bañado de tanta blancura se relame y se vuelve loca, y quiere lamerlo, y quiere pegar la nariz a aquella carne. Lázaro le aguanta los brazos, la inmoviliza mientras la abuela intenta que niño azul respire, que lata como la selva, que su pecho se

mueva al ritmo del canto de las cotorras salvajes.

Se va a morir. Seguro se va a morir. Y a lo mejor todos tendremos un velorio bonito y nos dejarán comer mangos, incluso mangos verdes, que dan cagalera y dolor de panza.

—Varón —dice la abuela en voz alta. Se afana en calentar el cuerpo del niño y en sacarle los mocos y lo blanco de la boquita abierta.

Sobre la yerba, la parida aún puja. La yerba se ha manchado de sangre y la tierra la bebe. Es el grito, es el jolgorio de lo vivo allá adentro, en la selva profunda, que empieza a latir. Hay que levantar a la parida, pronto, hay que levantarla pronto para que la selva no la desangre allí mismo. Lázaro la lleva entre los brazos y Santa hace la mueca de todos los días al entrar a la hacienda.

Ifigenia camina lento hacia el lugar exacto donde se ha producido la carnicería de la vida. La placenta ha quedado abandonada y ella la toca con un pie.

—Está caliente —nos invita a jugar con el despojo, pero nadie le hace caso, nadie quiere jugar con Ifigenia, nadie quiere ser su amigo.

La dejamos sola. No le importa. Nada le importa. Agarra la placenta con una mano y la arroja a la selva:

—Come —le dice.

Lázaro

—Come —le dice y pone el plato de sopa frente a él.

Lázaro se mastica la boca antes de hablar. En los últimos tiempos siempre está así, roñosa, demasiado agria.

—¿A ti qué te pasa hoy? —le pregunta a Santa al cabo de un rato.

No se trata solo de hoy, pero Lázaro sabe que todas las preguntas tienen que empezar por algún lado. No se atreve a reclamarle nada, con Santa nunca se sabe, con las mujeres nunca se sabe, todo lo quitan o todo lo dan, no hay punto medio.

—Come —vuelve a decir ella, tiene los ojos rojos de locura o insomnio, o de ambas cosas a la vez—. ¿No te gusta el caldo de gallina vieja?, ¿o es que las gallinas viejas tienen peste a pluma?

El caldo está frío y sabe a agua. Parece un charco oscuro donde nadan tripas.

Lázaro se encoge de hombros y se lleva la cuchara a la boca, muy lentamente, en un gesto repetido que solo quiere conciliar, estar en calma. No es un hombre de broncas, no le gusta andar por ahí con asuntos pendientes.

—Podría ser tu hija… —escupe Santa luego de unos minutos de silencio atroz.

Lázaro contempla el agua llena de tripas de gallina vieja y elige no decir nada.

—Así es como te gustan, ¿no? Las pollitas nuevas. Pa' mojar bien rápido.

El hombre se traga las palabras, las mastica, como igual lo haría con la sopa si el agua tuviera solidez.

Hay algo en Santa que le recuerda demasiado a su madre. Es raro. Es muy confusa la idea y Lázaro no la quiere en su cabeza. Mejor un recuerdo muerto que vivo para siempre, hurgando aquí y allá, hasta romperlo a uno en trozos. Hay recuerdos que creyó enterrar en la selva hace mucho tiempo y que, sin embargo, siempre salen a flote, tarde o temprano. Los putos recuerdos. Hay algo en Santa que se parece demasiado a la madre que Lázaro querría olvidada.

Una vez Santa le preguntó, algunos años antes, cuando la noche era más profunda y los labios de ambos estaban unidos:

—¿Nunca has pensado en probar la carne de una de las crías? Solo un pedacito, no haría falta matar a ninguna pa' probar.

Lázaro lo recordaba bien. Los ojos de Santa eran iguales a los de su madre.

Ambas tenían la misma avidez. Nada hay vedado para el hambre, nada sagrado, nada que no se pueda morder. Hace tiempo que no toca a Santa porque le teme: sus ansias son contagiosas, una enfermedad que se ha filtrado desde la selva para llenarla de desesperación. Ella no es la misma muchacha que conoció hace años cuando llegó a la hacienda, flaco y casi muerto, solitario como perro apaleado.

No es cuestión de vejez. Lázaro se convence de que no se trata solo de eso.

Anciana la amaría, de seguro la amaría aún si Santa no se pareciera cada vez más a su madre y cada vez más a la selva.

A la madre y a la selva aún las teme, aunque ha aprendido a convivir con el recuerdo nebuloso de la primera y con la presencia, constante y opresiva, de la otra. Dos comadres oscuras que dan patadas dentro de la mente de Lázaro y que se acomodan una al lado de la otra, porque sobra espacio allá adentro, sobra espacio en el miedo de Lázaro para que ambas puedan convivir en la misma casa. Ahora también Santa ocupa su lugar dentro de aquel rincón de los temores.

El día que su madre lo entregó a la selva era un día igual a este, un día común y corriente, y le había servido sopa, una sopa igual de turbia que la de Santa. Agua con churre adentro, con churre y tripas de algún animal. Sabía a podrido. Así debía ser el sabor de la muerte: un vacío enorme de ternura y de madre. La mujer que le había dado la vida lo miró desde el otro lado de la mesa. Ni pan quedaba.

Quedaba él, ese Lázaro flaco y chiquito que seguía creciendo y que siempre pedía comida a una madre que ya no daba más, que no podía ordeñarse como una vaca para dar alimento al cabrón ternero. Mejor si hubiera nacido muerto, pensaba ella mientras contemplaba al hijo, mientras lo veía comer de aquella sopa.

Luego, la madre lo tomó de la mano. Era un gesto demasiado cariñoso y Lázaro sintió extrañeza, ¿por qué lo tocaba así, por qué lo guiaba de ese modo y hacia dónde? Se puso arisco e intentó zafarse, pero la madre lo golpeó detrás de la oreja, un trastazo seco que le estremeció las ideas y el cerebro, y lo obligó a caminar. No le dejó terminar la sopa y Lázaro niño, tan hambriento como estaba, lloró por la sopa perdida.

Por el camino la madre susurraba palabras que él no entendía. Mejor así porque eran palabras duras, escupidas de palabras, tan grandes como la pobreza que ambos habían conocido desde siempre. La pobreza heredada de generación en generación, más tenaz que la muerte, porque era vivir como muertos en vida, sin esperanza de un antes o un después. Cuando había pan era del hijo. Si había arroz era del hijo. Para la madre nada. Las madres nada merecen tener y ella se había cansado de eso, del hijo y de su peso, de su pobreza heredada, de ser mujer y del derecho al hambre que no le permitían sentir.

Vivían muy cerca de la selva, pero incluso la selva era pobre allí, estaba afilada por los robos y los saqueos, daba poco. Además,

cobraba mucho por ese poco que daba. La madre nunca le pedía a la selva. ¿Para qué pedirle, ella que nunca había recibido nada de nadie? Otras mujeres sí lo hacían. Otras madres iban con los hijos sobrantes y los entregaban. Volvían luego, más jóvenes y con una esperanza que duraba unos pocos días. La culpa no era de la selva porque ella pagaba todas las ofrendas. A una mujer que regaló a la hija le amanecieron dos pollos gordos en el jardín. Gordos y silvestres. Pollos huérfanos que esa misma noche adoptó la cazuela. A otra mujer le amaneció una hembra de jabalí herida en la puerta, casi muerta y muy débil, pero que dio crías: dos jabatos para cebar.

Las mujeres entraban a la selva a pedir comida en lugar de hijos porque lo segundo sobraba y se carecía de lo primero. No era un mal trato. Y hubo quien pidió un negocito y lo tuvo por un tiempo, o coca para mascar o polvos para meterse en las narices, y tuvieron esos pequeños milagros que todos pasaban por alto excepto las mujeres, ya que ellas llevaban siglos negociando con aquel dios y conocían su avidez.

Lázaro nunca había estado dentro de la selva. Al menos no tan adentro. Jugaba en sus lindes, cuando tenía fuerzas y el hambre le permitía estar de pie, con algunos otros niños llenos de mocos. Siempre miraba por encima de los hombros no fuera a ser que algo pasara, como perderse u olvidar el trillo, como encontrarse solo en aquella mandíbula abierta que la selva era. Aquel día, intentó oponer resistencia a la mano de la madre que lo arrastraba hacia lo profundo.

Bastó que la madre lo mirara con aquellos ojos famélicos, cansados ya de esperar, para darse cuenta de que nada podía hacer, que estaba abandonado a su suerte, y que simplemente iban a canjearlo por un pollo o un jabato.

Había llegado su momento.

No era tonto. A lo largo de los años había conocido niños que luego no aparecían más ni volvían a jugar con él. Nadie preguntaba nada. Ni los niños ni los adultos, porque todos sabían del intercambio, y los sobrevivientes no abrían la boca ni para piar, no fuera que la madre decidiera que sobraba el hijo y que faltaba carne. Así había crecido Lázaro, aunque se había vuelto confiado, porque con el paso del tiempo creyó que ya estaba a salvo, que no le tocaría a él. Por qué a él, si apenas comía, si apenas vivía, si apenas respiraba.

Pero la madre no lo creía así. Para ella, Lázaro comía, vivía y respiraba demasiado.

Deambularon durante horas por la selva, lo suficientemente adentro como para que Lázaro se preguntara si aquella vía tendría fin, si pararían de caminar, si algo lo esperaba allá, así fuera la muerte y, en ese caso, cuándo llegaría. La madre le soltó la mano de golpe y lo miró con sus ojos enrojecidos.

—Camine pa'llá —le dijo y señaló hacia adelante—, ándele.

Él se quedó quieto. Sin obedecer. Vio los cabellos negros de la madre sobre su cara, y le contó las pecas en el rostro. Los dientes careados de vieja prematura.

Sus gestos repetidos:

—Pa'llá, pa'llá —intentaba espantarlo como si fuera un pollo, pero Lázaro solo caminó dos pasos hacia adelante y después retrocedió en busca de la madre—.

Váyase le digo —le cacareó ella con una voz ronca, pero a pesar de todo bonita

—. Piérdase pa'llá adentro. Camine que la selva bendice a los niños y los convierte en angelitos.

Era una mentira tan descarada que Lázaro sintió asco, sintió la náusea caminando por su garganta hasta el punto de casi derramarse sobre él. Todo el mundo, incluso los niños, sabía que la selva quería carne y que no estaba dispuesta a dar ningún tipo de bendición que no fuese su mordida. El chico se contuvo a duras penas. Apretó el culo para no soltar lágrimas. No cerca de la madre. No dentro de la selva.

Notó que ella tenía un cuchillito romo entre las manos, como si fuera una amenaza suficiente para apartar a Lázaro. La mujer lo azuzó y le enseñó el cuchillito, un gesto irreversible de cacería, de vete que me enojas, de te mato y no te pago, de ojalá no existas ni hubieras existido nunca.

La selva, por el contrario, sí lo quería.

Lo quería tanto que pasaba su lengua vaporosa sobre la carne de Lázaro. A su alrededor, el silencio aguardaba con los brazos abiertos. Lázaro sintió aquel deseo. El deseo de la selva. Sus ansias de poseerlo. De quedarse con su cuerpo, de hacerlo suyo.

El amor y el hambre de la selva contra el odio y el hambre de aquella mujer que lo había parido.

No hizo falta que ella repitiera aquel ándele roñoso o que lo engañara de nuevo con una mentira. Lázaro le dio la espalda y la escuchó suspirar ruidosamente, los pulmones liberándose al fin de la carga del hijo, de aquel peso absurdo que había conseguido canjear. Ojalá se te mueran los pollos que te dé la selva, pidió Lázaro en silencio mientras caminaba hacia lo desconocido, ojalá no te los puedas comer y que se te mueran de flacos. Aquella sería su venganza. Notó que la selva lo escuchaba, que por primera vez algo o alguien estaba pendiente de sus deseos, y sintió reverencia y un ramalazo de miedo porque entrar a la selva, a la garganta de la selva, era quedar atrapado allí para siempre. Los otros niños no habían salido y él tampoco lo haría.

Caminó entre los árboles, entre bejucos infames, entre el sonido de un centenar de animales pequeños, un desconcierto terrible que le hacía escuchar las voces de la selva desnuda. Cuántas voces para un mismo cuerpo. Qué canción tan disonante. Caminó hasta desear que ya no hubiera camino, hasta anhelar que la selva terminara con él de una vez por todas. Al menos se lo comerían con piernas, entero, porque si seguía caminando así seguro se le caería el cuerpo a trozos. Pero la selva no lo dejó descansar y cuando Lázaro intentó sentarse en la tierra, encontró hormigueros, y cuando más adelante intentó trepar a un árbol, el liquen verde lo hizo resbalar hacia abajo, y cuando decidió quedarse quieto, el mundo empezó a moverse bajo sus pies, un mundo tembladera, un mundo sin orígenes ni fin.

Fue muriendo de a poco. Se despidió de la vida. A lo mejor la muerte era eso, vagar y vagar sin descanso, entre mosquitos y bejucos. Se acordó de la madre y de la sopa de agua turbia que no había logrado terminar, y el estómago le rugió, parecía una selva pequeña en sus entrañas. Era un niño perdido. Uno entregado.

Igual a esos otros niños de las historias que los chiquitos del poblado se contaban a los pies de los árboles para sentir miedo, y el miedo existía precisamente porque las historias no eran de mentira, no eran cuentos falsos para provocar escalofríos o sembrar el pánico. Los niños se narraban sus propios terrores para que, cuando llegara el momento de estar perdidos de verdad en la selva, saber que no habían sido los únicos.

Aquellos recuerdos de su infancia hacen que Lázaro se atragante con la sopa y escupa una cucharada de vuelta al plato.

Santa lo mira.

—Te gusta la chiquita esa, ten huevos pa' decirme que no… —es desprecio lo que brota por la boca de esa mujer y que tiene una forma retorcida, como de palabras deformes.

No pregunta, afirma. Y cuando Santa afirma, su verdad es la única que importa en el mundo. Nada más existe.

—No me digas que no porque te vi cómo la mirabas cuando llegó.

Ella lo conoce demasiado bien. Ojalá no lo conociera tanto. Lázaro no puede mentirle. No a Santa. Durante demasiados años se han estado mirando uno al otro como para no darse cuenta de las diferencias entre verdad y engaño. Es cierto que deseó a la extranjera. Que contempló a la mujer preñada con sus ojos tiesos, que no sabían mirar bien, que no recordaban otro cuerpo que no fuera el de Santa, esos ojos que han envejecido mientras observaban la misma selva y la misma Santa de todos los días.

La curiosidad y el deseo, ¿eran parte de su culpa?

Lázaro se termina la sopa. Desde que la madre lo entregó a la selva ha tenido la precaución de tomarse todas las sopas que le sirven, incluso aquellas con sabor a mugre. Nunca se sabe cuándo se toma la última sopa de la vida y es una desgracia morirse con el estómago vacío.

También fue una desgracia no haberse muerto aquel día en la selva.

De niño, habría sido más fácil decirle adiós a todo. No había mucho de qué despedirse, salvo del miedo, y Lázaro lo hubiera dejado atrás sin remordimientos. Pero la selva tenía otros planes: era una madre terrible que lo guiaba a través de la niebla, a ciegas, con el cuerpo bamboleante y sin voluntad para detenerse. Estuvo dentro de su útero por un tiempo, no sabría decir cuánto, porque para los niños perdidos la noción de tiempo se limita al hambre y al rugir de la panza, a los pies rasgados, a una sed dentro de otra sed dentro de otra sed, y a los mosquitos enormes que se le iban posando en cada pedazo de piel desnuda.

La luz del sol desapareció entre los árboles y volvió a salir en algún momento.

Y fue entonces que el chico vio la hacienda y a la muchacha que alimentaba gallinas, la muchacha de los ojos enormes, que se le parecía a su madre, aunque Lázaro decidió aplastar aquel recuerdo al

instante. Madre no tenía, sus madres eran la soledad y el miedo: gallinas por hijos, una gallina por un hijo, aquella muchacha tenía gallinas suficientes y la hacienda a sus espaldas lucía vieja pero todavía sólida.

Lázaro salió de la selva al encuentro de Santa, que por aquel entonces tendría catorce años, cinco más que él, los suficientes como para que lucieran igual a un abismo entre ambos. Ella lo vio y prefirió ignorarlo. Tititi, llamó a las gallinas.

Como si Lázaro no fuera un niño sino una sombra vomitada por los árboles. Un insecto con forma de niño. Un excedente de la selva.

Desde entonces habían pasado tantos años…

—¿No hay un poco más de sopa? —pregunta Lázaro y se arranca de cuajo la memoria, que no sirve para nada bueno salvo para revolver en el fondo de la olla, donde toda el agua es más oscura y pútrida.

Santa se sienta en el extremo de la mesa.

—No hay nada más pa' ti —le responde.

Siempre lo castiga con el hambre, como quien regaña a un hijo. Lázaro se ha pasado todos estos años siendo el hijo predilecto de Santa. El hijo con el cual se acuesta. El hijo al que ha mordido y besado.

Hay días en que Lázaro quisiera haber muerto allá adentro para no pensar en nada, ni en el niño que fue, ni en el temor de ese niño, ni en los otros chiquitos que fueron ofrecidos a la selva a cambio de un jabato o una gallina. Quisiera haber muerto para no haber aprendido, en todos estos años, a manejar un cuchillo y un machete, para no ser la mano izquierda de la selva que algunas noches entra en los cuartos de las crías para recoger la carne del tributo. Quisiera haber muerto para no tener más miedo, porque eso es lo único que le sobrevivirá cuando finalmente se vaya de este mundo. Se ha convertido en un cobarde afilacuchillos, uno que maneja machetes y que ha cambiado hijos por vida, como una vez lo hizo su madre: cuál es la diferencia, ninguna. No es mejor que ella.

Pero sí es mejor que Santa. Al menos él no sueña con comerse a uno de los niños. Un pedacito de carne, solo un pedacito, le había dicho Santa aquella vez, como si no quisiera decir nada, pero con los ojos ansiosos y la boca llena de saliva. Desde entonces la ha visto

relamerse. La ha visto ocultar su secreto.

Ojalá no se acordara de aquella noche, tantos años atrás.

—Cuando estabas dentro de la selva, ¿qué viste? —fue la pregunta de aquella mujer que Lázaro consideraba suya.

Santa no hacía preguntas al azar.

—Nada, solo yerba, mosquitos y árboles —le contestó, y Santa torció los ojos en una mueca incrédula.

—¿Nada?

Y él volvió a decir que no, lo juró con la mano en el pecho, lo juró por el miedo, el dios más sagrado entre todas las cosas.

—Pues yo comí en la selva, pa' que sepas. Hace años. Cuando era niña. ¿Quieres que te cuente qué?

Y él volvió a decir que no, y Santa lo llamó pendejo.

Junto a aquella mujer es mejor quedarse callado. Jamás responderle nada. Es mejor no vomitar furia sobre furia, y olvidar las cosas que Santa pudo decirle en algún momento. Incluso olvidar que hoy le ha negado un poco más de sopa.

Lázaro se aleja de ella y de inmediato se siente más ligero, como si la sangre le llegara finalmente a la cabeza y le irrigara las ideas. Esta noche dormirá afuera, entre los mosquitos y la soledad, como ha dormido de una forma u otra desde el primer momento de su vida.

En la distancia llora un recién nacido. No es el gemiquear de un niño sano. El hijo de la forastera, seguro. Lázaro conoce las diferencias entre el llanto de la vida y el de la muerte. Lo ha escuchado muchas veces. Lo ha silenciado en demasiadas ocasiones. Junto al llanto oye la voz de la vieja, que se afana en callar la congoja.

Canta la vieja.

Canta tan hermoso que Lázaro lloraría si tuviera alma aún. Si no fuera un niño perdido.

Ojalá alguna vez le hubieran cantado así.

Camina sin rumbo por los largos pasillos exteriores de la hacienda hasta que los ojos de la perra lo encuentran. Una vez más. Lázaro solo

piensa en cómo escapar de esa mirada, en cómo olvidar esos ojos y su culpa. La perra está como siempre asomada en su rejita, con las patas hacia afuera y la lengua jadeante. Contempla y mide el mundo de los que se han llamado cuerdos a sí mismos. Lázaro baja la cabeza cuando pasa frente a ella: Ananda es su vergüenza, ella es el horror.

Entre las patas, la perra tiene el ánfora donde suenan los huesos del cachorro.

Los huesos rechinan estridentes cuando la perra la bate. Que recuerde Lázaro.

Que recuerde el horror. Que recuerde el machete filoso y la venganza. Que recuerde a los débiles, a los inocentes. Al ver a Lázaro, la perra ladra. Ladra hasta perder sus pulmones de perra, hasta que la tos sustituye al ladrido. Ananda no olvida.

Lázaro lo sabe.

No puede olvidar.

No quiere.

La perra

No quiere. No quiere callarse. Esos pulmoncitos de animal casi nacido muerto lanzan sus quejidos a la noche y desvelan a todos, incluso al jíbaro, enorme y ansioso, que entre los árboles te contempla.

Ha comenzado a llover.

Gimes para ver si alguien te escucha y hociqueas el olor del macho que te espera en la selva. Lo ves pasar, con el morro inquieto, entre los bejucos. Da vueltas y vueltas de un lado a otro. Ha estado así, cada vez más impaciente, desde la llegada de la forastera preñada. Tiene el olor de tu celo metido entre los dientes y eso lo vuelve loco. El macho no va a aguardar toda la vida, bien que lo sabes, hay otras jíbaras que esperan por él y que son fáciles de montar, no como tú que estás entre rejas, con el olor a celo pudriéndose en tu cabeza y tu coño. Le ladras para que entienda que te han dejado sola frente a la voluntad de estos cobardes y asesinos, que no eres perra con destino propio, sino encarcelada.

Puede que la lluvia se trague todos los sonidos de la casa y deje sordos a sus habitantes, a todos menos a ti, Ananda, la pulgosa.

Rastreas con tu olfato las habitaciones lejanas, sus ruidos. Los celos de Santa se escuchan como metal que cae al suelo, a veces también parecen un chapoteo de pies hundidos en el barro. Ahora que llueve, la hacienda es un chapotear enorme y sin fin, y Santa deambula por ella como alma en pausa dentro de un limbo. Los niños, igualados por el terror, andan de puntillas para no molestar a la vieja o a los adultos siempre impredecibles en su locura. Solo son diferentes los pasos de Ifigenia, que detectas de inmediato porque la conoces bien, a ella y a su ojo malo, y a la maldad del ojo bueno. Te visita a veces, se encarama encima de una plancha de madera para acceder a la rejita en tu ventana y se queda ahí, durante unos minutos, aferrada a la contemplación, mirándote a ver si con la vista se rompe la perra, si ladra la perra, si aúllan los huesitos dentro del ánfora porque alguien tan jodido como tú, dice Ifigenia, es siempre interesante.

En el mundo homogéneo de los niños, Ifigenia es rara. Por eso le dedicas algo de tiempo. Cuando te mira y se asoma a tu mundo, también la contemplas de regreso. Sobre todo, escuchas lo que mora en aquellos escondrijos a los que los seres humanos no pueden llegar, por ejemplo, el crujir del alma, de las tripas y los riñones de Ifigenia, su cerebro, sus engranajes nerviosos, oír la entrepierna que se le humedece.

La chica está en silencio mientras intenta hurgar en tus heridas, pero ya no piensas en ella ni en la llovizna que parece presagiar una desgracia, ni en el sonido de los huesitos de Choclo en su urna que ladran empantanados, sino que vas más lejos, hasta donde Lázaro. Envuelto en una nube de mosquitos, camina, más bien arrastra los pies, como si no quisiera de veras hacerlo, hasta el cuarto donde se encuentra la forastera.

Ella no habla demasiado. A veces muge, como si tuviera la boca llena de una pasta blanca. Como si las palabras no le brotaran de forma natural. Suda, apesta a sudor. Se babea. Tiembla. Vuelve a temblar. Hace rato que ha pedido morirse.

Ni que fuera tan fácil. Aquí o en cualquier otro sitio, morirse es una tarea complicada. Suplica la muchacha. Cuando le vienen las palabras a la boca, ruega que le den una rayita. Nadie la escucha. O prefieren simular que no. Ella, en venganza, muerde el aire vacío, las paredes, muerde tanto que te preguntas si no será también una perra, otra perra igual que tú, que ha recorrido el horror de la selva demasiado a fondo.

Hace mucho que en la hacienda no se puede dormir. Cuando no se

escucha el llanto del recién nacido, cada vez más débil, cada vez más azul, surge un ruido en algún otro rincón, un grito de mujer o una mordida al aire. La vieja canta un arrorró al niño que carga entre los brazos o Ifigenia se pasa un dedo por el coño húmedo. Resuena demasiado aquel dedo, aquel frotar contra la piel. Te tapas las orejas.

Ojalá no escucharas tantas cosas.

Esa fue siempre tu maldición.

Escuchaste todos los partos de Santa. Escupía sin parar niños al mundo. Era una buena paridora. Jamás lloraba por los dolores, ni siquiera de jovencita. Apretaba los muslos y la boca, y se ponía a pujar mientras la madre se afanaba sobre su cuerpo, metía mano, giraba las cabezas de los niños, retiraba cordones umbilicales torcidos y cosía. Santa no se dejaba dar órdenes entre los pujos, eso sí, tan santa nunca fue. Odiaba que le dijeran cualquier cosa en las faenas del parto, una mínima palabra la volvía loca, así que aquellos eran días de silencio.

Cuando más se le escuchaba gruñir bajito, mientras abría las piernas y se pasaba una mano por la cabeza. Quince años tenía la primera vez que dio a luz a una hembra gorda y de cráneo enorme, casi imposible de sacar. Y fue tu horror, Ananda, fue tu horror de perra cuando viste cómo aquel cráneo se abrió paso entre los huesos de tu hermana, que había sido ánfora durante casi nueve meses.

Fue tu horror de perra cuando la selva crujió. Nunca olvidarás aquel crujido de hambre, el de una mandíbula al abrirse y cerrarse.

Pensaste que Santa iba a suplicar por la niña. Luego de tanto esfuerzo, de tantas horas de un parto atroz, su primogénita seguro estaría destinada a ser comida de la selva. Pero Santa solo se limpió el sudor de la frente con un trapo, escupió una saliva acuosa luego en ese mismo trapo y se lo volvió a pasar por la cara. En todos los partos hizo gestos iguales: el trapo, la escupida, después el rostro sin expresión, el me da igual todo, porque tu hermana no sentía ni siquiera el amor de una gallina hacia sus huevos.

Ese día, por primera vez, experimentaste verdadero temor ante una selva que hasta entonces te había parecido una abuela demasiado vieja y caprichosa. En ella habías nacido. Ningún otro mundo existía para ti aunque sabías que algo más, un algo indefinible, estaba allá afuera. Desde ese sitio seguro venían los extranjeros, los pobladores ocasionales de la hacienda que se quedaban días, meses, tal vez años, que reían y sufrían aquí, hacían hijos y los dejaban luego como un

recuerdo de que su presencia no había sido un sueño o una alucinación colectiva. Era mejor no acostumbrarse a ellos, decía siempre tu madre, era mejor no pensar en ellos porque un día, uno como otro cualquiera, se marchaban. No quedaba rastro de su presencia, ni huella, ni ropa, ni paso por el mundo. A veces, eso sí, permanecía a la zaga algún niño que lloraba al ausente. Nada se podía hacer salvo consolarlos y decirles, por pura piedad, que sus padres nunca habían existido o que el cielo de la selva era un lugar hermoso donde todos los niños abandonados se encontrarían con sus padres algún día.

Demasiadas veces te preguntaste qué había sido de aquellos hombres y mujeres que desaparecían. Adónde se los llevaba la selva. Si acaso estaban muertos, adónde habían ido a parar los cadáveres y por qué entonces no podían enterrarlos, si era tan simple como abrir un hueco y sembrar una semilla o un cuerpo. Te preocupaba un día encontrarlos así, acodados sobre un bejuco, ya muertitos, desnudos en pellejo vivo, en puro hueso blanco. La selva era un pájaro carroñero capaz de quitarles todo: la vida, la carne y la ropa.

A muchos de aquellos extranjeros que iban y venían ni siquiera podías recordarlos. Flotaban frente a tus ojos por unas semanas. Algunos dejaban un recuerdo: a tu madre preñada, por ejemplo. Dejaban atrás botones de camisa o pedacitos de tela que Santa encontraba siempre entre los árboles y traía en calidad de trofeo. Por acá pasaron, decía siempre para convencerte de que no había sido una alucinación. Un botón o una franja de vestido era una prueba más que suficiente, les permitía a ambas construir una historia. No fueron pocas las veces que se metieron juntas en la selva y prometieron encontrar algún rastro, una señal por mínima que fuera, del camino que los extranjeros habían tomado.

Era casi un juego, pero uno muy serio.

Al final del día, después de dar vueltas en círculos y comer alguna que otra fruta, con las bocas manchadas de culpa y pulpa, regresaban a la hacienda. Santa se convencía de inmediato en que no había nada malo en aceptarle a la selva una guayaba o un mango, pero tú a veces no querías comer nada. Que supiera la selva cuánto te dolían aquellas desapariciones y cuán molesta te sentías con ella porque no podía controlar su hambre. Pero siempre, al final de la pesquisa, estabas tan cansada que terminabas aceptando la fruta que Santa cogía de los árboles. No más la veías comer y embarrarse el vestido con un chorro dulce, te hacías la disimulada y extendías la mano. Después regresaban juntas a la hacienda, que siempre estaba demasiado cerca,

como si todo lo que hubieran caminado a través de los árboles no fuera más que un par de metros, la distancia exacta que una abuela caprichosa les permitía recorrer.

Aquellos juegos, aquellas pesquisas inofensivas terminaron pronto por culpa de tu madre. Siempre las esperaba histérica, daba gritos cuando ambas aparecían entre los árboles, las apretaba contra el pecho, las obligaba a abrir la boca para ver qué habían comido y preguntaba qué habían visto allá adentro, cuando viajaban en el vientre de la abuela selva.

Nada, no habían visto nada: ni muertos, ni rastro de los extranjeros, solo árboles, hojas y frutas. Pero tu madre insistía. Una vez te zarandeó tanto que pensaste que la cabeza te iba a volar por los aires. Era peor incluso con Santa. A ella siempre le metía un dedo en la garganta, pero tu hermana no vomitaba fácilmente, hacía arqueadas sobre la yerba, se doblaba del asco, no soltaba ni un buche. Cuando encontraba en los dientes de ambas algo de pulpa de fruta, o la hebra de algún mango tardío, parecía tranquilizarse. Suspiraba demasiado fuerte, como si en la boca se le fuera la vida en forma de alivio y las enviaba a ambas de castigo hacia una de las esquinas de la hacienda, de espaldas a la selva, de espaldas al mundo durante unas horas, en silencio.

Con el paso del tiempo te acostumbraste a que los extranjeros fueran un decorado más de la casa. Uno que no estaba destinado a perdurar y con el que era mejor no encariñarse porque en la naturaleza nada quedaba inerte por demasiado tiempo. Solo fue distinto con Chola. A Chola no se le podía olvidar fácilmente. Tenía la voz gruesa, los ojos rojos de tanto llorar y reír penas a ratos.

Cantaba todo el día. Sus tetas gordas ablandaban a los niños. Chola había estado allí, en la hacienda, en la selva, desde que recordabas. A los ocho años aún insistías en dormir sobre sus tetas y llorabas solo por obtener el privilegio de escucharla cantar en las noches. A su lado te ibas haciendo un trozo de niña, olvidabas incluso el miedo de perderla algún día, a ella y a su vozarrón oscuro.

Ni a tu madre la amabas así. Ni a Santa. Ni a la selva. No existía nada tan sagrado en el mundo como Chola. Ni siquiera el dios de aquellos padrenuestros que estabas obligada a repetir o la negrura de la noche, que albergaba a otros dioses más antiguos allá en los bejucos altos.

Chola no tenía historia. Ni pasado. Y si los tenía, jamás quiso

compartirlos con nadie de la casa, ni siquiera contigo, que eras de alguna manera hija del calor de sus tetas. Pero Chola guardaba la selva en los ojos. Eso lo notabas. Miraba a la selva como si supiera que aquella pausa junto a ustedes era solo una estación de paso más.

El día que me vaya yo, no llores tú, te cantaba con su voz caliente. Era una tonada que solo tenía aquellas pocas palabras. Chola las repetía una y otra vez sin cambios, sin modulaciones, como si en verdad no fuera una canción sino una verdad que se reiteraba hasta convertirse en música.

Pero se quedó años en la hacienda y aquella canción sobre una despedida inminente fue desapareciendo poco a poco. Quizás hasta la misma Chola creyó que, por fin, había llegado a un lugar definitivo, que ya no estaba perdida, que todos tenían una casa bajo el cielo de la selva, en su garganta e incluso dentro de sus dientes. Cuánto tiempo pasó, no sabrías responder, y mucho menos ahora que los años se cuentan en años de perra y no de humana. Recuerdas otras cosas.

Por ejemplo, que Chola te decía Nandita. Que sus tetas enormes ya estaban en la hacienda cuando la selva trajo a Lázaro, comido por los bichos y con ojos de haber visto demasiado en una sola vida. Que fue ella quien finalmente le enseñó a tu madre la técnica precisa para amansar a los niños y alistarlos para la muerte.

Hasta entonces había sido una carnicería.

Desde chica tenías los oídos atentos de una perra y, cuando escuchabas los gritos en el cuarto cercano al que compartías con Santa, te obligabas a taparte la cabeza con la almohada, en un intento por no oír más aquel espanto. No siempre gritaban, es verdad. En ocasiones tu madre era lo suficientemente rápida como para levantar a un niño de la cama sin hacer demasiado ruido o provocar pánico.

Pero a veces no lo lograba. Y esas veces eran suficientes como para preguntarte si algún día no sería Santa la que gritaría así, o quizás tú. A la mañana siguiente, cuando tu madre intentaba abrazarte o darte un beso en la cabeza, no se lo permitías. Te encogías al verla. Le mirabas las manos para ver si ocultaba cuchillos.

Finalmente, tu madre se tragó el horror, la rabia y el orgullo. Un día como otro cualquiera se dejó enseñar y entonces Chola la ayudó a hacer mejor aquel trabajo de carnicera. Al menos, las faenas con las crías se hicieron desde aquel momento más silenciosas. Podías dormir tranquila, sin pensar en los gritos, y así se creó la norma de la

hacienda: en silencio y rápido para no espantar el sueño de quienes aún no estaban embarrados de sangre hasta el tuétano.

Solo una vez viste a Chola en aquella tarea. No podías dormir por el calor y, aunque ya eras lo suficientemente grande como para cederles a los niños más pequeños el placer de acurrucarse sobre las tetas mullidas de Chola, te resistías a cederles ese privilegio. Fuiste en su busca. En busca de su canto, de sus tetas, del calor de su aliento. Pero ella no estaba. Ni en el cuarto, ni en los pasillos que brillaban rojos, ni en el portal.

Los ojos te dolían.

Y te continuaron doliendo cuando viste aquel resplandor viscoso que la selva derramaba sobre las cosas.

Y te dolieron incluso más cuando, en los límites que separaban la hacienda de la selva, distinguiste a Chola y a tu madre.

A Chola, a tu madre y a la niña.

El día que me vaya yo, no llores tú, cantaba Chola mientras acariciaba la frente sudada de la criatura.

Una frente que podría ser tu frente.

Si hubiera sido la tuya, en ese exacto momento lo supiste, Chola cantaría esa misma canción con igual amor y salvajismo.

El sonido de un cuchillo al entrar en la carne es distinto a cualquier otro sonido de este universo.

Al escucharlo, cerraste los ojos para no ver, aunque la realidad ya había invadido tu cabeza y se proyectaba allí en forma de nube.

En el suelo te encontraron ambas, tu madre y Chola. No tenías fiebre, pero el cuerpo te temblaba. Ya el mundo no era rojo. Y tampoco la selva.

El día que me vaya yo, no llores tú, te cantaba Chola como si nada hubiera pasado.

Al ver tu mirada, al ver el espanto que vivía dentro de ti, Chola le dijo a tu madre con una mueca de hastío:

—Nandita se te va a romper un día, comadre. Es debilita —se encogió de hombros después de hablar. La tristeza le hizo abrazarte

muy fuerte, como si ella misma fuera a romper tu cuerpo de un momento a otro—. Pobre conejita mía, pirañita mía, corazoncito mío.

—No, carajo, Chola. La niña no es débil —tu madre te miró perturbada, como si por primera vez se diera cuenta de aquella tara de humanidad que habías recibido como una maldición demasiado pesada.

—Pobre tortuguita mía, Nandita mía, perrita mía.

Los diminutivos iban ablandando tu miedo, lo hacían moldeable, era más fácil de olvidar, y a la par tu cuerpo se despojaba de aquel calor de infierno que te sudaba en las entrañas. Laxa, entre los brazos de Chola, dormiste sin pensar en la proximidad de la muerte.

Ni siquiera recuerdas bien cuándo desapareció. Un día como otro cualquiera, supones. La selva no tenía hambre, la selva no la necesitaba, pero igual se la llevó porque quiso, porque podía, porque entendiste, por primera vez, que para la selva no existía familia sino peones en un tablero de juego donde se disputaba su hambre. Y fue la rabia. Tu rabia. Jamás habías pensado detestar de esa manera a aquella abuela selva que hasta entonces te había parecido caprichosa y muchas veces inescrutable, pero no más que eso.

Ya ni siquiera creías en las lágrimas. ¿Para qué? Así que no lloraste por Chola.

La selva era injusta contigo. A todos les había dado algo. Santa tenía a Lázaro.

Él la seguía a todos sitios y Santa jugaba con él, le bajaba el pantalón en los rincones, lo hacía obedecer con solo tocarle con dos dedos. Los otros niños se tenían los unos a los otros, vivían en un miedo compartido que los convertía en una mente única, un sueño único, un mismo ser con muchas extremidades que se movía al unísono por la hacienda. Tu madre era dueña de Santa y dueña también de tu destino.

Nada te pertenecía.

Nada era tuyo por completo. Ni siquiera tu hermana, ni siquiera tu madre, ni siquiera tu cuerpo.

La selva se había llevado a Chola como quien mueve un objeto de lugar hacia un sitio más cómodo. Estabas tan cabrona con el mundo que escupiste a los árboles y lanzaste todo tipo de maldiciones.

Pateaste troncos con la esperanza de que la selva sintiera aquellos golpes en el hígado, en el estómago, en su útero. Un pájaro pio jovial desde una rama y te cagó el pelo.

La mierda de pájaro era blanca y líquida.

Por supuesto, nadie se molestó en buscar a Chola. Tu madre fue la única que supo de tu dolor. Tal vez te lo podía leer en la mirada. Se acercó y quiso calmarte, pero el consuelo tenía el olor de las escupidas. No servía de nada. Te palmeó la cabeza, dos veces lo hizo. Qué más esperabas. A la selva no se le arrancan milagros.

Pero no debes ser injusta, Ananda. Tu corazón de perra tiene demasiado espacio para la memoria. Es cierto que no recuperaste jamás a Chola, pero al menos la selva intentó volver a convertirse en esa abuela que hacía buenas cosas porque sí, y que a veces traía regalos como sorpresa para las nietas díscolas, las que pateaban úteros, riñones e hígados imaginarios. No la perdonaste. O sí. Tal vez un poco, lo suficiente como para que tu odio se enterrara por un tiempo.

Nunca habías querido ser madre.

No hasta que escuchaste el ladrido de Choclo. Su ladrido salía de las mismas entrañas de la selva. Antes habían llegado a la hacienda otros animales. Otros regalos. Otras demostraciones de que la selva estaba contenta con la carne que se le daba siempre a tiempo, desde hacía tantísimos años. Frutas. Gallinas. Cerdos y jabalíes gordos que iban a morir a los pies de la casa o que, mansos, se dejaban cazar. Guineas. Una cotorra que Santa no quiso comer y que amaestró durante meses. Incluso ropas usadas, ¿recuerdas aquellas ropas?, vestidos, telas, que aparecían como si fuera un equipaje que vagara dentro de la selva, un equipaje perdido en una estación demasiado lejana como para pedir devoluciones, decía tu madre y hablaba de trenes, de humo, de raíles, lugares de otro mundo que no podías ni imaginar. Costaba que te vistieran con esas ropas porque imaginabas a otra niña, parecida a ti, desnuda entre los árboles, siendo picada por mosquitos y jejenes, sin nada salvo la soledad y el abandono de aquella abuela que despojaba a una nieta para vestir a otra. No importaba que tu madre intentara convencerte y que Santa, siempre práctica, se llevara las mejores cosas. Santa no pensaba en cuerpos desnudos ni en cadáveres, no era capaz de oler la muerte en aquellas prendas.

—Tienen peste a podrido —te quejabas siempre, incluso aunque tu

madre lavara hasta el cansancio cada uno de los vestiditos y las medias, y los abrigos usados por otros niños.

Ella te juraba que no y le creías, claro que le creías: tu madre era dura, pero jamás te vestiría con algo que oliera a cadáver. Sabías que no. Pero no era culpa suya no poder sentir debajo de los hilos y del tejido aquel aroma a tierra, a sangre, a cuchillo, que solo tú notabas.

La selva traía cosas, dejaba sus regalos a los pies de la hacienda, fueran bienvenidos o no.

Y ese día trajo a Choclo.

Lo escuchaste ladrar. Era el quejido de un animal solitario. El corazón te latió. Y luego el útero. Ya no pensaste más, salvo en buscarlo, en apretar contra el pecho aquel gemido peludo.

Apareció pronto. Estaba allí, justo debajo de un árbol, y era tan pequeño que te cabía entre las manos. Un jibarito. Ladraba alto. Tenía el pelaje blanco y un ojo moteado en negro. Un ojo para el bien y otro para el mal. Un ojo para ti y otro para la selva. Lo cargaste y movió la cola.

A Santa y a Lázaro les molestó el regalo que la selva te había hecho. Les molestó porque la selva nunca les había dejado a ellos nada único, salvo lo básico para sobrevivir. La selva no los miraba con ojos de abuela cruel y consentidora. Se conformaba con tratarlos como insectos. O no, mejor, como la gallina que ponía huevos y el gallo que la montaba. Solo tú eras tan especial para ella. Ananda, la nieta con la que había que pactar pronto, no fuera a ser que se le lastimara el corazón de hoja débil, no fuera a ser que la nieta se transformara en monstruo o en perra.

La primera vez que vieron a Choclo, que en aquel momento no se llamaba Choclo, Santa y Lázaro se alejaron de él como si en vez de un animal fuera una plaga. Pero quién podía quitarte a tu hijo. Quién. Nadie. Ni siquiera tu madre se atrevió a intervenir cuando vio que el monstruo por el que Santa gritaba era solo un cachorro de jíbaro demasiado huesudo y flaco.

—No seas trágica —le dijo la madre a Santa—, y deja a tu hermana tranquila, carajo.

En los ojos de Santa había enojo. Rezumaba como un mango podrido, de esos que la selva se cuidó de nunca poner en la boca de ambas cuando eran niñas.

Ahora ya no lo eran. No tanto. Santa tenía su propia mascota, aquel Lázaro que amasaba en los rincones, a ojos de todos, porque todos sabían que la naturaleza haría su trabajo y que aquellos dos no pararían hasta cumplir con el mandato silencioso: hacer más niños, más comida, más carne buena. Al final, el aburrimiento de la primera juventud terminó abriéndose paso en el cuerpo de tu hermana y se mostró primero como una náusea matutina y persistente, que se agravaba hacia el mediodía para luego declinar. Cuando desaparecieron los vómitos, le creció la barriga. Santa no lloró, pero se sentaba en un sillón todas las mañanas con los pies hinchados para verte jugar con Choclo, a ti que podías correr porque no estabas gorda ni te latían los dedos.

—Eres una estúpida ‘e mierda —te dijo una vez, al verte regresar sudorosa, con Choclo en brazos—, ese bicho no es tu hijo.

Pero lo era.

Ya para entonces te habías convertido un poco en perra y cuando nadie te veía, le ladrabas a Choclo, que jugaba con tu pelo, y a veces incluso intentabas correr a cuatro patas, mientras la selva soplaba su aire húmedo en tu nuca.

—Dice mamá que aquí se necesitan crías, no perros. ¿Por qué no pares tú? —te gritó Santa ese día, muy cerca de la madre, justo para que ella escuchara—: ¿Por qué no pares, Ananda?

—No me da la gana —susurraste.

Los ojos de tu madre se posaron sobre ambas, hija mayor e hija menor.

Respondió muy lentamente, sin quitarle a Santa los ojos de encima:

—Déjala crecer, carajo.

Pero a Santa no la habían dejado crecer, antes le habían puesto a Lázaro frente a los ojos. Nadie le había enseñado las consecuencias. No le dieron tiempo porque se necesitaba una buena paridora, una chica joven, de huesos fuertes como ella, una muchacha que entregara a los hijos sin pensar en los cuchillos del futuro. A Santa le había tocado la dureza de los primogénitos, ese joderse por los otros, por la hermana menor que podía tener perros y no partos, a la que sí se le permitía crecer a una velocidad distinta, a la que se le regalaba tiempo de vida y juventud.

Tal vez, simplemente, se trataba de que la madre no podía darse el lujo de sentir culpa hacia Santa.

Tocaba mano dura con ella, para que se fortaleciera, para que pariera sin quejas, para que nunca dijera no, para que luego de la cuarentena tuviera otra vez ganas de buscar a Lázaro y empezar así un nuevo ciclo. Para que un día fuera ella la heredera de la hacienda y tomara los cuchillos en las manos, sin que estas le temblaran.

El ciclo de la vida.

El ciclo de la selva.

Una sola vez en todo aquel tiempo, Santa se negó a salir preñada. Todavía era muy joven. Sus caderas anchas y las ojeras que había estrenado luego del primer parto la hacían lucir mayor de lo que realmente era. Su cuerpo a cambio de la tranquilidad de la familia. La madre no diría jamás palabras como esas, pero en el fondo era verdad: no solo las crías eran un tributo para la selva, Santa también.

Querías más a Choclo de lo que tu hermana llegaría a querer alguna vez a sus hijos. Choclo era todo lo que necesitabas en el mundo. Y ese sentimiento te hacía egoísta porque que no le ibas a regalar el cuerpo a nadie, ni al futuro de la hacienda, ni a tu madre, ni a Lázaro, ni le donarías tu tiempo a una hermana agotada de pujar su desgracia. Ni siquiera lo harías por la abuela selva que durante tantos años te había permitido ser niña. Ya no lo eras. Ya no existía la justificación de que no estabas lista.

En el fondo eras solo una consentida. Que la gallina llamada Santa pusiera sus huevos, que se reventara en vida, que envejeciera con cada parto cinco años mientras tú jugabas con Choclo, daba igual.

La felicidad de una hermana te importaba menos que la de tu perro.

Luego un parto complicado, Santa se negó a que Lázaro la montara de nuevo. Se negó a abrir las piernas y le dijo a la madre que se iba a morir. Llevaba años pariendo sin tener descanso. Cuando no paría, abortaba. Nunca había crías suficientes para el hambre de la selva, que podía ser metódica para suerte de todos, aunque tu madre recordaba demasiado bien que lidiar con dios no era juego, que dios era una bestia con las fauces abiertas en la sombra. Habían pasado muchos años, pero tu madre todavía recordaba a aquellos tres niños que tuvo que sacrificar en menos de seis meses: uno de ellos era tan pequeño que aún no hablaba y, al entregarlo, tu madre se preguntó

por qué carajo seguía haciendo eso, si no sería acaso mejor que murieran todos, ella, Santa, incluso tú, por qué no las mataba a las dos a cuchillazos y luego se ahorcaba en uno de los tantos gajos de la hacienda, a ver si con ese alimento definitivo la selva se calmaba y la pesadilla llegaba a su fin.

Poco recordabas de aquella época, porque entonces tenías sobre los ojos las vendas protectoras de la infancia. Incluso allí, dentro de la selva, tu madre intentaba que las vendas estuvieran bien puestas, para que la felicidad o algo parecido no se te aguara con la desgracia, ni pensaras a diario en el hecho de que los niños sacrificados eran hermanos tuyos.

Tanta sangre empujando tu felicidad. Tanta sangre cuidando que no dejaras de ser niña.

Tanta sangre ajena.

Pero todo llegó a su fin ese día, cuando Santa se aburrió de ser la única, cuando empezó a quejarse a voces, cuando lloró encima del pecho de la madre como si volviera a ser pequeña y sufriera por un gatito muerto. No sentiste pena por ella.

La dejaste envuelta en lágrimas y corriste con Choclo sobre la yerba cansada de sentir tus pies.

Inocente de todo. Culpable de todo.

Aquella noche, cuando regresaste a la hacienda bañada en el olor a árboles, tu madre te esperaba afuera. Tenía las manos inquietas detrás de la espalda y por un segundo te preguntaste si acaso un cuchillo estaba allí, dentro de esas manos picudas y ya envejecidas, si finalmente la selva estaba pidiendo su pago por los años de felicidad que te había dado. Pero tu madre no guardaba filos escondidos, sino palabras que eran igual de terribles:

—Santa no va a parir por un tiempo. Te toca hacer el trabajo. Lo haría yo, lo haría yo mil veces por ti y por ella, pero ya estoy vieja, ya no doy hijos, carajo, ya no doy nada salvo malas noticias —hizo una pausa y te miró a los ojos—: Tu turno, Ananda.

Cargaste a Choclo, que había empezado a ladrarle a tu madre como si supiera exactamente lo que te pedía, el sacrificio que reclamaba.

—No seas malo —le susurraste en las orejas y su ojo negro te miró

furioso, como si no entendiera por qué lo callabas, tanto que quería defenderte.

—Puede ser con Lázaro si quieres. Lázaro es bueno. Es como un hermano para ti y va a ser suave. Da buenas crías —volvió a decir tu madre con sus ojitos de pollo degollado. Intentaba convencerte de que era un mal leve, Lázaro mejor que cualquier otro extranjero que la selva pudiera traer hasta tus pies, mejor Lázaro que no daba martillazos en el coño de Santa como si fuera un animal con rabia, mejor lo conocido que lo incierto.

—No quiero crías, mamá.

Se calló por un rato. Te miró sin decir nada.

—Ananda, no estoy para juegos, carajo.

Y después repitió:

—Te toca.

Choclo empezó a gruñir. Sus ladridos invadieron la hacienda y allá adentro, en lo más profundo de los cuartos, un niño lloró. Un hijo de Santa tal vez. Quizás uno de tus hermanos menores, de esos que mirabas por encima del hombro, porque no eran iguales a ti: bien sabías que los nacidos para la selva formaban parte de una especie distinta, criada para la muerte. Apenas recordabas sus nombres. Para qué. Tu madre le había encontrado un nombre a cada uno porque era cruel, porque hablaba de civilización, pero bajo esa palabra se escondía una brutalidad con guadaña. Para qué nombraba a aquello que solo iba ser comida.

—No —dijiste—. Ni hijos, ni crías, ni que se piense Lázaro que me va a poder montar. Lo mato si me toca. Y que luego Santa me mate a mí.

—¡Carajo, Ananda! Tu hermana está enferma. Está todo en riesgo. Todo, carajo.

Si tu hermana se muere, ¿qué crees que va a pasar?

—A Santa le gusta ser Santa.

No eras justa. Sabías que Santa no estaba sana, que luego del último parto le habían nacido dos niños muertos, que no dormía, que ni siquiera soportaba a Lázaro cerca. Que había llegado el turno de

que tomaras un poco de la carga, de que le devolvieras a la selva sus escuetos favores: el mango que te regaló en la infancia, el perro que te dio por compañía.

—¿A Santa le gusta ser Santa? —en los ojos de tu madre estaba esa mirada incrédula que solo le volverías a ver la primera vez en que te supo perra—. No jodas.

Ya no eras su hija favorita. Veía lo monstruoso en tu interior. Choclo volvió a ladrar desde tus brazos y lo regañaste en voz baja.

—No juegues conmigo ni con la selva —fueron las últimas palabras que tu madre dijo—: Eso no, carajo.

Dormiste inquieta esa noche y las dos siguientes. Choclo permaneció insomne, con los ojos rojos como perro del infierno, velando la puerta, el corredor, cualquier acceso por el que pudiera entrar un hombre delgado a tu cuarto, un hombre tan delgado como Lázaro. Bajo tu cama, envuelto en telarañas y gruñidos, Choclo intentaba protegerte a su manera. Era tu hijo. Tu marido. Tu padre. Con cuidado, para calmarlo cuando se alteraba demasiado, bajabas una mano hasta tocarle el pelaje y las orejas. Aquella señal era suficiente para que no ladrara más. Pero no le hacía dormir, salvo cuando llegaba el sol y Choclo sentía que la luz te acompañaba, que bajo ella ningún hombre vendría, que estabas protegida de los ojos de Lázaro en cuanto el primer rayo tocaba la ventana.

Empezaste a cuidarte de esos ojos. En ocasiones, se habían fijado en ti. Los ojos de Lázaro eran más grandes que todo su cuerpo, y más poderosos. Él era el perro de Santa, su cachorrito, y tu hermana no le permitía acercarse demasiado a nadie de la hacienda. No se jugaba con la selva, con tu madre ni con Santa. Con Santa mucho menos. La rabia de los partos y las hormonas, la rabia de estar eternamente preñada era un frente unido contra tu existencia. A veces sentías la mirada de Lázaro sobre tu cuerpo, pero no sabías cómo interpretarla. ¿Qué significaba esa mirada? ¿Los ojos del cazador sobre su presa o los ojos de la presa en la selva que la vomita? Era mejor ignorarlo. Era mejor que ese hombre no tuviera cuerpo y tú tampoco para él.

No conocías el deseo. Habías visto a Lázaro y a Santa revolcándose sobre troncos abandonados, entre los árboles, a medias ocultos, en la oscuridad de la noche, entre el vapor de las sábanas blancas, entre mosquitos y gemidos. La habías escuchado romperse. Habías escuchado también cómo los orgasmos parecían salir de la garganta de la misma selva, pero todo eso te era intrascendente.

Una vez exploraste tu cuerpo. Un dedo sobre los pechos. Otro en el coño. Algo bueno tenía que existir ahí, algo bueno que Lázaro y Santa probaban una y otra vez, algo que les servía de alimento, que los obligaba a devorarse. Al tocar tu propia carne no lograste sentir nada salvo aburrimiento, un bostezo que parecía provenir de la boca de tu coño hasta la boca de tu mente. Desde entonces tenías la sospecha de que Lázaro podía oler lo que habías hecho. De que era un mastín enorme con capacidad de husmear en el aire y seguir el rastro de ese coño que habías hurgado sin llegar a conocer dolor o placer. En su rostro sin expresiones leías las señales, demasiado claras, de que alcanzaba a oler tus actos.

Choclo no lo dejaba acercarse. Era un monstruo ladrador e infinitamente fiel.

Con su ojo negro y vengativo se acercaba a Lázaro en silencio y le gruñía entre las piernas. También a Santa, pero tu hermana no creía en el miedo a los ladridos. Choclo se alejaba de ella. Cuestión de instinto. Santa no creía ni en dios, mucho menos en un perro.

Nunca olvidarás el recuerdo de la Santa niña, embarrada en pulpa de fruta, escondida en la selva a tu lado, arropada por los mosquitos mientras las cotorras se cagaban de lo lindo alrededor de ambas. Había allí una felicidad no tan remota porque la selva, abuela cruel, sabía que aquellas dos niñas serían pronto sus gallinas ponedoras, que engendrarían más carne para saciar su apetito, que el sabor lejano que atrapaba con su lengua de aire era la cata de lo que en el futuro probaría.

Hay otros recuerdos que tampoco se borrarán de tu memoria. Poco después de que tu madre dijera que debías compartir la carga de los partos, Santa fue a buscarte al jardín, con la piel casi azulosa bajo las ojeras. Los dientes le sobresalían de la boca. Tenía la encía blanca, escamosa, de la cual los dientes colgaban como pellejos de marfil. Su mano de dedos largos, bejucos de la selva donde morían los ahorcados, se posaron sobre tu antebrazo y apretaron duro, tan duro, que Choclo gruñó quedo, a pesar del miedo que le tenía a Santa.

—Ponte a parir ahora mismo o te como los ojos, cabrona —fue la amenaza de tu hermana mayor.

Luego, en silencio, se apartó. En el brazo te quedaron aquellas marcas de uñas que no dolían, pero que sí picaban, como si las manos de Santa fueran patas de un insecto. Te dio asco verla. Con aquellas encías y aquellos dientes, y aquel pelo desteñido, canoso, y los pies

que arrastraba paso a pasito y las piernas abiertas porque le dolía cerrarlas. Tan fea ella. Tan vieja. Un borrón que no se parecía ya a tu hermana.

No queda tiempo para arrepentirse, no ahora que eres una perra. Pero sabes que Ananda no debió reírse aquel día. No debió reírse, no debió abrir la boca. No debió cargar a Choclo entre los brazos y tararear aquella canción que te enseñaron alguna vez, la canción de Chola, la que se usaba para ablandar a los niños camino a su muerte.

El día que me vaya yo, no llores tú.

Santa hubiera preferido una escupida, no aquella risa. Esa fue posiblemente tu condena. Allí, entre esa risa y la canción, se firmó la muerte de Choclo.

Y la de Ananda.

Pero cómo se puede respirar la desgracia para intentar anticiparla, para correr más rápido que ella. No se puede. Hay una mierda llamada destino que es como las cagadas de las cotorras: no importa cuán lejos escapes, la mierda te alcanza, el pájaro cagará sobre tu cabeza quieras o no. Choclo estaba destinado a convertirse en huesos. No hay quien nazca para otra cosa que no sea la muerte.

Eras una niña consentida, pero pensabas que la crueldad tenía solo la dimensión estúpida de tu cuerpo, esa maldad a cuentagotas que ni siquiera podías definir del todo. Todavía te tocaba descubrir que existía una crueldad mejor amasada, hecha de pujos, vestida de Santa.

Aún hoy no sabes cómo lograron apartar a Choclo de tu lado. Amanecía entre mosquitos y niebla cuando lo escuchaste gruñir y correr enfermo de la vida, desesperado por encontrar algo, por arrancarse la piel a mordiscos y ladridos.

Arañaba la puerta del cuarto para salir. Seguro se reventaba el pobrecito de las ganas. Se reventaba a meados. Nunca debiste abrir esa puerta. Pero qué ibas a saber. Cómo podías haber previsto que Choclo iba a escapar hacia la selva, con las orejas en alto, moviendo la cola como si la selva fuera madre perra. Se fue como en busca de tetas con leche, del olor de los hermanos. Gemía, un cachorro obseso que no paró de correr hacia la libertad de los árboles.

Fue entonces que sentiste el primer ramalazo del pánico, del ya no lo veré más, pero aún no existían verdaderos motivos para temer. La selva no comía carne de perro, no bebía de esa sangre. Lo llamaste a

gritos. Corriste descalza y las ramas secas te lastimaron los pies. Debiste haber seguido corriendo sobre la carne viva hasta quedarte en el huesito, pero eras débil, no perra sino humana, y regresaste a la hacienda. A Choclo se le iba a pasar la locura y volvería como siempre, con la cola entre las patas, arrepentido de irse lejos.

A mediodía te cansaste de esperar. A lo mejor la selva se había llevado a Choclo.

El útero te latió, el coño también, parpadeó tu garganta adormecida y comenzaste a llamarlo de nuevo. Desgarrabas su nombre entre gruñidos. Fue Santa quien te cogió por los hombros como si fuera una madre y te acunó, y susurró tantas cosas en tus orejas de perra que le creíste: Choclo no estaba muerto, regresaría en cualquier momento, la selva no come perro, no come animal, no se comería jamás al hijo de Ananda, la nieta favorita, la niña fugaz.

Con paciencia, Santa te llevó hasta el umbral de la hacienda y juró que había escuchado un ladrido por allá atrás, entre las maderas del gallinero. Seguro Choclo estaba jugando con los pollos, no iba a ser la primera vez que les corría atrás para desplumarlos. Ven a la cocina, dijo ella, te voy a dar caldo que andas afiebrada, loquita, tanto lío por un perro. Cómo le ibas a explicar a Santa que no era perro sino hijo, cómo le ibas a explicar a ella que no entendía ni siquiera la diferencia entre una cosa y otra, a ella que la palabra hijo le resultaba tan vacía como la palabra hermana.

Te dejaste conducir entre el temor y la inercia, con la frente ardiendo, y la boca y el coño en llamas. Eso es lo que hoy conoces como presagio, antes ni siquiera sabías su nombre.

Caldo de pollo. Santa hacía los mejores. Te puso la vasija honda entre tus manos, casi tibia, con un trocito de carne que flotaba adentro. Tómala completa, niña, y luego nos vamos a cazar a Choclo antes de que se coma los huevos de mis gallinas, prometió Santa. No te gustó aquella selección de palabras. Cazar, ¿por qué cazar a tu perro? Tu hermana se encogió de hombros. Come, anda, pa' qué piensas demasiado las cosas, dijo.

La sopa tenía buen sabor, aunque estaba un poco agria. Quizás se había pegado algo en el fondo de la olla. La carne no te gustó demasiado. Parecía rancia. Una gallina vieja, sin duda. Una gallina a punto de morirse. Pero al cabo de unos segundos, la carne ya no te pareció tan mala, sino diferente. Se podía comer aunque costaba masticarla. Lo hiciste todo lo rápido que podías y enseñaste a Santa el

plato vacío, rebañado hasta el fondo.

Estaba rica la sopa, niña, preguntó, y para no perder más tiempo dijiste que sí, que era la mejor sopa del mundo, y ni siquiera mencionaste la gallina rancia. Tu hermana sonrió. Me alegro, dijo, qué bien. Se quedó callada unos segundos como si le sobrara el tiempo, con tan poco que había, con Choclo seguro entre los huevos, acabando con las gallinas de Santa.

Ven pa' acá, Ananda, susurró unos instantes después. Sin esperar a que obedecieras se levantó de la mesa, caminó hasta el fogón y revolvió la sopa dentro de la cazuela. Ven pa' acá que creo escuché un ladrido de Choclo.

Te aproximaste sin saber.

Dónde lo escuchaste ladrar, fue tu pregunta.

Aquí, dijo ella, y revolvió de nuevo el contenido de la cazuela. Aquí mismo.

El vómito te llegó a la boca antes de que alcanzaras a ver.

Cómo ladra el muy hijo de puta, siguió diciendo Santa. Con un cucharón le daba vueltas al contenido, a los huesos, esos huesos tuyos, esos huesos y esa cabeza separada del cuerpo que Santa levantó por las orejas y finalmente te mostró.

Estaba hervida. Ya no ladraba.

Lázaro se asomó por uno de los rincones de la cocina. Limpiaba un cuchillo ensangrentado sobre la tela de sus pantalones. Mascaba un poco de yerba.

Las ideas se te rompieron todas a la vez. Y con ellas se rompió Ananda.

Metiste las manos en aquel caldo para rescatar a Choclo. A lo mejor estaba vivo.

En trozos, pero vivo. A lo mejor si lo llevabas a la selva sucedería el milagro, y la abuela despiadada sería capaz de mirar a los ojos de su nieta favorita y devolverle al hijo. La sopa estaba hirviendo. Una y otra vez te quemabas las manos entre gritos, pero volvías a meterlas en busca de aquellos huesos pelados, de los trocitos de carne, de cada pedazo de Choclo que quedara.

Santa retrocedió. Quizás pensaba que la ibas a quemar a ella. Quizás la asustaron tus ladridos.

Sus palabras y las de Lázaro se mezclaron en tu cabeza.

El horror de las palabras que ya no querías comprender. Cuando te gritaron por tercera vez tu nombre, Ananda, Ananda, Ananda, aullaste y lanzaste mordidas.

En idioma de perra le dijiste a Santa, la de los ojos congelados, que algún día iba a pagar en su propio pellejo como la puta que era, como la cabrona que era, la sin hijos, la sin madre, la sin corazón, la sin hermana. Tenías las manos convertidas en ampolla viva. Lázaro intentó aguantarte cuando pasabas por su lado, pero le lanzaste un mordisco que casi rozó su yugular. Retrocedió y por primera vez te vio perra.

Perra con rabia.

Perra que miraba a los asesinos de su cachorro y los maldecía.

Llevabas sobre el vestido los huesos de Choclo, lo que quedaba de él, la cabeza hervida. Corriste hacia la selva mientras atrás quedaban los gritos de tu madre, que finalmente había escuchado el horror. Ya estaba casi vieja, no podía alcanzar tus pasos. Se limitó a aullar cuando te vio salir de la casa, sin saber bien qué había pasado. Aquel Ananda, Ananda, Ananda, no te llamaba a ti, sino a la sombra que ya no existía. Luego escuchaste los golpes, las palabras, la voz de tu madre rompiéndose en trozos.

Corriste hasta que las patas no aguantaron más. Allí, bajo los árboles, bajo la mirada atenta de los pájaros del destino, te sentaste a descansar. Con aquellos huesos sobre tus piernas. Con los huesos de Choclo convertidos en parte de tu cuerpo, ahora ya para siempre.

Allá a lo lejos, escuchaste una canción.

El día que me vaya yo, no llores tú.

Por un segundo la viste entre los árboles y su nombre fue la última palabra que Ananda pronunció en la vida, antes de asumir para siempre un voto de silencio y de ladridos. Chola, la llamaste a gritos, con desesperación, a pura garganta rota hasta que ella te vio y se acercó de inmediato, casi corriendo, una mujer que interrumpía su caminar eterno por la selva, entre un lugar y otro, para encontrarte al menos por un breve instante. Tenía cara de pena, de quien sabe que

no puede quedarse mucho tiempo porque el viaje es urgente, con ojos de quien ve a una criatura rota por última vez. Se acercó con sus tetas grandes para brindarte el consuelo de su canto. Tan debilita mi niña, Nandita, mi pajarita, mi perrita, susurró. Luego se arrodilló a tu lado y te dejó llorar toda la furia y las náuseas hasta que estuviste vacía. Mientras acariciabas los huesos y la carne de Choclo, la mujer acariciaba tu pelaje y tus orejas, te espulgaba entre arrorrós y lágrimas.

La vieja

Entre arrorrós y lágrimas se deja caer en el sueño luego de haber llorado tanto.

El aire se le escapa de la boca hacia algún lado y se queda de repente vacío, con el corazón como un insecto dentro del carapacho. Carajo, toda la vida me he preguntado por qué se nace, por qué se escoge nacer cuando es tan bueno no existir, no ser nada, no sentir el peso de esta vida de mierda sobre los hombros ni tener que arrastrar el cuerpo selva adentro. Por eso le susurro en los oídos al chamaco que intenta quedarse de este lado del mundo: vete, mijo, que todavía estás a tiempo. Pero los chamacos y los moribundos son caprichosos. Carajo, no se rinden. No escuchan consejos de una vieja que ha visto demasiado.

Todos los chamacos cuando nacen son feos, pero este no. Parece casi bonito, con sus pestañas largas y el azul en las uñitas, el azul de la enfermedad y de la falta de aire que hace hermosos a los débiles. Me recuerda tanto a aquel otro chamaco, el mío, el primero en caer bajo un cuchillo, que me lo aprieto al pecho como si en verdad le hubiera dado a luz.

Lindo y todo como es, se me va a ir en mierda. En llanto y mierda. Ni siquiera va a dar tiempo a que la selva lo marque. Si es que acaso la selva quiere una carne como la suya, que debe tener el sabor del polvo y de la muerte incrustado en los huesitos. A veces me pregunto cómo es posible que un cuerpo tan pequeño tenga tanta mierda adentro. Mierda sin peste, vacía de sentido, que le limpio con cuidado para que no se le queme el culo al infeliz. Ya bastante horrible es nacer y respirar con ese corazón malo para que además le arda el culo.

La piedad que me queda es esa. Limpiarlo, darle la leche de las chivas pasada por agua, aunque en el fondo sepa que no va a retener nada de tan débil como está. La madre no lo amamanta. Qué leche va a tener con tanto polvo adentro.

No lo amamanta porque anda loca sin sus rayas. Las pide a todas horas a gritos y el chamaco, carajo, digno hijo de su madre, también pide su teta a gritos: necesita algo que llevarse a la boca para tranquilizarse cuando el corazoncito se le dispara y el aire le comienza a faltar. A lo mejor soy una vieja loca. Una vieja chocha que se abre la bata de dormir y se pega el cuerpo del chamaco a la carne porque me recuerda cuando era joven y era madre, y me pegaba a los hijos a las costillas. Arropados en mis tetas, los miraba y ponía distancia entre mis ojos y ellos, carajo, no eran hijos míos sino carne para la devoradora.

A cuántos chamacos he tenido en brazos durante todos estos años. Ya ni sé. A todos les pedí que se murieran. Por sus muertes recé un padrenuestro. Dice Santa que no hay dios aquí, pero ella se equivoca, hay un dios en todas partes, solo que a veces no es bueno y otras veces es sordo, y en ocasiones la selva es tan enorme que los rezos no flotan lo suficientemente arriba ni llegan al cielo. A dios hay que ablandarle los oídos con padrenuestros. Hay que hacerle señales de humo para que baje los ojos y se dé cuenta de que aquí estamos.

Sopla el aire de la noche que se mezcla con el vapor de la casa, de todas las respiraciones que salen del cuerpo de la hacienda a una misma vez, carajo, y que luego se mezclan con los árboles.

Aquí estoy. Entre arrorrós y lágrimas. A la espera de la señal.

Hay que mirar hacia todos lados. Le he intentado enseñar a Santa, que pronto ocupará mi lugar aquí porque no voy a ser bejuco eterno. Pronto tendrá que aprender a leer las marcas de la selva. Carajo, pero Santa solo se ocupa de ser Santa, no le interesa nada más, y si la veo, cuando la veo, sus ojos están fijos en Lázaro o fijos en sus ganas de comerse el mundo, o fijos ahora en la recién llegada, en las tetas redondas que tiene, en las tetas jovencísimas que son más hermosas que las de Santa.

Aquí estoy y la selva lo sabe.

Me huele. Sé que me huele y me prueba porque conoce mi sudor. Cuando le paría hijos, su lengua entraba bajo mis sobacos y mi coño, carajo, y lamía cada pujo. No me daba tiempo a limpiar a los niños porque enseguida ella les pasaba su lengua de vapor por las barrigas, por las cabezas, por el cordón umbilical, por encima de la placenta. Ya de vieja, le gusto menos. No soporta la peste de lo que va a morir, a la muy cabrona solo le gusta la carnita fresca, el sudorcito de la primera vida. No se conforma con olerme, sabe que hay más, que hay carnita

fresca de recién nacido cerca de mi pecho. La reconoce, la prueba, el chamaco entre mis brazos siente cómo la lengua de vapor le lame la espalda y se revuelve con un quejido en la boca.

Llora.

Carajo, los llantos de los niños son todos iguales.

El día que Ananda nació, había un vapor igual a este. Santa me miraba con sus ojos enormes, de niña que no le temía a la sangre. No había miedo en ella. Me trajo el cuchillo cuando se lo pedí y el resto del tiempo se quedó en un rincón del cuarto, oyendo cantar a los grillos entre mis pujos.

No sabía que estaba preñada de Ananda cuando vinimos a la selva. Carajo, igual no hubiera importado. Tanta hambre en el pueblo y, como si no fuera bastante, los militares venían por las noches y se llevaban a cualquiera. Al otro día ya no quedaba ni siquiera el nombre del ausente. Era mejor borrarlo todo. Mejor fingir que nunca nació el dueño de ese cuerpo que aparecía después, tasajeado como un animal en el camino o a medio enterrar, con las manos fuera de la tumba, pidiendo agua o un nombre. Se respiraba miedo. Se respiraba calofrío. A los niños también se los llevaban. A niños como Santa. También los niños tenían tumbas abiertas.

No había nada para comer salvo la misma pobreza y Santa era solo un par de ojos encima de un montón de huesos.

Carajo, cómo duele el hambre de los hijos.

Cuando mis comadres empezaron a irse me di cuenta de que la soledad era lo peor que le podía pasar a una madre. Hasta entonces habíamos comido gatos juntas, con nuestros hijos cerca, animadas porque al menos había pasado un día más en que lográbamos llevar algo a la panza para dejarla amaestrada, contentas porque los hijos eran tan chiquitos que aún no se daban cuenta de que les dábamos gato. Pero las comadres se fueron a otros pueblos, cruzaron fronteras sin decir adiós. Me fui quedando sola. Santa empezó a ponerse tan flaquita que costaba mirarla. Una chamaca hecha de viento, sin sangre en las venas. Una chamaca de papel.

La noche estaba sembrada de espanto, de disparos y de gritos.

Los militares nos llamaban putas. Éramos todas unas putas, unas rojas, unas cabezas huecas que ocultábamos a los hombres para que no se los llevaran a una tumba abierta.

Había escuchado que algunas mujeres se iban a vivir a la selva en busca de alimento y de refugio. Mejor allá adentro que aquí, decían y luego las veía irse, con los jolongos sobre las caderas y los hijos en brazos. Durante un tiempo no las seguí. Hasta el día en que un militar entró a mi casa. Tenía sed, me dijo.

Mucha sed por culpa del calor de mierda. Y empezó a preguntarme nombres mientras se tomaba un vaso de agua. Yo que los había borrado todos. Que solo tenía un nombre en mi cabeza, el de mi chamaca. Adónde se fue tu padre y el padre de esta niña, insistió el militar y me puso un dedo en el pecho, dónde están que no aparecen esos cabrones machos tuyos. En mis ojos estaba clara la culpa, que sí sabía dónde y cuándo y por qué, así que me pegó entre las tetas y siguió hablando. Con esa cara de puta, dijo, se ve que sabes muchas cosas, porque las putas escuchan más de lo que dicen. Luego miró a Santa. Así que la rata tiene a una ratica, la señaló con el dedo y desenfundó una pistola. En la cabeza de Santa, el cañón lucía enorme.

No grité. Me quedé callada, sin boca ni lengua.

La frente de Santica sudaba, no sé si por calor o pánico. Por calor seguro. Los niños no saben cuando comen gatos ni cuando un cañón se les apoya en la cabeza. Aquel hijo de puta me volvió a preguntar por nombres y yo los recordé todos de repente. Incluso los que había prometido olvidar. Nombres de padres, de amigos, de desconocidos. Vomité esos nombres y el militar susurró la rata desembucha, qué bueno. Después me dio las gracias, carajo, de punta en blanco.

Se limpió el sudor de las manos en el umbral de la puerta y le dijo adiós a Santa.

Chau, ratica linda.

Fue entonces que entendí a mis comadres. Por qué se iban. Por qué no decían adiós y escapaban en medio de la noche. Por qué nos marchábamos todas, carajo. Era probable que ellas también hubieran escupido nombres y direcciones, igual que yo lo había hecho. Cómo iba a poder mirar de nuevo hacia la tierra, ver una mano a medias enterrada y no preguntarme si esa mano estaba allí adentro por mi culpa.

No fue difícil decidir.

Santa estaba tan flaquita que apenas pesaba. Cuando entré a la selva, con ella en brazos, me sentí por primera vez a salvo. Lejos de aquellos militares y aquellos cañones, incluso de las manos que se

negaban a ser enterradas, como si necesitaran señalar mi paso, el paso de la culpa, a través de los árboles.

En la selva caminé sin rumbo. A lo mejor tenía suerte y por ahí aparecía otra mujer, una comadre con hijos como yo, una hermana, carajo, para no estar tan sola. Santa dormía sobre mi hombro y preguntaba por el gato negro que nos habíamos comido unos días antes. Me preocupaba el cansancio en mis rodillas, el terror que me hacía temblar, las pocas cosas que tenía para sobrevivir.

Padre nuestro que estás en la selva.

Apenas recuerdo aquella caminata. Horas o días, ni sé. Se me rompieron los zapatos y cargaba a mi chamaca solo por tramos, cuando creía que no iba a romperme. Pensaba que la selva a lo mejor nos devoraba pronto. Que nos matarían los mosquitos. Que era muy probable que el hambre no me dejara caminar y si me moría, allí, entre bejucos, ¿qué iba a ser de Santa? Un cadáver abrazado a otro cadáver, en el medio del vapor.

Empecé a sentir la lengua de la selva aquel primer día. Aún no sabía que aquella lengua invisible era suya, aunque ya intentaba reconocernos. Santa entre mis brazos empezó a reírse como cuando le hacía cosquillas y señalaba hacia todos sitios a la vez, aquí y allá, con un puño, con un dedo, y luego decía adiós con las dos manos abiertas.

Adiós a quiénes. A qué.

El miedo me taponeaba la boca. Calofrío. Solo podía continuar hacia adelante.

Nunca de vuelta hacia el pueblo. Allá no quedaba nada, carajo. Ni nombres quedaban. No iba a pasarme el resto de mi vida mirando hacia tumbas abiertas tratando de reconocer la mano del padre de Santa o de mi propio padre.

El cielo de la selva estaba salpicado de verde.

Se hizo de noche.

Mi chamaca veía mejor que yo en la oscuridad. Cuando extendió de nuevo la mano hacia adelante y señaló con un dedo hacia una masa negra dentro de lo negro, tuve que forzar mis ojos, reventarme los ojos, carajo, para ver la hacienda.

Me pareció un milagro.

Padre nuestro que estás en la selva. Padre nuestro que estás en el cielo de la selva. Santificado sea tu nombre.

Aún con miedo, caminé hacia aquella construcción de madera vieja. Estaba rodeada de árboles. Parecía un sitio tranquilo. Solitario. Un refugio para las madres a las que no les ha quedado más remedio que vender nombres para salvar la vida de una hija.

Me sentía tan cansada y rota por el camino, con los pies tan abiertos que ni siquiera me detuve a pensar qué peligros podían esperar quietos allí. No me preocupaban ni los vivos ni los muertos. Ni los militares ni los desaparecidos, ni las manos en tumbas abiertas. Solo el cansancio tenía espacio en mi cuerpo.

La madera crujió bajo los pies cuando crucé el umbral. Cogí a Santa por una mano, no se me fuera a perder en lo oscuro. La hacienda estaba llena de ratas.

Sentí asco, pero no miedo. Las ratas no me iban a quitar mi nueva casa, carajo.

No me iban a arrebatar el milagro. En sus chillidos, la hacienda estaba viva.

Continúa viva incluso ahora, cuando ya los recuerdos se me han convertido en muertos incómodos. El chamaco entre mis brazos tose y gemiquea otra vez. Se parece también a Ifigenia.

Igual de débil y de terca era Ifigenia al nacer. Con el ojo torcido, como si la mirada estuviera de viaje dentro de su cabeza, en busca de una esquina del cráneo para espiarnos a todos.

Santa, que no pare chamacos sino que los escupe, pujó y me la dejó en brazos.

Al principio intentaba que Santa amamantara a los recién nacidos. Ella siempre se negó. Luego me di cuenta de que era mejor así, por duro que pareciera. De todas formas, la selva se los iba a sacar a casi todos. Era preferible que Santa no sintiera nada por ellos. Ya les había dado el cuerpo. Suficiente favor para toda una vida. Lázaro sí era distinto. Quería conocer a todos sus chamacos. Incluso intentaba aprenderse los nombres. Un par de veces los cargó. Buscaba en sus rostros alguna semejanza con su propia cara, el color de la piel, los lunares, las pecas. No sabía ser cariñoso con ellos. Nunca le habían enseñado cómo. Cuando nació Ifigenia, Lázaro también quiso conocerla. La cargó y le extrañó el ojo malo, preguntó si iba a morirse

de eso, de tener un ojo diferente. Era una pregunta rara y de inmediato le dio vergüenza haberla pronunciado en voz alta.

—No se parece en nada a Santa. Ni a mí —fueron sus palabras.

Bajo su mirada, Ifigenia se transformó en un objeto al que Lázaro le daba vueltas para intentar reconocer su molde.

—En nada —dijo de nuevo y me la volvió a poner en brazos.

Nunca más quiso tocarla ni hablarle. Ifigenia creció salvaje. Entre arrorrós y lágrimas. Como una piedra en el zapato, que hinca y es más selva que chamaca.

Sin padre, sin madre. Solo abuela. No es arisca del todo. No conmigo al menos, carajo. A lo mejor se acuerda de estas tetas viejas que tanto la abrazaron cuando era chiquita. Ya no me habla mucho. Cuando lo hace, tiene siempre rabia en la boca. La escupe hacia todos lados como una serpientica en su jaula. A todos los chamacos les pasa igual. A veces me pregunto si pueden oler a la selva, como la selva los puede oler a ellos. Si se dan cuenta de su hambre, del olor de su boca y de sus dientes. A veces me pregunto si saben, incluso antes que yo, incluso antes que la selva misma, cuándo se les va a acabar el tiempo, igual que los pollos se inquietan ante la presencia de aquel que les va a dar muerte.

La selva ha marcado a tantos chamacos que ya no recuerdo a cuántos. Ifigenia estaba entre mis tetas, buscando el pezón que no podía darle leche sino el consuelo, cuando la selva la marcó como carne suya. La señal casi siempre es la misma, se repite una y otra vez, se hace cada instante más evidente hasta que es imposible no verla.

Carajo, la selva se impacienta. Se vuelve loca. Babea su hambre.

Prefiere los pájaros y los insectos para hacer las marcas. Recuerdo a aquel niño que amaneció coronado por abejas. Ninguna lo había picado. Estaban tranquilas sobre la frente del chamaco, que tenía no recuerdo cuánto, un año tal vez, unos meses. Las abejas le habían tejido una corona de trozos de panal y miel chorreante sobre el pelo. Recuerdo los zumbidos que al chamaco le daban risa y a mí horror. Recuerdo también los pájaros posados sobre la cuna de Juanquito.

Pájaros multicolores, con los picos doblados y aquellos ojos negrísimos: observaban a la cría, escuchaban los latidos de su corazón con el hambre en la mirada, un hambre que no era de los pájaros sino de la selva. Habían dejado caer las plumas sobre el chamaco, que

estaba bañado en colores, en la belleza de la muerte. Recuerdo las tarántulas. Caminaban por toda la hacienda mientras intentaban llegar al cuarto, subir las paredes, aposentarse en cualquier sitio donde pudieran ver, carajo, a Ifigenia recién nacida. Recuerdo esas otras arañitas minúsculas que tejieron una baba sedosa en los pies de la chamaca como si fueran las calzas de una abuela, calzas para una nieta que se convertiría en alimento.

Recuerdo las flores que crecieron directamente en el cordón umbilical de una de las crías que di a luz y después en su ombligo. No importaba que yo las cortara, carajo, las flores volvían a salir.

En la selva y en la vida no hay nada gratis. Todo tiene un precio. Debí haberlo notado, ahora lo sé, pero qué fácil se dice.

Antes, cuando era joven y estúpida, cuando creía en los milagros, la hacienda me pareció una respuesta de dios. Di gracias, carajo, gracias, padrecito, por el techo que encontramos en la selva, y cuando el primer temor me agarró la boca, me convencí de que el mundo allá afuera me había desquiciado. Qué de extraño había en que apareciera la hacienda en el medio de la selva si era un milagro de diosito bueno. Seguro había sido abandonada muchos años antes, me dije, seguro una plaga de chinches o de grillos había obligado a los antiguos habitantes a desplazarse. Imaginé a los moradores huyendo con las faldas largas en remojo, con miedo a ser comidos por las chinches.

Quién era yo para despreciar un milagro así de grande.

Teníamos camas, platos, cubiertos, madera seca, machetes y cuchillos, lo suficiente. Qué bueno no ser una señoritinga, pensé, carajo, qué bueno saber hacer con las manos y ganarme la vida así. Nada de lo que encontré estaba demasiado limpio, excepto las cucharas. Impolutas. Sin óxido ni polvo. Y ahí me asusté un poco, y miré hacia la selva, a ver si de comemierda me había metido en la garganta de los lobos, en la garganta de los narcos que a lo mejor vivían allí y se iban luego al linderito del pueblo a vender sus polvos. A ver si de comemierda terminábamos Santa y yo peor que al comienzo, de esclavas, de putas de los narcos. De pura paranoia me salí de la hacienda y estuve tres días viviendo de un lado al otro. Cuando el vapor se hacía insoportable y Santa comenzaba a llorar, la llevaba de nuevo hacia las sombras de la casa y oteaba entre los árboles para que no nos jodieran los narcos si acaso regresaban. De un lado a otro huía, con el miedo entre las patas.

Después de un tiempo, me convencí de que estábamos solas. De

que la hacienda era nuestra. Carajo, un regalito de dios, por qué le iba a hacer el feo. Regresé a la casa. Comida no había, pero sí grillos, y una charca de agua dulce y llena de parásitos muy cerca. Lo suficiente para no morirnos. Todas las mañanas caminaba con Santa entre los árboles más cercanos a ver si aparecían frutas, y de paso intentaba aprenderme el camino de regreso, crear un mapa en mi memoria que me ayudara a ubicarme en la selva.

Debí darme cuenta de la tentación que creció en forma de frutas en los árboles que rodeaban la hacienda. Carajo, ¿debí haberlo notado? Mangos, anones, guayabas, frutas que no conocía. De un día a otro maduraban los árboles, se reventaban de vida. Santa estaba llena de pulpa, por primera vez sin hambre en mucho tiempo. A ver si no es milagro que un hijo esté satisfecho.

Cuando llegaron las primeras gallinas me puse contenta pero mi corazón, más rápido que la mente, me dio calofrío. Carajo, mi corazón ya lo sabía. Nada es gratis. Gallinas ponedoras. Primero encontré tres, a la deriva en la selva, que cacareaban persistentes en la noche y que se dejaron atrapar mansitas, con ojos de locas. Saqué cuentas: huevos, carne y cría. Apreté las gallinas contra mi pecho como si fueran hijas perdidas, niñitas con plumas de mi alma.

Fue entonces que tuve la sensación de que dios no vivía en el cielo, como me habían enseñado siempre. Para qué alzaba los ojos hacia las nubes pensando en dios y en cómo rezarle, qué desperdicio de fuerzas y de ojos, carajo, si era más simple mirar hacia la selva y recitar un padrenuestro, dos avemarías y un salve a dios, que no estaba arriba, sino abajo, entre los árboles.

Un día amanecí con ganas de comer carne. Fruta y huevo estaban bien, pero echaba de menos un asadito, carajo. Qué rico sería comer un asadito igual a los de antes, en los domingos de feria, unos pocos domingos al año cuando nos reuníamos todos a coger la sombra en familia. Aquella carne del pasado, tan buena, tan lejana, tan de otro mundo. Me desperecé y fui a lavarme la cara con un poco de agua antes de levantar a mi chamaca. Entonces lo vi, justo en el umbral del cuarto, gordo y lento. Una punzada de pánico. Los jabalíes salvajes eran peligrosos. Busqué a Santa con los ojos: la encontré ya despierta, curiosa se aproximaba a los colmillos de aquel monstruo, como si le sobrara cuerpo para dejarse matar.

El jabalí me miró con ojos mansos, con ojos de mátame tú. Era tanto mi temor que solo pensaba en Santa acercándose cada vez más, y yo sin cuchillos, sin machete, sin nada para defenderla, salvo mis

gritos.

Grité y el jabalí se acostó en el umbral de la puerta. Cargué a Santa, como si alzarla del piso la alejara de la muerte, y retrocedí hacia el cuarto. Cerré la puerta con lentitud, ajusté los viejos goznes y esperé. Al cabo de un rato volví a asomarme. El jabalí había desaparecido.

La bestia dio vueltas por la casa en los días siguiente, atrapada en un limbo, con ojos suplicantes de piedad que buscaban mis ojos y un tajazo del machete. La vida le dolía. O a lo mejor le dolía la insistencia de la selva ante mi deseo. Lo maté unas semanas después, cuando ya estaba flaco y agonizante de las ganas de morir. Lo maté no por las ansias de comerme un asadito sino con tal de no verlo nuevamente, carajo, en las lindes de la selva o de la casa, para no tener que recordar su mirada.

Ni siquiera comimos su carne.

No volví a pedir nada más. Me parecía peligroso seguir pidiéndole a dios hasta romper el saco de su paciencia.

Gallinas, jabalíes y sombras pasaban todos los días frente a mis ojos. Bastaba con quedarme quieta y contemplar la selva unos segundos. Era mejor no hacerlo porque una se volvía loca de inquietud. Se movían los árboles, las ramas, crujían hojas, y luego siempre aparecía un jíbaro enorme, de pelaje blanco, con aquel manchón negro sobre el ojo que me dolía mirar. La cercanía del jíbaro no me daba tanto espanto, pero a veces, carajo, tenía ganas de saltar hacia la selva y descubrir al fin quién pateaba la yerba seca, de quién era la mano en la sombra, qué cuerpo estaba allí, por qué chillaban los pájaros y por qué el jíbaro estaba empeñado en contemplarme. A lo mejor, si buscaba bien, terminaría encontrándome a otras mujeres en la selva, pensé. A lo mejor aquellos ruidos eran de mis comadres. Pero el calofrío en la columna vertebral me decía que no, que no eran ellas ni sus cuerpos, que las sombras que se movían entre los árboles no se acercaban a la hacienda porque la selva nos había guardado acá, en la jaulita de oro, como niñas con plumas.

Con el rabillo del ojo, para que la selva no supiera, cada tarde me acodaba en las maderas del portal mientras Santa jugaba entre la yerba. Oteaba aquel verde profundo, el cielo que dios dividía en dos trozos: el mundo de las sombras que vagaban y el de la hacienda. Cada tarde, el jíbaro venía a visitarnos.

Me molestaba su insistencia, su manera de mirarme.

Se marchó el día en que descubrí que estaba preñada de Ananda.

No sé bien cuándo empecé a ponerme gorda. Sin náuseas ni dolor en los pies, y sin embargo con hambre y pereza, con ese arrastrar de pasos de todas las preñadas. Otra chamaca más por la que romperme la cabeza en dolores y miedo, pensé. Otra hija más sin padre, carajo, fue mi queja. De inmediato supe que era mejor así, para qué pensar en el padre de Santa o en el de Ananda, para qué pensar en los muertos y en esa otra vida que había quedado más allá de las lindes de la selva, si la selva era precisamente olvido. Ananda no necesitaría padre alguno. Me tenía a mí.

Una lengua de vapor lamió mis cabellos.

Supe de inmediato que no iba a morir en el parto. Que dios, en la selva o en el cielo, el dios que vivía en el coño de las mujeres que van a parir, no me iba a traicionar. Que Ananda nacería. Que Ananda sería su nombre. Era bueno poder llamarla de alguna manera luego de haber incluso renunciado, en mi huida hacia la selva, a los nombres de todos a los que alguna vez amé.

Con Ananda recuperaría aquellos nombres de una forma u otra.

—¿Abuela? —a mi costado, la voz de Ifigenia se extiende como un calofrío suave que me saca del ensueño y me hace vieja otra vez.

—¿Qué pasa, mija? –le pregunto.

Carajo. El chamaco débil se ha quedado dormido y ni cuenta me he dado, tan chocha estoy. Ifigenia lo contempla desde una distancia prudente.

—¿Se murió ya, abuela?

—No —le contesto tranquila, incluso le sonrío un poco, aunque Ifigenia nunca responda a las sonrisas.

—Y la extranjera, ¿se va a morir ella?

—¿Para qué te interesan tantos los muertos, mija?

—Me gusta verlos —es su respuesta.

Todo lo que Ifigenia ha aprendido en la vida se encuentra en la selva y en mi propia cara.

—Abuela, ¿y yo? —inquiere un poco después. Tiene la voz tan azulosa como las uñitas del chamaco en mi pecho. Ni siquiera hace falta que repita la pregunta porque sé que se refiere a este aguardar sin fechas, a esta mierda de espera: mirar hacia los árboles y luego suspirar porque no ha llegado el día, y comenzar de nuevo, hora tras hora.

—Aún no ha llegado el momento, Ifigenia.

A ver qué otra cosa puedo decirle. Ni aguantarle la mirada puedo.

Casi todos los chamacos han venido a preguntarme lo mismo cuando el fin de su tiempo se acercaba. Abuela transformada en carnicera. Querían estar seguros de que al menos no les iba a doler. A algunos les vi en los ojos las ganas de escaparse, sobre todo a los machos, que se piensan que la selva no es redonda, que se creen están fuertes y duros, y que podrán en algún momento salir del círculo de los árboles y llegar a otro sitio. Las hembras no tienen ganas de irse, pero no es el miedo lo que las detiene, ya que no hay miedo más hondo que esperar cuchillos, sino porque son más inteligentes. Saben que en la selva no hay paciencia, que la selva ha venido a cobrar su carne y que siempre hay una manera peor de morir.

—Carajo, no te pongas como Juanquito —le susurro—. No es bueno para ti, mija, para nadie. No es bueno para tu abuela.

Soy una vieja egoísta que escupe palabras egoístas. Ifigenia no me responde por largo rato.

—¿Quién me va a matar? ¿Santa? ¿O tú?

No le digo que Lázaro es quien maneja los cuchillos. Hace mucho que yo no puedo. Que se me doblan las rodillas, carajo, que las manos me tiemblan. Que me lloran los ojos. Pero a una cría siempre se le miente para que muera mejor. Y le prometo en voz baja que seré yo, para que no se dé cuenta de hasta dónde se extiende mi mentira. La oscuridad que creí ver en sus ojos se apacigua un poco.

O a lo mejor es eso lo que quiero ver.

El chamaco sobre mis tetas casi no respira. Le pongo la mano sobre el costillar y le cuento los latidos disparados. Un corazón como una flecha. Y esas uñas tan azules. Carajo, a lo mejor me escucha y se muere. Vamos, mijito, no aguante más, quisiera susurrarle en las orejas, váyase de aquí antes de que la selva lo marque.

—Ifigenia, ya está, vete a dormir, mijita, no se resuelve nada en esta espera —le pido, aunque sé que hace mucho que no duerme, ni bien ni mal, de ninguna manera, se queda con los ojos abiertos en la noche y suda pánico. La agonía es así.

—No quiero.

—¿Por qué? Es tarde.

—No quiero dormir con esos niños. Me dan asco.

—Son tus hermanos.

—Yo no tengo hermanos.

Quisiera preguntarle si está bien. Quisiera sentármela arriba y cantarle como antes. A ver si con arrorrós se le alivia la muerte y su cercanía. No me da tiempo de decirle nada más. Ifigenia se escurre entre las sombras.

Los niños crecen. Y la muerte junto a ellos.

Es curioso lo que la selva puede sacar de sus entrañas. A veces un hombre con el que pasar una noche, un mes, un año; un hombre con el que tener una nueva cría, o dos a lo mejor, si la selva quiere. A veces trae a un chamaco perdido como Lázaro. A veces a una preñada con pujos en la boca, que pide raya blanca. A veces a una vieja con sed, miedo y los pies rotos de tanto caminar. Han llegado una y otra vez los extranjeros a la casa. La gente va de paso como si la selva fuera una estación, carajo, donde se acumulasen cuerpos. Década a década los he visto llegar y luego desaparecer. Solo Lázaro se ha quedado durante demasiado tiempo, como si la selva no lo quisiera de regreso o las ansias de Santa lo mantuvieran apretado aquí. Tardé en acostumbrarme a todos ellos. Ahora me dan un poco de pena. Los veo huérfanos y cansados, y pienso que a lo mejor pude ser yo y Santa, y Ananda en mi vientre, las que diéramos vueltas y vueltas entre bejucos, sin llegar a ningún sitio.

Carajo, ¿qué será peor? ¿Estar aquí o ser como ellos?

Por más chocha que me vuelva, por más vieja que se me haga la vista, nunca olvidaré el día en que la primera forastera llegó a la hacienda.

Era una anciana. Tan anciana como jamás pensé que una mujer podía convertirse. Una vejez así no debería estar permitida, me dije

por dentro, y mira ahora, tantos años después, cada vez estoy más cerca de alcanzarla. La mujer no tenía zapatos ni uñas, pero sus pies estaban tan duros como la tierra. Tenía polvo y hojas sobre las greñas. Fue Santa quien la vio. La vieja se asomaba entre los árboles y miraba la hacienda sin atreverse a dar un paso hacia adelante. Santa gritó para llamarme. Ananda recién nacida contestó gemiqueante entre mis brazos. Corrí hacia mi hija mayor, que estaba inmóvil viendo a aquel adefesio de vieja. Era la primera persona que nos visitaba en casi dos años.

Carajo, nunca creí en las brujas hasta que observé a aquella infeliz, en aquel cuerpo cansado que parecía demasiado usado por la vida. La vieja observaba a mi chamaca mayor con ojos inquietos, pero no se acercaba a ella, tenía un pie metido en la hojarasca. Le quité a Santa de enfrente los ojos y me la escondí detrás de la cadera. Una loca, a lo mejor era una loca perdida, y mis cuchillos estaban lejos, fuera de mi alcance.

Pero quién carajo puede contra una madre.

—Agua —carraspeó la vieja—. Dame agua.

Luego fijó la mirada en la hacienda, como si se hubiera dado cuenta de que había llegado a algún sitio. La señaló con el dedo:

—Mi casa…

No le creí de inmediato. A una vieja loca no se le hace caso. Luego me acordé de la hacienda abandonada que un par de años atrás nos había recibido con los cubiertos limpios. Algo, carajo, me dio calofrío en la garganta. A lo mejor, sin saberlo, le habíamos robado la casa a esa mujer. A lo mejor había regresado porque nos quería quitar lo que ya era nuestro. Tal vez intentaría mandarnos de regreso a la selva o peor, a ese otro mundo en el que sobresalían manos de todas las tumbas.

Vieja mierdera. Que lo intentara si podía, con sus manos de bruja y sus patas rotas.

—¿Qué casa? —pregunté, con la voz temblorosa pero dispuesta a machacarla ahí mismo, y que los dientes de la selva luego se ocuparan del cadáver—. Esta casa es mía. De mis hijas. Vete por ahí o te reviento, carajo.

Le vi los ojitos de furia y luego la calma de quien no tiene otro remedio que obedecer, de quien se sabe demasiado adolorida para

enfrentar huesos jóvenes.

Volvió a pedirme agua y me enseñó la lengua blanca, llena de sarro, para que viera que no era mentira que estaba seca. Alzó las dos manos en son de paz.

Agua no se les niega a los locos ni a los extraños, pero yo se la negué.

—Aquí no hay nada —le dije.

Se encogió de hombros como si le diera igual, como si ya estuviera tan acostumbrada a que le tiraran mierda que un pedazo más no le importara.

—¿Qué quieres, carajo? —le pregunté al ver que no se movía, que no regresaba a la selva, pero tampoco daba un paso hacia adelante.

—Volver a casa —susurró y se llevó una mano prieta a la boca. Luego miró a mis dos hijas—: Están gordas las pollitas, ¿eh?

Retrocedí un paso más. Santa se aferró a mi cadera. Tenía las manos sudadas y frías. No me habían gustado aquellas palabras de la vieja, y mucho menos sus ojos, que observan a mis chamacas como si fueran pedazos de asadito. Ni siquiera me atreví a mandar a Santa a la hacienda. No me iba a despegar de ella ni muerta.

—A la selva le gustan así de gordas.

Una vieja loca. Una vieja bruja. Tosió un par de veces y escupió una flema terrosa sobre una hoja.

—Estás nuevecita todavía, mamá. Nuevecita como una hoja. Pero aquí hay que ponerse dura —carraspeó—, pa' que la selva sea buena contigo. Aquí hay que parir y parir y parir. Y luego darles cuchillazos a las crías pa' que la selva te deje en paz.

—Vete a la mierda.

El machete estaba lejos, fuera de mi alcance.

—No me hagas caso —susurró—. No me hagas caso. No me creas. Pero yo viví aquí. Me trajeron a esta casa. Después de vieja, cuando ya estaba seca, la selva me trató como una bolsa 'e mierda. Y ahora no puedo cruzar. Ahora no me deja.

La selva no me deja volver a casita.

Carraspeó y se tragó otra flema. Rio. Su risa era casi bonita, casi humana.

—Aquí no hay nada que sea tuyo —le dije, y ella movió la cabeza de un lado a otro, un animal salvaje buscando agua—. ¡Vete, carajo!

—Tengo sed —suplicó y por un segundo no pareció tan vieja, tan loca ni tan bruja, solo perdida en la selva.

No debí negarle el agua. No me hubiera costado nada. Pero tenía miedo. Me alejé sin darle la espalda y la vi moverse en las lindes de la selva, justo en el borde donde los árboles abrían paso al terreno de la casa. Ni un paso dio más allá. Lo último que vi de ella fue su mueca. Lo último que escuché fueron aquellas palabras:

—Miaumiau, mamá mató al chato de sed.

Luego volvió a entrar en la selva y se hizo una sombra entre lo verde mientras el calofrío me subía por el útero, por el vientre, por la boca.

Contuve el grito y agarré a Santa de la mano, la apreté bien fuerte para que no se me perdiera, para no pensar en aquel gato negro que tiempo atrás nos había quitado el hambre, ni en la selva que me lo recordaba, para no pensar en los ojos de aquella mujer extranjera, ni en los ojos de Santa.

Ifigenia

Los ojos de Santa entran por la noche al cuarto y pesan tanto sobre las sábanas que siempre se despierta algún niño. Las miradas son fardos que se tiran sobre los demás. Por eso Santa viene a descargarlos aquí. El niño que ha notado los ojos empieza de inmediato a quejarse porque ha visto algo más allá de la oscuridad de la noche, y teme sean los monstruos o los ojos rojos de la selva. Si hay ojos, deduce, también estará allí la boca de la selva que es el miedo peor, el más grande, el que ninguno desea ver todavía. El miedo se va sembrando entre susurros hasta que el insomnio se cuela bajo las almohadas, despierta a las chinches, canta junto a los grillos y se toca por debajo de las sábanas como Ifigenia.

Ifigenia se toca mientras los otros preguntan a media voz cuándo va a amanecer.

No hace tanto descubrió la belleza de los cuerpos desnudos. El suyo, que ha cambiado tanto, se ha hecho ruidoso y húmedo, y chasquea si Ifigenia lo frota en el lugar preciso. Nunca sabe cuál es ese lugar preciso salvo que se encuentra entre las piernas. A veces un poco a la derecha, a veces a la izquierda, a veces adentro, a veces duro, o rápido, o lento.

Ifigenia tensa las nalgas y aprieta el culo.

Si los niños del cuarto lloran, será mejor. Gracias al miedo de los otros estallará más pronto, con la mente en blanco, dividida.

—El bicho está ahí —llora uno de los más pequeños, y aunque no todos lo imitan, las miradas buscan en las tinieblas, en un intento por atrapar al monstruo que se esconde.

El monstruo se llama Santa.

Ifigenia lo sabe porque la ve todas las noches, desde hace dos semanas ve cómo se escurre el insecto en los ojos de Santa y cómo abre las puertas cuando cree que nadie mira. Ahora que sabe que va a morir pronto, Ifigenia no duerme apenas. Para qué dormir ahora si luego no se sabe qué será la muerte, si sueño o garganta infinita, si cuchillo o machete. El ramalazo de la angustia está hundido en su garganta. Le cuesta tragar, como si el cuerpo se estuviera acostumbrando a la idea de su fin, pero poco a poco, sin demasiado espanto, entre brotes de insomnio.

Es tan bueno lo que se hace con los dedos que le da roña morirse. Si al menos morir fuera como esto, si al menos fuera lo oscuro que viene luego de frotar el cuerpo contra las almohadas, entonces estaría bien.

Los ojos de Santa se asoman otra vez en el umbral del cuarto para mirar a los niños. Desde que llegó la extranjera a la que Lázaro contempla demasiado, Santa se ha vuelto rara. Da vueltas y vueltas todo el día, es una gallina sin cabeza que escupe y habla sola. Qué asco la sopa, qué asco sentarse a la mesa y comerse la sopa de Santa, eso piensan todos, pero nadie dice ni una sola palabra, no sea que Santa comience a tasajearlos.

Ifigenia, que no duerme, nota enseguida que en la puerta hay alguien. En la oscuridad no brillan los ojos, aunque sí el hambre dentro de ellos. El hambre que enumera cuerpos: hay trece respiraciones en el cuarto, cuatro varones, ocho niñas e Ifigenia, trece respiraciones, trece platos de carne. Se marchan los ojos justo cuando se dan cuenta de que han llamado demasiado la atención y que el llanto de un niño, en el silencio de la noche, podría levantar sospechas.

Ifigenia observa cómo la puerta vuelve a cerrarse.

Un segundo antes de desaparecer, Santa la contempla. Sostiene la mirada de Ifigenia como si quisiera arrancársela. Sucede igual todas las noches. Ifigenia no aparta la mirada, tampoco la baja. Por qué, si ella no es la que ha venido a contar cabezas a espaldas de la abuela. Por un segundo, Ifigenia piensa en la posibilidad de levantarse y gritar a todo pulmón que la ha visto, que ahí está, que Santa es el monstruo, que se le puede oler el hambre pasos a la redonda. Pero si algo ha aprendido Ifigenia en todo su tiempo de vida es que los mayores de la hacienda se cuidan entre sí. De la selva, del miedo y de los niños. Sobre todo de los niños.

Contarle a la abuela no traerá nada bueno. Probablemente no va a querer creerle ni una sola palabra.

Los adultos no ven más allá del miedo en sus propios ojos.

El chirrido de la puerta es señal suficiente: Ifigenia no dirá nada, no abrirá el pico ni para decir pío, y Santa volverá mañana de nuevo, como cada noche, en las horas en que los niños duermen.

Qué hay de malo en que una madre mire a sus hijos dormir.

Qué hay de malo en que una gallina mire a sus huevos.

Nada, no hay nada malo, dirán los adultos.

Es tierno, se convencerán.

Pero, en realidad, saben que Santa no es madre de nada de lo que ha salido de sus entrañas. En todo caso, es una dueña hastiada de que la selva le quite lo que por derecho es suyo.

En la oscuridad, los niños tiemblan:

—¿El bicho nos va a comer? —susurra una voz con pánico.

—No, a nosotros no. Pero a lo mejor a Ifigenia sí. A ella le toca. Que se la coman a ella —responden los murmullos.

Siempre ha sido la oveja negra. La no querida. La del ojo malo. La cabrona de los chistes macabros, la que un día gritó cuando todos jugaban en plena selva, por qué no nos comes ahora, hija de puta, mientras los otros niños se escondían tras los árboles. Estuvo así, retando a la hija de puta de la selva hasta que todos se unieron para tirarle piedras, para callar a la oveja del ojo malo. Ifigenia se ha cansado de contar las veces en que la han querido callar. Ahora huyen de ella porque saben que su turno de morir anda cerca, que ya se fueron los dos que estaban marcados antes. Algunos incluso recuerdan cómo fue la noche roja de Juanquito, los gritos y el machete, y siguen entre pesadillas sufriendo por él.

Claro que a Juanquito lo querían, lo querían mucho, porque era una oveja blanca, un cabrito conforme, boquiabierto en la teta de la selva y no un gritón como Ifigenia.

Da igual. Ser una oveja negra le da el privilegio de la soledad.

—No es la selva, idiotas —Ifigenia deja de tocarse y se acoda sobre la cama. Su voz es tan tranquila que sobresale por encima del pánico de las otras voces.

De repente, todos la escuchan. Hasta los grillos la escuchan. Hay tanto silencio que Ifigenia se pregunta si no la han dejado sola. Se pasa una mano sobre el ojo bizco antes de seguir:

—Cuando la selva llega, el mundo se tiñe de rojo.

Las voces de los niños mayores le dan la razón entre murmullos.

Ellos sí recuerdan bien cómo fue todo la última y la penúltima vez que se llevaron a alguien de ese mismo cuarto. Hay unos pocos, todos mayores de diez años, que recuerdan incluso más allá: los rostros de niños que ya nadie menciona, nombres que no han vuelto a repetirse, pero que no hace tanto fueron compañeros de juegos de quienes guardan recuerdos del pasado. Hay otros Juanquitos de los que ya nadie habla y cuya vida desapareció como si nada. En la oscuridad se pronuncian algunos nombres que resultan vagos para la memoria de Ifigenia, qué jodido no estar segura de cómo se llamaba aquella niña del lazo azul en el pelo, la pecosa, la que tenía una mancha en forma de grillo en una nalga, o el chico con los pantalones llenitos de huecos, o el que cazaba hormigas en la casa para luego llevarlas a la selva con tal de no tenerlas que aplastar. Las voces vuelven a callarse de inmediato. Ifigenia aprieta los muslos. El poder del silencio es maravilloso. El poder del miedo le provoca cosquillas dentro.

—A Juanquito se lo llevaron cuando todo estaba pintado de rojo. A qué tú sí te acuerdas… —dice y señala con un dedo hacia los hombros de una niña demasiado alta.

—Si no es la selva lo que viene, ¿qué cosa es? —pregunta una de las voces.

Los más pequeños han empezado a lloriquear bajito. Ifigenia se encoge de hombros. El poder está entre sus dedos, está justo allí y es simple darle vuelta, enredarlo, hacer que el control sobre los otros se ajuste a la humedad en su interior.

—Es Juanquito —Ifigenia se contiene la risa y vuelve a apretar los muslos— que ha vuelto de la selva para comernos a todos.

Luego de unos minutos de silencio, la niña demasiado alta contesta:

—Nadie vuelve de la selva, Ifigenia. Eres una mentirosa. En la selva se muere y ya. Luego de morirte, todo el mundo lo sabe, no te levantas salvo para ir al cielo.

Pero es tu alma la que va. El cuerpo se convierte en hueso y entonces subes directo con diosito…

—¿A mí qué me importa lo que tú creas? —la voz de Ifigenia es tan dura que todos los niños se encogen como abofeteados—. Cree lo que te dé la gana, pero luego no me digas que no dije la verdad. Cuando Juanquito venga y se empiece a llevar a uno primero y a otro después, no me pidas disculpas.

—Nadie se va a llevar a nadie. En la selva se muere en paz, la abuela lo dice.

La niña demasiado alta es una ovejita blanca. Una ovejita feliz en su rebaño. Se le nota. Ha aprendido de la abuela a ser buena y paciente, a no dar dolores de cabeza, a estar lista para morir cuando llegue su tiempo y la noche se pinte de rojo. Ifigenia hace una mueca de asco con la cara.

—Antes de que tú nacieras pasó igual que ahora —Ifigenia estira el dedo hacia la noche—, pero nadie se acuerda porque todos eran muy chiquitos, porque los niños chiquitos no hacen nada más que no sea morirse o repetir las cosas que la abuela cuenta.

Ifigenia se ha puesto de rodillas sobre el colchón. La niña demasiado alta y ella son de edades similares: tal vez un par de años le lleva Ifigenia, no más que eso.

Sin embargo, el tono de autoridad en la voz de Ifigenia, el tono de memoria en su voz hace que la otra niña baje los ojos por un segundo. Todas las miradas están sobre la oscuridad y sobre el cuerpo de la oveja negra. A Ifigenia le gusta que la miren así. Que los otros sientan lo que es el poder de estar un paso más allá de la vida.

—Antes de Juanquito vinieron otros muertos que la selva misma escupió. ¡Yo me acuerdo! Los cadáveres se asomaban a la puerta a mirarnos, una noche y otra, todos los días. Ellos no comen en la selva, están muertos de hambre. Por eso vienen aquí, a alimentarse de nosotros.

Ifigenia escucha un sollozo. De un salto se pone de pie sobre el colchón lleno de paja y chinches. Algo cruje debajo de ella, pero ya nada le importa, ni caerse, ni quebrarse los pies en la oscuridad, no ahora que siente la fuerza de la mentira sobre la boca y le sabe deliciosa.

—A tres niños se llevaron esa vez. ¡Y ahora también va a pasar!

Los pequeños, amontonados a los pies de Ifigenia, abren las bocas con pánico.

Solo la niña demasiado alta parece menos asustada:

—Yo no me acuerdo de eso, Ifigenia —susurra en voz muy baja.

De una oveja negra puede nacer un profeta, porque solo se es

profeta en el terror reverencial de los hermanos. Antes de responder, Ifigenia abre los dos brazos y abarca la oscuridad dentro de ellos:

—¿No te acuerdas? ¡Mentirosa! —y es entonces que empieza a pronunciar todos aquellos nombres de las crías desaparecidas, de aquellos niños que la abuela se llevó durante años y otros que se inventa al azar, nombre comunes y corrientes que se hilan en su voz: Ileana, Pedro, Justa, Lidia, Mero, Lola, Ani, Diago, Mónica, le salen por la boca en ramillete, José, Judas, Tadeo, Juan, Jesús, esos nombres de evangelio que la abuela musita a veces para pedir ayuda al cielo, Mirtha, Carlo, Pepe, Toño, hay más y Ifigenia se los imagina en ráfaga, no sea que la boca se le quede vacía de repente y la descubran, Poto, Chaqui, Puma, Floflo, Nene. Nombres tras nombres, desnudos en el horror, para que la mentira siga creciendo y engorde como bestia.

La lista crece. Ifigenia no puede parar, no quiere, porque eso es lo que hacen los profetas: crear una mentira y repetirla tantas veces como sea necesario hasta hacerla verdad. La voz atemorizada de uno de los niños surca lo oscuro cuando Ifigenia dice tres nombres, Lisa, Marcos, Elena, y grita entonces yo me acuerdo de ella, de Elenita. Ifigenia no se detiene, apuesta por nombres de flores que tan comunes son. Rosa, Gardenia, Lila. Cada vez que dice uno se escucha un nuevo yo me acuerdo, un yo me acuerdo que convence a todos, que arrastra a todos dentro de aquella marea.

—Alicia, Esperanza, Rodrigo…

Ifigenia mira a los ojos de la niña demasiado alta, que aún no susurra nada. Es preciso romperle las patas a aquella ovejita blanca y obediente, que ella también sepa lo que es el miedo y el poder de Ifigenia, y que obedezca, sí, a la nueva líder del rebaño. Los niños se acercan a Ifigenia y susurran unánimemente con cada nuevo nombre que ve la luz: ahora se acuerdan de todos los cadáveres, ahora los monstruos realmente existen porque Ifigenia los ha nombrado. La niña demasiado alta admite su derrota con un suspiro e Ifigenia le descubre la duda en el rostro, ese no saber que es igual al hecho de aceptar que existe una posibilidad, así sea mínima, de que esos monstruos sean verdaderos.

—Me acuerdo… sí, me acuerdo. Creo… —dice finalmente la niña demasiado alta, vencida en su orgullo, al principio en voz muy baja, casi con dudas, luego cada vez en un tono más agudo, hasta sumarse al coro de voces. Todos juntos susurran el alivio sin fin de saber que la noche está llena de monstruos pero que ahora, al menos, los conocen.

El silencio vuelve a caer sobre sus cabezas.

—¿Y cómo se detuvieron los monstruos aquella vez? —pregunta alguien.

—No se les puede matar, están muertos. ¿Qué hacemos entonces?

Todos observan a Ifigenia como se contempla al dios de los cobardes.

El corazón de Ifigenia le late en la garganta. Ya no le quedan palabras ni ideas, solo aquella ardentía entre las piernas, los muslos húmedos y la nariz bañada en el miedo ajeno y en el poder propio.

Un solo segundo de vacilación es suficiente para destruirlo todo. La niña demasiado alta murmura:

—Yo no me acuerdo de nada. Nadie ha regresado de la selva. Nadie. Nunca.

Ifigenia siempre se inventa cosas así —y recalca la palabra siempre como para recordarles a todos que Ifigenia ha mentido otras veces.

Pronuncia las sílabas muy lentamente para hacerles entender a los otros que el terror es una nube pasajera. En la oscuridad solo existe un monstruo y ese es Ifigenia.

Ifigenia se mastica los labios y pronuncia nombres al azar, con el mismo calor de antes, pero ya sin efecto. El velo de la credulidad se ha roto y el sol está a punto de nacer: es justo la hora en que los niños guardan los miedos hasta la noche siguiente.

Vaya día de mierda.

Ifigenia se levanta sin deseos. Para qué lavarse los dientes o correr por ahí, entre las gallinas, con tanto calor. Su coño está muerto y seco, y era lo único bueno que le quedaba. Pensar que el último día de su vida podía ser ese, uno asqueroso, lleno de sudor, común y corriente, le da espanto. Las gallinas, abatidas por el calor reinante, apenas cacarean.

A lo lejos, la abuela le canta un arrorró al niño débil. Un arrorró bañado en tristeza. Allá, también a lo lejos, la mujer extranjera, la recién llegada a la hacienda, arrastra los pies hacia la luz del sol. Es demasiado flaquita y tiene la piel oscura. Ifigenia apenas recuerda su rostro, aunque sí su expresión de estar perdida, de mirar hacia la selva

y ver más allá de los árboles. La forastera camina con cuidado, como si la tierra fuera de cristal. Camina como si no supiera dónde empieza el mundo y dónde sus pies. Como si debajo de ella existiera un humedal que en cualquier momento podría engullirla. Se pasa una mano por la cara. Tiene manos grandes. Demasiado grandes para una mujer tan flaquita.

Ifigenia la sigue, siempre a una distancia prudente. A ver a dónde camina la mujer, a dónde se le van los pies. Los nuevos son siempre raros, muchas veces difíciles. Se quieren escapar de regreso a la selva o, por el contrario, se apoltronan en la hacienda como si hubieran vivido allí siempre.

La mujer está desorientada. Se ve a simple vista. Ifigenia nota cómo la abuela le permite moverse por la casa, aunque nunca fuera del alcance de su vista.

Mientras amasa al hijo ajeno entre los brazos, la abuela observa el vagar de la recién llegada, qué hace, cuáles son sus movimientos. La deja andar en libertad hasta que la extranjera pisa la yerba y se pone en cuclillas con un pujo.

Ifigenia se traga la carcajada. Cagar sobre la yerba: qué buena idea. A ella jamás se le habría ocurrido porque, aunque sea oveja negra, es oveja al fin y al cabo, y sabe que obedecer es su única opción. La abuela retuerce los ojos y por ahí se le escapa un chorro de desprecio hacia la extranjera. La detiene con un grito. A ver por qué los niños tienen que ver cosas así, se pregunta en voz alta. Falsa. Tan falsa la vieja. Ifigenia no se aguanta y masculla entre dientes aquellas palabras duras, falsa y cagar, no entiende por qué la abuela se escandaliza por un pujo y no por los cuchillos.

Con un gesto lento, apenas articulado, la abuela señala hacia adelante, hacia la letrina, camina hasta la yerba y alza por el brazo a la mujer. La mira con ojos secos. No se caga frente a los ojos de los otros, parece decirle. Conduce a la muchacha hasta la letrina y cierra la puerta detrás. Luego regresa a su asiento en el portal de la hacienda. Ifigenia aprovecha el momento para dar la vuelta a la casa y correr, a través del patio, hasta la única ventana de la letrina, que está de cara a la selva.

La curiosidad por los cuerpos desnudos le estremece las piernas y hace que las manos le suden.

No es la primera vez. Unos años atrás vio a Juanquito en el mismo

sitio. El chico pujaba la pereza y el malestar. ¿Era Juanquito u otro de los muchachos mayores, uno de esos que ya la selva se llevó hace mucho? Ifigenia no recuerda. La soledad y la desmemoria son privilegio de las ovejas negras. Siempre y cuando no estuviera la abuela en los pasillos, a Ifigenia le parecía seguro espiar a los miembros de la familia. Espiar se le daba bien. Se iba a deambular por los cuartos de la casa a ver qué encontraba. Quizás el secreto de alguien, su desnudez, a lo mejor el cuerpo sudado de Lázaro que se largaba a dormir la siesta en una de las hamacas con poca sombra de la casa y que exigía no le interrumpieran el sueño a menos que se cayera el cielo, cosa que invariablemente jamás pasaba aunque Ifigenia se esmerara en pedirla. Un par de veces encontró a Lázaro y a Santa enredados como chipojos en una rama, uno encima del otro, los cuerpos contoneándose mientras la selva se relamía e Ifigenia, junto a ella, también. Aquel contoneo no tenía nombre, al menos Ifigenia no conocía de qué manera definir aquello, pero al verlo una punzada se le trababa adentro, entre las tripitas y el coño. Hace ya mucho de eso. Hace mucho que la selva no se relame y que Santa no pare hijos, ahora Lázaro se pasa el día en la fuma y en el asco hacia la idea de la vejez que les espera a ambos.

¿Era Juanquito o era otro de los machos el que vio aquel día?

Un muchacho desnudo en la letrina. Tenía malas las tripas. A Ifigenia no le importó la fetidez que reinaba en aquel sitio y que se esparcía ventana afuera, porque su curiosidad era más fuerte. Siguió al muchacho a través de los corredores, siempre desde lejos, sin que él supiera que estaba siendo vigilado.

Luego trepó a la ventana de la letrina para verlo sufrir todo el espanto de la cagalera, pero también para notar que el sudor era bonito en aquellos brazos delgados y que la mueca de los retortijones acentuaba aún más los hoyuelos en sus mejillas. Ifigenia hubiera querido limpiarle aquel sudor a besos y lengüetazos, como mismo hacían las vacas con sus crías cuando estaban enfermas. Aquel cuerpo era distinto a cualquier otro que hubiera conocido hasta entonces. No era el cuerpo flaco de Santa, hecho casi solo de huesos y de pujos, ni la carne vieja de la abuela, ni los coñitos sin pelo de las otras niñas.

Con los ojos apenas asomados por la ventana y el cuerpo contra la piedra, Ifigenia supo por primera vez que su coño tenía vida propia.

Dentro de esa misma letrina, la extranjera se desnuda lentamente. Ifigenia alcanza a verla. La mujer se quita el vestido, que le queda enorme, por encima de la cabeza. El vestido está empapado. Es un

trapo lleno de sangre, de moco, de baba. Los cabellos de la extranjera están también cubiertos de un pegote de sudor. Se sienta en la letrina por puro acto de cortesía, pero ya no quiere pujar, no puede, no después de que la vieja le cortó el impulso de cagar al aire libre, como debe ser. A la selva lo que es de la selva, no solo la carne sino también su detrito. Luego de un rato, la mujer se lleva un dedo sucio hasta la encía y se la rasca.

Con dientes se vería más bonita, piensa Ifigenia, pero fea no es.

La recién llegada cierra los ojos y casi parece dormida. Ifigenia asoma un poco más la cabeza por la ventana y es entonces que escucha el silbido. El silbido de Lázaro, como una flecha sobre las ideas, que avanza por el aire y ensarta a Ifigenia. En la letrina, la mujer abre los ojos de repente. Quizás la ha asustado el sonido inesperado tras el que puede viajar una amenaza. Ifigenia abandona su mirador en la ventana y salta hacia la yerba. Alcanza a contemplar a Lázaro, que vuelve a silbar y la señala con un dedo, señala a la oveja negra, a la niña atroz.

Nadie en la casa puede mirar a los otros excepto él cuando desea a alguien, excepto la abuela cuando hace el conteo de los cuerpos que entregará a la selva, excepto Santa cuando en las noches se convierte en monstruo y, por supuesto, la selva que tiene todo el derecho del mundo de mirar.

Ifigenia huye hacia los árboles. De vez en cuando se da la vuelta, no sea que Lázaro quiera hacerse el amo, el dueño de la ovejita negra y le dé por perseguirla. Pero Lázaro no quiere tener nada que ver con ella, sino con la extranjera desnuda en la letrina. Ifigenia camina lentamente entre los árboles y desde allí, desde su refugio, observa cómo el hombre se queda mirándola, con el rostro abotargado de mal dormir, con los ojos viejos y llenos de venas. Hay un cuchillo en su cintura. Ifigenia lo nota enseguida porque Lázaro lo saca y, para que ella vea, para que sepa, lo afila, lo pule, se lo enseña, le dice sin palabras: así con este cuchillo te mataré, ovejita negra. Pero no se mueve, no se acerca más, porque no le gusta la selva, porque solo entra a ella cuando le toca, cuando la selva lo reclama y su deber es ir y cumplir con la matanza.

Desde una distancia prudente, Ifigenia ve a Lázaro asomarse por la hendija en una de las ventanas de la letrina y observar la desnudez de la mujer allá adentro, mientras se acaricia la pierna con el borde del cuchillo.

La niña vaga entre los árboles.

Otras veces ha intentado huir. Desde que mataron a Juanquito lo ha intentado. A lo mejor Juanquito también trató de escapar en su momento, a lo mejor vagó entre los árboles sin rumbo para ver si la jaula tenía una fisura. Pero siempre regresó a la hacienda. Igual le sucede a Ifigenia cada vez que busca la manera de irse. La lengua vaporosa de la selva la regaña. Se mete por debajo del vestido de la niña y lame su pubis. Un golpe húmedo, que casi le llega al hueso de la pelvis, como si la selva apenas pudiera contenerse para no darle un mordisco allí mismo, bajo cualquier árbol.

Otras veces Ifigenia la ha notado hambrienta, pero hoy lo está más que nunca. La niña puede sentirla, porque cada instante que pasa, la selva y ella se van aproximando más: la carne cerca de la boca, los dientes cerca de la carne, hasta que en cualquier momento se cierre el círculo que se abrió mucho tiempo atrás, al nacer Ifigenia.

Derecha, izquierda, hacia detrás, hacia adelante, siempre por un camino distinto.

Anda a la deriva. No importa cuánto se aleje de la casa. Haga lo que haga, la hacienda siempre aparecerá de nuevo frente a sus ojos.

En pocas ocasiones, Ifigenia ha sentido un pánico semejante. El pecho se le va a reventar, el corazón saldrá de su órbita y quedará flotando en la maleza hasta que la lengua de la selva lo atrape. Sabe que su muerte no se cuenta ya en meses sino en semanas, días tal vez, y lo sabe precisamente porque la selva quiere que ella se dé cuenta, porque aquel pájaro en su rama la mira precavido con ojos de hambre, aunque no es el hambre del pájaro sino el de la selva que lo incuba, y porque hay arañas que bajan de los árboles para enseñarle el camino de regreso.

La hacienda está ahí, frente a sus ojos, como también su destino. A Ifigenia le parece que en cualquier momento, si no sale de allí, un nido de hormigas subirá por sus pies hasta sus muslos y entrará por su pelvis hasta llegar al hueso, a la disolución.

No es justo. No es justo que ella tenga que morirse y que los demás sigan vivos.

No es justo que un día, cuando vuelva a salir el sol, existan otros niños que ni siquiera sepan quién fue Ifigenia. Patea la yerba seca a su alrededor, pero la selva no siente la patada o no le importa. Para malcriadeces no está. Para llantos tampoco.

Pero Ifigenia no llora. Piensa en el hambre de la selva y en sus ganas de vivir. A la hora de comer, ¿importa de quién es la carne? No. ¿Ha preguntado Ifigenia alguna vez cuál fue la gallina que Santa eligió para hacer el caldo esta mañana o todas las mañanas de su vida? Nunca.

Derrotada, regresa a la hacienda. Ya no ve a Lázaro por ningún lado. Seguro estará por ahí, en su rumiar de siempre. También Ifigenia rumia. Dónde estarán los niños. Los encuentra de inmediato. Como siempre, andan todos juntos. La piara de ovejitas blancas no se separa jamás porque, aunque hayan olvidado los ojos en la noche, la verdad es que todavía buscan debajo de las sombras una señal de alerta. Ifigenia no se atreve a acercarse a los más pequeños. Los chiquitos lloran mucho. Los agarras por la mano y empiezan a chillar, claman por Santa, por la abuela, por algún hermano mayor. Los pequeños le temen a Ifigenia. Quizás sea por el ojo malo que la hace distinta de los demás o porque saben oler mejor que nadie dónde se encuentra el peligro.

A Ifigenia le sobra la paciencia.

Los observa desde lejos para que los niños no se vayan, para que no sientan que Ifigenia, la mentirosa, la que siembra pesadillas, los empuja a separarse.

Disimula. Juega con las hojas y, de vez en cuando, da vueltas por la hacienda, regresa al mismo lugar, vuelve a irse, no sea que los niños se pregunten por qué la oveja negra quiere hoy ser oveja blanca y entregarse al rebaño. Al cabo de un rato, ni siquiera demasiado tiempo, el grupo empieza a disolverse, a cambiar sus estructuras. Ya no parecen tan cerca unos de los otros, ya no están conectados por el mismo hilo.

Un poco alejada del resto se encuentra la niña demasiado alta, la misma que la noche anterior desmintió a Ifigenia. Es lo suficientemente grande como para no sentirse del todo cómoda en presencia de los más chicos. Se aburre. Hubiera podido ser una buena compañía para Ifigenia, pero nunca fue así porque las ovejas de color distinto no se mezclan.

La chica juega con sus hermanos. En su rostro, una mueca. A lo mejor se ha dado cuenta de que cuando Ifigenia no exista, ella será la próxima en irse. Tiene la piel igual de morena que Lázaro y hay algo de Santa en el tamaño de sus caderas y de las teticas que ya le empiezan a tirar del vestido. Ifigenia le pega los ojos en la cara y la

otra niña la esquiva, hace como que no la ve, da vueltas.

Pero a Ifigenia le sobra la paciencia. En eso se parece a la abuela. Paciencia para matar y para esperar el mejor momento.

Y el mejor momento llegó cuando la niña demasiado alta fue arrastrando los pies hacia el encuentro de Ifigenia:

—Oye, dime la verdad, ¿qué viste anoche?

En su voz viajaba un tono distinto, que no era miedo sino duda.

—No juegues y dime —insistió.

Ifigenia se dio el lujo de sonreír antes de responderle:

—Ojos.

—¿Los de Juanquito?

—No, los de Juanquito no —había decidido no mentirle.

La niña demasiado alta suspiró con alivio.

—Qué pesada eres, Ifigenia. Sabía que no era verdad.

—Eran otros ojos. Pero no me vas a creer si te digo.

Ifigenia arrastró las palabras suavemente. Una caricia de palabras. Una invitación al juego.

—¿De quién eran entonces? —la niña demasiado alta preguntó con lentitud.

Ya no era curiosidad ni duda, la zozobra se había aposentado en ella.

—Da igual si te cuento o no. Te dije que no me vas a creer —Ifigenia bostezó, como si aquello no le interesara.

—A lo mejor sí te creo —porfió la otra—. A lo mejor sí, ¿tú qué sabes?

—Te piensas que digo mentiras y vas y le cuentas a todos que me estoy inventando cosas… pero yo entro a la selva, y veo lo que ni te imaginas. Hay ojos allá adentro. ¿Para qué te voy a contar nada?

—Es que juegas muy feo… nunca se sabe contigo.

—Entonces ya, no hablo.

Ifigenia dio la media vuelta, pero la niña demasiado alta la siguió.

—¿Qué ojos?, anda, dime.

—Ojos en la selva, te dije. Viven ahí.

—¿Los mismos de anoche?

—No me vas a creer si no los ves tú. Ya, chica, ya. Si te los enseño, seguro que tampoco me crees.

Ahí estaba la carnada y el anzuelo. En los ojos de la niña demasiado alta se expandió la duda e Ifigenia creyó que todo se acabaría, que ya no había nada más por decir, que se había arruinado su plan.

—¿Es muy para adentro en la selva? ¿Hay que irse lejos?

—No tanto. Un par de árboles y ya. ¿Quieres o no?

—Esos ojos, ¿son peligrosos?

—A mí no me han hecho daño, pero no sé. Están ahí —dijo Ifigenia, se encogió de hombros y señaló hacia adelante, hacia donde la selva abría la boca.

—¿Y no son los de Juanquito?

—No.

—¿Pero están vivos?

—Como tú y como yo.

—¿Y se van a dar cuenta de que los veo?

—Hay que saberse acercar… Ven, te enseño. Si quieres bien y si no también.

Pero tiene que ser ahora.

—¿Ahora?

—Mejor con sol que de noche. Porque en la noche se despiertan.

—No juegues feo, Ifigenia, no me gusta.

—¿Y para qué voy a jugar así? ¿Para que empieces a llamar a Santa o a la abuela, tan chismosa como eres?

La niña demasiado alta se masticó un labio antes de responder:

—Está bien. Pero si es uno de esos juegos tuyos, les voy a contar. Mira a ver.

El sol estaba en el medio del cielo y en el aire zumbaban insectos. Ifigenia miró hacia todos lados. Ni rastro de Santa, que a esa hora cocinaba, ni de Lázaro y sus cuchillos, ni de la extranjera. A lo lejos se escuchaba la voz de la abuela que cantaba un arrorró, seguro que para que el niño enfermo acabara de morirse de una vez por todas. En el portal de la hacienda jugaban los más pequeños, aburridos del calor y de los bichos.

—Vamos —dijo.

Ifigenia y la niña demasiado alta entraron juntas a la selva.

—¿No está muy lejos? —volvió a preguntar la otra de inmediato.

—Un poquito más para allá. Detrás de esos árboles.

Cada dos pasos, la chica insistía, que dónde estaban los ojos, que si lejos o cerca, que si ya habían llegado. Sudaba mucho, sudaba la curiosidad junto al miedo.

Ifigenia supo enseguida que no iba a lograr arrastrarla más hacia adentro, que en cualquier momento aquella niña saldría espantada a contarle a la abuela.

—Bueno, ya está, llegamos. Ahora te los enseño.

La niña demasiado alta miró hacia atrás, donde los árboles se cerraban.

—Pero la hacienda no se ve desde aquí.

—Está detrás de un bejuco, chica. Además, si ya en nada volvemos… Ven.

Ifigenia se inclinó sobre el agujero de un árbol. Era pequeño, pero lo suficiente amplio como para meter la cabeza sin trabarse. Un agujero de termitas a lo mejor. Un nido vacío.

—¿Allá adentro están los ojos? —quiso saber la niña demasiado alta y, de inmediato, retrocedió dos pasos.

—No tienes que meter la cabeza, nada más asómate.

Ifigenia de repente se dio cuenta de que no sabía cómo matar a alguien. No tenía cuchillos y tampoco sabía manejarlos. Sintió que le temblaban las manos y las rodillas. Cómo iba a poder cambiar una vida por otra, el valor de una cabeza por otra cabeza semejante con tal de que la selva se viera satisfecha, con tal de comprar un poco más de tiempo. La niña demasiado alta se agachó con cuidado y aún desde lejos observó el hueco en el árbol.

—Ahí no hay nada, Ifigenia. Una araña a lo mejor. Pero que sepas que las arañas no me asustan hace tiempo. ¡Qué pesada eres!

—No, chica, mira bien. Sí hay.

En la tierra estaba aquella piedra. Una piedra de matar. Una piedra cuyo único propósito en el mundo había sido existir hasta que llegara su momento, hasta que la mano de Ifigenia la levantara para cobrar su peso en sangre. Ifigenia la tomó.

Una piedra aplastacráneos. La niña demasiado alta se aproximó más al tronco.

—¿Ya los ves? —preguntó Ifigenia mientras ocultaba la piedra tras su espalda.

Luego alzó un dedo hacia delante, como si apuntara al agujero en el árbol—. ¿Ya ves los ojos? Fíjate bien.

La mirada de la chica siguió el rastro del dedo de Ifigenia, el rastro que la llevaba hacia adentro en la cavidad del tronco. Finalmente decidió agacharse para observar mejor. Algo parpadeaba dentro del agujero.

—Sí, veo —dijo un segundo antes de que llegara el golpe—. Son tataguas, Ifigenia. Tataguas enormes. Un nido de…

El golpe fue seco. La niña demasiado alta cayó sobre la tierra de rodillas y movió los brazos como un pájaro roto. Ifigenia se agachó junto a ella y la empujó con un codo, hasta que la otra quedó bocabajo. Entonces volvió a golpearla en la cabeza. Intentó que fuera justo sobre la herida anterior, sobre el pedazo de cráneo que se había hundido junto a un trozo de pelo, pero le temblaba la mano y erró.

Qué difícil era que un cuerpo se quedara tranquilo. A lo mejor con los cuchillos era más fácil. Ifigenia miró la piedra y luego la sangre.

Miró la sangre en su mano y le dio asco. Se limpió con una hoja.

En la selva solo quedaba silencio.

El cuerpo había parado de menearse. Ifigenia le dio la vuelta, lo puso bocarriba.

Tenía los ojos abiertos y las pupilas muy dilatadas, casi negras de horror. Una pupila más grande que la otra. Las pestañas llenas de tierra. También las cejas.

Aún respiraba. Aún respiraba aquel cuerpo demasiado alto, pese al golpe, la sangre y las heridas. Allí estaban los ojos de la ovejita blanca, que parecían ahora los de un monstruo. Ifigenia le cubrió la cara con hojas para no verlos, pero las hojas no eran suficientes. Ni todas las hojas del mundo iban a poder cubrirlo e Ifigenia no tenía fuerzas para arrastrarlo a un sitio más oculto. Con cuidado, tiró la piedra ensangrentada dentro del agujero en el árbol. Por primera vez se fijó en aquel parpadeo, el abrir y cerrar de unos ojos sobre las alas oscuras de las tataguas idiotas. Ifigenia volvió a encogerse de hombros y recogió algunas ramas, montoncitos de tierra. Camufló el cuerpo todavía vivo con aquellos desechos, lo mejor que pudo, lo más rápido.

No quería hacerle una tumba bonita, sino que la selva la viera apetecible y se alimentara de ella, que se alimentara ya, si tanta hambre tenía unos segundos antes.

Pero en la selva solo quedaba silencio.

Sobre los árboles, Ifigenia vio algunos pájaros que piaban hostiles.

—A comer, tititi tititi —los llamó.

Pero los pájaros no eran gallinas, ni la selva tampoco lo era, y aunque Ifigenia intentó silbarles, aunque les trinó, aunque les cantó un arrorró ensangrentado, los pájaros solo la miraron anhelantes, como si se cuestionaran quién era el cadáver y quién la niña viva.

Luego de unos minutos, Ifigenia notó que algunas hormigas, apáticas, habían empezado a subir sobre aquel cuerpo debajo de las hojas, y una lengua de aire fresco se le coló tras las orejas.

Antes de volver a la hacienda, Ifigenia se asomó un segundo sobre

el cadáver para ver aquel desamparo de la belleza de la vida, pero solo pudo vislumbrar que los ojos de la niña demasiado alta permanecían abiertos y que pestañeaban, más allá de la muerte, casi llorosos de soledad.

Romina

De soledad rechinaste los dientes como si el mundo fuera un pujo. Cuando finalmente el cráneo del chiquito coronó, los huesos de tu pelvis empezaron a latir. Preferías matar a mil Cangrejos de nuevo que parir a un solo hijo.

Modositas se quedaron en la selva. Ellas, tus hermanas, las muertas. Con las cabezas hendidas, llenas de agujeros, sin ojos y con ojos, permanecieron en las lindes donde los árboles crecían. Entonces supiste que no eran capaces de cruzar aquella frontera invisible, que ibas a tener que hacerlo sola, como seguro lo hizo también la primera mujer cuando descubrió que entre sus piernas podía asomarse una cabeza.

Una cabeza de pelo negro.

Las muertas no se marcharon. Aunque no podían abandonar el refugio de la selva, aunque les estaba vedado el terreno de los vivos, insistieron en permanecer entre los árboles mientras respiraban a tu lado, uno dos tres cuatro, puja, uno dos tres cuatro cinco seis siete ocho, puja de nuevo. Todas iban a parir contigo, incluso Copita, recién llegada al reino de las muertas, que movía las manos para indicarte los períodos de inhalación y expiración.

En la selva, tus hermanas luchaban por ver aquel pedazo del cráneo del niño que se asomaba entre tus piernas, su pelo negro, casi indio, que por suerte no era colorado como el de Cangrejo. Varias muertitas batieron palmas cuando notaron que el niño era moreno, igualito a ti, que no había heredado nada del padre, y las que tenían ojos lloraron tierra, y las que no los tenían se hurgaron las cuencas en recuerdo del pasado, y Copita chasqueó la mandíbula con felicidad absoluta. Se juntaron todas para festejar el nacimiento del niño como si fuera también de ellas. Mientras, gemías. Las manos de una vieja te arrancaron al bebé de adentro sin pedir permiso: eran pequeñas las manos y pequeño el niño, nada resultaba fuera de lugar excepto el color azul, casi venoso de su cuerpo, y aquellos pulmoncitos que se movían arrítmicamente como si la máquina en su corazón recién nacido se hubiera vuelto loca.

Todo es culpa del sol, te dijeron con gestos silenciosos las muertas allá en la selva, culpa de ese sol malo que acalora a los niños, verás que a la sombra respirará mejor.

Luego, Copita levantó una mano para despedirse, ya a medias oculta por los árboles. Solo se veían sus dientes espléndidos y le hubieras querido pedir que no se fuera, por favor, que estabas sola y con miedo, en un nido de extraños, que querías raya, que querías polvo y que por más que buscabas por todas partes no aparecían las bolsitas que le robaste a Cangrejo. Ladrón que roba a ladrón tiene mil años de perdón, excepto el ladrón que le roba su polvo a una ladrona recién parida.

La vieja tenía al niño entre los pechos, como si también te lo quisiera robar y aquello te dio roña: cabrona vieja, ladrona de hijos y de polvo, que se quedara con el chiquito si quería pero que te devolviera lo que era verdaderamente importante, que te diera el olvido blanco y que no te pidiera más que pujaras, como si no le hubiera bastado que el hueso enorme de la cabeza de tu hijo te desgarrara toda.

La vieja no hizo caso a tus súplicas. Ni fuerzas tenías para irle arriba y quitarle lo que era tuyo, por derecho de pujo y por derecho de cuchillo. Cosa distinta pasaría si estuvieran las dos en la selva, si las muertas las rodearan a ambas: entonces sí que vería la muy cabrona quién era Romina y de qué filo era tu ejército. Cerraste los ojos y no supiste más.

Al despertar tenías frío y era de noche. No reconocías la habitación. Por un segundo pensaste que Cangrejo estaba sentado a los pies de la cama, con el cuello abierto y ensangrentado. Te miraba con ojos tristes, pero no podía decir ni una palabra. Cada vez que quería hacerlo, le salía una burbuja de saliva roja por un agujero en la yugular. La silueta dejó de parecerse a Cangrejo de un momento a otro. Ya no era él, ya no era ese pelo colorado ni las manotas de uñas comidas, sino alguien más: otro hombre, flaco y con los mismos ojos tristes de los cabrones, aunque ya amansados por el tiempo. Todos los hombres miran de igual manera, como si desnudaran, como si tuvieran cuchillos en los ojos y a tajazos te quitaran la ropa.

A lo mejor era un nuevo cliente. Pensaste que estabas de regreso en la calle, con Copita quizás cerca, robándote los mejores clientes. Que tal vez no habías matado a Cangrejo sino que habías tenido un viaje largo y un poco más turbio que de costumbre. Que todo lo que habías visto en la selva era solo parte del sueño blanco. Las

alucinaciones llevaban lejos a la gente y disparaban los miedos, a veces incluso hacían realidad algunos sueños, como tus ganas calladas de matar a Cangrejo o las ansias incontrolables de esnifar un poco de ese polvo que el hombre sostiene entre las manos.

—Coge —dijo el extraño sentado en el borde de la cama.

No estaba muerto, eso seguro. Su peso calentaba las sábanas. Su deseo tenía la peste del cansancio. Por una raya te le hubieras abierto de piernas hasta a la selva misma. Esnifaste el polvo desde la palma de su mano y el alivio fue casi inmediato. Ya no ibas a sufrir hasta apagarte. Sentiste sus pulgares en tus tetas.

Pulgares que buscaban su recompensa. No sabía cómo tocarlas, pero los hombres nunca saben, así que también daba igual.

Volviste a cerrar los ojos.

Y pasó el tiempo.

La vieja te despertó. La misma vieja ladrona de antes. Intentaba engancharte a los pezones al niño que habías dado a luz. Le pediste una raya y no te contestó.

Se puso a rezar un padrenuestro frente a ti. Métete ese padrenuestro en la raja, le gritaste, y la noche se llenó de berridos. Los berridos desconsolados del niño, el padrenuestro de la vieja y tus gritos. También la selva se llenó de voces y a lo lejos escuchaste a Copita, el canto de las muertas, que no tenían raya pero que te prometían otras formas de ser feliz.

Cerraste los ojos de nuevo.

Alguien te metió una cuchara con un líquido caliente en la boca. Te quemó los labios partidos. El coño de tu madre, le escupiste. Otra vez la cuchara quiso entrar. Nunca daba en el blanco. Esta vez te quemó la encía.

A la mañana siguiente creíste que ibas a orinar polvo blanco.

Los dientes te castañeaban como si fueras una mujer hecha de marfil y huesos, como si hubieras perdido toda la carne y el pellejo, como si te hubieras convertido en una muerta más. Lo podías escuchar todo. El llanto del niño a lo lejos. Tenía los pulmones malos y el corazón le latía enfermo. Esos pulmones y ese corazón bañados en el polvo blanco que durante meses te habías metido en la sangre, esos

pulmones y ese corazón que eran tu culpa. El sonido de los mosquitos cuando chupaban sangre. Las yerbas cuando el aire las batía. Una tatagua se coló en el cuarto y te dio miedo, un miedo tan profundo como el de la muerte porque veías su sombra en todos lados: sobre tu boca, en las paredes, metida en tu coño. El calor de la selva lamía tus ojos y dentro de ella aullaba un jíbaro en celo.

Cangrejo volvió a visitarte un par de noches y se acodaba sobre la cama para besarte las tetas. A última hora siempre se arrepentía, a lo mejor porque estabas muy loca o muy rota, o porque temía un nuevo cuchillazo. Los muertos se vuelven precavidos. El hombre oscuro también volvió y te dio una raya, dos rayas, te pusiste de rodillas para mamársela a cambio del polvo, pero él no estaba duro y eso te dio risa. Reíste en su cara durante unos minutos que parecieron horas, y unas horas que parecieron días.

Pasó la fiebre.

Al despertar de nuevo aún estabas viva. Y si no lo estabas, al menos podías respirar en la muerte. Apenas tenías uñas y caminabas sin un eje fijo, como si tuvieras que arrastrar los pies de tan duros que estaban. A mediodía empezaste a notar el hambre y todo te pareció tan real que por un momento tuviste ganas de acostarte de nuevo y que empezara otra vez el ciclo.

Estabas limpia. No era la primera vez. Sabías cuál era la sensación de no tener la mugre blanca en el sistema, en los huesos y la linfa. Una sensación pesada, que no era de alivio, sino de una angustia primigenia en la que contabas horas, días, meses… hasta que volvías a caer de nuevo en el vicio de las rayas.

La puerta de aquella habitación, de aquel purgatorio de sábanas y sudores, permanecía cerrada por afuera. Tocaste la madera con los nudillos y gritaste un poco, a ver si alguien escuchaba. Y alguien lo hizo. De inmediato reconociste su rostro. La vieja, con el niño azul en el pecho.

Tu hijo.

Extendiste los brazos para cargarlo en un gesto que a lo mejor era instinto o que te salía de esas mismas tripas que parecían a punto de estallar. De inmediato te arrepentiste. No tenías brazos para ese niño igual que no tenías fuerzas para seguir escuchando su respiración a cuentagotas, aquel afán suyo en demostrarte con cada latido y cada inhalación que habías arruinado la pequeña maquinaria de su cuerpo.

Preferías lo blanco, ¿y qué?

La vieja estuvo a punto de entregarte al niño, pero cuando te vio recoger el gesto, se detuvo de inmediato.

—Quiero salir… —le dijiste, con la voz de quien durante tiempo no ha sabido hablar.

Ella tenía las manos pequeñas y muy blancas, el sol no las había envejecido demasiado. Con un solo dedo te tiró de la piel de la cara y examinó tus ojos durante un buen rato.

Fue entonces que te diste cuenta, por primera vez, de que no sabías en realidad dónde estabas. No eras capaz de distinguir entre lo real y lo imaginario, y no te habría sorprendido si la mano blanca de la vieja se hubiera transformado en puro hueso y te hubiera dado la bienvenida al reino de las muertas.

—Sale a coger el sol, parece que estás limpia —dijo después de un largo silencio.

Tenía la voz falsamente compasiva. Ya habías conocido a otras viejas así. Se creían buenas, pero estaban llenas de fisuras por dentro. Se vestían con el disfraz de las santas y luego, cuando veían a una puta en la esquina, se persignaban con tal de que no se les contagiara la enfermedad de ser puta. Viejas de mierda.

Hipócritas.

Afuera había sol, una epidemia de luz que se incrustaba en los ojos para freírlos.

Caminaste hasta donde comenzaba la yerba y la vieja te siguió de lejos, con el niño en brazos. Cuando tu mirada se acostumbró de nuevo al resplandor del día viste la selva. Más grande y verde de lo que recordabas, como si hubiera crecido mientras dormías. Una enfermedad de belleza.

Entre los árboles buscaste a Copita y al resto de las muertas. Seguro no iban a dejarte a la deriva, entre extraños.

Ahora, lo sabías, esa era tu nueva casa.

Tu nuevo hogar estaba lleno de niños con ojos gigantes. Todos te miraban.

Aunque los más insistentes eran el hombre oscuro y Santa, su mujer ya vieja.

Nunca te ha gustado que te miren así. Entiendes que es lógico observar lo desconocido como si fuera un insecto bajo el zapato, pero coño, si al menos disimularan, si no fueran tan bestias, si tan siquiera esa mujer no te pegara los párpados arriba todo el tiempo, entonces sería tolerable. Viste también a la loca en su encierro. Una loca como tú, una hermana más, solo que viva, distinta de las muertitas que en la selva te esperaban. Putas, locas y drogadictas eran hermanas de una misma sangre.

A ella, como a ti, la habían aislado.

Cuando le preguntaste a Santa por qué, te observó de pies a cabeza:

—Se le quemaron las ideas un día —era la respuesta que esperabas, lo que habías imaginado: una loca, tal vez peligrosa, que estaba tras las rejas para que no dañara a nadie o se lastimara a sí misma. Santa no necesitaba decir más, pero lo hizo—: Aquí las mujeres se vuelven locas, pa' que sepas, pollita.

Volvió a mirarte de pies a cabeza, con las palabras hechas profecía en su garganta:

—Espera namás pa' que veas lo loca que te vas a volver.

Su carcajada era ronca. Hacía mucho tiempo no escuchabas risas así. Ni siquiera las de Cangrejo eran parecidas. Se trataba de la risa de los sádicos, de los chulos que cosían a las muchachas a puñaladas si estas robaban un paquetico de polvo o si no terminaban la noche con todos los pesos en el bolsillo. Habías escuchado esas risas en la calle y siempre huías de ellas, porque una puta rápida era más valiosa que una puta inteligente, que una incauta o una muerta.

Aquella tarde te dieron ganas de probar raya porque el mundo de la gente limpia era un asco. La selva tenía un verdor sin esperanza, así que te sentaste cerca de la ventana de la loca a coger el fresco, a ver si te hacía olvidar esas ganas que picaban garganta adentro. Si hubieras estado en la ciudad, esas mismas ganas te habrían llevado a un callejón a buscar polvo y hubieras comprado cualquier paquete, sin importar la calidad, sin saber si estaba mezclado con pastillas, con harina o talco. Una vez supiste de una muchacha que había esnifado polvo con cemento, o al menos dijeron eso por ahí cuando la encontraron muerta debajo de un puentecito mierdero. Lo bueno de la

selva es que no existían tentaciones, ni puentes, ni un callejón vacío, ni el chulo o el vendedor de turno.

La loca, en su ventanita de siempre, jadeaba como perra en agosto, con la lengua afuera. Miraste desesperada hacia la selva, hacia el temblor de la selva, y la loca también lo hizo. De vez en cuando se miraban ambas y le mostrabas tu sonrisa, para que así viera que estabas bien en su compañía, que no te importaba si era en verdad perra o mujer, si era puta o drogadicta, si jíbara o doméstica, hermanas eran a pesar de todo. Aunque ella no te devolvía la sonrisa, al menos estaban juntas.

En la soledad de la selva, las soledades de dos hembras se comparten mejor.

Cuando Copita asomó lo que le quedaba de cabeza entre los árboles, la loca ladró en su dirección. La había visto primero. Continuó gañendo mientras Copita saltaba entre los bejucos y las raíces de los primeros árboles. Intentaba ocultarse.

La muerte la había hecho tímida. Estaba descalza. Tenía los pies medio podridos y recordaste los botines, coño, que habías dejado en la ciudad. Tanto que querías llevártelos, pero estabas de polvo hasta las nubes. Era tarde para arrepentimientos pero, coño, ahora podrías darle la sorpresa a Copita para que tuviera los pies más cómodos, que muerta o viva resultaba atroz caminar por la selva sin zapatos.

Silbaste bajito para que la loca se callara, para que entendiera que Copita no era un peligro ni nada parecido, sino que también era hermana de ambas. Rezaste para que la vieja, la dueña de la hacienda que cargaba a tu hijo, no la viera, para que no le llamara la atención por estar en los límites de su propiedad como si alguien la hubiera invitado. Nadie invita a los muertos a pasar, eso se sabe, nadie quiere a las putas muertas cerca, y menos si están descalzas y los pies se les comienzan a pudrir. Las viejas hipócritas como la dueña de la hacienda se fingían santas, pero a la hora de la verdad, cuando tocaba, les daba igual señalar con un dedo a los pies desnudos de una chica asesinada y hablar mal de sus calcañales sucios, o montar un escándalo cuando veían a una muerta en el límite de la propiedad.

A tus espaldas, la loca hizo silencio aunque sus fosas nasales estaban dilatadas, como si pudiera sentir el olor de la muerte que Copita llevaba consigo. Allá en los árboles, tu amiga lucía inquieta e incluso alzó un par de veces los bracitos flacos para que la vieras. A ver por qué hacía eso, a ver por qué se exponía así.

Ni las putas ni las muertas podían bajar la guardia. En esta hacienda también había desgraciados como en la ciudad porque la gente es mala en todas partes, porque el tufo de la maldad se siente peor que la peste de la muerte, y eso lo sabía cualquiera sin necesidad de ser perra.

Caminaste con lentitud hacia los árboles. Mirabas por encima de los hombros no fuera a ser que alguien te viera. Al fin y al cabo, la hacienda era de ellos y estabas allí prestada. Pero mejor en la hacienda que debajo de un puente en la ciudad, esnifando la muerte raya a raya.

Detrás de un bejuco te esperaba Copita. Parecía impaciente. Chasqueaba la mandíbula como si contara los minutos que habías demorado en llegar.

Caminaste tras sus pasos por la selva, entre bejucos y lianas, y le ibas contando las pisadas con pena: los pies no le iban a servir para más nada porque los estaba dejando a trozos en el camino. En el huesito estarían dentro de poco. Pensar en aquella tragedia te dio deseos de cubrirle las heridas con la boca. A lo mejor las muertas no necesitaban besos y mucho menos pies. A lo mejor ni dolor sentían.

—Copita, perdóname, dejé tus botines allá —te excusaste con vergüenza, mientras ella caminaba frente a ti.

Se encogió de hombros.

—Eran nuevos y todo eso, y yo sé que eran caros, Copita. Se los quité al Cangrejo cuando lo maté, ¿te había dicho ya que maté a ese cabrón a puñaladas?

A lo mejor si sabía que lo habías matado se pondría contenta.

—Me quiso dar tus botines, Copita, el muy puto. Pero ni te preocupes, que ya le hice pagar.

Copita se detuvo un momento. Si hubiera tenido ojos, habrías visto en ellos lágrimas de agradecimiento. Chasqueó la lengua contra sus dientes bonitos y tendió una mano en tu dirección. Se la agarraste. Y continuaron avanzando juntas.

—La última vez que estuve limpia, así como ahora, fue antes de Cangrejo, Copita. Qué mojón estar limpia. A una le dan ganas de esnifarse cualquier cosa.

Acarició tu mano. Ese era el amor de una hermana. La paciencia del amor de una hermana. Volvió a chasquear la lengua contra los dientes y te hizo pasar por debajo de unas ramas gordas cargadas de hormigas. Allí, encima de un árbol enorme, sentadas entre las ramas, estaban las otras muertas. Una de ellas, con el agujero de un balazo en la frente, se balanceaba sobre un gajo. Aquel era tu verdadero hogar, lo supiste de inmediato. Las manos de huesos, las manitos podridas se posaron sobre tus hombros a modo de saludo. Chasqueaban las lenguas y una de las muertas emitió un sonido semejante al balar de las ovejas, un sonido sin palabras ni significado alguno, porque en la muerte, te empezabas a dar cuenta ahora, no existía el lenguaje.

Te sentiste más feliz que nunca porque ellas no te habían dejado sola. Porque aquella era la fidelidad verdadera: una para todas y todas en el cielo de la selva.

Copita subió a una de las ramas del árbol. Nunca pensaste que podía ser tan ágil.

Le crujían los huesitos, a lo mejor alguno estaba roto, pero qué feliz era en la muerte, qué lugar tan espléndido: nada dolía aquí, ni el corazón, ni la culpa, ni los hijos enfermos, ni el polvo blanco y ausente.

La selva era el paraíso de las putas asesinadas.

Copita se colgó de cabeza en el árbol como una mariposa sin ojos. La sangre estaba seca y ya no bajaba por su mandíbula. Justo allí, tendida, casi angélica, la viste más hermosa que nunca. Le hubieras besado la boca, le hubieras acariciado los dientes con la lengua, tan linda que era. Tanto tiempo que habías desaprovechado en vida sin notar su belleza.

Fue justo en ese instante cuando descubriste a la niña. Era demasiado alta para su edad. ¿Cuántos años tendría?, unos once tal vez, la denunciaba el trajecito de vuelos manchado de tierra y el lazo con sangre en sus cabellos. Los ojos eran difíciles de mirar: una pupila dilatada, como si fuera a reventarse en cualquier momento, y la otra pequeña, punto negro y mínimo perdido en un mar de venas.

La nena estaba casi intacta, casi nuevecita, nada más los ojos y su cráneo hendido en un cuajarón de sangre delataban su condición de muerta.

Te dio un poco de lástima verla tan perdida en la selva de las putas. Al menos ahora estaba a salvo. Ya nadie le machacaría de

nuevo la cabeza. Intentaste sonreírle, pero de inmediato te diste cuenta de que tus dientes rotos la asustaban y guardaste la sonrisa. El dolor de cabeza se hacía persistente como una señal en rojo, una señal que te indicaba que todo estaba muy jodido dentro de ti, con polvo o sin polvo qué jodida estabas.

Por una raya blanca lo habrías dado todo.

Desde el árbol, Copita volvió a chasquear la mandíbula y te sorprendió verla tan viva, tan animada en su muerte, con tantas fuerzas como para sostenerse de cabeza y balancearse un poco, de aquí para allá, de atrás hacia adelante.

—¿Dónde estamos? —preguntaste en un tono de voz demasiado elevado. Todas las muertas te miraron con sus peores caras y la niñita perdida se escondió detrás de un tronco.

Qué pregunta tan estúpida. En la selva. Por supuesto que en la selva. Tanto verde no podía engañar los ojos. La selva como la antesala del paraíso o, a lo mejor, el paraíso mismo. No necesitabas saber más. En la selva y junto a Copita. Sin hablar, silenciosa como todas, te sentaste sobre un madero podrido. El dolor en la cabeza era atroz.

Fue la niña perdida, la muertita más joven, la primera en apiadarse de tu tormento. Quizás porque recordaba mejor que ninguna otra lo que era sentirse viva y que algo doliera hasta el punto del no retorno. Se acercó con pasos lentos y fijó en ti aquellos ojos difíciles de mirar, esas pupilas distintas que daban un no sé qué en las tripas. Te contuviste: si esa niña podía vencer su recelo y acercarse a una viva, tú podías hacer también un esfuerzo y no pensar en sus ojos. La nena traía entre las manos una hoja. Verde, como todo en la selva. La extendió como regalo. Qué mierda, niña, pensaste, una hoja no me va a quitar el dolor de cabeza, pero estabas equivocada y demasiado viva para entender la piedad de las muertas, su divina compasión. Para que se quedara tranquila, aceptaste la hoja y te la colocaste sobre la frente mientras hacías una mueca con tu sonrisa terrible.

Desde su árbol, Copita movió la mandíbula hacia arriba y hacia abajo, una vez y otra, muchas veces. Las muertas craquearon sus huesitos, los huesitos que les quedaban en el cuerpo. Una risa de mandíbulas secas, un nuevo tipo de risa sin carcajadas, porque las muertas, lo supiste entonces, se reían así, a hueso limpio.

La nena perdida volvió a acercarse, ya no tímida, sino

envalentonada, y te sacó la hoja de la frente, la puso en la entrada de tu boca y la empujó con sus dedos.

No querías ofenderla, pero la hoja sabía a mierda y la acabaste masticado solo para no hacerle el feo.

Durante unos segundos no pasó nada. Luego llegó el alivio. Un alivio disparado en ráfagas y la sensación de flotar en el espacio, de elevarte por encima de la selva. Te salían alas del coño y podías volar, tatagua, mariposa bruja de las sombras, por encima de las copas de los árboles. El mundo convertido en un fractal verde se abría y se cerraba. Empezaste a reír y, de inmediato, te acompañaron las carcajadas de los huesos en respuesta.

Retornaste a la hacienda casi de noche. Copita fue a tu lado durante todo el camino hasta el exacto límite donde los árboles desaparecían. La hubieras abrazado fuerte allí mismo, para darle las gracias, a ella en representación de todas, por recordar aun muertas la agonía que significaba estar viva, porque te habían dado aquella hoja que sabía a mierda pero era igual de potente que la muerte blanca de los polvos. No lo hiciste al final porque tenías miedo de quebrarla, de asomarle aún más los huesos, así que solo extendiste una mano y ella te la rozó con la punta de su dedo frío. Copita se acercó a tu pelo y chasqueó la mandíbula una y otra vez, como si armara palabras, como si quisiera decirte que los botines no importaban, que, en realidad, jamás los había necesitado, que antes la vida la había obligado a ser frívola pero que ahora en la muerte existían otras prioridades.

Te quedaste sola.

Hubieras dado cualquier cosa por no encontrar a nadie en el camino de regreso a aquel cuartucho en el que habías dormido desde el momento de tu llegada.

—¿Qué hacías en la selva? —pero no tuviste suerte.

Si Cangrejo hubiera nacido mujer, sería Santa. La misma forma de indagar, el no poder contenerse de saberlo todo. Sin decir una palabra, intentaste quitarte de su camino. Era lo mismo que hacías cuando Cangrejo quería probar su dureza.

Ignorarlo y moverte fuera del rango de su mirada. El instinto de conservación siempre había funcionado. Siempre hasta ese día. Aquella mujer te agarró por el brazo y te jaló hacia su cuerpo.

—Suéltame, coño.

La mano de Santa era más dura que la de Cangrejo:

—No te suelto nada hasta que me respondas. ¿Qué te piensas? Esta es mi casa y aquí se hace lo que a mí me da la gana —desmenuzó las palabras en tu oído—:

¿Pa' qué fuiste a la selva?

—Quería masticar hojas, coño…

Era la verdad, pero los ojos de aquella mujer se encendieron de rabia.

—Te fuiste a la selva pa' verte con el perro de Lázaro, ¿verdad, puta?

La palabra puta no era un insulto para ti, sino un fragmento sagrado de tu naturaleza que ella no tenía derecho a manchar con su boca vieja. Putas eran las muertas, tu madre, tus hermanas allá en la selva. Le encajaste las uñas en el antebrazo. Bien profundo, todo lo que podías, pero a Santa no le importaba el dolor. Te apretó el brazo tan duro que pensaste lo había quebrado.

—Aquí, en esta hacienda de mierda, no hay na' que me pase frente a los ojos que yo no sepa, puta. Lo que no veo, me lo imagino, y al final siempre tengo la razón. ¿Dónde está Lázaro?

—Yo qué sé —le gritaste en la cara.

No te dio tiempo a decirle que nunca habías escuchado ese nombre. Al menos no lo recordabas. En la vida de una puta los nombres no tienen significado. El único tipo al que habías visto en la hacienda tenía mirada de buitre y jamás te acercarías a gente como él si podías evitarlo.

—Lo vi, puta. Vi cuando se fue pa' tu cuarto. Vi cuando cogió pa' la selva detrás de tu coño —Santa bajó la voz hasta convertirla en un susurro masticado—: Pa'

que sepas: a mí no me importa el cómo, ni el pa' qué la selva trae gente como tú.

No me importa ni me lo pregunto. Aquí cada cual cumple con lo que le toca y todo el mundo lo hace calladito. Pero ni tú ni la selva, ni dios ni nadie me va a joder, ¿me oíste?

Soltó tu brazo. Sentías el hueso en llamas. Cuando peleabas con Copita por un cliente, no lo hacías por el hombre sino por el dinero, que era el único motivo digno. Los hombres te resultaban absolutamente intercambiables desde el día en que descubriste que pagaban por un coño, que se mataban a cuchillazos y a veces morían por uno.

—Ni tú ni la selva, ni dios en la selva —volvió a decir Santa.

Tenía ojos desquiciados.

—Aquí todo el mundo se rompe, puta —agregó después de unos minutos de silencio—. O las rompe la selva o las rompo yo. Pa' que sepas.

—No sé quién es ese Lázaro tuyo —susurraste, la migraña había vuelto a encajarse en algún punto de tu cráneo.

Cambiarías a un hijo por una raya. Una vida por una de esas hojas que la selva guardaba en su boca.

—No eres más que la nueva gallina ponedora —Santa escupía insultos y saliva por igual—, y a esta hacienda, a mi madre y a la selva no les importan las gallinas. Te van a montar, te van a preñar, tus crías van a nacer aquí. Si crecen y se hacen grandes, un día les caeré a cuchillazos. ¿No te lo dijeron, puta? ¿No te lo contó Lázaro? ¿No te explicó que cada vez que le abres el coño no haces más que preparar la nueva comida de diosito?

Entre ambas solo había oscuridad.

—Pa' que sepas, aquí la selva se come a los hijos de las putas como tú.

—¡Santa!

El grito de la vieja detuvo la boca de aquella mujer. Se la congeló de inmediato.

La anciana caminó lentamente hacia ustedes. Arrastraba los pies.

—¡Santa, carajo, bocona de mierda!

Frente a la hija, la vieja parecía un amasijo de arrugas. Estaba encorvada por la edad y era mucho más pequeña que ella, pero su sombra le sacaba una cabeza.

Escuchaste, más que viste, el sonido de la palma de su mano sobre la cara de Santa. Dos veces.

—Espera a que me muera, carajo, para hacer las cosas a tu manera. ¡Aquí no mandas si yo estoy viva!

—Pero Lázaro… —la voz de la hija se había encogido de repente.

—¡Lázaro no es tuyo, carajo! ¡Su cuerpo no es tuyo!

Por un segundo te preguntaste adónde diablos habías ido a parar. Al nido de unos dementes, sin duda. Pero todos en el mundo estaban locos a su manera, bien que lo sabías. El aire caliente de la selva te acunó entre sus brazos y te silbó en el pelo. Todo estaba bien. Y cuando mañana regresaras a sus entrañas y vieras de nuevo a Copita, cuando masticaras aquellas hojas y se disipara la agonía de la migraña en el ojo y en el cráneo, cuando el dios de la selva te besara en la boca y en el coño, estarías mucho mejor. Por qué temerle a un dios que te lame el coño.

Caminaste rumbo a los cuartos sin decir nada:

—¡Niña! —la vieja arrastraba los pasos e intentaba alcanzarte—. Vamos a ver a tu chamaco, anda, que hace días que no sabes si está vivo o muerto.

Te empujó con una mano. Por un segundo, aún atontada, te preguntaste a qué chamaco se refería. De qué niño estaba hablando. Pero no tardaste demasiado en recordar que ahora eras madre. Es decir, todo lo madre que se podía ser luego de dar a luz a algo que no reconocías como tuyo. Seguiste a la vieja, aunque hubieras preferido estar sola.

Un hijo… A lo mejor no podías quererlo porque en verdad era hijo de Cangrejo.

A lo mejor temías caerle a cuchillazos si se parecía demasiado al padre. La vieja encendió algunos cabos de velas a su paso. Le temblaban las manos. Nunca habías visto a una mujer tan rota como ella. En el barrio se era anciana a los cuarenta. Y las putas, además, nunca llegaban tan lejos. Las que usaban polvo blanco morían siempre jóvenes, sirenitas. Ese era tu sueño, morirte sirenita, con los dientes feos por el consumo, pero intacta en la belleza de la juventud, y que si alguien te encontraba tirada por el puente dijera qué bonita muerta ha aparecido hoy en la mañana, y si alguien te encontraba con la cabeza hecha pedazos en la selva se dijera qué sirenita tan chula ha aparecido

flotando en el mar verde.

—Carajo, ya sabes por qué la selva te trajo aquí, ¿tienes miedo? —la vieja escupió la pregunta sin mirarte.

Si hablaba de tu hijo, entonces sí. Tenías miedo de tocarlo, de verlo azul, de escucharlo enfermo, de que se pareciera a Cangrejo o, peor, a ti. Iba a ser peor si se parecía ti. No le respondiste y la vieja no insistió. En cambio, abrió la puerta de un cuarto. Un cuarto de anciana. Se le notaba la peste de los años. Caminó renqueante hasta el lecho y levantó el cuerpo del niño, que dormía arropado entre mantas. Lo trajo hasta tus brazos. Olía a mierda fresquita.

—La selva no ha venido a reclamarlo todavía. No creo que le guste comer carne enferma. Ya no creo que venga, pero yo no sé nada —dijo, y se sentó en el borde del lecho, con un dedo se frotó los calcañales doloridos.

El niño tenía una pelusa negra que se extendía por la molleja. No se parecía a Cangrejo. No se parecía a ti. No había nada conocido en su rostro, como si el niño hubiera sido copiado de otro molde. Suspiraste aliviada.

—Está malito el chamaco, pero hay niños más enfermos que se han salvado —la vieja volvió a hablar y por un instante sentiste que era honesta, que aquella vieja quería de verdad al niño, y quizás intentaba aliviarte una carga.

Diez uñitas azuladas. Los ojos tan cerrados que creíste se había muerto entre tus brazos de repente. Quizás había resistido con tal de morirse sobre ti, en venganza por haberlo dejado nacer. Qué pena si tenías que llevárselo a Copita y pedirle un nuevo favor: críame al hijo muerto aquí en la selva, hermana mía, y cuídamelo bien, como si fuera hueso de tus huesos. Por suerte, el chiquito respiraba aún. Te lo quitaste del pecho enseguida:

—Cógelo.

La vieja lo recibió con los brazos abiertos, parecía acostumbrada a que las madres hicieran cosas semejantes, como si en realidad no hubiera esperado otra cosa. Cuando enfrentaste sus ojos, no había ningún reproche allá adentro.

—No lo quiero cargar. No me lo pongas delante.

—Está bien —susurró ella.

—Si se muere, no quiero que me digas nada.

—Está bien, carajo —volvió a decir.

Era bueno no sentirte obligada a ser madre y que la vieja te quitara ese peso. Ya no parecía tan vieja ni tan asquerosa en su vejez. A lo mejor sería incluso una buena madre para el niño.

—¿Escuchaste lo que dijo Santa? —fue su única pregunta.

Afirmaste en silencio. Pensabas cuándo te dejaría ir.

—La selva quiere niños. La selva come niños. Carajo, es tan simple como eso.

Las mujeres que vienen a la hacienda, las mujeres que la selva trae, tienen que parir. Les guste o no. Te guste o no.

Sus palabras flotaban en el aire como tataguas de alas inmensas.

—Puedes intentar escapar. Carajo, aquí todo el mundo lo ha intentado, pero a la selva no le gustan los jueguitos. Siempre te traerá de vuelta, mija. Pero inténtalo igual si quieres. No se pierde nada. Tiempo a lo mejor, pero el tiempo aquí sobra.

Darías tu vida por una hoja. La vida de mil hijos tuyos por una sola de esas hojas que las muertas te habían dado aquella misma tarde. Solo las hojas aliviaban el calvario de estar limpia. Un hijo para la selva. Mil hijos para el dios hambriento de la selva. Daba igual, siempre que las hojas y la trascendencia de tener alas en el coño y en la boca no faltaran. De hambre bien sabías. De hambre y de intentar permanecer limpia mientras el mundo te escupía al paso. Eras un poco como aquel dios en la selva. Un dios para las putas y las locas, para las hambrientas y las excluidas.

Un dios finalmente tuyo.

Las manos de la vieja te acariciaron la espalda, como si intentaran consolarte.

Pobre vieja. Su hora había pasado hacía mucho. Era como una cuerda frágil que se extendía y se extendía, y que en algún momento se iba a partir por su lado más fino.

En verdad, ¿cuál era la diferencia entre criar hijos para la selva o parirlos en el barrio, debajo de un puente, entre el polvo de la calle y

el polvo blanco en tus venas? ¿Cuál era la diferencia entre darle a comer tus hijos a la selva o dárselos a comer a los Cangrejos del mundo? Ninguna.

—Carajo, muchacha, dime algo —suplicó al fin al verte tan muda.

Por toda respuesta, chasqueaste la mandíbula como lo hubiera hecho Copita en tu lugar. La anciana pasó una mano por tu frente, a ver si ardías de fiebre o de silencio. Le viste en los ojos las ganas de leerte las entrañas o la boca como las auras tiñosas sobre los cuerpos de los animales abandonados.

—Me voy a dormir —fue todo lo que dijiste y la vieja no añadió nada. Abrió la puerta. A tus espaldas el niño lloraba, como si fuera capaz de sentir que te estabas yendo de nuevo y que lo dejabas huérfano por segunda vez.

Avanzaste a oscuras por los pasillos, sin rostro ni cuerpo, sin saber qué pasaba a tu alrededor, si la realidad era un sueño, si el sueño era una selva infinita, si en la selva infinita de los sueños estaban las muertas esperando tu regreso a la mañana siguiente. Chocaste con un cuerpo duro. Aquellos ojos de hombre y de cobarde, de buitre humano, te encontraron. En la penumbra, les salían nuevos dedos a los cobardes. Aquel buitre intentó abrazarte y apretar una de tus tetas, y te respiró en el cuello una palabra, amorcito, y le respiraste de vuelta junto a la yugular como si ya no estuvieras viva y no le temieras a los hombres, tócame de nuevo y te corto los huevos, buitre.

La selva se rio cuando las manos te soltaron, la selva se rio con sus carcajadas de hueso.

Lázaro

Sus carcajadas de hueso arrancan el frío de las entrañas. Lázaro la sigue a través del humedal tremendo de los árboles, con los pies hundidos en la tierra. A un hombre no lo detiene la selva, piensa Lázaro, y luego se arrepiente de inmediato, no hay que medirse el tamaño de los huevos ni apostar contra la selva cuando se vive dentro de ella como en el vientre de una ballena. A veces le parece que la chica se va a detener. Lázaro empieza a sentir su vejez. La juventud se le ha ido completa y ya los pulmones no son los mismos luego de la fuma, ni los pies tan rápidos como antes, ni la resistencia igual a la de otros tiempos.

Ya Lázaro no es el niñito que dejaron abandonado a los pies de la selva. Ahora se levanta todos los días con demasiado calor,

ahogándose en su propia ropa o con una frialdad de muerto prematuro alojada en el pulmón junto a la flema de la mañana. Todo ha cambiado. Antes, Santa se hubiera ocupado de esa flema y de esa tosecita, le hubiera palmeado la espalda para ayudarle a sacar el temor de ahogarse en plena noche y después habría calentado una tisana para que la flema encontrara su paso hacia la luz. Pero tampoco Santa es la misma de hace unos años, ni siquiera la misma Santa de hace unas semanas. Se ha convertido en un ser hecho solo de ojos.

Ojos que siguen a Lázaro.

Santa camina silenciosa por la hacienda, una serpiente en celo, a oscuras y a tientas, porque Santa y la oscuridad se entienden bien. Lo jodido es sentirse perseguido, él que toda la vida ha estado vigilando a los otros, que ha afilado cuchillos y machetes, que ha practicado dónde golpear y cómo hacerlo bien con jabalíes y gallinas: de un solo corte partir el corazón en dos o de qué manera abrir el cuello en tajo para que la sangre caiga rápido y la agonía sea más corta.

Los ojos de Santa le molestan porque se los encuentra en todos lados.

Sabe que ella lo ha visto.

Lo ha visto entrar a la selva detrás de las huellas de Romina. Se ha dado cuenta de cómo él la sigue desde lejos por toda la hacienda, nueva manía de anciano prematuro esa de perseguir a la distancia: siente obsesión por la juventud guardada en los riñones y en la boca de Romina. Con Santa era más fácil. Con Santa siempre fue más fácil. El suyo era un cuerpo conocido, un cuerpo que se había hecho viejo junto al de Lázaro. A los dos, la selva los había marcado con arrugas. Santa ya no menstruaba y él no era el hombre de unos años atrás.

El antiguo Lázaro, el joven, no hubiera dudado en tomar a Romina dentro de la selva, en detener su caminata sin sentido y sus carcajadas de hueso para tirarla sobre el primer lugar que encontrara a su paso. De esa manera, podría enseñarle que el corazón de las mujeres palpitaba siempre en el miedo de los coños. Pero la vejez le había hecho pudoroso, además de lento. El temor le nadaba en la sangre. El temor reverencial a la selva, que ha sentido cada día de su vida: aunque navegue en ella con cierta soltura, Lázaro no olvida, no puede olvidar lo que es sentirse sumergido en sus aguas cuando no hay un punto de referencia humano, solo las tinieblas y los chirridos, que tal parece que no acabarán, que entre una orilla y otra del mundo no hay nada más que selva.

Por eso camina próximo a Romina, la ve bailar entre los árboles y se le eriza la piel cuando ella ríe a solas, cuando chasquea la mandíbula como si la tuviera rota, cuando la ve masticar yerbas y subirse a un árbol con rapidez de animal nocturno. Y se le eriza aún más la piel cuando Romina se cuelga de cabeza, un murciélago enorme, con los pelos suspendidos hacia abajo. Lianas de la selva, lianas de cabello humano. La ve babear entre carcajadas.

Por qué carajo le han gustado siempre las locas. Por qué, a ver, por qué las locas lo hacen caminar sin rumbo por la selva cuando el sol aún no sale del todo, por qué le enfurecen tanto como para matar un perro a machetazos. Primero Ananda, que no fue suya porque las desquiciadas no abrazan a los hombres cuando ellos lo necesitan. Ahora Romina, que casi le arranca la entrepierna la otra noche.

Tócame de nuevo y te corto los huevos, buitre, le dijo, y Lázaro supo que era mejor observarla de lejos y no ponerse a tiro de su mano.

En los ojos de Romina brilla algo de ese lustre joven que Ananda tuvo una vez.

Lázaro no soporta recordarla. Con aquella boca tan bonita y aquellas tetas preparadas para la vida, y todo eso malogrado por un perro, por un machetazo, por un momento de rabia, de deseos frustrados y de la idiotez de su juventud, por haber escuchado a Santa, por no haber observado bien a Ananda, por no mirarle los ojos hasta adentro, hasta el exacto sitio donde brillaba también la luz de las locas.

Cuando ella se hizo pedacitos, Lázaro todavía intentó componerla de la única manera que pensaba resultaría eficiente: entró al cuarto de la enferma, la escuchó ladrar y se acercó para amansarla a besos, para prometerle un nuevo perro, mil perros si no quería hijos, por ella iría a la selva a cazar jíbaros y se los traería todos. Pero ya Ananda no era Ananda y cuando vio a Lázaro entrar por la puerta, le fue para arriba entre gañidos. Protegía con su cuerpo los huesos pelados de Choclo. Aun así, Lázaro intentó acercarse, esquivó los mordiscos y pensó en qué pasaría si aquellos dientes hermosos de Ananda se le hincaran en la carne.

El sueño desapareció en el mismo instante en que ella le mordió una mano.

Lázaro pensó que le había llevado los dedos, que le había inutilizado la mano del machete, pero tuvo suerte a pesar de la sangre,

y huyó con miedo de la jíbara a la que ya no podía mirar de igual forma.

Fue Santa quien le curó la mano. Le raspó con un trapo húmedo la mordida para provocarle más dolor, porque Santa también tenía sus maneras de obtener venganza. Después se negó a acostarse con él durante meses. Lo hacía con los otros, con los extranjeros que a veces llegaban una noche a la hacienda y se iban a la siguiente, y tuvo que intervenir la madre para obligar a Santa a volver al lecho con Lázaro.

Pa' que sepas, si vuelves a mirar a una mujer como mirabas a Ananda…, fue la promesa inconclusa de calamidad que latió en la boca de Santa cuando finalmente se resignó a volver a su lado. Promete que no va a pasar nunca más, Lázaro.

Y claro que prometió, porque le dolían los huevos luego de tanto tiempo sin poder estar dentro de mujer alguna. Ya le daba asco tocarse él mismo o pensar que las gallinas eran Santa o Ananda. Un hombre puede vivir sin muchas cosas, pero no sin placer.

Había conseguido cumplir con su palabra hasta que llegó Romina con su pelo largo de india y los dientes rotos. Era la carne nueva que la selva ponía en un plato delante de Lázaro. ¿Cómo no iba a comerla si la selva daba permiso y la selva era dueña y señora? Santa tendría que conformarse con su último acto de crueldad. Él aún no estaba viejo. No tan viejo como ella. Una semana atrás había tenido el valor de romper por fin aquella promesa antigua, obligada, que le dolía aún en los huevos, para entrar al cuartucho donde el cuerpo de Romina se limpiaba de los polvos blancos.

Se sentó en el borde de la cama a verla sudar.

Sudaba bonito, la muy desgraciada. La piel traslúcida de las drogadictas era como la de las salamandras. Gemía en sus alucinaciones con la misma voz con la que Lázaro había fantaseado. Un gemido de dolor no era muy distinto de uno de placer. Se apretó con una mano la entrepierna y la observó mal dormir y despertar con la mirada angustiada en el techo, como si contemplara sombras allá arriba. Luego, Romina fijó sus ojos en el borde de la cama y Lázaro supo que lo había visto. Cómo dolían los ojos de las locas. Lázaro tanteó en uno de sus bolsillos y encontró el paquetico de polvos blancos. Estaba casi lleno. Lo había hallado en el vestido de Romina cuando ayudó a trasladarla al cuartucho.

El paquete le había hecho compañía durante todo aquel tiempo.

Un amuleto que le permitiría ganarse a aquella muchacha.

—Amorcito —le susurró en voz baja, sin tener el valor de acercarse más. Con un dedo tembloroso dividió malamente los polvos y cuando Romina le fijó la mirada, Lázaro le ofreció lo blanco.

Intentó abrazarla y decirle Ananda, y repitió en sus oídos aquel amorcito absurdo que sonaba a viejo. Ella esnifó sin preguntas y luego se puso de rodillas, como si supiera que todo, en la vida o en la selva, tenía su precio. Lázaro se notó la vejez justo en la entrepierna, donde todo estaba muerto, por más que Romina lo mirara y se riera de sus años que ya no podían mantenerse duros ante una mujer desnuda. Su carcajada era el coro de las locas y Lázaro no pudo más, no quiso escucharla porque en el coro estaba también la risa de Ananda, su venganza.

Huyó del cuarto hacia la oscuridad.

Afuera, creyó ver a Santa. Pasó por su lado sin estar seguro de si era ella o una de las tantas sombras que en la noche parecían de mujer. La ignoró. Cuando llegara la luz del sol la escucharía, seguro que la escucharía gritar su rabia contra las pobres inocentes gallinas que pagarían por culpa de Lázaro, pero en la mañana estaría bien, en la mañana había espacio para el dolor. Caminó hasta la hamaca y creyó dormir.

Esa misma noche, un ruido lo despertó. Uno tibio, de esos que pasaría por alto entre los chirridos de la selva si esta no hubiera estado tan callada. Lázaro abrió los ojos y lo escuchó de nuevo. El gozne de una puerta se abría. Algo común y corriente, pensó Lázaro, pero la selva muda siguió latiendo en alerta hasta que finalmente se le espantó el sueño, y a medio vestir deambuló por un pasillo en busca del rastro del sonido.

No tardó en encontrarlo.

Santa estaba parada frente a la puerta del cuarto de los niños y miraba hacia adentro como si los ojos se le fueran a desprender de la cara, como si la boca le fuera a salivar allí mismo, como si la mandíbula pudiera caminar hasta los lechos. Lázaro la contempló por varios minutos sin moverse. El aire de la selva le trajo el olor de la avidez de Santa. Lázaro sintió espanto de ser niño, de estar en ese cuarto y de ser contemplado.

Solo dos veces en la vida había tenido miedo de Santa. La primera vez cuando la vio decapitar al perro de Ananda, a Choclo, que ya

estaba tasajeado por los machetazos de Lázaro; la otra, cuando la escuchó hablar una noche de la posibilidad de comerse a uno de sus hijos, uno solo, un pedacito de carne hecho niño. Lázaro pensó en su propia madre, en aquella que lo había abandonado para ser comida de buitres o de monstruos. Por un instante creyó que hubiera sido mejor así, morirse de pequeño sin llegar a la hacienda, sin conocer a Santa, sin envejecer junto a ella hasta ese día en que la escuchó hablar de los hijos como si fueran trozos de pollo.

Aquella noche, al verla parada junto a la puerta, Lázaro volvió a sentir miedo.

Hubiera retrocedido en busca del reposo en la hamaca, para cerrar los ojos y no pensar, para arrepentirse de haber sobrevivido tantos años, si Santa no hubiera notado su presencia. Con extremo cuidado, la mujer cerró la puerta del cuarto de los niños y lo miró.

—No —le dijo él luego de un par de segundos.

—¿No qué? —preguntó ella mujer con una sonrisa que casi lucía inocente.

—Ni lo pienses.

—No pienso en na', comemierda.

Santa caminó hasta el portal y él la siguió.

—Estás enferma —fue lo único que le salió de la boca junto a un salivazo y una tos de vejez, de frío y de fuma. Una tos de asco—. Son niños, son hijos tuyos.

—Carne mía entonces, ¿no?

—De la selva.

—La selva no tiene hambre ahora y yo sí.

La selva siempre tenía hambre, solo que a veces la ponía en pausa. Lázaro se preguntó cómo Santa no podía darse cuenta.

—Le contaré a tu madre —la amenaza lucía pálida en la boca de Lázaro. Volvió a toser para ganar fuerzas—: Le diré que los estás cazando.

—¿Y qué, Lázaro? ¿Le dices a la vieja y qué? ¿Me va a encerrar junto a Ananda? No jodas. No seas puto. Esta hacienda no funciona

sin mi mano. ¿No te das cuenta de que na' funciona sin mi mano? Ya cállate. Ocúpate de tu pollita nueva y tira pa'l cuarto con ella.

A Lázaro le dolían los ojos de tanto intentar ver en la oscuridad.

—Siempre me he preguntado por qué la selva se los come, ¿tú no? No, tú no.

Lázaro no se pregunta na'.

En boca de Santa, los nombres parecían cadáveres.

—Lázaro no quiere saber —se burló ella—. Tan santo, tan mosca muerta. Pero mosca muerta y todo se tira pa' la selva cuando los huevos le pican.

—¡Ya, Santa!

Sentía ganas de cortarle la boca de un tajazo, a ver si el dolor la callaba, pero no tenía el valor, ni siquiera de joven había tenido el valor de ir por encima de Santa.

—Mosca muerta —volvió a decirle ella.

Lázaro tosió. Ganas que tenía de fumar algo. Un poquito de fuma, aunque le dolieran luego los pulmones y la tos le percutiera en las entrañas.

—Siempre me pregunté por qué la selva me había emparejado con un macho como tú. Un macho con peste a débil. Tantos otros que venían pa' acá y la selva me los dejaba un día y al otro ya no estaban. Pero a ti te dejó quedarte desde que te apareciste en la hacienda, todo comido por los mosquitos, llorando por la india esa de tu madre. Y fíjate que ya sé por qué. A la selva le gusta el sabor de hembrita que le das a la carne de las crías. Si hubiera tenido solo mi sabor se hubiera atragantado, pa' que sepas.

Entre ambos, la noche se hizo más espesa.

—Ya cállate —tosió Lázaro.

—Tienes sabor a hembra, a coño… —rio.

—No juegues con la selva, Santa.

—La selva no existe na' —volvió a sonreír ella en las fauces de la penumbra, como si negar a dios fuera un ejercicio de convencimiento.

Lázaro carraspeó, pero la flema trabada en su garganta era tan dura que solo consiguió que le doliera el pecho al intentar sacarla. Sin decir más, aquella noche, Santa dio media vuelta y luego regresó al cuarto que alguna vez fue de ambos.

Con un gesto pesado de la cabeza, Lázaro aparta de su mente la persistencia de la memoria y se concentra en mirar el cuerpo de Romina. Por ella había entrado a la selva. Con los muslos aferrados a una de las ramas del árbol, la muchacha se cuelga de cabeza nuevamente. De los labios le cae una baba finísima, un hilo de arañas teñido de verde, el verde de las hojas que Lázaro le había visto masticar por el camino.

La tos pugna por salir de su garganta, flema estúpida de viejo carroñero que se traga de inmediato para no hacer más ruido, para no alertar a la muchacha que se balancea como tatagua. Al verla, un ardor de dureza en la entrepierna le dice que aún está vivo, lo suficientemente vivo y lo suficientemente joven como para darse cuenta de que, si intenta volver a besarla y ella no le arranca los huevos en respuesta, se puede considerar un buitre con demasiada suerte.

Retrocede unos pasos sin mirar atrás, sin quitarle los ojos de encima.

Por un segundo, baja la mirada hacia la tierra y encuentra aquella mano.

Una mano a medio enterrar entre ramas y hojitas secas.

Una mano de niña, con dedos largos.

Lázaro se agacha para ver aquellos dedos y aparta la hojarasca. No es el cadáver antiguo de una de las crías sacrificadas, ni tiene la marca de su corte en el pecho o la garganta. El cuerpo está casi intacto. De inmediato la reconoce. La niña es una de sus hijas, una de esas de las que no puede precisar el nombre, pero que Lázaro ha visto jugar infinitas veces en el jardín de la hacienda.

Todo el mundo merece partir con un nombre atado al cuello, piensa, y se odia por no ser capaz de recordarlo.

Se pregunta si acaso la hija no habría muerto de causas naturales allí en la selva: a lo mejor por culpa de un corazón malo o por cualquier motivo imposible de entender, uno de esos que viven silenciosos en los cuerpos jóvenes hasta que de repente los hacen

estallar. La selva apenas la había tocado y eso era extraño.

Lázaro contempla la cabeza de la niña demasiado alta y nota por primera vez el manchón reseco de sangre en el borde de su frente. El enigma ha concluido: un cráneo roto justifica aquella muerte solitaria, porque los niños se caen todos los días de los árboles y a veces se dañan irreversiblemente. Sin embargo, una punzada de presentimiento casi le hace toser. Con cuidado mueve el cuerpo para ver mejor la herida.

Detrás de la cabeza aparece el golpe, justo donde se unen la sangre reseca y el pelo con la tierra y las hojas. El cráneo está hundido y allí, dentro del hueco, algo se mueve.

La punzada de presentimiento se hace cada vez más fuerte.

Del cráneo roto de la pequeña muerta emerge una tatagua. Demora poco en salir a la luz y, cuando finalmente lo logra, se rasca tranquila las patas delanteras. El cráneo vuelve a sacudirse y Lázaro observa cómo se abren paso los insectos alados a través del trecho hendido: decenas de tataguas oscuras que por turnos vuelven al mundo y a la luz, y que salen por la abertura del cráneo como de un capullo.

A sus espaldas, escucha demasiado cerca la respiración de Romina y se da vuelta, más temeroso que nunca.

Pero Romina no piensa en Lázaro, no tiene ojos para él, no lo llama buitre, no amenaza con aplastarle los huevos. Tampoco contempla el cadáver dormido frente a sus pies. Las tataguas vuelan hacia ella y se le posan sobre los ojos, sobre la boca, sobre el pelo. Romina baila incansable entre los árboles con las tataguas a su alrededor.

La danza de las locas, piensa Lázaro y maldice su suerte.

Una tatagua se posa sobre su nariz y extiende las alas opacas por el rostro del hombre. Espantado, de un manotazo se la quita de la cara y la arroja a la tierra.

La tatagua, con las alas casi rotas, se refugia otra vez dentro del cráneo de la niña muerta.

La vieja

El cráneo de la niña muerta parece traído del pasado. De mi pasado. De aquellas callecitas que dejamos atrás Santa y yo hace tanto

tiempo, las callecitas de los desaparecidos, los jardines sembrados de muertos. Lázaro a mi lado me dice que no recuerda el nombre de la niña. Carajo, mastica su culpa por no acordarse del nombre. Ojalá me fuera tan fácil olvidarlo porque entonces su cuerpo no sería más que un cuerpo nuevo en la selva: los que tienen nombre son más difíciles de ver.

Alina, le digo. Se llamaba Alina. No era su momento. No le tocaba morirse aún pero el mundo es una tumba abierta.

Padre nuestro, si aún me ves en medio de tanto verde y tanto asco, venga a nosotros tu reino, carajo. Y perdona que diga carajo, Padre nuestro, tú sabes que siempre he tenido la boca sucia y que no se me ha limpiado por más que rece, con la boca sucia me voy a morir.

Susurro encima de la cabeza de Alina algo parecido a una oración y Lázaro no bosteza en mi cara para no hacerme sentir inútil, pero me doy cuenta de lo que piensa: el rezo es un consuelo para los vivos y no una canción para los muertos.

Carajo, los muertos no necesitan nada salvo que dejemos de mirarlos.

—¿Qué le pasó? —me pregunta Lázaro.

Me mira con sus ojos de niño. No tiene fe ciega en mí. Tampoco es tan idiota, pero soy lo más parecido a una madre que recuerda. Como no le respondo, Lázaro vuelve a hablar:

—La mataron. Alguien la mató. Fíjate en la cabeza… el golpe.

Carajo, el golpe. Así de cabrón es el destino. Se puede huir de él, pero tiene las patas rápidas y no le teme a la tierra, el destino no olvida, te persigue con la paciencia de un pájaro histérico. Así de mierdero es. Ahora está de nuevo frente a mí, y me da una tumba abierta por aquellas otras que no quise ver cuando vivíamos afuera.

En aquel entonces temía encontrar manos sembradas en la tierra, cuerpos a medio enterrar, cubiertos por hojas, esos cuerpos que estaban en todos lados.

Nada más bastaba inclinar los ojos un poco y te florecían en la cara, llenos de golpes, manchados de golpes, con la juventud hecha trocitos.

Miro a Alina, el cadáver de lo que una vez fue Alina, y es como si

no hubieran pasado los años.

—¿Qué hago con la cría? —me pregunta Lázaro.

No es una pregunta tonta. La selva ya no va a comer de ese cuerpo, pero llevarlo a la hacienda tal vez no sea lo mejor. Los niños están ahí, carajo. A los niños no hay que agitarles el miedo, o luego todo será más difícil. Además, la muerte de Alina no es un trabajo de la selva.

—Para la hacienda no va —susurro—. Los niños…

—Los niños saben, no son comemierdas. Seguro se han dado cuenta de que ella no está.

Lázaro ya sabe su nombre, pero no lo pronuncia. A ambos se nos traba en la boca. Me acuerdo de ella: siempre fue tranquila, demasiado tranquila y demasiado alta para su edad. Apenas hacía ruido. Desde pequeña tenía los ojos serios, difíciles de ver.

—Déjame pensar, Lázaro, carajo.

De nuevo obedece. Se aleja un poco y mira entre los árboles, con ese pavor que he aprendido a notar en él aunque lo esconda. Debajo de la dureza de los cuchillos, todavía se ve al chamaco flaquito y comido por los bichos que llegó a la hacienda años atrás. Solo que ahora el chamaco ha crecido y tose como una mula enferma, tose y carraspea una y otra vez hasta que me da ganas de gritarle que cierre la boca de una vez, que con sus ruidos no se puede pensar, que su tos se me mete en la cabeza y me la perfora, que ya estoy vieja, hecha pedazos, carajo.

Algo lo remuerde por dentro. Siempre hace lo mismo cuando siente culpa o cuando quiere vomitarme secretos que ha ocultado por demasiado tiempo, como aquella vez en que me pidió perdón por Ananda, y dijo que había sido él, y no Santa, quien tuvo la idea de machetear al perro. De rodillas, bajito, con voz de gallo fino, vino a pedirme disculpas aquella vez y yo lo perdoné, de dientes para afuera, sin rencor, pero también sin olvido.

Lo dejo rumiar hasta que su propia tos lo desespera. Se me acerca.

—Santa la mató. Yo no la vi, pero sé que fue ella.

El nombre de mi hija mayor me late en la boca.

—Habla y no des más vueltas, carajo —le digo con la garganta

hecha mierda, con sabor a porquería entre los dientes.

—Yo no la vi, pero sé que la mató. Todas las noches se va a mirar a los niños. Se va al cuarto, abre la puerta, los observa durante horas. Yo sé por qué.

—A ver por qué, carajo.

—Porque tiene hambre, porque se le ha metido entre ceja y ceja probar su carne, porque tu hija está loca… porque se ha vuelto loca aquí, ¿no es eso lo que la selva hace?

Dice la palabra loca y de inmediato se calla. Recuerda. Lázaro tampoco puede pronunciar el nombre de Ananda. No se atreve.

—Carajo, Lázaro, no has visto nada.

Me da la espalda. Camina como fierecita entre los árboles y luego regresa sin mostrar en el rostro la rabia que siente, la repulsión que se le ha metido entre los ojos.

—Se los quiere comer, vieja, no estoy mintiendo —vuelve a decirme y repite una y otra vez la misma frase hasta que me revienta la cabeza de tanto escucharlo.

—Está bien, carajo, se los quiere comer. ¿Y entonces por qué no se comió un trozo del cuerpo de esta chamaca, a ver, dime?

Señalo hacia el cadáver de Alina con un dedo, y Lázaro vuelve a negar:

—A lo mejor no pudo. Yo qué sé. Yo qué sé lo que pasa en la selva cuando Santa está aquí adentro. A lo mejor no tuvo tiempo.

—¿Tiempo?

—Alguien pudo verla.

—¿Quién?

—¡Alguien!

Grita y se lleva una mano a la frente sudada. El mundo es una tumba abierta en la que me hundo. Ciega, cieguecita que estás. Lázaro no dice esas palabras, pero me mira con pena, sin entender, porque él no es madre, porque tampoco es padre, porque lo que único que ha parido en su vida es culpa.

No me pregunta más por el cuerpo de Alina, no me pregunta qué hacer con ella porque ya sabe, sin necesidad de palabras, que le toca abrir un hueco más grande y profundo, una nueva tumba en el vientre de la selva para no dejar a la niña sin un lecho, carajo, para que no se quede el cuerpo ahí, a la vista de cualquiera.

Una tumba para proteger a Santa.

Padre nuestro que estás en el cielo, acepta en la selva a esta niña que murió para quitarnos el pecado, amén, rezo cuando la tumba está lista y el cuerpo de Alina ha regresado a la tierra. Rezo y Lázaro me mira, carajo, con esos ojos de asco y de vacío porque sabe, porque sé, que aquí no solo se entierra un cuerpo sino también una verdad.

Carajo, debería ser un privilegio de los viejos no escuchar las verdades. Pero la juventud no cree en privilegios. Carajo, la juventud es el verdadero privilegio y por eso Lázaro me restriega en la cara su verdad: los niños se mueren, sí, van a seguir muriendo en la selva y fuera de ella, y Santa ha vuelto a probar la sangre.

Padre nuestro que estás en la selva, regresa ya y párteme el corazón.

Lázaro camina junto a mí sin decir palabra. Se detiene a veces a esperarme. Hay furia alrededor de nosotros. Siento ese olor a hambre que se nota los días antes del momento del sacrificio. El olor a hambre de la selva es casi rojo, casi un latido, como si el mundo alrededor de la hacienda, el mundo dentro del mundo, se tiñera de sangre.

Tiempo de sembrar, tiempo de parir, tiempo de sacrificar.

Carajo. El dolor en el lado izquierdo del pecho se pone a joder no más me muevo. Lázaro se da cuenta de que resoplo, de que tengo los ojos abiertos y la mano en el costado, como si fuera a rezar una oración inútil o me tocara hacer una promesa por las almas de todos en este sitio donde no hay almas, solo cuerpos para entregar. La cabeza me suda niebla. Gimo. Lázaro me agarra por la espalda, me aprieta y trata de mantener los dos pedazos de mi cuerpo unidos, ahora que un costado se me hace pedacitos, ahora que el corazón me va a estallar.

No es la primera vez que me estalla el corazón en la selva.

La primera vez yo era aún una muchacha. Esa mierdera juventud de los primeros miedos después de mi llegada a este sitio: ya sabía que la selva guardaba secretos, y cada vez que aparecía en las lindes de la

hacienda una gallina nueva, el corazón me pesaba, me tiraba hacia abajo como piedra de un hilo. Algo me decía que en la vida se cobraba alto el precio por cualquier favor, que todo era intercambiable, hoy por ti, mañana por la selva. Pero, idiota al fin, terminaba aceptando la gallina, pensaba en los huevos, en la sopa, en las niñas que lucían gorditas y sanas. El momento de pagar no me llegaba aún.

Carajo, en la selva también fui feliz. Sobre todo cuando empezaron a llegar los extranjeros. Un adulto con el que hablar en el idioma de los adultos me parecía un regalo de dios, y ya no tenía miedo de que fueran narcos o militares, o viejas tan locas que me espantaran hasta el punto de negarles un buche de agua.

Venían y se iban: la hacienda era un espacio de tránsito entre el vacío de la selva y la selva misma. A veces llegaban hambrientos, desorientados, preguntando por gente que yo nunca había conocido ni conocería, algunos estaban felices por alcanzar algún puerto que no fuera el mar verde de las hojas. Se quedaban horas, días, meses y luego, una mañana como otra cualquiera, ya no estaban aquí, desaparecían sin decir nada, sin despedirse ni dar las gracias. Recuerdo cómo me disgustaba que los extraños fueran tan desagradecidos, que se marcharan sin remordimientos por no decir adiós. Así llegó Chola un día. Cantaba siempre y le gustaba hablar sin detenerse, yo tan silenciosa, tan acostumbrada a estar quieta, ella tan distinta de mí, pero era una buena comadre: se amoldó a la hacienda de inmediato, a mis ritmos, a mis hijas, le enseñó a Santa cómo matar a su primer pollo y cargaba a Ananda entre los pechos.

Con el paso de los meses la sentía mi hermana. Dos mujeres en la selva terminan siendo sangre de la misma sangre, porque a ambas nos corría el cielo de la selva por las venas.

Una mañana, carajo, apareció el primer niño.

Era el niño más lindo del mundo, con aquellos cachetes insolados y llenos de pequitas. Se me apareció entre los árboles y me dio pena, me dio espanto aquel niño solo en la selva, hijos de puta quienes lo habían dejado allí. Tres años tenía, a lo mejor. Un niño de tres años en la selva era un regalo para la muerte. Lo saqué de entre los árboles y grité desquiciada, con el chamaco en los brazos. Sin pensar nada más entré a la selva para buscar a los hijos de puta que lo habían dejado solo. Di vueltas, di tantas vueltas que de repente me asusté, porque ya no sabía cómo regresar. Pensé en mis hijas, en mis dos chamacas, que se me iban a morir de tristeza si no volvía, y el corazón se me saltó tres latidos.

Sentí mareo. Cerré los ojos. Al abrirlos, la hacienda estaba frente a mí y Chola, a lo lejos, corría para ayudarme a cargar al niño.

Era el chamaco más lindo del mundo. Nunca he vuelto a ver tanta belleza.

Fue mi primer sacrificio a la selva.

Lo crié por dos meses. Ya me había empezado a decir mamá. Nunca supe su verdadero nombre. Yo lo llamaba Luisito. Me había transformado en la madre de tres hijos: dos nacidos de mi panza y uno del vientre de la selva. Luisito se levantaba todos los días con una sonrisa bonita y con las uñas cubiertas de bibijaguas. Las bibijaguas nunca lo picaban, solo se le subían en las uñas y le cubrían los deditos. A mí me espantaba verlo así y pensar que en la noche, carajo, me lo fueran a morder.

Le confié mi angustia a Chola, a ver si conocía algún remedio para apartar a las hormigas. Fue la misma Chola, aquella mujer que sentía era mi hermana, quien me abrió los ojos:

—No se puede hacer nada. Ya se lo marcó. Lo que la selva da, la selva quita.

La miré entre sonrisas. Los chamacos estaban dormidos encima de ambas, en un reguero de brazos y de piernas.

—Comadre, no se me enamore más del Luisito —me dijo y vi pena en sus ojos, esa lástima de las mujeres hacia otras mujeres tristes—. No lo va a tener mucho tiempo.

—Carajo, Chola, no me le haga mal de ojo al chamaco, que está nuevecito —y recité de inmediato el padrenuestro.

Chola me dejó rezar sin interrupciones y, solo luego de ver que hacía silencio, dijo:

—Cuando la selva se ponga roja, comadre, le va a tener que dar de comer la carne del niño. No sea majadera. Usted obedezca. Aquí no se juega con la selva.

Intenté sonreír, pero los labios no me obedecían.

—Carajo, Chola, no me asustes, pareces un pájaro de mal agüero.

—Los niños no duran mucho en la selva. No en este pedazo de

selva. En otros lados no sé, pero aquí las cosas funcionan como yo le digo.

Hice la señal de la cruz en el aire tan violentamente que desperté a Luisito. Entre mis brazos, suspiró asustado y Chola respondió con otro suspiro, como si las palabras le pesaran adentro y no quisiera soltarlas. Me habló de la selva, anciana y hambrienta, que comía niños, y me habló de otros lugares parecidos a mi hacienda, donde vivían otras madres y otros chamacos como los míos, dispuestos para la muerte. Nunca se había tratado de dar sin recibir nada a cambio, la selva esperaba reciprocidad por su bienvenida, por habernos cuidado durante tanto tiempo.

Otras haciendas, otras madres, otros chamacos.

El corazón me empezó a latir duro, carajo, como si no fuera un corazón sino un reloj a punto de morirse. Chola me habló de todo lo que había visto en su vagar entre los árboles: de cuchillos, de la noche roja de los sacrificios, de los niños marcados por la selva para ser devorados, de los pocos niños que la selva no marcaba y que estaban destinados a procrear como gallinas, paridoras y sementales cuyo propósito era dar a luz a una nueva generación de carne. Me habló de dios. Que dios no existía. Que nunca había existido. Que en todo caso existían lugares más antiguos que dios y que la selva era uno de ellos. Que obedeciera, me dijo, por el bien de todos. Me habló de castigos, de gente que había pecado contra la selva y que ahora vagaba por ella, por su mar infinito, que era un infierno en vida hecho de árboles. Gente como ella, como Chola, que ya nunca tendría paz.

Le respondí con un padrenuestro aterrado.

—No sirve de nada que rece, comadre. Ni idea tiene de lo que es esto —los ojos le brillaban—, hay cosas allá adentro en la selva que son más grandes que dios.

—Aléjate de mis hijos.

—Ahora va a ser Luisito pero luego, cuando ya no quede Luisito, usted, mi comadre, va a tener que parir. Y parir mucho para que la selva se quede quieta y cuando llegue el momento, ponerse dura y entregarle esos hijos. Una selva con la panza llena es buena con la gente, no hace daño. Se puede vivir así y es mejor que en otros lados, comadre.

—Aléjate de mí, carajo.

Le quité a Ananda del pecho. Mi chamaca lloró porque le gustaban aquellas tetas grandes y cómodas, pero no podía dejarla ahí, junto a esa profeta de una oscuridad que yo aún no alcanzaba a entrever. Chola, mansa, dejó que le arrancara a Ananda. Me fui con los niños a cuestas, sin darle la espalda. Aquella hacienda, aquella selva, ya no eran para nosotros. Esperé a la mañana, encerrada en el cuarto, con miedo a dormirme no fuera que la loca entrara y me quitara a Santa, a Ananda, a Luisito. Cuando llegó la luz del sol ya lo había decidido.

Arrastré a Santa por una mano. Era la mayor, podía seguirme a pie. A los dos chiquitos me los puse en las caderas y abrí la puerta, corrí hacia la selva mientras sentía los ojos de Chola plantados en la espalda. A lo lejos, la escuché volver a las tareas cotidianas y me alegré de alejarme de aquella hacienda que ya me parecía oscura, libre al fin con mis hijos, libre para un futuro que no tenía rostro.

Carajo, un futuro mierdero en el que aún no quería pensar porque adónde podíamos ir sin nada, sin dinero, una mujer sola y tres chamacos. Decidí no saber. Lo importante era dejar aquella selva atrás, salir de sus entrañas.

Chola, aquella loca, podía quedarse con mi hacienda, con la selva y con las gallinas. Podía quedarse con sus historias de terror.

Yo aún no sabía lo que era de verdad el miedo.

La primera vez que me estalló el corazón, Santa caminaba lento a mis espaldas con sus piernitas gordas. De vez en cuando, yo miraba por encima del hombro y la apuraba, vamos, mija, Santica, dale que puedes, ya estamos casi ahí. Pero Santa era lo suficientemente grande como para darse cuenta de que aquella caminata por la selva era una huida, y preguntaba todo el tiempo por qué nos habíamos ido, para dónde la llevaba, por qué Chola no iba con nosotros. Se rezagaba a propósito, la muy cabrona. Cuando su hermana mayor pronunció el nombre de Chola, Ananda levantó la cabeza y empezó a llorar, y extendió los brazos a la selva como si los árboles se hubieran robado aquellos pechos que mi chamaca tanto añoraba. Solo Luisito estaba tranquilo, dormido entre mis brazos.

El dolor en mi lado izquierdo se hizo amplio, una tumba dentro del pecho.

—Carajo, ya, los niños lloran cuando las gallinas mean oro — les grité y aquel grito fue un sortilegio que los mantuvo mudos, incluso a Santa, por largo tiempo.

Emperrada, me concentré en caminar lo más rápido posible sin mirar hacia atrás y le solté la mano. Carajo, nunca debí hacerlo. La escuché moquear su rabia por un rato. Luego, nada. Pensé que se había tranquilizado finalmente. Luego de unos minutos, el silencio comenzó a angustiarme. Miré por encima del hombro hacia atrás, para animar de nuevo a mi chamaca mayor, para decirle, mija, vamos, Santica, dale que puedes, pero ella ya no estaba allí. A mis espaldas, solo un camino verde cubierto de árboles. Un laberinto sin salida en el cual se me había perdido la chamaca.

Sabía que podía gritar hasta rajarme la garganta y que aun así la selva, dios o el dios en la selva no me la devolverían, pero igual lo hice aunque fuera inútil, grité como una loca, o como una madre, y retrocedí en aquel laberinto, por encima de mis pasos que ya no eran los mismos, con un padrenuestro en la boca. Hay costumbres, carajo, que no se le quitan a una de la piel por más absurdas que sean y dios era mi costumbre. Más fiel a mi hábito que al propio dios al que invocaba, llamé a Santa y recé.

Ni siquiera había caminado unos diez pasos cuando la hacienda apareció frente a mis ojos, apenas oculta por los árboles. De inmediato me di cuenta de que la selva se había transformado a mi alrededor: era imposible que luego de tanto correr la casa estuviera allí mismo, con Chola asomada al portal, como si esperara mi regreso.

—¿Qué hiciste con mi hija? —le grité aún en la distancia. Chola alzó los ojos—.

¿Dónde está Santa? ¡Dime, puta, cabrona, hija de perra!

Caminé a duras penas hasta donde estaba, con las rodillas temblorosas de furia y de miedo, acordándome de la facilidad con que Chola degollaba gallinas. ¿Acaso el cuello de una chamaca como Santa sería más pesado de rajar o igual de simple? Chola extendió los brazos para agarrar a Ananda, que había empezado a llorar de nuevo al verla, pero no se lo permití.

—¡Suelta, tú! ¿Dónde está Santa? —volví a gritar—. ¿Dónde, carajo?

El dolor en el pecho se me extendió hasta la espalda. En mis brazos, Ananda berreaba a toda voz y Luisito se había despertado sin lágrimas, pero con los ojos desaforados.

—En la selva. Se quedó en la selva —me contestó Chola, sin apenas mover los labios—: Comadre, no es por poner el dedo en la llaga, pero

la culpa es suya.

Toda suya. Le dije bien que no lo hiciera más difícil. Hay cosas que son como son, nadie las puede cambiar. Ni tan siquiera usted.

—¡Santa!

Grité su nombre a la selva. Grité su nombre mientras buscaba en cada rincón de la casa. Carajo, grité su nombre en los oídos de los dos chamacos aterrorizados que cargaba. Grité su nombre en la boca de mi corazón, que estaba vacío. Detrás de mí, Chola parecía una perra asustada. Me seguía, intentaba convencerme:

—Usted no quiere ver, pero mire. ¡Mire la selva! —y por primera vez desde mi llegada me jaló por un brazo y me obligó a girarme hacia los árboles rojos—.

Mire bien, comadre, y no sea cabecidura. La selva tiene hambre y le va a comer a la niña. ¿Por qué no me hizo caso, a ver? ¿Por qué no le dio a Luisito? ¿Por qué no quiere ver, comadre, lo que está justito ahí, frente a usted misma?

Chola no lloraba, tenía los ojos secos, cansados de lágrimas. Sentí una punzada de temor en el pecho y caminé hacia la selva. Volví a gritarle, esta vez a los árboles, a aquella lengua de vapor que se me metía debajo de la ropa y me tocaba el coño, le aullé a la selva el nombre de mi hija, una y otra vez, hasta que Chola se compadeció y me puso en la mano un cuchillo.

—Escúcheme ahora y no vuelva a meter la pata. Váyase a la selva de nuevo, comadre. Llévese al niño. Piense usted que a este niño se lo trajeron aquí para que sirviera de comida. Es un pollo. Un pollo bonito, pero pollo al fin. Ni siquiera es su hijo de verdad, comadre.

Pero sí lo era.

Con cuidado, tal vez temerosa de que volviera a gritarle, Chola me sacó a Ananda de la cadera:

—Váyase que yo le cuido a la chiquita. Confíe en mí, comadre. No le queda de otra. A esta niña la quiero como mía. ¿Qué daño le voy a hacer? Llévese al pollito. Déselo a la selva a ver si el daño no está hecho ya.

Quise soltar el cuchillo, pero la mano de Chola me apretaba tan fuerte que no pude hacerlo. Ananda se calmó al sentir la cercanía de

aquella mujer. Frente a mi cuerpo, la selva se había manchado de negro y rojo, y yo regresé a su garganta, carajo. Luisito se revolvió en mis brazos. Tenía los ojos aguados, como si supiera, como si pudiera oler el hambre de la selva y temiera al cuchillo.

Caminé en silencio, porque ya no tenía voz, hasta que la hacienda desapareció tragada por los árboles.

Adelante, siempre adelante, aunque me dolían las piernas y el ardor en el costado izquierdo ya se me extendía por toda la espalda. Caminé hundida hasta el cuello en el vapor de la selva, con su lengua entre mis piernas, sobre mi ombligo, me lamía el pelo y besaba mis orejas, carajo, y por donde pasaba dejaba un rastro de baba invisible, más calor que saliva. En las ramas piaban pájaros enormes que contemplaban mi camino hacia lo profundo. Toda la selva a mi alrededor crecía sin cesar o tal vez éramos nosotros, Luisito y yo, quienes nos hacíamos más pequeños mientras las hormigas se volvían gordas, y un perro enorme y jíbaro nos ladraba cerca, y los jabalíes corrían frente a mis pies, y las arañas danzaban el hambre de todas las especies que vivían ya no en la garganta de la selva sino en su panza.

Me detuve detrás de unos arbustos, como si fuera un refugio suficiente para mi angustia, para los suspiros de Luisito entre mis brazos. El niño sorbió los mocos contra mi hombro. Se los limpié a duras penas con la mano, para que no estuviera sucio, para no matarlo así.

El cuchillo tenía demasiado filo. Pesaba.

No fue un buen golpe, porque entonces yo era muy comemierda y pensaba que si le daba un cuchillazo pequeño le iba a doler menos, que si no entraba bien la hoja del cuchillo en su cuerpo a lo mejor no se moría tanto. Si la selva era buena, si dios en la selva no era un cabrón, tal vez me dejaría sacarlos a ambos de allí, a mi chamaca y a mi chamaco. Carajo, temblaba tanto que no le di en el corazón, sino en el costado derecho, y Luisito chilló como un pollo. El chillido en su boca me hizo entender por fin que todo resultaba irreversible: era Santa o él, no había lugar para dos en la sobrevida de la selva.

Envuelta en calofríos volví a darle. Tantas veces le di que pensé se me había reventado el corazón de una vez por todas, porque ya no sentía dolor ni pálpito alguno. Cuando lo vi, quieto entre mis brazos, todo manchadito de sangre, ya no sentí nada y, quién sabe, a lo mejor desde entonces no me puedo morir porque ya no me queda corazón: lo perdí esa noche, y la punzada en mi lado izquierdo es ahora solo un

malestar fantasma que surge, carajo, donde no hay nada.

Luisito estaba empapado de sangre y se me había cagado encima del miedo.

Dejé el cuerpo sobre la tierra y me pareció una cáscara, un hueso sin tuétano.

Cerré los ojos para no ver más y escuché los sonidos de la selva al alimentarse: el de los pájaros que comían la lengua de mi chamaco hermoso y picoteaban luego sus partes blandas, el de los insectos que lo dentelleaban con esmero, las hormigas que pellizcaban trozos y el vapor de la selva que bebía su sangre. Me levanté a ciegas. Volví a caminar.

Mi cuerpo, sin corazón ni chamaco encima, se sentía demasiado ligero.

A tropezones, entre calofríos, me di cuenta de que tenía voz nuevamente, voz para llamar a mi chamaca, para pedirle a la selva que cumpliera su parte del trato, que dividiera su panza en dos y me dejara recuperar a mi Santica.

Carajo, nunca he sido tan feliz como en el momento en que escuché su risa a lo lejos. Abrí los ojos y corrí hacia el lugar de donde brotaba aquel sonido y me olvidé de Luisito, en ese mismo instante me olvidé de él porque mi chamaca estaba viva.

Detrás de unos bejucos la encontré.

Santa se relamía la boca llena de sangre y corrió hacia mí al notar mi llegada.

Me agarró por una pierna y yo pensé, carajo, se le rompió un diente, se le partió la boca, se le rajó la barbilla. Le di vueltas, le miré cada poro, pero estaba limpia, estaba entera. La sangre no era suya.

Entones me di cuenta de que masticaba algo.

Algo crudo.

Se lo saqué de la boca y Santa protestó, señaló con un dedo hacia adelante y entonces vi, carajo, a los niños, todos manchados de sangre como Santa, encima de un cuerpo, del cuerpo de otra niña bocabajo en la tierra. A lo mejor estaba muerta. Ojalá estuviera muerta. Los niños se pasaban el cuchillo de mano en mano y lo hundían en aquel

cuerpo. Santa me tiró del brazo. Quería volver al círculo. Quería volver a la sangre. Miré con asco el trocito crudo que le había sacado de la boca y entonces supe que ya no me quedaba corazón, pero sí repugnancia, que podría vomitar la vida misma en cualquier momento.

Sin decir nada, cargué a Santa, y ella emitió un rugido de protesta, de bestia en celo, que hizo que los demás niños alzaran los ojos y nos miraran.

—¡Monstruo! —gritó uno de ellos y me señaló con un dedo.

Corrí, otra vez corrí sin mirar atrás, con la lengua de la selva en los talones y un bullicio de pies chiquitos que me perseguía. Santa, entre mis brazos, intentaba liberarse a empellones. Me golpeaba la espalda con el puño. Carajo, quería quedarse allí, lloraba porque me la estaba llevando.

En algún momento de la carrera me di cuenta de que estábamos solas. Nadie ni nada nos perseguía. La selva ya no era roja y negra, y aún estaba el sol en el cielo.

De la nada, apareció la hacienda. Crucé la frontera de los últimos árboles y vi a Chola, vi a Ananda en los brazos de Chola, y se me aflojaron los pies y el cuchillo que había sostenido en la mano durante todo aquel tiempo. Pero no se me aflojó el cuerpo de Santa, que seguí apretando contra el mío para no dejarla ir, para que no volviera a la selva nunca más. No ahora que ya la había recuperado y que había empezado a pagar mi deuda con la sangre de Luisito y de todos los que vendrían después.

Le limpié la boca con una mano que era una garra dura de uñas y de odio, le limpié toda esa sangre de la boca, y quise también limpiarle el recuerdo de la sangre con padrenuestros y olvido.

No es esta la primera vez que me estalla el corazón en la selva. Lázaro intenta cargarme, pero carajo, los huesos viejos pesan, así que le susurro que no, que me deje en la tierra a ver si el corazón se me organiza, si se unen los trocitos en el pecho o se me parten de una vez.

Escucho el ronquido que sale de mi boca, y que suena a campanazo de muerto.

El mundo, carajo, es una tumba abierta.

Cuando vuelvo a abrir los ojos, veo primero que nada a Lázaro,

inclinado sobre mi cuerpo como si pudiera contarle las horas que le quedan. El malestar en el pecho sigue ahí, pero adormecido, y el lado izquierdo me pesa.

—¿Puedes caminar? —pregunta inquieto.

Puedo.

—Llévame a ver a Santa, mijo —le susurro.

Los huesos crujen. Estos huesos que pronto se comerá la tierra. Por un momento, carajo, siento la lengua de la selva que se mete entre las piernas como para probar mi sabor. Se larga de inmediato. Ya no le gusto. Le da asco la carne de vieja. Seguro que sabe a mierda y a parto. Lázaro me pregunta por qué río y no sé qué responderle.

Carajo, la selva ha comenzado a volverse roja.

Santa

La selva ha comenzado a volverse roja y los pollos están desesperados por el cambio de luz. Las gallinas cacarean y se niegan a poner huevos. La más perturbada de todas ellas corretea hasta las lindes de la selva una y otra vez, entre cloqueos que parecen gritos. Santa se frota la cabeza. Si pudiera ir detrás de esa gallina incómoda le arrancaría el pescuezo de un machetazo. Una casa de locos, hasta los pollos se desquician aquí, piensa Santa y espera, porque la noche está cerca y ya los ojos le arden de ganas de asomarse al cuarto de los niños. La migraña es tan mala que parece una forma sutil de locura. Siente sus ojos a punto de salir de las órbitas y estallar por los aires junto a pedazos del cráneo.

El hambre no ayuda. Ha intentado comer. Ha masticado un trozo de pan viejo, porque hoy no ha tenido ganas de sentarse a fermentar la masa, a ver si así la panza se le calma un poco. Hambre de Lázaro y hambre de la carne de los niños.

Eso no se sacia con pan. Ni siquiera con pan nuevo.

A duras penas entreabre los ojos y mira hacia la selva. Santa recuerda bien aquellos tiempos en que la selva era buena con ella: le daba frutas y la trataba como una abuela cascarrabias, le regalaba pollitos que Santa criaba con ojos de preocupación, no fuera a ser que se le murieran de la noche a la mañana.

Recuerda también cuando le pidió a la selva que Lázaro se

quedara. Le rogó que no le quitara a la persona con la que deseaba compartir vida, y le rezó como único le habían enseñado en todo aquel tiempo. Aunque nunca había creído en plegarias, aquel día recitó el padrenuestro, cargada de amor y celo, porque su madre le había dicho que dios escuchaba siempre si se le sabía pedir bien.

Le era muy difícil mirar aquella selva como si fuera dios. Dios era una historia lejana, de otros mundos. Dios no era verde ni estaba vivo, ni respiraba vapor entre las piernas de las chicas. A dios no se le tocaba ni se podía cagar en él si no te daba tiempo de correr a la letrina. En dios nadie se atrevería a mear, y Santa y Ananda lo habían hecho de niñas, agachadas en silencio a ver si lograban inundar el nido de las hormigas en orine, a lo mejor el diluvio no era más que lluvia de oro sobre el nido de una hormiga solitaria.

Y, sin embargo, ese día le rezó a la selva y a dios, no importaba si eran una misma cosa o si tenían cuerpos distintos. Santa alzó los ojos al cielo y luego los bajó hasta la tierra. Bien sabía que los extranjeros iban y venían, que la selva los hacía llegar y luego los obligaba a irse. Pidió que Lázaro se quedara para siempre. Nadie más iba a poder lamerla como él. Nadie más la iba a mirar con esos ojos amarillos. Pidió de rodillas, contrita, humillada, sobre el moho de unos árboles viejos, pidió y pidió, le prometió a la selva en retorno que iba a ser buena, una nieta obediente. Le dijo abuelita, te lo daré todo, todo a cambio de él.

Durante años, Santa había cumplido su promesa, pero la selva era una puta. Una abuelita puta. Un dios puta que en realidad no la había escuchado nunca, solo había fingido, solo había esperado el tiempo preciso para recoger el fruto sin dejar nada a cambio. Sí, Lázaro se había quedado allí tantos, pero tantos años, que su amor por Santa se había podrido. El amor es eterno hasta que la selva te lo escupe. Tan puta era aquella abuelita rabiosa que trajo a la puta de Romina como reemplazo, ahora que Santa ya no podía parir, ahora que Santa ya no era una gallina ponedora, como si le recordara que la promesa había durado tanto tiempo como ella había sido capaz de dar a luz.

La selva era un dios hambriento como todos los dioses del mundo, y Santa una idiota por haberse creído el cuento dulce de la infancia que la madre y Chola le hacían: que en la selva todos estaban bien y protegidos, que había que obedecer a dios en la selva, que había que parir y no comer de la carne elegida, a pesar del hambre que le manchaba la boca.

El recuerdo del hambre aumenta la migraña de Santa. Está

cansada. Cansada de vigilar a Romina, a ver si se ha metido entre los árboles con su mirada de gallina loca, para comprobar si detrás de Romina se van también los ojos de Lázaro, que se escurre dentro de la selva a pesar de su miedo porque más puede la carne que el horror, más jalan unas tetas jóvenes que la prudencia. Cansada está de las crías que piden comida y que hacen un bullicio horrible en el patio, y cansada también de los ladridos de la perra. Que la selva se lleve a Lázaro, ¡total!, ya no sirve ni como hueso para el caldo de la tarde. Que se lo lleve a él y a Romina, enlazados como dos jíbaros en celo, y que lo que la selva ha unido, jamás lo separe Santa.

Detrás del odio le queda un hambre atroz.

Con solo cerrar los ojos, Santa puede recordar perfectamente el sabor de la sangre en su boca. Se ve con las manos pequeñas, manos de niña que llevan un cuchillo. De mano a mano danza el cuchillo y se pasa de un lado a otro: primero hay que golpear la carne en el piso, al cuerpo en el piso que apenas se mueve.

Tener un cuchillo entre los dedos es ser dios. Dios es un cuchillero amable que hunde el filo ahí donde la carne es gorda. A Santa niña se le ocurre la idea de probar la carne y la sangre, y va y corta algo del cuerpo, y se mete el pedazo en la boca. Es difícil masticar lo crudo pero el sabor está ahí, bañado en sangre y en recuerdo, bañado en selva hasta que llega la madre y le arranca su pedazo de amor de entre los dientes, le arranca la dicha porque eso es lo que las madres hacen: romper los sueños y coser la garganta, arrancar a Santa del círculo donde hay otros niños como ella, otros niños felices con un cuchillo en la mano.

Como todos los días, la memoria percute en la cabeza de Santa. Tiene ganas ya de que caiga la noche sobre todos, a ver si las gallinas se cansan de premoniciones y los niños se van a dormir. Desde el umbral de la puerta los verá.

Sabe que en realidad no duermen: susurran. Se contarán terrores los unos a los otros y de inmediato saldrá a la luz que falta alguien, que el monstruo detrás de la puerta ha sido lo suficientemente intrépido como para cruzar los límites que protegen el mundo de los niños. Santa les olerá el miedo, que es bien sabroso, un anticipo de lo que podría venir si la selva la dejara o no fuera tan puta. Tendrá deseos de agarrar a uno de los chiquitos por el brazo, uno de los más pequeños, para que no sea difícil llevarlo hasta un espacio que sea solo de ambos: un espacio perfecto para darse un buen festín.

Sucederá pronto, pero no ahora que la madre se acerca. Bañada en sudor, la vieja abre la puerta de la cocina como si le sobraran ojos en la cara, como si le faltaran palabras en la lengua. Está sola, y de vez en cuando se lleva una mano al lado izquierdo, se masajea el pecho y parpadea con enojo. Santa la nota más pálida que de costumbre. Los labios ancianos están casi cenizos y el pelo lleno de hojas.

—Prepárame una tizana, Santa —le pide, no: le ordena. La madre no sabe pedir nada salvo en sus padrenuestros inútiles.

Santa obedece. Se mueve lento, para que al menos la vieja sepa que cada día se convierte más en un estorbo. Está harta. De ella y de todos. Demora en hacer fuego a propósito. La anciana suspira y por un segundo cierra los párpados. A lo mejor duerme, pero no, los viejos y los niños evitan dormir porque el sueño se parece a la muerte. Siempre están vigiles, con los ojos bien abiertos para verlo todo alrededor mientras aún se puede.

—La yerba tarda en hervir, mamá, te digo pa' que sepas —susurra Santa cerca de la leña seca que arde. Luego añade—: Hace rato que no entrabas a la selva sola.

A rezar, seguro ha ido a rezar, es lo que hacen los viejos cuando se vuelven inútiles. Rezarle a la puta selva.

—Lázaro fue conmigo. No estaba sola. Encontramos el cadáver de uno de los niños allá adentro.

—¿Y eso?

—No sé, carajo, dime tú.

Santa se encoge de hombros y va hacia el fuego. Lleva la tizana amarga en una vasija. No es momento para preguntas estúpidas. No ahora, con esta migraña. La vieja tarda varios segundos antes de decidirse a hablar:

—Santa, deja de molestar a los chamacos. Lázaro me contó.

Putos. Es un mundo de putos. Lázaro el primero de todos. Un puto incapaz de quedarse con la boca cerrada ni los ojos dentro de las órbitas. Con esos ojos persigue a Romina y usa la boca para contar historias que no son suyas. Por un segundo, Santa se pregunta si debería mentir, si debería cambiar el tema como ya ha hecho otras veces, si debería a lo mejor obedecer a la madre que es la voz de la ley de la selva, la voz de dios que llega desde otros labios. Puta la madre.

Tan puta como el dios al que adora.

—Mamá, ya cállate.

En otro momento, la madre se hubiera levantado de un tirón para silenciarla con su sola presencia, pero esta vez no tiene fuerzas, o quizás se trata de que ya no hay fuerza que pueda luchar contra el hambre de Santa, que es el hambre antigua de todos los que luchan contra dios. En lugar de erguirse, la madre se queda quieta y toma un sorbo de la tizana ardiente.

—Las yerbas no están frescas, Santa —es todo lo que murmura.

—Dile a Lázaro que se meta la cabeza en el culo y que no venga a tirarme mierda encima. ¿Pa' qué me buscan la lengua?

—¡Son chamacos, carajo!

La vieja se calla de inmediato porque ha notado la ironía de lo que dice.

¿Chamacos y qué? A la selva no le importa y Santa solo ha aprendido la ley de la selva en toda su vida. El pez grande se come al chico. El pez grande desangra al pequeño.

—Acostúmbrate, mamá. Estos son otros tiempos. Pa' esto me preparaste toda la vida, ¿no? Pa' que cuando estuvieras tan vieja como ahora, viniera yo y siguiera dando cuchillazos.

—No caces lo que es de la selva, Santa. Ahora tienes la sangre caliente por lo de Lázaro, carajo, pero así no se piensa. La selva se cobra lo que le quitas.

Para Santa, Lázaro es ya una cosa que se ha negado a envejecer y que anda por ahí, con los años a rastras en los rincones, lamiendo el aire detrás de Romina.

Pero el ansia de Santa es más antigua que Lázaro.

—No te preocupes, mamá. La selva va a tener su tajada como siempre, pa' que sepas.

La madre se toca tanto el lado izquierdo del pecho que Santa tiene ganas de arrancarle la mano. Los actos repetitivos le molestan. Le molestan igual que la gallina desquiciada que corre de un lado a otro de la hacienda mientras cacarea su asco por la vida. Le molesta la

madre que insiste y se toca el pecho, que insiste y se toca la boca, e intenta tragar un buche de tizana mientras Santa la observa. La vieja comienza a rezar un padrenuestro, el absurdo padrenuestro que arrastra el nombre de Santa en las costuras, porque reza por ella, por su alma o por su cuerpo: eso es lo que los viejos hacen cuando empiezan a chochear, repetir las mismas cosas, anunciar los mismos temores de siempre, ser pájaros de mal agüero que oran y oran. De un manotazo, Santa derrama la tizana sobre la mesa.

—Déjenme tranquila tú y Lázaro. No estoy pa' juegos y menos pa' esos rezos de mierda —sin decir más, Santa escapa de la cocina.

La noche llega pronto. En el cuarto de los niños solo relumbra la luz del terror.

Santa se acerca como todos los días a la puerta para verlos, para olerlos, para imaginar el acto de tener esa carne, de poseerla, de convertirse en selva al menos una vez en la vida y masticar el acto divino de la creación. Ella, que ha dado vida a toda esa carne que habita dentro del cuarto.

Lo único distinto esta noche es que Santa tiene un cuchillo entre las ropas y ya ha decidido.

Escucha los murmullos de las crías y sus respiraciones pesadas, que intentan simular el sueño porque así son los niños de idiotas o de inocentes. En una esquina del cuarto, lejos de la puerta, está Ifigenia. El cuerpo de Ifigenia es un latido de poder y miedo. Santa no está segura de que la haya reconocido, pero aprieta los labios y se pone un dedo sobre ellos, para que la cría mayor entienda la necesidad del silencio, de que las cosas no se hagan a gritos, no ahora que le duele la cabeza. Ifigenia no afirma, no dice nada pero, entre susurros, le ordena a las crías que no alcen la cabeza del lecho por nada del mundo, que no miren al monstruo a los ojos. Santa se ríe, en voz muy baja se ríe y, por un momento, se siente monstruo.

Cuántas horas lleva con esa migraña atroz. Cuántos años ha matado pollos mientras imagina que son niños. Cuántos siglos de hambre la mueven esta noche. Se acerca a una de las camas y se da el gusto de elegir a una cría pequeña, porque esas son más fáciles de matar.

Levanta a una de las chiquitas de la cama y la escucha llorar bajito, como mismo los pollos cuando los atrapan, que pían y se le ve en los ojos que conocen su destino. La naturaleza de la muerte es una

para todos, es un idioma común de las especies. Santa amansa el llanto de la cría con una palmada suave en la espalda, del mismo modo en que noquea a los pollos antes de machetearlos.

Lejos, en el otro extremo del cuarto, Ifigenia la mira y tal parece que se relame, que la turbación debajo de las sábanas crece hasta estallar en arrebato.

Santa lleva la carne entre los brazos y se alegra de haber elegido a una tan pequeña, porque chica y todo pesa mucho y se aprieta demasiado al cuello de Santa, como si no entendiera que es ella la que ha venido a despachar la muerte, o a lo mejor porque es una de esas cosas raras que hacen los niños y que Santa nunca ha comprendido.

Afuera, en la noche casi roja, el calor lo invade todo.

Desde su cuartucho, la perra aúlla y raspa con las patas las hendijas de la puerta cerrada. Santa no tiene ganas de pensar en augurios. No ahora.

Unos dedos viejos se posan en su espalda como si fueran garras de pájaro. No le es difícil reconocerlos. Son aquellos que la han amasado desde niña, a imagen y semejanza de la selva. Los dedos que la castigaron, los dedos que le cantaron arrorrós y que ahora se prenden a su ropa, la agarran, la sostienen. Santa se pregunta cuánto tiempo aguantará sin clavarle el cuchillo a esos dedos.

—Nos vas a desgraciar a todos, carajo —susurra la madre en la oscuridad.

En esa boca solo caben presagios, oraciones viejas y un padrenuestro mohoso.

Las bocas de las madres han sido creadas para el miedo. Pero en Santa solo queda hambre y ganas de venganza hacia la abuela selva, hacia la selva puta, hacia ese dios malo que la traicionó. Sin soltar la carga, Santa le hunde un codo a la anciana en el pecho y la escucha gemir, caerse, el estruendo de los huesos al chocar con la madera del piso.

—No, mija, así no.

Santa corre, corre hacia la selva, entre los gritos de la vieja, mientras en su cuartucho la perra escarba y en la hacienda los niños lloran, e Ifigenia se regocija porque le ha ganado un día más a la muerte, y Lázaro afila los oídos porque la ha escuchado huir. La ha

visto, pero no irá hacia la selva, no caminará hacia dios, porque Romina no está allá adentro sino dormida en una habitación de la casa.

Los pecados de Santa son asunto de Santa, piensa Lázaro. Hay cosas más importantes que seguir a una mujer que ya no se desea.

Santa corre hacia la garganta de la abuela mentirosa, con la boca seca, el hambre latiéndole en un ojo y, en la mano, el esplendor del cuchillo.

La perra

El esplendor del cuchillo es una ráfaga de aire frío que se cuela por la ventanita enrejada de la cárcel. Al menos te hace temblar un poco, luego de tanto sudar y de tener las patas casi rotas de intentar abrir la puerta. Pero la madera no cede ante las patas y solo te queda contemplar la selva roja y muda, esas lindes que se han llenado de ojos.

Allá los otros que no pueden verlos, que no tienen mirada de perra. Allá los otros que se pierden el espectáculo de los recién llegados, de los cuerpecitos muertos que se amontonan entre los árboles. Están las mujeres desmelenadas, los niños extraviados, los extranjeros que dan vueltas y vueltas sin reposo, y el jíbaro.

No más lo ves, empiezas a ladrarle para que sepa dónde estás. Aquí, en el cuartucho, entre las cuatro rejas de siempre y estas paredes asquerosas, hundida en las ganas de huir. Los huesos de Choclo te laten en el pecho, dentro de la urna que aprietas con las patas delanteras.

En la selva, el jíbaro camina de un lado a otro, por los mismos bordes que delimitan el paso de la hacienda y que ninguno de los recién llegados se atreve a cruzar, tal vez porque hay mucha suciedad en este sitio, la impureza de los vivos, el hambre de los vivos, que no debe contaminar jamás al cielo de los muertos en la selva. El jíbaro es blanco, tiene el pelaje negro sobre un ojo, y ladra a su vez para que sepas que te ha visto, que se muere de ganas por reconocer tus olores.

Comienzas a desesperar. Ya no ladras, aúllas, gimes, con los pelos de la nuca erizados porque la noche es roja y buena para el escape, aunque en el aire se respira una furia ajena, una furia de selva, que es la manera en que el cambio se manifiesta.

El encierro te ha hecho paciente y ha exacerbado tus sentidos.

Cuando a una jíbara le quitan la libertad, el resto de su cuerpo despierta. Has tenido años para perfeccionar el olfato, el gusto, el oído, el tacto, la vista. Tus ojos, que tan bien pueden otear la oscuridad, han descubierto que Santa se llevó su carga viva hacia la selva. Antes empujó a la vieja al suelo, a la vieja que ahora gime sus presagios y no logra incorporarse. Ladras también por ella. Para que alguien venga y la ayude, para que no se muera ahí tirada.

Durante días has escuchado los miedos de los niños. Algunos venían a jugar frente a la ventana de tu celda y te daba alegría verlos y no estar sola. Si los niños corrían de un lado al otro del patio, ibas dando saltos por la ventana para no perderles, y ladrabas a veces para que te vieran. Jamás tuviste suerte. No les interesabas. Alzaban los ojos hacia ti y no veían ni a la loca ni a la perra, para ellos eras solo un objeto más de la hacienda, uno que ya no era útil. A los niños solo les importan los objetos que pueden destruir o armar de nuevo.

Estar cerca de ellos te permitió enterarte de los nuevos acontecimientos. Supiste de la niña desaparecida. Los pequeños hablaban de un monstruo enorme, del bicho de los ojos grandes, que miraba las camas de noche y así elegía su carne favorita. Alguien mencionó las mandíbulas de la bestia oscura, otro sus dientes, y un tercero juró que había visto cómo aquella criatura infernal arrastraba a la desaparecida dentro de la selva.

Nunca hablaban de monstruos delante de los adultos porque sabían que ellos eran los peores monstruos del universo. Por eso, los niños deambulaban cerca de tu cárcel y se sentían a salvo en el patio. Una jíbara no iba a tener palabras para contarle a ningún adulto. Sentados en círculo estaban siempre todos, con la cabeza baja y el temor enganchado a la boca.

—Volverá por la noche, y cada vez que vuelva tendremos que alimentarlo.

Llegará un momento en que ya no quiera más comida y se llene —dijo la chica del ojo malo.

Los niños la miraron incrédulos:

—A lo mejor no se llena —susurró alguien—. A lo mejor es como la selva.

—Incluso la selva para de comer por un tiempo —sonrió Ifigenia—. El monstruo escogerá a alguien más como sacrificio, y luego todo estará bien por un tiempo.

Sentiste el olor de su celo. La chica tenía el coño húmedo. Le ladraste. El olor de un coño húmedo te revolvió las entrañas.

En todo este tiempo has visto y escuchado mucho.

Has olido el coño de Ifigenia, el olor a animal que se escapa del cuerpo de Lázaro y la humedad en sus pulmones. El olor a yerba mascada y a hueso en Romina. La vejez de la hacienda. El hambre de Santa, su migraña. Los pollos que apestan a miedo y los niños que apestan a pollo. El rojo de la selva. Y ahora lo hueles a él, al jíbaro desesperado que corre de un lado a otro de las lindes de la hacienda, y tu propio celo, las ganas desesperadas de que te monte entre los árboles hasta que nadie pueda separarlos, hasta que tengan que andar así, unidos por el placer, como un solo animal.

La noche es larga y ya comienzas a sentir dolor en el cuerpo. El dolor de la metamorfosis. En las patas delanteras te han brotado los primeros pelos jíbaros y el hocico se ha empezado a alargar.

Ahora puedes olerlo todo mejor. El hocico es como un par nuevo de ojos que te permiten distinguir cosas en el mundo y en la selva que jamás pensaste notar: olores que antes no sentías, y que el aire arrastra y deja entre las almohadillas de las patas. Tus dedos han empezado a hundirse, a transformarse en algo más.

Es hoy o nunca. Lo sabes. La selva es el camino de la libertad.

Lázaro da vueltas de un lado a otro de la hacienda. No se queda quieto. Es tan asqueroso su olor que sacudes el hocico cada vez que se aproxima. Viene y va como el recuerdo de los huesos de Choclo.

Aúllas con más fuerza a ver si alguien escucha, si alguien tiene oídos para interpretar el dolor que experimentas cuando estiras el hocico y dejas que se te escape un gemido de angustia

A tus espaldas se abre la puerta. Gañes un instante, porque el olor de Lázaro da vueltas en el aire todavía. Tan mala es tu suerte que tal vez los niños hayan tenido razón todo el tiempo: por un segundo crees que el monstruo en realidad existe, se llama Lázaro y ha venido por ti y Choclo, para encadenarlos a la hacienda hasta el final de los tiempos. El olor de Lázaro, ahora lo sabes, apesta al deseo que se va corrompiendo en sus entrañas. Gruñes a la sombra que se acerca. Pronto descubres que es una mujer, no el monstruo, y suspiras tu alivio en una larga bocanada. En el umbral de la puerta está Romina, con sus ojos perdidos de siempre. Se arrodilla y te llama bajito, como si supiera que todas las voces te espantan:

—Ven, ven acá.

No te gustan los extraños. Pero Romina no huele mal, y su olor dice más que los ojos y la boca. Te acercas muy suave, como para poner espacio entre los cuerpos en caso de que tuvieras que retroceder o morderla. Cada vez te es más difícil sostener la urna de Choclo, ahora que los dedos se te han vuelto tan cortos.

Sientes su mano en tu cabeza, te acaricia las orejonas de jibarita. Cuando le gañes como advertencia, Romina no se detiene, te acaricia más, te amansa la inquietud. Quisieras saltarle por encima del cuerpo y escapar a través de la libertad de la puerta, pero es imposible. Gimes bajito para que se dé cuenta de tu desesperación, para que sepa que el jíbaro te espera afuera, que te duelen los ojos de tanto mirar hacia el mundo, que tus patas no fueron hechas para caminar por los tablones de la casa sino sobre la yerba espesa de la selva.

—Pobrecita mía —te susurra en las orejas—, anda para afuera a coger aire que ni agua te han puesto. Vete ya.

Su cuerpo se corre un poco a la izquierda para dejarte pasar. Tienes ganas de lamerle la cara, el cuerpo y los sobacos en agradecimiento por haberte liberado, pero eres orgullosa, y nunca un jíbaro ha mostrado la gratitud doméstica de los perros amaestrados. No obstante, antes de pasar por la puerta, frotas tu morro contra su muslo.

Luego corres en cuatro patas, aunque las delanteras son cortas y débiles, y las traseras imposibles de dominar. La urna de Choclo la llevas apretada a las costillas y huyes más lentamente de lo que quisieras, una perra renga. Es entonces que el olor de Lázaro te atrapa de verdad el hocico y eriza los vellos en tu cogote. Está allí, entre los horcones del patio, con los ojos vidriosos y un pitillo en la boca. Lanza el humo al aire y te mira. Tarda en reconocerte, en darse cuenta de que ese hocico que le gruñe es el tuyo. Tarda en saber que estás libre.

—¿Ananda? —pregunta a la selva, al aire, no sabes a quién—. ¿Cómo te has escapado?

Apaga el pitillo en uno de los horcones y se acerca. Es excesivamente grande, flaco como siempre pero enorme, con esos ojos gastados de las ansias por desnudar mujeres. Le hueles la peste a deseo, que no se ha apagado en todos estos años y que ahora se dirige a cualquier punto del aire. Extiende las dos manos para intentar abracarte con ellas e impedir que corras.

—Tranquila —susurra—, tranquilita… no le vayas a dar un disgusto a tu madre… eres buena, Ananda, ven.

Se equivoca Lázaro. No eres buena, ni Ananda. Eres jíbara. Desde la selva escuchas ladridos agitados, un coro de ladridos que podría venir de la garganta magnificada de la selva. Pero la urgencia del macho ya no importa, porque Lázaro ha logrado arrinconarte. Lanzas mordidas a diestra y siniestra, mientras él sigue pronunciando aquel nombre de mujer que ya no es tuyo y que nunca más querrás escuchar luego de esta noche.

Un chasquido lo cambia todo.

El brazo de Romina se cierne sobre el cuello de Lázaro. Aprieta duro. El hombre traga en seco y forcejea. Ella no habla, rechina los dientes, como si los dientes fueran un idioma de odio, de rabia y sobrevida. Alcanzas a salir del rincón en que te habías refugiado, con la urna apretada en el pecho, para que los huesitos de Choclo no se queden atrás, abandonados después de tu marcha. Ves cómo Lázaro aprieta el brazo de Romina hasta casi rompérselo. De un golpe seco, la tira contra la pared.

—¿Y qué carajo te pasa a ti? —gruñe mientras incrusta un codo en el pecho de la muchacha—. ¡Puta cabrona! ¡Loca de mierda!

Una jíbara siempre cobra sus deudas y Lázaro te debe mucho. Te debe a Choclo.

Te debe su cabeza, sus huesitos pelados, la rabia y la locura. Los dientes te siguen rechinando. Los sientes picudos, llenos de sarro, y comienzas a babear.

Hueles la erección de Lázaro, ahí, contra el cuerpo de Romina, apuntalado en ella: no puede controlar que su cuerpo se ponga duro y se le dispare ese olor a viejo con ganas de entrar en un coño suavecito, de resarcirse por todas las veces que no ha podido tener a una mujer y todas las veces que mató a un perro por ello.

Has dejado la urna de Choclo en el suelo, a buen resguardo.

Saltas y te prendes del cuello de Lázaro, muerdes tan adentro como tus colmillos te permiten. Sacudes, sacudes para desgarrar. La sangrecita suave y dulce te toca el hocico, pero no sueltas y el aullido de Lázaro destroza también el silencio de la selva. También él gruñe, transformado en jíbaro por el peso del pánico. Es un perro rabioso que te golpea la cabeza con su puño hasta que el cráneo parece que te va a

saltar por los aires como las hojas que Santa y tú se tiraban una encima de la otra para coronar la infancia lejana. Se te afloja la mandíbula del dolor. Lázaro no te llega a reventar la cabeza porque Romina le hurga la ropa, le araña el pecho, y en algún lugar cercano a su entrepierna le encuentra el cuchillo, bien al resguardo de las miradas extrañas.

Hueles el golpe seco que se traba en algún lugar entre las costillas de Lázaro.

—No la toques, cabrón. Te dije que te iba a aplastar los huevos, buitre de mierda —susurra Romina.

Lázaro renguea con la mano en el costado, como protegiendo el boquete de la herida. Ya no tiene ojos ni andar de jíbaro, es solo un viejo marchito, casi muerto. Con el hocico manchado en sangre vuelves a coger el ánfora donde duerme Choclo el sueño de los muertitos: el ánfora está intacta, los huesos están allí. Y el cabrón que te mató al cachorro ahora es un cadáver ambulante.

Romina se recuesta sobre uno de los horcones por un segundo.

Desde los árboles escuchas el ladrido del macho que insiste y vuelve a llamarte.

Queda poco tiempo.

Caminas en dos patas con la cabeza sonsa por el golpe, sin saber bien, ahora que la libertad está frente a tus ojos, cuánto pesa. En el fondo, nunca has sido tan jíbara. En el fondo, te acostumbraron a la cárcel, te llamaron Ananda, te dijeron loca, te mataron a un hijo y te dieron agua a veces. Bajas los pocos escalones de madera que separan la hacienda de la libertad de la yerba. Hay algo frío y a la vez caliente bajo tus pies. Hurgas la noche con el hocico y no muy lejos encuentras el olor de la vieja, su rastro. La escuchas gritar el nombre de Lázaro a lo oscuro. A lo mejor podrías correr e ir rápido a su encuentro, para ladrarle por última vez o despedirte, pero el llamado del jíbaro en la selva ya no espera, y tu coño mojado de perra tampoco.

Por última vez miras hacia atrás y ves a Romina con la mano empapada de la sangre de Lázaro.

Luego corres hacia los árboles, mientras sientes cómo los huesos se acomodan a la nueva estructura de tu cuerpo: la columna vertebral se recoge y tu mandíbula termina de expandirse. Las patas traseras se te han empezado a acortar y los poros de la piel se cierran. Ventilas el

calor lengua afuera y atrapas el sabor de la selva entre la baba que cae hocico abajo. Es buena la yerba seca en tus patas.

Saltas de felicidad y te vas haciendo cada vez más pequeña, más jíbara, más perra. Corres veloz porque ya no tienes que arrastrar el peso de un cuerpo que hace mucho tiempo era inútil. Antes de que los brazos se terminen de convertir en patas, abres la urna y arrojas los huesos de Choclo a la selva. Tu hijo ha regresado también a casa, junto a ti. Ladras ya sin palabras para siempre, sin rostro ni nombre, ya sin historia. De vuelta hacia tu verdadero hogar, donde el jíbaro te espera, dispuesto a montarte.

Lo encuentras entre los árboles y te unes a él. Su lengua caliente te invade el morro. Lo hociqueas, le enseñas los cuartos traseros en la más hermosa noche de bodas que podrías imaginar. Finalmente lo sigues selva adentro, hasta el lugar donde las sombras entran en celo.

Ifigenia

Las sombras entran en celo durante la noche. Ifigenia con un dedo se rasca el coño. Le vibra la lengua en la cavidad de la boca. Le tiembla el corazón en la cavidad del pecho.

Afuera ha llegado la noche roja y a Ifigenia le parece que todos los ruidos de la hacienda son necesariamente los cuchillos que se acercan.

Durante años ha soñado con este momento. Desde muy pequeña, cuando los brazos de la abuela la acunaban y la vieja culminaba el arrorró con una historia en la que siempre aparecía un futuro divino: el cielo de la selva solo existía para los niños obedientes, para los que supieran morir bien y los que rezaran por lo menos dos padrenuestros al día. Ifigenia y todos los niños que marcharían alguna vez al sacrificio eran mucho más que carne de la selva, la abuela decía, pero nunca se atrevió a ampliar su relato porque la imaginación no le alcanzaba para tanto. A medida que se acercaba su plazo, a Ifigenia le era más simple darse cuenta de que las palabras de la abuela eran todas mentira.

Ifigenia no sabe por qué la selva es tan caprichosa. Ella le había hecho un sacrificio, había entregado un intercambio equivalente: el cuerpo de la niña demasiado alta por la extensión del plazo de su vida. Pensó que la selva iba a quedar satisfecha, al menos lo suficiente como para estar callada por un tiempo.

Cualquier tiempo era bueno, cualquier tiempo que se le ganara a la muerte constituía un triunfo. Pero no ocurrió así.

—¿Va a volver el monstruo o no? —pregunta la voz de una niña chiquita en el centro de la oscuridad.

En la noche roja se respira furia y descontento.

La densidad de una lengua de vapor entra por debajo de la sábana. Le lame primero un dedo, el dedo medio del pie, y sube de inmediato cuesta arriba, por toda la pierna, hasta llegar a la rodilla. Luego se detiene un instante en la entrepierna. Ifigenia siente la pulsión de la lengua en su coño y, sin poder evitarlo, gime.

Ninguno de los niños duerme. Ifigenia escucha el sonido de las respiraciones, desacompasadas al principio, después unidas como si el cuarto tuviera un solo pulmón que necesitara farfullar a coro. Todos están alerta, no sea que vuelva a abrirse la puerta del cuarto y aparezcan de nuevo los ojos del bicho, aquellas pupilas hambrientas que se habían llevado ya a una de las más pequeñitas.

—La noche sigue roja —susurra una voz temblorosa.

—Es la selva que quiere comer —responde alguien desde un rincón del cuarto

—. No es el monstruo.

—¿A cuántos puede comer el monstruo en una sola noche? —vuelve a preguntar otra voz.

Nadie sabe responder, pero todos miran a Ifigenia. Esperan su orden. Al fin y al cabo, es la más grande del cuarto, la que más sabe sobre la naturaleza de las cosas ocultas en la selva y en la oscuridad. Es la más cercana a la muerte y también la más vieja entre tanta juventud, y aunque todos la odian de distinta manera, el miedo es incluso más fuerte que el odio, el miedo es una herramienta que amansa incluso a los niños.

Ifigenia sabe cómo funciona el mundo de los adultos y los monstruos. Conoce la naturaleza del poder.

Se pone de puntillas sobre el colchón lleno de polvo y observa, a través de la ventana, que nada ha cambiado, que el hambre sigue latiendo en algún lugar entre los árboles, allí donde el corazón de la selva vive. Ella es la ofrenda. El ansia que la selva siente es el temblor del deseo por llevarse de una vez un trozo de Ifigenia a las mandíbulas.

En cualquier momento, Ifigenia lo sabe, llegará la abuela con los cuchillos y el arrorró en la boca, con Lázaro pegado a ella como si temiera que, en vez de un niño, lo elijan a él. Se la llevarán lejos para que los otros no vean, la tasajearán sin pensar que el coño le arde en deseos de vivir y que su cabeza está llena de propósitos. La tasajearán con parsimonia para que la selva, el dios en la selva, se quede finalmente dormido en su guarida por algún tiempo más.

—El monstruo necesita más carne —recita Ifigenia, aún de puntillas sobre la cama, con los brazos abiertos en cruz, la luz roja de la selva sobre sus cabellos.

Desde las camas se escucha un gemido unánime.

—Con el sacrificio de uno más de nosotros todo parará —afirma.

Ante los ojos de los niños, Ifigenia encendida en el rojo de la noche es un emisario del monstruo, la boca por la que este habla. Ifigenia aguarda. No tiene la esperanza de que alguna mano se levante para ser voluntaria en el sacrificio.

Eso se lo había enseñado la abuela. Nadie se ofrece voluntario de cara a la muerte. Hay que elegir por los otros. Hay que elegir por los idiotas que esperan un dedo que los señale. Un ramalazo de poder le atraviesa la columna vertebral.

Esto es lo que se siente ser dios y selva, piensa Ifigenia, poder escoger quién vive y quién muere por mí.

Se toma su tiempo en elegir, aunque sabe que cada segundo cuenta. Extiende un dedo sobre las cabecitas mientras la humedad en su coño vuelve a hacerse río. El vapor la baña, ya no es lengua de la selva, sino lengua de su propia tiranía. Los niños se esconden debajo de las sábanas para que la emisaria del monstruo no los vea, no los escoja, no se percate de los cobardes que se ocultan del índice de la muerte.

—Deberías ir tú… —susurra una voz ínfima desde uno de los rincones del cuarto. Es la voz de una de esas niñas en las que Ifigenia jamás ha reparado. Lo hace ahora, con rabia.

—¿Quién habló? —pregunta Ifigenia, las palabras rasposas.

—¿Por qué no vas tú? La selva está roja. Tiene hambre y te toca a ti. Todo el mundo lo sabe. Primero a ti y luego le tocaba a Alina, pero ella ya no está.

—A Alina se la comió el monstruo —Ifigenia se alza, tan alta como es, sobre el colchón inestable.

—Primero tú, así debe ser.

Los susurros se expanden por el cuarto:

—Si la selva está roja es porque tiene hambre.

—Todo el mundo lo sabe, Ifigenia. Te toca y te toca.

Los más pequeñitos se limitan a gimotear, se incorporan al coro del miedo.

—¿Por qué no vas tú, Ifigenia, y haces que todo pare?

—No voy a ir.

De un salto, Ifigenia baja de la cama.

—Ni a la selva ni a ningún lado —sigue—, y cuando venga el bicho me quedaré a mirar cómo se los traga a todos, uno a uno, por no obedecerme.

La amenaza surte efecto por unos segundos bajo la forma del silencio. Ifigenia se acerca a la puerta, las manos abiertas y tendidas hacia adelante, como si fuera a abrazar al mismísimo monstruo.

—¿Eso es lo que quieren? —pregunta con voz estridente—. ¿Quieren que lo deje pasar?

La puerta rechina. No es Ifigenia quien la abre. En el umbral, entre las sombras, apoyada a la madera con un brazo, está la vieja. Arrastra un costado del cuerpo como si la mitad de ella se quedara constantemente atrás. Ifigenia retrocede al ver a la abuela desmelenada, con la boca en un rictus caído y un ojo cerrado por completo.

—Mija, vámonos, ya es hora… —farfulla las palabras con un lado de la boca.

—No. No voy —dice Ifigenia y da dos pasos hacia atrás, y daría mil pasos hacia atrás si fuera necesario con tal de no aproximarse a la abuela.

Tiene los mismos ojos de Juanquito, los mismos ojos de pollo enojado que la abuela conoce tan bien. Es una noche jodida esta. Todo

se ha ido a la mierda alrededor de la vieja. Lo siente. Lo huele. El corazón se le ha vuelto a quebrar y le ha dejado un trozo del cuerpo inservible. Lázaro no aparece a pesar de que se ha cansado de llamarlo. Ya sabe que no habrá un amanecer luego de esta selva roja. Santa y su hambre lo han arruinado todo. Y ahora, además, le toca lidiar con esta cría rebelde.

A lo lejos, escucha el llanto del chamaco azul que llora por alimento, tan débilmente que pronto ya no habrá chamaco ni llanto, solo el azul tranquilo de la muerte. Sola. Se ha quedado sola. Nadie escucha y nadie obedece. Más vieja que nunca. Más rota que nunca. Como jamás pensó estaría. Con la boca virada y el dolor en el pecho tan agudo que percute dentro de su cabeza, un río de sangre en forma de suplicio.

Arrastra el cuerpo detrás de los pasos de una Ifigenia que no para de retroceder.

Nada más existe en el mundo salvo el rojo de la selva, ese reloj insaciable que cuenta sus segundos de hambre e insatisfacción. Si logra cazarla y llevarla hasta el lugar del sacrificio, a lo mejor habrá algo parecido a la piedad. Nunca se sabe.

Con dios nunca se sabe. La vieja empieza a rezar un padrenuestro, un descascarado padrenuestro que le sabe a hollín, a la lluvia podrida en los aleros de la hacienda.

El padrenuestro se le traba en la boca. Extiende las manos para intentar atrapar a Ifigenia, pero no consigue caminar sin apoyo. Sabe que caerá, exhausta, frente a los pies de dios.

A su alrededor se agitan las voces de los niños. Sus palabras se mezclan en la algarabía y la vieja no logra entender qué quieren decirle, qué justicia piden, de qué monstruo hablan, qué plan, qué cuchillo.

—Mija, Ifigenia, ven… —le suplica con un cacareo de gallina enferma.

Pero las súplicas no le sirven a aquella que va a enfrentarse a la muerte. Solo existe el convencimiento de los cuchillos, y el que tiene la vieja en la mano tiembla.

La lengua de vapor de la selva le trae el llanto del niño azul. Por qué carajo lo dejó solo en el cuarto y no le dio su toma de leche de chiva, la leche ablandada con agua que Chola le había enseñado a

preparar, se dijo la vieja, y de repente pensó en Chola, en las tetas grandes de Chola que conseguían amansar todos los temores de esta vida y en cómo le había enseñado a dar cuchillazos en la carne tierna de los niños. Quiso caminar. Dar un paso en el vacío de aquel cuarto, pero no se atrevió. Retrocedió hasta abrazar el marco de la puerta como si aquel espacio marcara el fin del mundo.

Las voces de los niños se calmaron poco a poco y la vieja escuchó, sobre todas ellas, a Ifigenia:

—Está bien, ya entendí, nadie se quiere morir. Pues nadie se va a morir hoy. No hay por qué morirse. No le daremos nuestra carne al monstruo ni a la selva. Eso está bien. Está muy bien. Ninguno de nosotros. ¿Por qué nosotros? —y señaló con un dedo hacia la abuela —: Mejor ella.

El mundo es una tumba abierta y lo que espera dentro de la tumba es el dedo de una niña llamada Ifigenia. Desde el umbral de la puerta, la vieja ríe. Ha entendido bien las palabras de la nieta. Justicia divina. Justicia casi poética. La sangre dentro de su cabeza todavía no le nubla las ideas. Por la boca de Ifigenia hablan Luisito y Juanquito, hablan todos los niños que fueron sacrificados, e incluso aquellos otros que la vieja ya no es capaz de recordar. La justicia, Padre nuestro, tráenosla hoy.

El dedo de Ifigenia continúa ahí, en el aire, como una bandera fija sobre un objetivo, como la flecha sobre el ojo. A esta hora, tan tarde en la vida, es una vergüenza tener pavor a la muerte, pero así son las cosas: la vieja siente que un chorro de orine se le escapa muslo abajo y no sabe si es el miedo el que la ha mojado o si es simplemente la edad o el corazón roto.

La mano de un niño le acaricia el puño. La vieja lo abre sin oponer resistencia y trata de decirles a los chamacos que no la maten a ella, que será en vano: la selva no come carne de viejo, no come lo enfermo, pero sabe que todo lo que salga de su boca sonará a cobardía. Al menos que la maten en la selva, que apoyen su cuerpo en el borde de la selva antes de caerle a cuchillazos. Nunca se sabe, tal vez dios se conforme esta vez con una carne menos sabrosa.

Quiere decir algo, pero la boca no obedece.

—Gallina vieja —la voz de Ifigenia es lo último que escucha antes de que los gritos de los niños caigan sobre su cuerpo y se escuche un aullido. El aullido de Ifigenia, como el de un pollo con las patas rotas.

Los niños

Un pollo con las patas rotas pía alto, tan alto que a nadie le gusta. Le damos duro para que se calle, para que el monstruo en la selva no escuche, para que no sepa que estamos aquí hasta que no vea el sacrificio que vamos a ofrecerle. ¿Dónde vive el monstruo si no en la selva? En ningún otro lugar. Seguro que en ningún otro lugar el monstruo va a encontrar una casa más cómoda. La selva tiene árboles para que trepe en la mañana y agua fría para que no se caliente demasiado con el sol, tiene matorrales para que se oculte de los ojos curiosos, una hacienda llena de niños para que coma y campo para que vaya y siembre los cuerpos muertos. Como el cuerpo de Alina, que el monstruo se llevó, y que ahora debe estar con la boca llena de tierra y gusanitos de luz saliéndole del ombligo.

No se calla. El pollo grita y se retuerce. Le pusimos en el cuello el cuchillo de la abuela, pero aún no se amansa. No queda más remedio que darle una patada en la cabeza y luego arrastrarla por los pies, así, desmelenada, por toda la hacienda, escalones abajo, hasta la yerba.

La yerba está roja y fría, y ya la oscuridad no nos da tanto miedo porque estamos juntos y tenemos el cuchillo. Si el monstruo viene antes, se la entregaremos viva y entonces que se la lleve a su hueco y le arranque la piel y el pelo, y que haga sus tambores de monstruo para bailar por las noches, y se coma su carne, y comparta con la selva lo que quiera compartir.

Cuesta trabajo arrastrarla, mucho trabajo, pero todos tiramos a la par.

Atravesamos el cerco de los árboles de camino a la selva, pero no tan adentro, porque la selva es grande y no nos gusta, menos de noche, que no hay mangos en las ramas y todas las hojas parecen manchitas de sangre en una letrina. El cuerpo se va dando golpes contra las piedras. Tiene el pelo enredado. Largo y enredado.

No nos gusta ella. No nos gusta su pelo. Nunca nos ha gustado. A Alina tampoco. Alina la veía y le viraba los ojos para no tener que hablarle, porque Ifigenia tenía peste a mala y siempre se rascaba el coño con el dedo. Miraba a todas las letrinas cuando hacíamos caca y luego le contaba a los demás que olíamos a culo, a baba de niño con diarrea.

No nos gusta Ifigenia. No es hermana de nadie. No es hija de nadie.

Ifigenia es hija de la selva y por eso la trajimos aquí, para que la selva juegue con ella y no moleste más. A lo mejor así se calma y el monstruo vuelve a dormir en su colchón de hojas y no se lleva a ningún otro de los nuestros.

Llevamos el cuchillo de la abuela a cuestas. Nos gusta este cuchillo. La selva se refleja en él, se refleja roja la selva en el cuchillo, y brilla tanto que dan ganas de no mancharlo de Ifigenia, solo para mirar la selva por un rato más.

Alguien se fija en ella un momento y la ve despierta. Ifigenia tiene el pelo lleno de yerbas y los ojos medio abiertos. Parece sonsa por la patada que le dimos.

Pestañea mucho y mira hacia los lados, como si no supiera que es Ifigenia y que hay un monstruo feo en su interior: el mismo monstruo que quiso matar a la abuela, a la abuela que sí es buena y que dice carajo cuando nos portamos bien o nos portamos mal.

Hay que sacrificar el bicho en su interior.

La odiamos.

Más rápido entrará un monstruo al cielo de la selva que Ifigenia.

Alina sí. Alina seguro que ahora mismo juega en el cielo, en la selva donde ya no hay dolor. Ifigenia no. No la vamos a dejar que entre. Alina no se lo va a permitir. Ifigenia se quedará en la puerta. Por mala se quedará en la puerta y cuando la toque y la toque, y se rasque el coño con un dedo y vuelva a tocar, cuando se asome a las ventanas de todas las letrinas del cielo de la selva para pedir entrada, alguien vendrá y le dirá que no puede estar ahí: que se baje y que se largue, que se entierre y se quede muerta y ya está, podrida y ya está, huesito y ya está.

—Mala —danzamos a su alrededor con el cuchillo en alto.

—Loca —le gritamos.

—Puta —le aullamos.

—Querías matar a la abuela, por mala.

—Querías matarnos a todos, por loca.

—Querías salvarte, puta.

De mano en mano nos pasamos el cuchillo.

—El monstruo está en ti.

—El monstruo eres tú.

—No vas a ir al cielo. Te vas a podrir aquí.

—Te vas a quedar muerta en la tierra.

—Debajo de un bejuco.

—Ifigenia, coño negro.

—Ifigenia, la podrida.

—Ifigenia, peste a muerta.

Ya no le tenemos miedo. No puede contra todos. No con la cabeza sonsa y los ojos perdidos. Una rayita de sangre le cae recta por la frente. Una rayita asquerosa. Ifigenia abre la boca e intenta incorporarse. Todavía no le salen palabras. No le vamos a dejar que hable. Ahora hablamos nosotros, que tenemos el cuchillo. Alguien le vuelve a patear la cabeza.

—No te muevas.

Duelen los pies, pero bailamos.

—Eres una gallina cochina.

—Una gallina puta.

—Una gallina cagada.

Ifigenia estira una mano para intentar cogernos las piernas. No puede. Su mano es solo una y nuestras piernas no paran de moverse.

—El monstruo te va a comer.

—El monstruo te va a tragar.

—Masticará tus huesitos.

—Escupirá tu sangre porque tiene peste.

Se vira de espaldas e intenta arrastrarse fuera del círculo.

No la vamos a dejar. No vamos a dejar que la gallina puta se escape.

Alguien le da el primer cuchillazo en la pantorrilla: encaja el cuchillo y lo saca de inmediato. Uno. Dos golpes. Bailamos sobre la gallina desmelenada mientras el cuchillo pasa de mano en mano. Con cada golpe se abre más el cielo de la selva. Con cada cuchillazo se abre un poco más el cielo.

Vueltas, damos vueltas entre alaridos. El cuerpo ya no se mueve, no gruñe ni intenta huir, y una niñita pequeña se acerca a Ifigenia muerta, toca una herida, jala un pellejo suelto y se mete luego un dedo en la boca, prueba la sangre de la gallina y se relame. Mastica y se desternilla. Al final la gallina no tenía tanta peste, al final su sangre no está podrida, sino que es roja como las encías de la selva o como el cuchillo.

Bailamos en círculo. La niñita que ha probado la carne de Ifigenia entra y sale de los árboles con la boca encharcada en sangre y los ojos que le brillan.

—Una gallina puta.

—Una gallina muerta.

—Una gallina puerca —cantamos, y la niñita sigue el ritmo con las manos babosas de rojo.

Es entonces que vemos al monstruo entre los árboles. El brillo de sus ojos malos que muerden la selva. Ha vuelto por uno de nosotros, pero no sabe el monstruo que ahora tenemos el cuchillo y que ya sabemos lo que es matar, que la sangre no nos asusta, que Ifigenia ya no es Ifigenia sino un montón de carne. Somos muchos. No vamos a dejar que el monstruo venga y se crea el dios de este sitio, y nos arranque el cielo de la selva, ni se lleve a nadie más. Apenas podemos verlo en la noche roja. Sus manos cargan a la niñita que ha probado la carne de Ifigenia y luego huye en la oscuridad.

—¡Monstruo! —grita alguien con la garganta rajada.

Corremos entre los árboles. Lo vamos a cazar. Vamos a cazar al monstruo, le daremos tajazo sobre tajazo, danzaremos sobre su cadáver y luego alimentaremos con su cuerpo al cielo de la selva.

Romina

El cielo de la selva es toda la belleza que necesitas conocer en esta vida. Te tiemblan los pies luego de la noche. Ya no existe el calor lleno de rojo. Los árboles han vuelto a ser verdes poco a poco, la furia se ha quedado dormida y el mundo tiene otra vez sonidos. Zumban los insectos que despiertan. Las cotorras salvajes chillan desde el alero. Una cortina de mosquitos te corona la cabeza y por un segundo te sientes dueña y señora de todo lo que tu vista contempla, como si los mosquitos al beber tu sangre estuvieran marcando tu reinado sobre el mundo.

El sol empezará a asomarse entre los árboles en cualquier momento.

La hacienda está demasiado silenciosa. A lo lejos escuchas el llanto de un niño.

Te parece eso, el llanto de un niño con hambre o los gemidos de un gato enfermo. No quisieras tener que acercarte al cuarto donde aguarda ese llanto abandonado, ese clamar por hambre y frío, no ahora que empiezas a sentir la cabeza despejada, como si la niebla dentro de tu cuerpo tuviera fecha de caducidad. Pero el niño insiste tanto que no te puedes contener, menos ahora que has visto a Copita en las lindes de la selva. Ya la echabas de menos. Le observas chasquear la lengua como si el sonido del llanto le rompiera su corazón de hueso, su corazón de muerta.

Han empezado a llegar todas tus hermanas. No cruzan los límites que separan el mundo de los vivos del mundo de la selva profunda, pero no importa, allí están.

Te alegra tanto verlas, más que la salida del sol. El niño no se calla y ese llanto lo empaña todo, incomoda a las muertas y las hace chasquear las mandíbulas con un sonido de huesos enojados.

A las muertas no les gusta que un niño llore.

Recuerdas cómo las cabezas de tus hermanas se unieron en un rezo el día en que diste a luz. Recuerdas a Copita pujando lejos pero cerca de ti, como si fuera su vientre el que pariera, y ahora la ves con la mandíbula fría, a la espera de que corras y alcances a tu hijo, y le des algo de amor o de leche.

Tienes las tetas vacías, o quizás llenas de polvo blanco. Nada vivo saldrá de ti, nada para alimentar a un niño hambriento, pero vas, por Copita vas, por tus hermanas caminas hasta el cuarto y abres la puerta. Sobre el lecho, envuelto en una sábana muy blanca, está él.

Lo más hermoso de tu hijo es su cabello negro y su piel azul. El sol de la mañana se refleja suave en su carne, se le ven las venas, se le ve el llanto congelado en la boca. Si tuvieras tiempo y ganas de ser madre, seguro te quedabas ahí, arrobada, con el pecho desnudo, aunque no dieras leche ni vida, contando los mechoncitos de pelo y las ramas de las venas en el árbol que es el cuerpo de ese niño. Está demasiado frío. Lo envuelves bien en la sábana no sea que los pulmones se le pongan peor. Tiene los ojos abiertos, fijos en tus ojos, como si hubiera esperado a que llegaras para mirarte así.

Lo cargas y sales al encuentro de las muertas con el niño encima. Ya no llora.

Las muertas chasquean sus mandíbulas, felices de verte, felices de verlo. Incluso la muertita demasiado alta, con sus tataguas prendidas como lazos al pelo, parece encantada con la presencia del chiquito. Se mueven los huesos de las muertas de pura euforia y celebran en silencio tanto azul en la piel del pequeño, tan bello y tan flaquito como está. Ninguna se da cuenta de que está cagado y que se ha puesto duro entre tus brazos.

Amanece.

Mientras ellas acarician a tu hijo, contemplas la hacienda que luce vacía. El bullicio de los niños no existe y no hay nadie alrededor, a ti que siempre te ha gustado la soledad. Te separas de tus hermanas por un instante y caminas por la hacienda mientras los pájaros te saludan, salve, nueva reina, y los insectos chirrían bienvenidas como si por primera vez te hubieran visto.

Sentado en los escalones de madera, en la entrada principal, encuentras a Lázaro.

Muy pálido, con los labios cenizosos. De repente ya no luce hombre ni buitre, sino un tronco de árbol lleno de hongos. Tiene el mordisco de la perra en el cuello y tu cuchillazo en el costado. Demasiada sangre seca a sus pies. Cierras los ojos para no verle, aunque su mirada pesada te acompaña. Con trabajo, muy lentamente, Lázaro consigue meterse un pitillo en la boca. No fuma, porque no tiene candela cerca, pero lame el pitillo: algo de sabor a yerba debe haber ahí, un poco de consuelo.

En uno de los sillones de la casa encuentras a la anciana. De un día a otro ha envejecido una década. Un costado de su cara está inerte. Respira como por un boquete entre los labios. Te da pena verla así,

ella que alimentó a tu hijo y que le dio un poco de calor de madre para que no fuera un niño tan azul ni tan solo. Te acercas a ella sin hablar.

—Carajo —farfulla con media cara—, mis chamacas… mis chamaquitas…

No la entiendes bien, pero le pasas una mano sudada por el pelo y la vieja te mira como si no entendiera por qué la acaricias.

—Padre nuestro que estás en la selva…

Conoces la oración, pero no tienes ganas de ayudarla a rezar. Hay cosas más importantes que rezar, crees. Como danzar junto a tus muertas, mascar hojas o mirar la nueva hacienda que es tuya: el reino detrás del reino de los árboles.

Das vueltas por la casa. Todo está extrañamente silencioso. Atisbas la selva durante un rato, hasta que el sol te hiere la vista y el niño en tus brazos comienza a ponerse más y más rígido. Nadie volverá de la selva, pero también sabes que vendrán otros, que no estarás sola porque allá afuera viven tus hermanas las muertas.

Cuando retornas, la vieja sigue en el mismo sitio, con la boca más torcida aún si cabe. La miras con piedad y le limpias la baba que le corre por el mentón. Parece dormida, con una mano sobre el lado izquierdo del pecho.

En los escalones de madera de la entrada ya no queda rastro de Lázaro. Solo unas manchitas de sangre, cada vez más pequeñas, delatan su marcha. Ha caminado rumbo a los árboles o ha sido atraído hacia allá. No importa. Te alegra no tener un buitre cerca. Recoges el pitillo que ha quedado abandonado en las lindes de la selva y lo limpias antes de ponértelo en la boca. Luego te da asco pensar que tu saliva ha tocado su saliva, y lo tiras lejos, escupes una y otra vez, hasta que las cotorras se ríen de ti.

La hacienda es el nuevo reino. Es la puerta del cielo que a partir de ahora te encargarás de abrir y cerrar.

Has vuelto junto a Copita y las otras. Los deditos podridos, los deditos de hueso acarician el pelo del niño.

Las muertas no pueden ser madres, se les ha negado el derecho de dar vida en el cielo de la selva. Miras a Copita y ves sus brazos abiertos, ella que nunca te ha pedido nada, y que chasquea los

huesitos que le quedan para prometerte que lo cuidará como suyo, que lo querrá como no puedes quererlo tú, y que será el niño de todas: el niño de los ojos y de las cuencas de los ojos de cada una de las muertas de la selva. Ruegan todas y cantan los huesos.

Son tus hermanas. Cómo podrías negarle el fruto de tu vientre.

Dejas al niño azul sobre Copita y notas que el pequeño de inmediato se amolda a aquel nuevo sitio, tan rígido que estaba entre tus brazos. Copita chasquea la mandíbula con ternura y se saca un pecho de la ropa hecha trizas, el pecho amoratado y carcomido por la muerte, pero todavía lleno de amor. El niño se alimenta, finalmente se alimenta, mama y se atora de tanta hambre condensada en la vida, extiende una mano sobre el pecho para abarcarlo y que nunca más se vuelva a ir.

Las manos de Copita muerta, con aquellos huesitos casi de niña que le empiezan a brotar entre las junturas de la piel, acarician con cuidado la cabeza del pequeño.

Todas las muertas miran a tu hijo, al hijo que es ahora de todas.

Vuelven a la selva juntas, lentamente, le abren el paso a la que porta al hijo para que los bejucos no la azoten y cantan sus canciones de hueso, sus arrorrós de hueso, bajo el sol.

Santa

Bajo el sol, bajo la nube de mosquitos, Santa camina. Suda en exceso. Tiene la boca pegajosa. Arrastra los pies y siente náuseas. Quiere regresar a la hacienda.

Cuando llegue, ya pensará qué decirle a la madre, cómo enfrentar sus ojos y sus reproches, sus padrenuestros de todos los días. Masticará su odio por Romina y por Lázaro mientras contempla la carne de las crías, esa carne que sabe como ninguna otra cosa que Santa haya probado en toda su existencia.

Nunca olvidará el poder que le creció adentro en el instante en que dio la primera mordida.

Nunca olvidará lo que sintió al masticar la carne de su carne, mientras la furia de la selva rugía a su alrededor.

El ansia ha desaparecido, pero Santa cree que volverá en cualquier momento, y casi tiene miedo de susurrar una oración después de que

la selva haya vuelto, al menos aparentemente, a ser la de siempre y el rojo se haya fundido en la luz del día.

Pero la cólera de la selva sigue allí. Santa puede darse cuenta del odio que la rodea luego de que ayer se alimentara de la carne prohibida.

La selva, que antes fue para ella una abuela caprichosa, ahora no es más que una senda infinita. Intenta regresar a casa, pero no encuentra el camino que conduce a la hacienda.

Tonta, seguro me he perdido, se convence, y cuando trata de descansar bajo la sombra de un árbol, se da cuenta de que no puede, de que los pies le tiran hacia adelante, siempre hacia adelante, sin descanso.

Le falta el aire y la cabeza le da vueltas. Ha empezado el preludio del horror.

A lo lejos, ve a dos jíbaros apareándose a mordidas y luego a una perra, con cara de mujer y hocico afilado, que da a luz a una manada de cachorros.

A lo lejos, ve a una madre joven, que huye con una pequeña a cuestas mientras los gritos de un grupo de niños asolan el camino.

A lo lejos, ve a Lázaro que sangra entre los árboles e intenta detener el flujo de vida que se le escapa por el cuello.

A lo lejos, ve a la niña del cráneo hendido y un cortejo de tataguas detrás de sus pasos.

A lo lejos, ve a las muertas, que ríen con chasquidos de hueso y llevan entre brazos a un bebé.

Frente a ella, árboles y árboles, un laberinto verde sin fin. El tiempo ha corrido demasiado aprisa. Se siente vieja, con demasiadas arrugas en la piel, rota de dolor y de cansancio porque no ha podido detenerse, porque la selva no la deja parar, porque de vez en cuando escucha en la distancia el canto de las gallinas y le parece también que oye la voz de la madre diciendo su nombre, como si la llamara y nadie respondiera. A veces también cree ver a Ananda niña, con los cabellos sucios y hermosos, que da vueltas entre los mangales.

No sabe cuánto tiempo lleva en su camino de regreso.

En ocasiones piensa que por fin ha llegado y los sonidos de la hacienda se hacen más próximos. Casi puede ver entre las lianas y los bejucos un trozo de la casa, un trozo de la vida que se parte frente a sus ojos, que se difumina demasiado rápido porque siempre hay un árbol más delante de ella o un pedazo de tierra que no alcanza a pisar, siempre la silueta de la hacienda se desvanece detrás de los bejucos antes de que Santa consiga alcanzarla.

En la selva, nadie escucha los gritos.

A nadie le importan los gritos porque la selva ha sido armada con ellos.

Entretanto, mientras camina, mientras el tiempo corta con su cuchillo el velo de la realidad, Santa envejece. Como también envejecen su sed y su hambre, y crece el olvido.

Santa ya no recuerda que se llama Santa.

Santa no tiene memoria de ninguna oración que ayude a que el dios de la selva la perdone.

Tanto verde la ha hecho medio ciega. Por eso no se da cuenta cuando la hacienda se abre ante sus ojos, cuando por primera vez en tanto tiempo la selva le permite acercarse un poco más a la que fue su casa, para que desde allí, desde las lindes que separan el mundo de los vivos de lo que existe más allá, pueda intentar un rezo, algo que le salga de la lengua enmohecida. Mientras, una niña la contempla con ojos aterrados y la madre corre a su encuentro para proteger a la chamaca.

Bien sabe la madre que el cielo de la selva ha abierto la boca.

10 de julio de 2022

Impreso en Barcelona en febrero de 2023

LAVA

Document Outline

- Cover Page
- Portada
- Sobre la autora
- Título
- Créditos
- Dedicatoria
- Contenido
- Los niños
- Santa
- La perra
- Ifigenia
- La vieja
- Santa
- Romina
- Los niños
- Lázaro
- La perra
- La vieja
- Ifigenia
- Romina
- Lázaro
- La vieja
- Santa
- La perra
- Ifigenia
- Los niños
- Romina
- Santa